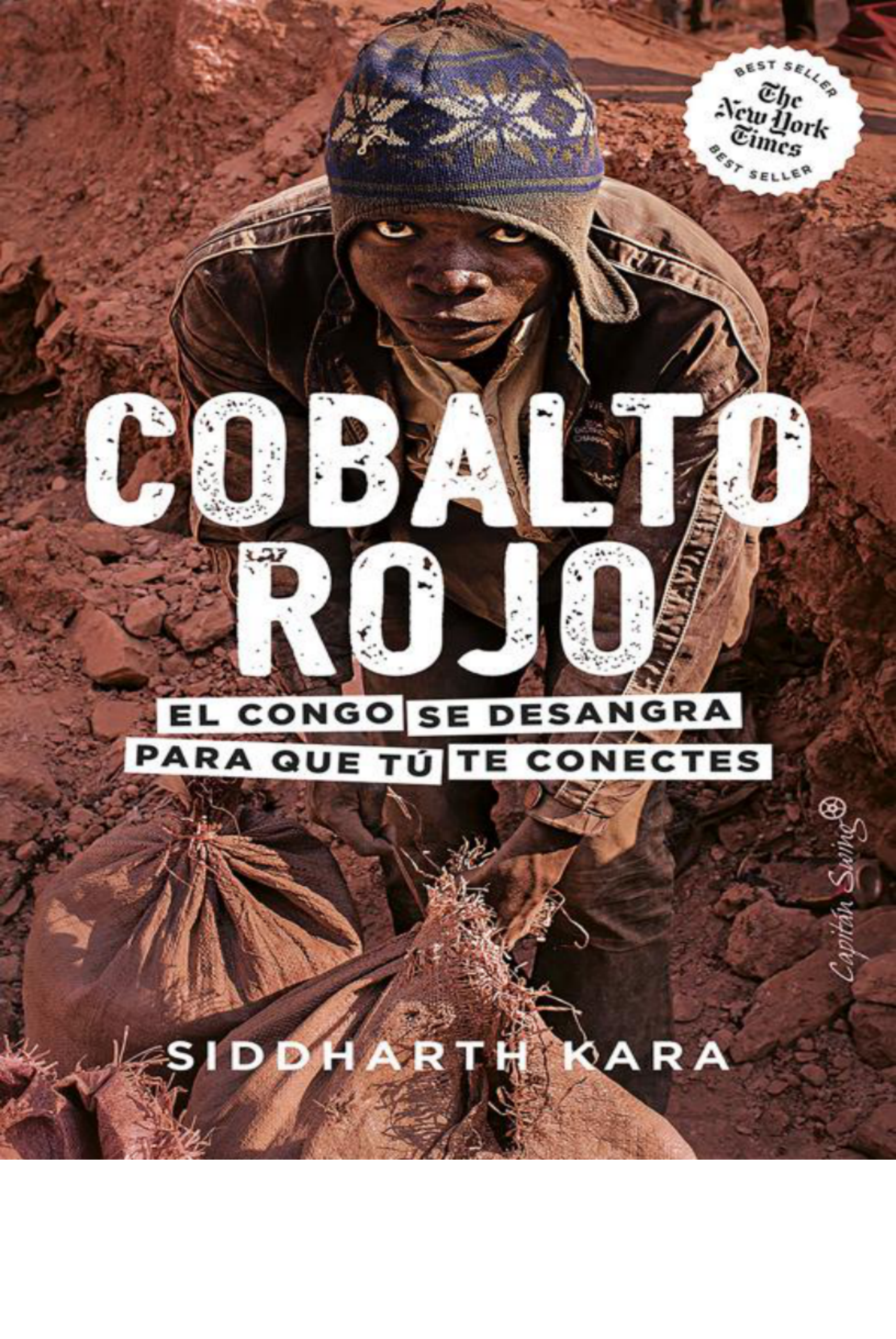

BEST SELLER
The New York Times
BEST SELLER
COBALTO ROJO
EL CONGO SE DESANGRA PARA QUE TÚ TE CONECTES
SIDDHARTH KARA
Capitán Swing

# COBALTO ROJO

## EL CONGO SE DESANGRA PARA QUE TÚ TE CONECTES

SIDDHARTH KARA

Traducción de
**Patricia Teixidor**

Prólogo de
**Xavier Aldekoa**

Capitán Swing

PRÓLOGO

# COBALTO SON CINCO PALABRAS

Para entrar en el infierno hacen falta cinco palabras. Cada amanecer, Mbuyu Alain e Idi Kamango bajaban al averno a trabajar, una mina artesanal de cobalto entre Kimpese y Mukumbi, en el este de la República Democrática del Congo. Una mañana del año 2021 me dejaron acompañarlos. Aquel día, Alain, de cuarenta y ocho años, y su padre, Idi, de sesenta y cuatro, no hicieron nada excepcional, solo su rutina diaria: jugarse la vida. Cogieron sus herramientas, dejaron atrás su casa de ladrillos revestidos de adobe y descendieron decididos por un tajo en la tierra ocre. Del agujero surgía un viento racheado como si la tierra expulsara una bocanada de aire de advertencia y susurrara que aquellas profundidades no eran lugar para los hombres. Ninguno llevaba casco ni guantes y no había ninguna medida de seguridad o de rescate en caso de accidente. Ellos no dudaron, yo sí. Justo antes de desaparecer en la oscuridad, Alain se giró hacia mí. «Estamos en manos de Dios», dijo.

Cinco palabras para entrar en el infierno.

Y entramos.

En los tramos anchos había que inclinar la cabeza para avanzar por el túnel y en los más estrechos había que gatear casi a tientas o incluso arrastrarse. Idi iba primero y desapareció detrás de unas rocas negras. El aire pronto se hizo pesado y oprimía el pecho, como si una garra de calor te apretara las entrañas. De pronto, el clong-clong del martillo de Idi contra el cincel de hierro retumbó en las paredes y recorrió los túneles como el rugido de una bestia. Alain se revolvió feliz y aceleró la marcha: cobalto.

La última herida del Congo es de color azul teñida de rojo sangre. El

cobalto, un extraño metal que se utiliza en casi todas las baterías de litio recargables, ha cambiado la vida de nuestros aparatos electrónicos, que se cargan antes, funcionan durante más tiempo y se calientan menos. A cambio, ha hecho más miserable y desgarrada la vida de miles de personas en el Congo, donde se encuentran las mayores reservas mundiales del llamado oro azul.

Este libro de Siddharth Kara, como ya hizo en su trilogía sobre la esclavitud en el mundo, ofrece una aproximación amplia y rigurosa sobre la explotación descarnada de un mineral presente en las baterías de casi cada *smartphone*, *tablet* o portátil y que será clave para la próxima revolución tecnológica: el coche eléctrico. En su investigación en el terreno —este es un libro con polvo en las botas—, Kara no solo desentraña el horror al recorrer las minas artesanales donde miles de personas, niños incluidos, se juegan la vida por unas migajas en condiciones deplorables, también apunta alto: desenmascara la hipocresía de un sector tecnológico que se lava las manos ante el sufrimiento ajeno, desgrana el sistema internacional de abuso y de una cadena de explotación que condena a los más pobres y dispara hacia las autoridades congoleñas corruptas. Leer este libro es viajar por las sombras del Congo y el deseo de encender una luz.

En mi caso, la lectura del trabajo de Kara ha sido rememorar una navegación. En el año 2021, después de más de doce viajes al Congo como corresponsal en África, emprendí el mayor reto de mi vida como reportero en el continente: navegué a bordo de barcas destartaladas, canoas inestables y barcazas atestadas los 4.700 kilómetros del río Congo desde sus fuentes a su desembocadura. Mi intención no era la aventura o un reto personal: quería explicar, mediante la travesía por la arteria líquida que recorre el país, la historia, la economía, la cultura y las tradiciones de los pueblos que habitan sus orillas. Durante más de dos meses de ruta por las sabanas del sur, en tierras atestadas de grupos rebeldes o a través de una selva impenetrable, que cristalizaron un año después en mi libro *Quijote en el Congo*, constaté que probablemente no hay otro país en el mundo donde el pasado explique tanto las profundas cicatrices del presente.

Por eso, en este libro, Kara hace algo indispensable: revisa la historia.

Al fin y al cabo, el cobalto es solo el último eslabón de una cadena de abusos que ha marcado la piel de cada uno de los habitantes de esta región en el corazón de África. A lo largo de la historia, la conexión de los habitantes de esta región con el mundo exterior fue sinónimo de sufrimiento. La esclavitud, llevada a cabo por árabes primero y europeos después, marcó a fuego una tierra que vio pronto como su riqueza natural se convertía en maldición. El Congo ha tenido la desgracia de tener siempre y en abundancia el elemento clave que demandaba la economía mundial del momento. Si primero fueron los esclavos, mano de obra necesaria para las plantaciones de café, azúcar o algodón de América o Asia, luego fue el marfil que llenó las iglesias europeas de crucifijos o estatuas de vírgenes y santos. Cuando en Europa se popularizó el uso del caucho para los neumáticos o instalaciones eléctricas, la brutalidad se extendió por los bosques del Congo, donde los enviados del despiadado rey de Bélgica Leopoldo II establecieron un sistema de explotación sin piedad: quien protestaba o no cumplía con la cantidad de caucho exigida recibía castigos inhumanos, como decenas de azotes de *chicotte*, un látigo de castigo creado con tiras de piel de hipopótamo, o la amputación de una o ambas manos. A veces, para evitar perder mano de obra, se amputaban las extremidades a los hijos de quienes osaban alzar la voz.

Durante décadas, el Congo fue el escenario de la explotación más feroz y mostró la oscuridad más profunda del ser humano. Cuando el Viejo Continente se vio sacudido por las guerras mundiales, el cobre para el armamento o el uranio de las bombas nucleares también surgieron del sudeste congoleño. La lista es larga y recorre todo el siglo pasado hasta nuestros días: el níquel, la plata, el zinc, los diamantes, el oro, la madera o el cobalto para móviles o videoconsolas forman parte de un sistema de explotación sistemática que ha condenado a la pobreza a quienes viven en un vergel y caminan sobre un tesoro incalculable de recursos naturales.

Como bien subraya en el libro el autor —la pobreza en el Congo no es desgracia; es avaricia—, quienes intentaron cambiar el sistema desde dentro y soñaron con un país más justo, como el primer ministro Patrice Lumumba, sirvieron de mensaje de advertencia a los demás: el único resto que queda hoy de Lumumba es un diente, que le fue arrancado como prueba de su fusilamiento, antes de que

deshicieran su cuerpo en ácido.

El tiempo ha pasado y, varios dictadores cleptómanos y gobernantes corruptos después, el Congo avanza por el siglo XXI como tablero de las nuevas pugnas mundiales, con nuevos actores, por los recursos naturales. La posición de China es hoy clave para entender la sangre derramada allí. Es imposible no percibirlo cuando se visita el país. Durante mi travesía por el gran río africano, un policía me hizo una advertencia que define el cambio de los tiempos. Cuando me disponía a subir a bordo de una barcaza de madera para recorrer el primer tramo navegable de seiscientos cincuenta kilómetros entre Bukama y Kongolo, en el corazón del Cinturón del Cobre, aquel uniformado fue tajante: «No subas a ese barco o te matarán». El policía me explicó que en los últimos meses se había propagado el falso rumor de que los chinos raptaban a niños y vendían sus órganos. Al rebatirle que yo no tenía rasgos asiáticos, se echó a reír. Si me veían en el barco, decía aquel hombre, los habitantes de las aldeas más aisladas a lo largo del río me verían como una amenaza y podían reaccionar con violencia. «Te confundirán con un chino, seguro». Su aviso ilustraba otra realidad: la expansión de China como principal explotador de un mineral clave para la economía mundial. Pese a ser una zona de difícil acceso, antiguamente dominada por minas belgas, la presencia de trabajadores u hombres de negocios chinos en la región era tan habitual que, cuando mi barcaza de madera pasaba junto a aldeas remotas de pescadores, los niños agitaban sus manos al viento a modo de saludo al extranjero blanco y gritaban en coro un saludo significativo: «¡Ni hao! ¡Chinuá! ¡Ni hao! ¡Chinuá!».

La exhaustiva investigación de *Cobalto rojo* para desentrañar el negocio cruel de este mineral en el Congo tiene una arista indispensable más: Kara escucha a los congoleños. Las conversaciones que salpican este libro, llenas de injusticia, rabia y desesperación, forman la espina dorsal de este viaje a las sombras del cobalto.

Ese dolor también me resulta familiar. Hace unos años, en mi primera visita a la ciudad de Likasi —junto a Kolwezi, los centros neurálgicos de la explotación del cobalto congoleño—, me contaron una historia

en la barra de un bar donde cada noche hombres de negocios europeos, americanos y asiáticos pugnaban por las mesas más oscuras para hacer tratos con hombres congoleños de poder, algunos incluso vestidos con uniforme militar.

Hace décadas, me explicaron, un camión Toyota se salió de la carretera a las afueras de Likasi, y se quedó junto al camino, volcado y roto. Con el tiempo, la ciudad creció y atrajo a miles de mineros artesanales seducidos por una tierra con las entrañas llenas de oro, cobre y cobalto y empujados, eso también, por una miseria que punzaba el estómago. Aquellos buscavidas se instalaron en la entrada de la ciudad y levantaron sus refugios de chapa, adobe y caña alrededor del esqueleto de hierro de aquel camión muerto. Hoy no queda rastro del vehículo, pero todos se refieren al distrito de los mineros artesanales como el barrio Toyota, que es tan pobre como entonces.

Espoleado por la curiosidad, al día siguiente quise conocer aquel lugar. En el centro del laberinto de callejuelas de tierra y chabolas de zinc había una pequeña colina verde con una cruz de hierro en lo más alto. Cuando subí, me encontré a Fidel, Thasho, Sam, Musito y Elise. Los cinco amigos subían hasta allí para ver cómo el atardecer rebotaba en los tejados de las antiguas casas coloniales belgas, observar el humo de las minas industriales de alrededor y fumar marihuana hasta que sus ojos se ponían más rojos que el sol. Todos rozaban la veintena y tenían brazos como cables de acero por haberse jugado la vida en minas artesanales desde que tenían trece años.

Después de un rato charlando de fútbol y de la vida, pregunté si alguno de ellos había sufrido un accidente bajo tierra alguna vez. Musito sonrió irónico.

—¿Accidentes? Todos hemos perdido amigos allí abajo. A veces los túneles se derrumban y se acabó.

Le insistí estúpidamente sobre qué ocurría si había supervivientes atrapados bajo tierra y si las autoridades activaban algún sistema de rescate para salvar a los mineros. Antes de que alguno de ellos abriera la boca, sonó una explosión lejana que levantó una humareda en una mina industrial al otro lado de la ciudad.

Thasho se adelantó a mis dudas: —Es una mina de los americanos,

aquella de allí es de los chinos, aquella, de los belgas y unos kilómetros más al norte, hay otra china también…

Permanecimos en silencio un rato hasta que Musito recuperó mi interrogante abandonado: —Si hay un accidente en una mina artesanal, nadie viene a buscarte. Si las rocas no te aplastan, los otros mineros intentan sacarte como pueden, con las manos…

Como guardé silencio, Musito se encogió de hombros, chasqueó la lengua y dijo cinco palabras como puñetazos en el mentón: —Estamos en manos de Dios.

Cinco palabras para entrar en el infierno.

Este libro para explicarlo.

XAVIER ALDEKOA

# Nota del autor

En aras de la prudencia se han excluido los detalles de las fechas y los lugares de las entrevistas con los informantes para evitar dar cualquier dato que pudiera utilizarse para identificarlos, poniendo en peligro su seguridad, la de sus familiares y la de mis investigaciones en curso.

Todos los enlaces de las notas fueron consultados por última vez el 4 de mayo de 2022 [y revisados para la edición en castellano el 31 de agosto de 2023].

# Lista de acrónimos

CDM: Congo DongFang Mining

CMKK: Coopérative Minière Maadini kwa Kilimo CMOC: China Molybdenum Company

COMAKAT: Coopérative Minière et Artisanale du Katanga COMIAKOL: Coopérative Minière Artisanale de Kolwezi COMIKU: Coopérative Minière Kupanga COMMUS: Compagnie Minière de Musonoie Global SAS

FARDC: Forces Armées de la République Démocratique du Congo Gécamines: Générale des Carrières et des Mines IDAK: Investissements Durables au Katanga KCC: Kamoto Copper Company

KICO: Kipushi Corporation MIKAS: Minière de Kasombo

MUMI: Mutanda Mining Sarl

SAEMAPE: Service d'Assistance et d'Encadrement de L'Exploitation Minière Artisanale et de Petit Echelle SAESSCAM: Service d'Assistance et d'Encadrement du Small-Scale Mining SICOMINES: Sino-Congolaise des Mines

TFM: Tenke Fungurume Mining

UMHK: Union Minière du Haut-Katanga

ZEA: zona de explotación artesanal

# COBALTO ROJO

## EL CONGO SE DESANGRA PARA QUE TÚ TE CONECTES

A mi hija

*«Nyama tembo kula hawezi kumaliza».*
(*Nunca se termina de comer a un elefante*).

Dicho congoleño

## Introducción

*«Tal era, pues, la tarea principal: convencer al mundo de que este horror del Congo no solo era un hecho incuestionable, sino que no era accidental, temporal o susceptible de remedio interno [...]. Demostrar que era a la vez la supervivencia y el renacimiento de la mentalidad esclavista, del comercio esclavista en su esencia».*

EDMUND DENE MOREL,
*History of the Congo Reform Movement*, 1914

Los soldados, feroces y con los ojos desencajados, apuntan con sus armas a los campesinos que intentan entrar en la zona minera de Kamilombe. Aunque están desesperados por llegar hasta los seres queridos que se encuentran a escasos metros, les niegan el acceso. Nadie puede ver lo que ha ocurrido allí, no puede haber testimonios ni pruebas, solo los angustiosos recuerdos de los que han vivido en este lugar carente de esperanza. Mi guía me advierte de que debo mantenerme fuera del perímetro, pues la situación es demasiado impredecible. Desde la periferia es difícil ver los detalles del accidente. El paisaje horadado está inmerso en una bruma plomiza que impide a la luz entrar y transforma las colinas distantes en la silueta de una enorme bestia.

Me acerco a investigar, abriéndome paso con mucho cuidado entre la muchedumbre furiosa. Diviso un cuerpo en el suelo. Es un niño que yace inmóvil en medio de una nube de polvo y desolación. Intento distinguir los rasgos de su rostro, pero se desvanecen.

Alrededor del cuerpo sin vida la tierra ocre está salpicada de manchas rojo pardo, como el ámbar oscuro o el metal oxidado. Hasta ese momento pensaba que el suelo del Congo[1] tomaba su tinte bermellón del cobre de la grava, pero ahora no puedo evitar preguntarme si aquí la tierra es roja por la cantidad de sangre que se ha derramado sobre ella.

Me acerco a la zona acordonada para ver mejor al niño. Las tensiones entre los soldados y los lugareños se intensifican hasta casi estallar un motín. Un soldado grita enfadado y me apunta con su arma. Me he acercado y permanecido allí demasiado tiempo. Echo una última mirada hacia el niño. Ahora puedo ver su rostro, congelado en una expresión terminal de espanto. Esa es la imagen que me queda del Congo: el corazón de África reducido al cadáver ensangrentado de un niño que murió únicamente por excavar en busca de cobalto.

*

En la República Democrática del Congo (RDC) se está produciendo un auténtico delirio, una carrera desenfrenada para extraer la mayor cantidad de cobalto lo más rápido posible. Este raro metal azulado es un componente esencial de casi todas las baterías recargables de iones de litio que se fabrican hoy en día. También se utiliza en una amplia gama de las recientes innovaciones con bajas emisiones de carbono, fundamentales para alcanzar los objetivos de sostenibilidad climática. La región de Katanga, en el extremo sudoriental del Congo, posee más reservas de cobalto que el resto del planeta junto. Además, también abundan otros metales valiosos como cobre, hierro, zinc, estaño, níquel, manganeso, germanio, tantalio, wolframio, uranio, oro, plata y litio. Los yacimientos han estado ahí latentes eones antes de que las potencias extranjeras empezaran a aprovecharse de la tierra. Las innovaciones industriales desencadenaron la demanda de un metal tras otro y todos parecían estar en Katanga. El resto del Congo también está repleto de recursos naturales. Las potencias extranjeras han penetrado hasta el último rincón de esta nación para extraer sus ricas reservas de marfil, aceite de palma, diamantes, madera, caucho… y convertir a sus gentes en esclavos. Pocas naciones han sido bendecidas con una abundancia de recursos más diversa que el Congo.

Ningún país del mundo ha sido tan explotado.

La carrera por el cobalto recuerda al infame saqueo del marfil y el caucho congoleños que el rey Leopoldo II llevó a cabo durante su brutal reinado como soberano del Estado Libre del Congo de 1885 a 1908. Quienes estén familiarizados con el régimen de Leopoldo podrían decir, sin faltarles razón, que las atrocidades que tuvieron lugar durante su época no tienen mucho que ver con los daños que se producen actualmente. Sin duda, la pérdida de vidas durante el periodo en el que Leopoldo ejerció el control sobre el Congo se estima en trece millones de personas, una suma equivalente a la mitad de la población de la colonia en aquel entonces. Hoy en día, la pérdida de vidas causada directamente por los accidentes mineros o indirectamente por la exposición tóxica y la contaminación medioambiental en las provincias mineras es de unos cuantos miles al año. Sin embargo, hay que reconocer el siguiente hecho crucial: durante siglos esclavizar a los africanos fue inherente al colonialismo. En la era moderna la esclavitud ha sido rechazada universalmente y los derechos humanos básicos se consideran *erga omnes* e *ius cogens* en el derecho internacional. La continua explotación de la población más pobre del Congo por parte de los ricos y poderosos invalida los supuestos cimientos morales de la civilización contemporánea y retrotrae a la humanidad a una época en la que los pueblos de África solo se valoraban por su coste de reposición. Las implicaciones de esta reversión moral, que es en sí misma una forma de violencia, se extienden mucho más allá de África Central, a todo el Sur global, donde una inmensa parte de la humanidad continúa llevando a duras penas una existencia infrahumana en condiciones de esclavitud en lo más bajo del orden económico global. Desde la época colonial las cosas han cambiado menos de lo que nos gustaría admitir.

La dura realidad de la extracción de cobalto en el Congo es un inconveniente para todas las partes implicadas de la cadena. Ninguna empresa quiere admitir que las baterías recargables que se utilizan para teléfonos inteligentes, tabletas, ordenadores portátiles y vehículos eléctricos contienen cobalto extraído por campesinos y niños en condiciones peligrosas. En sus declaraciones públicas y comunicados de prensa las empresas situadas en lo alto de la cadena de extracción de cobalto suelen citar su compromiso con las normas internacionales

de derechos humanos, sus políticas de tolerancia cero frente al trabajo infantil y su adhesión a las medidas más estrictas de control de la cadena de suministro. Aquí hay algunos ejemplos:[2]

> Apple trabaja para proteger el medio ambiente y salvaguardar el bienestar de los millones de personas que se ven afectadas por nuestra cadena de suministro, desde el nivel minero hasta las instalaciones donde se ensamblan los productos [...]. A fecha de 31 de diciembre de 2021 comprobamos que todas las fundiciones y refinerías identificadas en nuestra cadena de suministro participaban o habían completado una auditoría de terceros que cumplía los requisitos de Apple para el abastecimiento responsable de minerales.
>
> Samsung mantiene una política de tolerancia cero contra el trabajo infantil, prohibido por las normas internacionales y las leyes y reglamentos nacionales pertinentes, en todas las fases de sus operaciones mundiales.
>
> Aunque las prácticas de abastecimiento responsable de Tesla se aplican a todos los materiales y socios de la cadena de suministro, reconocemos las condiciones asociadas a la minería artesanal selectiva (ASM)[3] de cobalto en la RDC. Para garantizar que el cobalto de la cadena de suministro de Tesla procede de fuentes éticas, hemos implantado una guía de debida diligencia para su abastecimiento.
>
> Para Daimler el respeto de los derechos humanos es un aspecto fundamental de la gobernanza empresarial responsable [...]. Queremos que nuestros productos contengan únicamente materias primas y otros materiales que se hayan extraído y producido sin violar los derechos humanos y las normas medioambientales.
>
> Glencore S. A. se compromete a prevenir la práctica de la esclavitud moderna y la trata de personas en nuestras operaciones y cadenas de suministro [...]. No toleramos el trabajo infantil, ninguna forma de trabajo forzoso, obligatorio o en régimen de cautiverio, la trata de seres humanos ni ninguna otra forma de esclavitud y tratamos activamente de identificarlos y eliminarlos de nuestras cadenas de suministro.

A medida que ha aumentado la vigilancia sobre las condiciones en que se extrae el cobalto, las partes implicadas han empezado a formar asociaciones internacionales para ayudar a garantizar que sus cadenas de suministro estén limpias. Las dos principales son la Responsible Minerals Initiative (RMI) y la Global Battery Alliance (GBA). La RMI

promueve el abastecimiento responsable de minerales de acuerdo con los principios rectores de las Naciones Unidas para las empresas y los derechos humanos. Parte de la iniciativa de la RMI incluye un «proceso de garantía de minerales responsables», que pretende apoyar las evaluaciones independientes de terceros de las cadenas de suministro de cobalto y supervisar las explotaciones mineras de cobalto en la RDC para detectar los casos de trabajo infantil. La GBA promueve condiciones de trabajo seguras en la extracción de materias primas para las baterías recargables. Ha desarrollado una Asociación de Acción sobre el Cobalto para «eliminar de forma inmediata y urgente el trabajo infantil y forzoso de la cadena de suministro del cobalto»[4] mediante la supervisión sobre el terreno y las evaluaciones de terceros.

En todo el tiempo que pasé en el Congo nunca vi ni oí hablar de actividades vinculadas a ninguna de estas asociaciones, y mucho menos de algo que se pareciese a compromisos empresariales con las normas internacionales de derechos humanos, auditorías de terceros o políticas de tolerancia cero frente al trabajo forzoso e infantil. Por el contrario, a lo largo de veintiún años de investigación sobre la esclavitud y el trabajo infantil, nunca he visto una depredación más extrema con fines lucrativos que la que presencié en el eslabón más bajo de las cadenas mundiales de suministro de cobalto. Las empresas gigantescas que venden productos que contienen cobalto congoleño valen billones, pero las personas que lo extraen se ganan la vida en medio de una pobreza extrema y un sufrimiento inmenso. Viven al límite de lo que se considera una vida humana, en un entorno que para las empresas mineras extranjeras es un vertedero tóxico, talando millones de árboles, arrasando decenas de pueblos, contaminando ríos y el propio aire y destruyendo las tierras de cultivo. La catástrofe humana y medioambiental del Congo es la que mantiene nuestro estilo de vida en funcionamiento.

Aunque la escala de destrucción causada por la extracción de cobalto en nombre de las energías renovables no tiene parangón en la actualidad, la naturaleza contradictoria de la minería no es nada nuevo. Algunos de los avances más transformadores de la civilización humana no habrían sido posibles sin la extracción de minerales y

metales de la tierra. La revolución comenzó hace unos siete mil años, cuando se aplicó por primera vez el fuego a los materiales obtenidos de las minas. Los metales se fundieron y se transformaron en objetos con los que comerciar, en adornos y armas. Hace cinco mil años se descubrió el estaño y se mezcló con el cobre para crear el bronce, la primera aleación más dura que sus metales constituyentes. Había nacido la Edad de Bronce y la llegada del trabajo del metal desencadenó rápidos avances en la civilización humana. Se utilizó para fabricar armas, herramientas agrícolas y monedas. Se desarrollaron las primeras formas de escritura, se inventó la rueda y surgió la civilización urbana. Fue también durante la Edad de Bronce cuando se utilizó por primera vez el cobalto para colorear la cerámica. Durante la Edad de Hierro se extrajo mineral de hierro y se fundió en acero, que se utilizó para fabricar herramientas y armas más potentes. Se construyeron ejércitos y se forjaron imperios. A principios de la Edad Media los europeos crearon las primeras concesiones mineras. Los gobiernos ofrecían a las entidades comerciales el derecho a extraer minerales de una parcela de tierra a cambio de una parte de los ingresos, un sistema que perdura en nuestros días.

La tecnología minera dio un salto a finales de la Edad Media, cuando los mineros empezaron a utilizar pólvora negra procedente de China para volar grandes rocas. La afluencia de riquezas minerales del Nuevo Mundo, sobre todo oro, financió gran parte del Renacimiento y condujo a la Revolución Industrial, origen de la industria minera moderna. La minería del carbón impulsó la industrialización y con ella llegó una problemática historia de contaminación medioambiental, degradación de la calidad del aire y empeoramiento del cambio climático. La Revolución Industrial impulsó nuevas mejoras en los equipos mineros: las perforadoras mecánicas aumentaron la eficacia de la extracción de roca dura, y la carga y el transporte manuales fueron sustituidos por cintas transportadoras eléctricas, vagonetas y vehículos pesados. Estos y otros avances tecnológicos permitieron a las empresas mineras excavar a mayor profundidad y de manera más extensiva que nunca.

A finales del siglo XX la minería contribuía a casi todos los aspectos de la vida moderna. El acero se utilizaba en edificios, casas, puentes, barcos, trenes, vehículos y aviones. El aluminio, el estaño, el

níquel y otros metales tenían miles de aplicaciones industriales y de consumo. El cobre se utilizó para el cableado y los circuitos eléctricos, la artillería militar y la maquinaria industrial. Los derivados del petróleo nos dieron los plásticos. Los avances en la productividad agrícola no habrían sido posibles sin maquinaria fabricada con materiales extraídos de las minas. Aunque la industria minera mundial actual, que mueve un billón de dólares, está dominada por el carbón, el hierro, la bauxita, el fosfato, el yeso y el cobre, los denominados elementos de tierra raros, utilizados en los dispositivos tecnológicos modernos y en las distintas formas de energía renovables, están creciendo rápidamente en importancia económica y geopolítica. Muchos de estos minerales estratégicos, entre ellos el cobalto, se encuentran en África Central.

Durante gran parte de la historia las explotaciones mineras se basaron en la instrumentalización de esclavos y trabajadores pobres para excavar la mena de la tierra. Los oprimidos se veían obligados a excavar en condiciones peligrosas, sin que se tuviera en cuenta su seguridad y a cambio de una remuneración escasa o nula. Hoy en día a estos trabajadores se les asigna el desfasado término de *mineros artesanales*, y trabajan en un oscuro sector de la industria minera mundial llamado *minería artesanal y de pequeña escala* (ASM). No se deje engañar por la palabra *artesanal* pensando que la ASM implica actividades mineras placenteras realizadas por artesanos cualificados. Los mineros artesanales utilizan herramientas rudimentarias y trabajan en condiciones peligrosas para extraer miles de minerales y piedras preciosas en más de ochenta países del Sur global. Puesto que la ASM es casi totalmente informal, los mineros artesanales rara vez tienen contratos con salarios y condiciones de trabajo. No suele haber ninguna vía para solicitar protección por daños o compensaciones por abusos. A los mineros artesanales casi siempre se les paga un salario mísero a destajo y deben asumir todos los riesgos de lesiones, enfermedades o muerte.

Aunque la ASM está plagada de condiciones peligrosas, el sector ha crecido rápidamente. En todo el mundo hay unos 45 millones de personas que se dedican a la minería artesanal a pequeña escala, lo que representa un asombroso 90 por ciento del total de la mano de obra minera mundial. A pesar de los numerosos avances en

maquinaria y en tecnología, la industria minera formal depende en gran medida del duro trabajo de los mineros artesanales para aumentar la producción con un gasto mínimo. Las aportaciones de la minería artesanal son sustanciales: el 26 por ciento del suministro mundial de tantalio, el 25 por ciento del estaño y el oro, el 20 por ciento de los diamantes, el 80 por ciento de los zafiros y hasta el 30 por ciento del cobalto.[5]

Para descubrir la realidad de la explotación del cobalto en el Congo viajé al corazón de las dos provincias mineras del país: el Alto Katanga y Lualaba. Tracé concienzudos planes sobre cómo llevaría a cabo mis investigaciones, que quedaron en nada al primer contacto con la realidad congoleña. A cada paso que daba, las condiciones eran más hostiles: fuerzas de seguridad agresivas, vigilancia intensa, lejanía de muchas zonas mineras, desconfianza hacia los forasteros y la magnitud que suponen cientos de miles de personas dedicadas a la frenética excavación de cobalto en condiciones medievales. El recorrido por las provincias mineras fue a veces un estremecedor viaje en el tiempo. Los dispositivos electrónicos de consumo y los vehículos eléctricos más avanzados del mundo dependen de una materia excavada por las manos llenas de ampollas de campesinos que utilizan picos, palas y varillas de refuerzo. La mano de obra se paga al céntimo, la vida apenas se valora. Hay muchos episodios en la historia del Congo más sangrientos que lo que está ocurriendo hoy en el sector minero, pero ninguno ha supuesto tanto sufrimiento a cambio de tanto beneficio vinculado indisolublemente al estilo de vida de miles de millones de personas por todo el mundo.

La investigación de campo para este libro se llevó a cabo durante varios viajes a las provincias mineras en 2018, 2019 y 2021. No fue posible viajar en 2020 debido a la pandemia de COVID-19 cuyo verdadero impacto, aunque causó estragos en todo el mundo, sigue sin evaluarse en los más desfavorecidos que extraen cobalto. Cuando las minas industriales cerraron durante largos periodos en 2020 y 2021, la demanda de cobalto no hibernó alegremente, sino que creció a medida que la gente volvía a depender más que nunca de sus dispositivos para seguir trabajando o asistiendo a la escuela desde casa. El aumento de la demanda de cobalto obligó a cientos de miles

de campesinos congoleños, que no podían vivir sin el dólar o los dos dólares que ganaban cada día, a meterse en zanjas y túneles, sin protección, para mantener el suministro de cobalto. La COVID-19 se propagó rápidamente en las minas artesanales del Congo, donde era imposible llevar mascarillas y distanciarse socialmente. Nunca se contabilizó a los enfermos y muertos infectados por la enfermedad, añadiendo un dato desconocido al lúgubre balance de la industria.

Dediqué todo el tiempo que me fue posible a escuchar las historias de quienes vivían y trabajaban en las provincias mineras para poder obtener los testimonios incluidos en este libro. Algunos me hablaron de su caso particular, otros lo hicieron en nombre de los que habían muerto. En todas las entrevistas con mineros artesanales y otros informantes seguí los protocolos de la Junta de Revisión Institucional (IRB) para la investigación con sujetos humanos. Estos protocolos están diseñados para proteger a las fuentes de consecuencias negativas por participar en la investigación e incluyen la obtención del consentimiento informado antes de realizar una entrevista, no registrar ningún dato de identificación personal y garantizar que cualquier nota escrita o mecanografiada quedara siempre en mi poder. Estos procedimientos son especialmente importantes en el Congo, donde los peligros de hablar con extraños son especialmente graves. La mayoría de los mineros artesanales y sus familiares no querían hablar conmigo por miedo a represalias violentas.

Mis investigaciones en la RDC solo fueron posibles gracias a la colaboración de varios guías y traductores en los que confiaban las comunidades locales, que me ayudaron a acceder a decenas de explotaciones mineras, así como a las personas que trabajaban en ellas. Cada uno de los que trabajaron conmigo lo hizo corriendo un riesgo personal considerable. Desde siempre el Gobierno congoleño ha hecho todo lo posible por ocultar la situación de las provincias mineras. Cualquiera que intente sacar a la luz la realidad, ya sean periodistas, trabajadores de ONG, investigadores o medios de comunicación extranjeros, está sometido a una fuerte vigilancia durante su estancia. El ejército congoleño y otras fuerzas de seguridad están en todo momento presentes en las zonas mineras, lo que hace que el acceso a los yacimientos sea peligroso y a veces imposible. Los presuntos agitadores pueden ser detenidos, torturados o algo peor. Por

precaución he utilizado seudónimos para mis colaboradores y las valientes personas cuyos testimonios se incluyen en este libro. También he limitado cualquier descripción personal o información que pudiera utilizarse para identificar a estos individuos, pues los pondría a ellos y a sus familias en peligro.

La gravedad de los daños causados por la extracción de cobalto no es, por desgracia, una experiencia nueva para la población del Congo. Los siglos de trata europea de esclavos, desde principios del siglo XVI, causaron daños irreparables a la población nativa que culminaron con la colonización del rey Leopoldo II, quien sentó las bases para la explotación que continúa hasta hoy. Las peculiaridades de su régimen siguen siendo preocupantemente extrapolables al Congo moderno.

Joseph Conrad inmortalizó la maldad del Estado Libre del Congo de Leopoldo en *El corazón de las tinieblas* (1899) con cuatro palabras: «¡El horror! ¡El horror!». Posteriormente, describió el Estado Libre del Congo como «el más vil de los saqueos que jamás hayan desfigurado la historia de la conciencia humana»[6] y una tierra en la que «la crueldad despiadada y sistemática hacia los negros es la base de la administración».[7] El año siguiente a la publicación de *El corazón de las tinieblas* la primera persona que recorrió a pie África, desde Ciudad del Cabo hasta El Cairo, E. S. Grogan, describió el territorio de Leopoldo como fruto de un «desarrollo vampírico».[8] En *El Informe Casement* (1904) Roger Casement, cónsul británico en el Estado Libre del Congo, describió la colonia como un «verdadero infierno en la tierra».[9] El infatigable aliado de Casement para poner fin al régimen de Leopoldo, E. D. Morel, escribió que el Estado Libre del Congo era «un sistema perfeccionado de opresión, repleto de barbaridades inimaginables y responsable de la vasta destrucción de la vida humana».[10]

Cada una de estas descripciones refleja por igual las condiciones actuales en las provincias mineras de cobalto. Si observamos a los niños sucios de la región de Katanga escarbar en la tierra en busca de cobalto, nos resultará difícil diferenciar si trabajan en beneficio de Leopoldo o de una empresa tecnológica.

Aunque el pueblo del Congo ha sufrido siglos de explotación, hubo un momento —un fugaz destello de luz en los albores de la

independencia en 1960— en el que el rumbo de la nación podría haber cambiado drásticamente. El primer ministro del país elegido democráticamente, Patrice Lumumba, ofreció a la nación un atisbo de un futuro en el que el pueblo congoleño podría determinar su propio destino, utilizar los recursos de la nación en beneficio de las multitudes y rechazar la interferencia de las potencias extranjeras que pretendían seguir explotando los tesoros del país. Era una visión audaz y anticolonial que podría haber alterado el curso de la historia en el Congo y en toda África, pero rápidamente Bélgica, las Naciones Unidas, Estados Unidos y los intereses neocoloniales que representaban rechazaron la visión de Lumumba, se confabularon para asesinarle y apuntalaron en su lugar a un violento dictador, Joseph Mobutu. Durante treinta y dos años Mobutu apoyó la agenda occidental, mantuvo el flujo de minerales de Katanga en la dirección que los occidentales querían y se enriqueció de igual modo que los colonizadores que le precedieron.

De todas las tragedias que han afligido al Congo quizá la más sangrante sea que el sufrimiento que se está produciendo hoy en las provincias mineras es totalmente evitable. Pero ¿para qué solucionar un problema si nadie piensa que existe? La mayoría de la gente no sabe lo que ocurre en las minas de cobalto del Congo, porque la realidad está oculta tras múltiples capas de cadenas de suministro multinacionales que sirven para erosionar la rendición de cuentas. Para cuando se rastrea la cadena, desde el niño que trabaja en la mina de cobalto hasta los aparatos recargables y los automóviles que se venden a los consumidores de todo el mundo, los vínculos se han confundido hasta hacerse irreconocibles, como un estafador en un juego de trileros.

Este sistema de ocultar la gravedad de la explotación de las personas de color desfavorecidas en el eslabón más bajo de las cadenas de suministro mundiales se remonta a siglos atrás. Pocos de los que se sentaban a desayunar en la Inglaterra del siglo XVIII sabían que su té estaba endulzado con azúcar cosechada en condiciones brutales por esclavos africanos que trabajaban en las Indias Occidentales. Los esclavos permanecieron alejados de la mesa del desayuno británico hasta que un grupo de abolicionistas expuso delante del pueblo inglés la verdadera imagen de la esclavitud. Las

partes interesadas lucharon por mantener el sistema, dijeron al público británico que no se fiara de lo que les contaban. Defendieron la gran humanidad del comercio de esclavos: los africanos no sufrían, sino que eran «salvados» de la barbarie del continente negro. Argumentaban que los africanos trabajaban en condiciones agradables en las islas, y cuando esos argumentos fracasaron, los esclavistas afirmaron que habían hecho cambios que subsanaban las tropelías que se producían en las plantaciones. Después de todo, ¿quién iba a ir hasta las Indias Occidentales para demostrar lo contrario? Y, aunque lo hicieran, ¿quién les iba a creer?

La verdad, sin embargo, era que, de no haber sido por la demanda de azúcar y los inmensos beneficios obtenidos con su venta, toda la economía de la esclavitud no habría existido. Además, el resultado inevitable de despojar a los seres humanos de su dignidad, seguridad, salario y libertad solo puede acabar en un sistema en el que se deshumaniza por completo a las personas explotadas en la parte inferior de la cadena.

Los barones de la tecnología de hoy te contarán una historia similar sobre el cobalto. Te dirán que respetan las normas internacionales de derechos humanos y que *sus* particulares cadenas de suministro están limpias. Te asegurarán que las condiciones no son tan malas como parecen y que están aportando comercio, salarios, educación y desarrollo a la población más pobre de África («salvándola»). También te asegurarán que han introducido cambios en el terreno para remediar los problemas, al menos en las minas a las que dicen comprar cobalto. Después de todo, ¿quién va a ir hasta el Congo para demostrar lo contrario? E, incluso si lo hicieran, ¿quién les iba a creer?

La verdad, sin embargo, es que de no ser por la demanda de cobalto y los inmensos beneficios que obtienen a través de la venta de teléfonos inteligentes, tabletas, ordenadores portátiles y vehículos eléctricos, toda la economía sangrienta del cobalto no existiría. Además, el resultado inevitable de una lucha sin ley por el cobalto en un país empobrecido y devastado por la guerra solo puede ser la completa deshumanización de las personas explotadas en la parte inferior de la cadena.

En todo el tiempo que ha pasado desde entonces, ¡qué poco ha

cambiado esto!

Aunque en el Congo las condiciones en las que trabajan el cobalto los mineros siguen siendo muy precarias, hay motivos para el optimismo. Aumenta la concienciación sobre su difícil situación y con ella la esperanza de que sus voces no caigan en el vacío, sino en los corazones de personas al otro lado de la cadena, que son capaces de reconocer por fin que el cadáver ensangrentado de ese niño que yace en el suelo es uno de los suyos.

---

[1] En todo el libro, cuando el autor menciona «el Congo», se refiere a la República Democrática del Congo, también llamado Congo-Kinsasa. Cuando se refiera al otro Congo, se utilizará «Congo-Brazaville». (*N. de la T.*).

[2] La declaración de Apple está disponible en https://www.apple.com/supplier-responsibility/pdf/Apple-Conflict-Minerals-Report.pdf; la de Samsung en https://images.samsung.com/is/content/samsung/assets/global/our-values/resource/Samsung-Child-Labour-Prohibition-Policy-Ver2.pdf; Tesla: https://www.tesla.com/sites/default/files/about/legal/2018-conflict-minerals-report.pdf; Daimler: https://www.daimler.com/sustainability/human-rights/; Glencore: https://www.glencore.com/dam/jcr:031b5c7d-b69d-4b66-824a-a0d5aff4ec91/2020-Modern-Slavery-Statement.pdf.

[3] Todas las siglas siguen el inglés o el francés. (*N. de la T.*).

[4] Ver https://globalbattery.org/cobalt-action-partnership/.

[5] Los datos sobre minería artesanal y de pequeña escala están disponibles en https://delvedatabase.org.

[6] «Geography and Some Explorers», en *The Last Essays*, Conrad, 1926, p. 25.

[7] Carta de Joseph Conrad a Roger Casement, 21 de diciembre de 1903, Conrad, 1991, p. 271.

[8] Grogan, 1990, p. 227.

[9] Casement, 1904, p. 110.

[10] Morel, 1968, p. 4.

01

# «Una riqueza incomparable

*«Es en todos los sentidos una gran y atroz mentira en acción. De no ser tan espantosa, su fría perfección resultaría hasta entretenida».*

JOSEPH CONRAD, carta a Roger Casement,
17 de diciembre de 1903

Todos somos conscientes de hasta qué punto el mundo actual depende de los combustibles fósiles. El petróleo, el carbón y el gas natural se extraen en todos los rincones del planeta, bajo los océanos, los desiertos, las montañas y el suelo. Imaginemos por un momento que casi las tres cuartas partes de los combustibles fósiles que hay bajo la tierra se extrajeran de una única porción de una superficie de unos cuatrocientos por cien kilómetros. Imaginemos que dentro de esta parcela de tierra aproximadamente la mitad del petróleo se encontrara en una sola ciudad y sus alrededores, y que los yacimientos fueran lo suficientemente poco profundos como para que cualquiera pudiera acceder a ellos con una pala. Esta sería sin duda la ciudad más importante del mundo. Las grandes empresas de extracción acudirían en masa para reclamar sus derechos sobre sus riquezas, al igual que lo haría la población local de kilómetros a la redonda. La violencia estallaría para asegurarse el control de ese valioso territorio. La conservación del medio ambiente pasaría a un segundo plano. La gobernanza regional se vería empañada por la corrupción. Los beneficios se distribuirían de forma asimétrica: los poderosos de la

parte superior de la cadena obtendrían los mayores beneficios, mientras que los habitantes locales acabarían languideciendo. Esta es exactamente la situación actual de un mineral que será tan crucial para nuestro futuro como los combustibles fósiles lo han sido en el pasado. El mineral es el cobalto y la ciudad, Kolwezi.

Kolwezi está encajada entre las brumosas colinas del extremo sudoriental de la República Democrática del Congo. Aunque la mayoría de la gente nunca ha oído hablar de ella, miles de millones de personas no podrían seguir adelante con su vida cotidiana si esta ciudad no existiese. Las baterías de casi todos los teléfonos inteligentes, las tabletas, los ordenadores portátiles y los vehículos eléctricos fabricados hoy en día no podrían recargarse sin Kolwezi. El cobalto que se encuentra bajo sus tierras proporciona la máxima estabilidad y densidad energética a las baterías recargables, lo que les permite conservar más carga y funcionar con seguridad durante periodos más largos. Si se eliminara el cobalto de la batería, tendríamos que enchufar el *smartphone* o el vehículo eléctrico más a menudo y las baterías podrían llegar a arder. No se conoce en el mundo ningún yacimiento de mena de cobalto de mayor tamaño, más accesible y de mayor calidad que el que se encuentra bajo Kolwezi.

Este metal suele encontrarse en la naturaleza unido al cobre y sus yacimientos en el Congo se extienden con mayor o menor densidad y ley a lo largo de una media luna de cuatrocientos kilómetros, desde Kolwezi hasta el norte de Zambia, formando una zona denominada «Cinturón del Cobre» de África Central. El Cinturón del Cobre es una maravilla metalogénica que contiene ingentes riquezas minerales, entre ellas el 10 por ciento del cobre del mundo y cerca de la mitad de las reservas mundiales de cobalto. En 2021 se extrajeron en la RDC un total de 111.750 toneladas de cobalto, que representan el 72 por ciento de la reserva mundial, una contribución que se espera que aumente a medida que cada año crezca la demanda de las empresas de productos tecnológicos y los fabricantes de vehículos eléctricos.[11] Sería razonable pensar que Kolwezi es una ciudad en auge en la que los intrépidos prospectores hacen fortuna. Nada más lejos de la realidad. Como el resto del Cinturón del Cobre congoleño, es una tierra asolada por la loca carrera para hacer llegar el cobalto a los consumidores de todo el mundo. La escala de destrucción es enorme y

la magnitud del sufrimiento incalculable. Kolwezi es el nuevo corazón de las tinieblas, un atormentado heredero de las atrocidades congoleñas precedentes: colonización, guerras y una generación tras otra sujetas a la esclavitud.

El primer europeo en cruzar el corazón del continente africano en un mismo viaje de este a oeste, el teniente británico Verney Lovett Cameron, escribió de forma agorera sobre el Congo en *The Times* el 7 de enero de 1876:

> El interior es en su mayor parte un magnífico y saludable país de indecible riqueza. Tengo una pequeña muestra de buen carbón; otros minerales como el oro, el cobre, el hierro y la plata son abundantes, y estoy seguro de que con un gasto sensato y liberal (no derrochador) de capital se podría utilizar uno de los mayores sistemas de navegación interior del mundo para de 30 a 36 meses empezar a retribuir a cualquier capitalista emprendedor que pudiera encargarse del asunto.[12]

Una década después de la misiva de Cameron, los «emprendedores capitalistas» empezaron a saquear la «indecible riqueza» del Congo. El gran río y sus afluentes proporcionaban un sistema de navegación adecuado para los europeos que se abrían camino hacia el corazón de África, así como un medio por el que transportar valiosos recursos desde el interior hasta la costa atlántica. Nadie sabía al principio que en el Congo se encontrarían los mayores suministros de casi todos los recursos que el mundo deseaba en la época de nuevos inventos o desarrollos industriales: marfil para teclas de piano, crucifijos, dentaduras postizas y tallas (década de 1880), el caucho para los neumáticos de coches y bicicletas (década de 1890), el aceite de palma para el jabón (a partir de 1900), el cobre, el estaño, el zinc, la plata y el níquel para la industrialización (a partir de 1910), los diamantes y el oro como símbolo de opulencia (desde siempre), el uranio para las bombas nucleares (1945), el tantalio y el wolframio para los microprocesadores (desde el 2000) y el cobalto para las baterías recargables (desde 2012). Los avances que desencadenaron la demanda de cada recurso atrajeron a una nueva avalancha de buscadores de tesoros, pero en ningún momento de su historia el pueblo congoleño se ha beneficiado de manera significativa de la monetización de los recursos de su país. Por el contrario, a menudo ha

servido como mano de obra esclava para la extracción de esos recursos con el mínimo coste y el máximo sufrimiento.

El apetito voraz por el cobalto es el resultado directo de la actual economía regida por los dispositivos electrónicos, en combinación con la transición mundial de los combustibles fósiles a las fuentes de energía renovables. Los fabricantes de automóviles están aumentando rápidamente la producción de vehículos eléctricos en paralelo a los esfuerzos gubernamentales para reducir las emisiones de carbono que surgieron del Acuerdo de París sobre el cambio climático en 2015. Estos compromisos se ampliaron durante las reuniones de la COP26 en 2021. Los paquetes de baterías de los vehículos eléctricos requieren hasta diez kilogramos de cobalto refinado cada uno, más de mil veces la cantidad necesaria para la batería de un *smartphone*. Por ello se prevé que la demanda de cobalto crezca casi un 500 por ciento de 2018 a 2050,[13] y no se conoce otro lugar en la tierra donde encontrar esa cantidad de cobalto que no sea la RDC.

La extracción de cobalto en ciudades como Kolwezi tiene lugar en la base de complejas cadenas de suministro que extienden sus tentáculos como un *kraken* hasta algunas de las empresas más ricas y poderosas del mundo. Apple, Samsung, Google, Microsoft, Dell, LTC, Huawei, Tesla, Ford, General Motors, BMW y Daimler-Chrysler son solo algunas de las que compran la mayor parte o la totalidad de su cobalto a la RDC, a través de fabricantes de baterías y refinerías de cobalto con sede en China, Japón, Corea del Sur, Finlandia y Bélgica. Ninguna de estas empresas dice tolerar las condiciones adversas en las que se extrae el cobalto en el Congo, pero ni ellas ni nadie emprenden esfuerzo alguno para mejorarlas. De hecho, nadie parece aceptar responsabilidad alguna por las consecuencias negativas de la extracción de cobalto en el Congo: ni el Gobierno congoleño, ni las empresas mineras extranjeras, ni los fabricantes de baterías, ni, desde luego, las megaempresas tecnológicas y automovilísticas. La rendición de cuentas se desvanece como la bruma matinal en las colinas de Katanga a medida que viaja a través de las opacas cadenas de suministro que conectan la roca con el teléfono y el coche.

El flujo de minerales y dinero se ve aún más enturbiado por una red de conexiones poco transparentes entre las empresas mineras extranjeras y los dirigentes políticos congoleños, algunos de los cuales

se han enriquecido de forma escandalosa subastando las concesiones mineras del país mientras decenas de millones de congoleños sufren pobreza extrema, inseguridad alimentaria y enfrentamientos civiles. No ha habido ni un solo traspaso de poder pacífico en el Congo desde 1960, cuando Patrice Lumumba fue elegido primer ministro de la nación, hasta 2019, cuando Félix Tshisekedi ganó las elecciones. Entretanto el país ha sido objeto de un golpe violento tras otro, primero con Joseph Mobutu, que gobernó el Congo de 1965 a 1997, seguido del «reinado» de Laurent-Désiré Kabila, de 1997 a 2001, y de su hijo Joseph Kabila, de 2001 a 2019. Uso las palabras *gobernar* y *reinar* porque Mobutu y los Kabila dirigieron el país como déspotas, enriqueciéndose con los recursos minerales de la nación mientras dejaban a su pueblo debilitarse.

Desde 2022 no ha existido una cadena de suministro limpia de cobalto procedente del Congo. Todo el mineral de cobalto procedente de allí está contaminado por diversos grados de abuso, incluidos esclavitud, trabajo infantil, trabajo forzado, servidumbre por deudas, trata de seres humanos, condiciones de trabajo peligrosas y tóxicas, salarios patéticos, lesiones y muerte, y daños medioambientales incalculables. Aunque hay culpables en todos los eslabones de la cadena, esta no existiría si no fuera por la enorme demanda de cobalto de las empresas que están en la cúspide. Es ahí, y únicamente ahí, donde deben buscarse las soluciones y estas solo tendrán sentido si las falsedades promulgadas por las partes interesadas acerca de las condiciones en que se extrae el cobalto en el Congo son reemplazadas por la realidad que viven día a día los propios mineros.

Para comprender estas realidades, debemos hacer en este capítulo un poco de investigación preliminar sobre el Congo y la cadena de suministro de la minería del cobalto. Nuestro viaje comenzará en una antigua ciudad minera colonial llamada Lubumbashi, desde donde una única carretera atraviesa las provincias mineras adentrándose en el corazón del territorio del cobalto. A medida que avancemos por la misma, se nos irán desvelando a cada kilómetro las condiciones de la minería del cobalto a través de los testimonios de los niños, las mujeres y los hombres que excavan en su busca, así como de mis propios informes sobre los comerciantes de minerales, los funcionarios del Gobierno, las empresas multinacionales y otras partes interesadas

que se benefician de su trabajo. Al acercarnos al centro de la minería del cobalto en Kolwezi, nos encontraremos con verdades de naturaleza más oscura, insondables. Yo mismo lo vi el 21 de septiembre de 2019 en un lugar llamado Kamilombe. Te llevaré hasta allí, al igual que yo emprendí este viaje, por el único camino que conduce a la verdad.

### En el corazón de África

La RDC es una nación extraordinaria rebosante de naturaleza que ocupa el corazón del continente africano. Bosques salvajes, montañas escarpadas, amplias sabanas y ríos impetuosos pueblan el territorio. La nación limita al norte con la República Centroafricana, al noreste con Sudán del Sur, al este con Uganda, Ruanda, Burundi y Tanzania, al sur y sudeste con Zambia, al sudoeste con Angola y al oeste con el Congo-Brazaville y una franja de costa donde el río Congo desemboca en el Atlántico. Imagina una gigantesca bola de arcilla pellizcada en sus dos extremos inferiores: al sudoeste, desde Kinsasa hasta el océano, y al sudeste, en una península terrestre que traza el Cinturón del Cobre. Los dos tercios superiores del país están cubiertos de selva tropical, solo superada en extensión por el Amazonas y hogar de la mayor población de grandes simios del mundo. Al sur de la selva, las mesetas descienden hasta convertirse en extensas sabanas. Los escarpados picos de la cordillera de Rwenzori montan guardia a lo largo de la frontera noreste, junto al valle del Rift y los grandes lagos de África. El ecuador atraviesa el tercio superior del Congo, y cuando es temporada de lluvias a un lado del ecuador, en el otro es la estación seca. Como resultado, siempre llueve en algún lugar y el país tiene la frecuencia más alta de tormentas del mundo.

Las principales ciudades de la RDC incluyen la efervescente capital, Kinsasa, situada cerca del extremo sudoccidental del país a orillas del río Congo, que es una de las megaciudades africanas de más rápido crecimiento y el hogar de más de diecisiete millones de *kinois*. Mbuji-Mayi es la capital de la provincia de Kasai Oriental, situada en el centro-sur del país y sede del mayor yacimiento de diamantes del mundo. La capital de la provincia de Tshopo, Kisangani, está situada cerca de numerosas minas de oro y sirve de centro neurálgico del comercio en el corazón del río Congo. En el extremo sur del lago Kivu

se encuentra Goma, principal ciudad de la peligrosa frontera con Ruanda, donde se cultiva café, té y otros productos agrícolas. A unos 2.300 kilómetros al sudeste de Kinsasa, en el extremo opuesto del país, se encuentra Lubumbashi, capital de la provincia del Alto Katanga y sede administrativa de las provincias mineras. Kolwezi es la capital de la provincia adyacente de Lualaba, en el otro extremo del Cinturón del Cobre. Aparte de Lubumbashi y Kolwezi, ninguna de las ciudades mencionadas está conectada por carretera o ferrocarril.

El alma del Congo es su extraordinario río, el más profundo del mundo. A través de su sistema de afluentes drena una región del tamaño de la India y su forma de media luna lo convierte en el único que cruza dos veces el ecuador. Al desembocar en el Atlántico se vacía con tanta fuerza que enturbia el océano con sedimentos a lo largo de cien kilómetros mar adentro. El nacimiento del río Congo fue el último gran misterio de la geografía africana y el empeño de los exploradores europeos por resolverlo alteró trágicamente el destino del país provocando el sufrimiento que se vive hoy en las provincias mineras.

Durante la mayor parte de su historia el extremo sudeste de la RDC se llamó Katanga, una región anexionada al Estado Libre del Congo por el rey Leopoldo en 1891, antes de conocerse sus inmensas riquezas minerales. Katanga siempre ha sido un caso atípico en la RDC. Su población se considera primero katanguesa y luego congoleña y, lo que es más importante, los dirigentes katangueses nunca suscribieron del todo la premisa de que sus riquezas minerales debieran compartirse con la nación. Antes de la independencia congoleña, los belgas establecieron amplias explotaciones mineras en Katanga e hicieron todo lo posible por mantener el control de la región tras la independencia, orquestando la secesión de la provincia y el asesinato del primer ministro Lumumba. Con tanto dinero en juego, el control de Katanga siempre ha sido un asunto encarnizado.

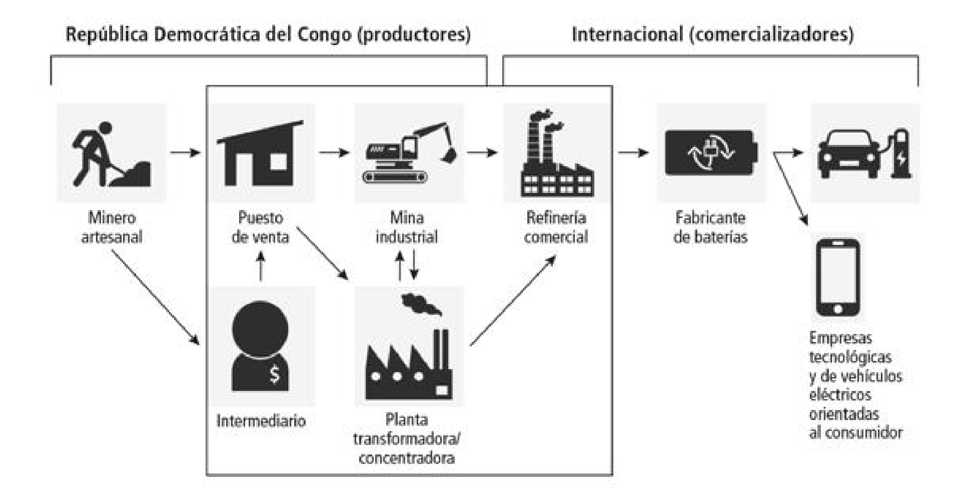
Aunque las copiosas riquezas minerales de Katanga podrían financiar fácilmente numerosos programas para mejorar la educación, aliviar la mortalidad infantil, modernizar el saneamiento y la sanidad pública y llevar la electricidad al pueblo congoleño, la mayor parte de la riqueza mineral se esfuma del país. A pesar de contar con billones de dólares en yacimientos minerales sin explotar, el presupuesto

nacional total de la RDC en 2021 fue de unos escasos 7.200 millones de dólares, similar al del estado de Idaho, que tiene una quincuagésima parte de su población. La RDC ocupa el puesto 175 de 189 en el índice de desarrollo humano (IDH) de las Naciones Unidas. Más de tres cuartas partes de la población viven por debajo del umbral de la pobreza, un tercio sufre inseguridad alimentaria, la esperanza de vida es de solo 60,7 años, la mortalidad infantil es la undécima peor del mundo, el acceso al agua potable es solo del 26 por ciento y la tasa de electrificación es del 9 por ciento. Se supone que el Estado financia la educación hasta los dieciocho años, pero las escuelas y los profesores carecen de apoyo suficiente y se ven obligados a cobrar tasas de cinco o seis dólares al mes para cubrir gastos, una suma que millones de personas en el país no pueden permitirse. En consecuencia, numerosos niños se ven obligados a trabajar para mantener a sus familias, especialmente en las provincias mineras. A pesar de contribuir a generar riquezas incalculables para las principales empresas tecnológicas y automovilísticas, la mayoría de los mineros artesanales de cobalto obtienen míseros ingresos de entre uno y dos dólares al día.

### Del pozo tóxico a la reluciente sala de exposición

La cadena de suministro mundial del cobalto es el mecanismo que transforma el salario de un dólar al día de los mineros artesanales del Congo en beneficios trimestrales multimillonarios en la parte superior de la cadena. Aunque los dos extremos no podrían estar más desconectados en términos de valor humano y económico, están sin embargo conectados a través de un complicado conjunto de relaciones formales e informales. El nexo de estos vínculos reside en una economía sumergida en la parte más baja de la industria minera, que fluye a su vez de forma inevitable hacia la cadena de suministro formal. Esta mezcla de lo informal y lo formal, de lo artesanal y lo industrial, es el aspecto más importante que comprender de la cadena de suministro del cobalto. Aunque se diga lo contrario, es prácticamente imposible separar el cobalto artesanal de la producción industrial.

A continuación, puede verse un esquema del funcionamiento de la cadena de suministro mundial del cobalto. Las flechas indican los puntos en los que el cobalto procedente de diversas fuentes puede mezclarse.




Los mineros artesanales están en la base de la cadena. Conocidos localmente como *creuseurs* (excavadores), utilizan herramientas rudimentarias para excavar en pozos, zanjas y túneles en búsqueda de una mena llamada heterogenita, que contiene cobre, níquel, cobalto y a veces uranio. El sector de la minería artesanal del Congo está regulado por una agencia gubernamental llamada SAEMAPE, que hasta 2017 se conocía como SAESSCAM.[14] El SAEMAPE ha designado menos de cien explotaciones en todo el Cinturón del Cobre en las que está autorizada la minería artesanal, denominadas zonas de explotación artesanal (ZEA). El reducido número de ZEA es por desgracia insuficiente para dar cabida a los cientos de miles de personas que intentan ganarse la vida excavando en busca de cobalto. Como consecuencia, los mineros artesanales excavan en cientos de zonas mineras no autorizadas repartidas por todo el Cinturón del Cobre. Muchas están situadas justo al lado de explotaciones mineras industriales, ya que los *creuseurs* saben que es probable que haya mena valiosa debajo. La minería artesanal también se realiza directamente

en muchos emplazamientos mineros industriales, a pesar de que la legislación congoleña lo prohíbe.

El cobalto artesanal se introduce en la cadena de suministro formal a través de un ecosistema informal de *négociants* (intermediarios) y *comptoirs* (puestos de venta), también conocidos como *maisons d'achat* (casas de compra). Estos son los vínculos difusos que sirven para blanquear los minerales de origen artesanal en la cadena de suministro formal. Los *négociants* son operadores independientes que trabajan en los yacimientos artesanales y sus alrededores para comprar cobalto a los mineros. Casi todos son jóvenes congoleños que pagan un precio fijo por saco u ofrecen una participación del precio de venta a los establecimientos de compraventa. Una vez que los *négociants* han cargado sus sacos en motocicletas y camionetas, transportan la mena a los establecimientos para su venta. En algunas de las zonas mineras artesanales más grandes hay pequeños establecimientos de compraventa *in situ*, en cuyo caso los mineros artesanales pueden venderles directamente.

Los puestos de venta y las casas de compra suelen ser pequeñas chozas que se anuncian con llamativas lonas rosas y nombres pintados, como «Dépôt 1.000.000 $, Cuivre-Cobalt», o simplemente con un número («555») o el nombre del propietario («Boss Xi»). Hay cientos de puestos de venta diseminados por las provincias del Alto Katanga y Lualaba, aunque en ninguno se controla la procedencia o las condiciones en las que se extrajo la mena que compran. Después de comprar la mena a los *négociants* o a los mineros artesanales, la venden a las empresas mineras industriales y a las plantas transformadoras. A partir de este punto, es imposible aislar la producción artesanal de la industrial. Aunque la ley congoleña estipula que los puestos de compraventa de minerales deben estar registrados y ser explotados únicamente por nacionales congoleños, casi todos los de las provincias del Alto Katanga y Lualaba son explotados por compradores chinos. La producción artesanal representa hasta el 30 por ciento del cobalto extraído en la RDC, aunque la cifra podría ser aún mayor, al no existir una forma precisa de distinguirla de la industrial.

El segmento formal de la cadena de suministro comienza en las enormes minas industriales de cobre-cobalto que se extienden por el

Cinturón del Cobre. Algunas, como Tenke Fungurume y Mutanda, son tan grandes como una capital europea. Las explotaciones mineras industriales de la RDC suelen estructurarse como empresas conjuntas entre la empresa minera estatal, Gécamines (Générale des Carrières et des Mines), y una empresa minera extranjera. En mi último recuento sobre el terreno, en noviembre de 2021, conté diecinueve grandes complejos mineros industriales de cobre-cobalto en funcionamiento en las provincias del Alto Katanga y Lualaba, quince de los cuales eran propiedad o estaban financiados por empresas mineras chinas. La mayoría de los emplazamientos mineros de propiedad china que visité estaban protegidos por una fuerza militar llamada FARDC (Forces Armées de la République Démocratique du Congo) o por la Guardia Republicana de élite. Otros emplazamientos industriales y muchas zonas mineras informales estaban vigilados por varios tipos de unidades armadas, como la Policía Nacional Congoleña, la policía minera, contratistas militares privados y milicias informales. Estas fuerzas de seguridad armadas se dedican a dos tareas: mantener alejadas las miradas indiscretas y proteger los minerales.

Antes de su exportación desde la RDC, las menas que contienen cobalto deben someterse a una fase de procesamiento preliminar durante la que el cobalto se separa de otros metales. Una parte de este procesamiento se lleva a cabo en instalaciones industriales y la otra en plantas de procesado especializadas de Kolwezi, Likasi y Lubumbashi. El procesamiento preliminar suele producir bien hidróxido de cobalto bruto, bien concentrado de cobalto, formas semirrefinadas que se cargan en camiones y se conducen a los puertos marítimos de Dar es-Salam y Durban para su exportación a refinerías comerciales que se encuentran en su mayoría en China. En 2021 China produjo el 75 por ciento del cobalto refinado del mundo. El mayor refinador fue Huayou Cobalt, con una cuota de mercado del 22 por ciento.[15] Huayou es propietaria de Congo DongFang Mining, una de las mayores empresas mineras de cobre-cobalto que operan en la RDC. La integración vertical de las empresas chinas en la cadena de suministro del cobalto se ha acelerado en los últimos años, consolidando el dominio del país sobre la industria de las baterías recargables. Aunque podría parecer ventajoso para la RDC refinar el cobalto en el país hasta alcanzar la calidad comercial adecuada y controlar una mayor parte de la cadena

de valor, un alto funcionario de Gécamines me explicó: «En el Congo no tenemos suficiente capacidad eléctrica para refinar el cobalto».

El cobalto totalmente refinado se combina con otros metales para fabricar cátodos, la parte de carga positiva de una batería. Los mayores fabricantes de baterías de iones de litio del mundo son CATL y BYD en China; LG Energy Solution, Samsung SDI y SK Innovation en Corea del Sur, y Panasonic en Japón. En 2021 estas seis empresas produjeron el 86 por ciento de las baterías recargables de iones de litio del mundo, y solo CATL poseía un tercio de la cuota mundial.[16] La mayor parte del cobalto de estas baterías procede del Congo.

### El cobalto y el Cinturón del Cobre

Durante gran parte de la historia de la humanidad el cobalto fue poco más que un color. Ya en el Imperio persa y en la dinastía Ming el cobalto se utilizaba para crear pigmentos azules en los cuadros y la cerámica. En la era moderna el elemento ha acaparado una serie de funciones industriales. Se utiliza en la fabricación de superaleaciones para turbinas y motores a reacción; como catalizador para combustibles más limpios; en carburos utilizados para fabricar herramientas para cortar; en materiales usados en cirugías dentales y óseas; en quimioterapias; y en los cátodos de baterías recargables. Dada su amplia gama de usos la Unión Europea ha designado el cobalto como uno de los veinte metales y minerales «críticos», y Estados Unidos como «mineral estratégico». Las iniciativas para garantizar un suministro fiable de cobalto refinado que eluda el monopolio actual de China se han convertido en una cuestión de considerable importancia geopolítica para Estados Unidos y la UE.

Por casualidad geográfica el Cinturón del Cobre de África Central alberga aproximadamente la mitad de las reservas mundiales de cobalto, unos 3,5 millones de toneladas.[17] Aunque esta casualidad pueda ser la responsable de estas enormes reservas de cobalto, no habría crisis de la minería artesanal en la RDC si no existieran importantes yacimientos de cobalto a niveles tan superficiales como para poder acceder con una pala. Según el experto en geología centroafricana Murray Hitzman, la razón por la que los yacimientos de cobre-cobalto del Cinturón del Cobre son tan poco profundos es que se

encuentran únicamente en «depósitos estratiformes sedimentados». Este tipo de yacimiento indica que las menas que contienen cobalto se encuentran en capas aisladas de rocas sedimentarias que se depositaron inicialmente en el agua. Este tipo de depósitos son los únicos con potencial para ser empujados hacia la superficie por la actividad tectónica, haciéndolos accesibles a los mineros artesanales. El Cinturón del Cobre de África Central se encuentra casualmente en el extremo occidental de uno de los ejemplos más espectaculares del mundo de esta actividad tectónica: el Rift de África Oriental.

El Rift es una grieta de 6.500 kilómetros en la superficie terrestre que se extiende desde Jordania hasta Mozambique; está causada por la separación de tres placas, la placa nubia, la placa somalí y la placa arábica. Hace unos ochocientos millones de años la actividad tectónica en la grieta hizo que el agua del océano entrara en una cuenca cerrada en la región del Cinturón del Cobre. La mayor parte del agua oceánica se evaporó, pero parte de los fluidos salinos circularon por los sedimentos de la cuenca, extrayendo de ellos metales como el cobre y el cobalto. En algún momento, hace entre 650 y 500 millones de años, las capas de sal empezaron a desplazarse hacia arriba debido a la acción tectónica, formando diapiros salinos —formaciones rocosas abovedadas en las que un núcleo de roca se desplaza varios kilómetros hacia arriba para perforar la superficie terrestre—. Un proceso similar tuvo lugar a lo largo de la costa del Golfo de Estados Unidos, lo que hizo accesibles a la perforación numerosos yacimientos de petróleo y gas.

Como resultado de los depósitos de agua oceánica y la posterior acción tectónica, las menas de cobre-cobalto de todo el Cinturón del Cobre se encuentran tanto a grandes profundidades como cerca de la superficie. A profundidades inferiores al nivel de la capa freática fluctuante, el cobre y el cobalto se combinan con el azufre en el mineral carrolita, que es la principal fuente del cobalto extraído industrialmente en el Congo. Más cerca de la superficie, el agua se combina con el azufre para crear ácido sulfúrico, haciendo que las menas se «oxiden». Esta oxidación convierte el sulfuro en óxido. El cobalto oxidado se convierte en hidróxido de cobalto en el mineral de nombre heterogenita. Según Hitzman: «Los yacimientos de hidróxido de cobalto de Katanga son únicos. Forman bloques que pueden tener

desde decenas de metros a varios kilómetros de longitud que flotan como pasas en un pastel». Los mineros artesanales excavan canales de hasta sesenta metros de profundidad para encontrar estas «pasas» de heterogenita. Uno de los mayores yacimientos conocidos de reservas de cobalto se encuentra bajo un barrio de Kolwezi llamado Kasulo, un delirante centro de excavación de túneles que no se parece a ningún otro lugar del planeta.

### El lado oscuro de la revolución EV[18]

El hecho de que en la RDC el cobalto se encuentre en yacimientos de enormes dimensiones, poco profundos y de alta ley explica el lado de la oferta en la ecuación que se desarrolla en las provincias mineras del país. El lado de la demanda está determinado por el hecho de que este metal se utiliza en casi todas las baterías recargables de iones de litio del mundo. El desarrollo de este tipo de baterías se remonta a la década de 1970 en Exxon, durante la época del embargo petrolero de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo), cuando se estaban explorando fuentes de energía alternativas. Sony produjo las primeras baterías de iones de litio a escala comercial a principios de la década de 1990, cuando se utilizaban principalmente para la electrónica de consumo a pequeña escala. El mercado de las baterías de iones de litio recibió su primera sacudida al alza con las revoluciones de los teléfonos inteligentes y las tabletas. Apple presentó el iPhone en 2007, y los *smartphones* Android se lanzaron en 2008. Desde entonces, se han vendido miles de millones de teléfonos y cada uno requiere unos gramos de cobalto refinado en su batería. Una erupción similar de aparatos tuvo lugar en el mercado de las tabletas. Apple lanzó el iPad en 2010, seguido poco después por el Galaxy Tab de Samsung. Se han vendido miles de millones de tabletas, cada una de las cuales requiere hasta treinta gramos de cobalto en su batería. Si añadimos los ordenadores portátiles, las motos y bicicletas eléctricas y otros dispositivos electrónicos recargables, la cantidad total de cobalto que necesitan asciende a decenas de miles de toneladas al año (sin incluir los que tienen cuatro o más ruedas).

Sin embargo, en el mercado de los vehículos eléctricos es donde realmente se ha disparado la demanda. El primer vehículo eléctrico

recargable se inventó en la década de 1880, pero hasta principios del siglo XX no se fabricaron vehículos eléctricos a escala comercial. En 1910 alrededor del 30 por ciento de los coches de Estados Unidos funcionaba con motores eléctricos. Si la tendencia hubiera continuado, todos viviríamos en un planeta más limpio y fresco. En cambio, los motores de combustión interna pasaron a dominar el siglo siguiente de la industria automovilística, algo que se explica por varias razones. En primer lugar, el Gobierno de Estados Unidos realizó grandes inversiones para ampliar la infraestructura viaria a partir de la Federal Aid Road Act de 1916. Conducir por todo el país requería una autonomía mayor que la que podía alcanzar la tecnología de los vehículos eléctricos de la época. Además, el descubrimiento de grandes yacimientos de petróleo en Texas, California y Oklahoma abarató mucho el funcionamiento de los coches de combustión interna.

Los vehículos eléctricos quedaron relegados a un nicho de mercado hasta que el impulso a las fuentes de energía renovables a partir de 2010 condujo a su renacimiento. Este se aceleró tras el Acuerdo de París de 2015, en el que 195 países acordaron el objetivo común de mantener el aumento de la temperatura media mundial por debajo de 2 grados Celsius con respecto a los niveles preindustriales. Para lograr este objetivo, para el año 2024 las emisiones de $CO_2$ deben reducirse al menos un 40 por ciento por debajo de los niveles de 2015. Dado que aproximadamente una cuarta parte de las emisiones de $CO_2$ son generadas por vehículos con motores de combustión interna, la expansión del transporte impulsado por baterías constituye la única solución.

En 2010 solo circulaban diecisiete mil vehículos eléctricos en todo el mundo. En 2021 esa cifra se disparó hasta los dieciséis millones. Cumplir los objetivos del Acuerdo de París requeriría al menos cien millones de vehículos eléctricos en uso para 2030. En 2017 se puso en marcha una campaña aún más ambiciosa llamada EV30@30, con el objetivo de acelerar el desarrollo de vehículos eléctricos y alcanzar una cuota de mercado del 30 por ciento de ventas en 2030. El objetivo EV30@30 requeriría un parque mundial de 230 millones de coches eléctricos para 2030, lo que supone multiplicar por 14 las cifras de 2021.[19] Las ventas de vehículos eléctricos podrían acabar siendo

incluso mayores, ya que veinticuatro países se comprometieron en la COP26 a eliminar por completo la venta de coches a gasolina para 2040. Se necesitarán millones de toneladas de cobalto, lo que seguirá empujando a cientos de miles de mujeres, hombres y niños congoleños a peligrosos pozos y túneles para satisfacer la demanda.

### ¿Por qué necesitan cobalto las baterías de iones de litio?

Para lograr la adopción generalizada de vehículos eléctricos a la escala prevista será necesario que las baterías se abaraten y sean capaces de alcanzar mayores distancias entre cargas. Los precios de las baterías de iones de litio no han dejado de bajar a medida que los fabricantes de coches eléctricos intentan equiparar sus costes a los de aquellos de combustión interna. Medido en precio por kilovatio hora, el coste de producción de los paquetes de baterías de iones de litio ha caído un 89 por ciento, pasando de 1.200 $/kWh en 2010, a 132 $/kWh en 2021. Se prevé que los costes de producción alcancen la importante marca de 100 $/kWh en 2024, momento en el que los vehículos eléctricos alcanzarán la paridad de costes con los coches de gasolina.[20] Igual de importante que el coste a la hora de acelerar la adopción del coche eléctrico es la distancia que puede recorrer entre carga y carga. Para aumentar la autonomía, las baterías requieren mayores densidades energéticas, y actualmente solo la composición química de iones de litio con cátodos de cobalto es capaz de ofrecer la máxima densidad energética manteniendo la estabilidad térmica. Para entender por qué esto es así, repasemos brevemente cómo funcionan las baterías.

Las baterías proporcionan fuentes portátiles de energía eléctrica mediante el reequilibrio químico entre un cátodo (electrodo positivo) y un ánodo (electrodo negativo). El cátodo y el ánodo están separados por una barrera química llamada electrolito. Cuando el cátodo y el ánodo se conectan a un dispositivo, se crea un circuito que da lugar a una reacción química que genera iones positivos y electrones negativos en el ánodo. En el cátodo se produce una reacción opuesta. La naturaleza siempre busca el equilibrio, por lo que los iones positivos y los electrones negativos del ánodo viajan hacia el cátodo,

pero toman caminos diferentes para llegar a sus destinos. Los iones fluyen directamente a través del electrolito hasta el cátodo, mientras que los electrones fluyen a través del circuito externo hasta el cátodo. Los electrones no pueden viajar a través del electrolito porque su naturaleza química actúa como una barrera y los obliga a pasar a través del circuito o dispositivo exterior. Este flujo de electrones crea la energía que alimenta el dispositivo. A medida que una batería genera energía eléctrica, las sustancias químicas de su interior se van «agotando». Una batería recargable es aquella que permite un cambio en la dirección del flujo de electrones e iones utilizando otra fuente de energía que empuja todo de nuevo al punto de partida. Los distintos materiales tienen diferentes capacidades para liberar, atraer y almacenar electrones e iones, y aquí es donde entran en escena el litio y el cobalto.

La química basada en el litio se ha convertido en la forma dominante de baterías recargables porque es el metal más ligero del mundo, lo que tiene ventajas claras para la tecnología de consumo y las aplicaciones en vehículos eléctricos. El cobalto se utiliza en los cátodos de las baterías de iones de litio porque posee una configuración de electrones única que permite que la batería permanezca estable a densidades de energía más altas a lo largo de repetidos ciclos de carga y descarga. Una mayor densidad de energía significa que la batería puede retener más carga, lo que es fundamental para maximizar la autonomía de un vehículo eléctrico entre cargas.

Los tres tipos principales de baterías recargables de iones de litio que se utilizan en la actualidad son las de óxido de litio y cobalto (LCO), las de óxido de litio, níquel, manganeso y cobalto (L-NMC) y las de óxido de litio, níquel, cobalto y aluminio (L-NCA). El litio representa solo el 7 por ciento de los materiales utilizados en cada tipo de batería, mientras que el cobalto puede llegar al 60 por ciento. [21] La química de cada batería tiene sus puntos fuertes y débiles.

Las baterías LCO proporcionan una alta densidad energética, lo que les permite almacenar más energía por peso de batería. Esta cualidad las hace ideales para su uso en dispositivos electrónicos de consumo, como teléfonos móviles, tabletas y ordenadores portátiles. La contrapartida es que las baterías LCO tienen una vida útil más corta

y consumen menos energía, cualidades que las convierten en inadecuadas para su uso en vehículos eléctricos. La mayoría de estos utilizan baterías L-NMC, excepto Tesla, que utiliza baterías L-NCA. Desde 2015 la tendencia de estas baterías ha sido reducir la dependencia del cobalto y aumentar la proporción de níquel.[22] El níquel tiene menor estabilidad térmica que el cobalto, por lo que cuanto mayor sea la proporción de níquel utilizada, menor será la estabilidad y la seguridad de la batería.

El limitado suministro y el elevado coste del cobalto no han pasado desapercibidos para el sector del coche eléctrico. Los investigadores de baterías están trabajando en diseños alternativos que puedan minimizar o eliminar la dependencia de este metal. En la actualidad la mayoría de las alternativas sin cobalto presentan importantes desventajas relacionadas con la densidad energética, la estabilidad térmica, los costes de fabricación y la longevidad. Además, muchas están a una década o más de distancia de la producción a escala comercial.

En un futuro próximo no se podrá evitar el cobalto del Congo, lo que significa que no se podrá evitar la devastación que su extracción causa a la población y al medio ambiente en las provincias mineras de la RDC. Incluso cuando los diseñadores de baterías encuentren la forma de eliminar el cobalto de las baterías recargables sin sacrificar el rendimiento ni la seguridad, la miseria del pueblo congoleño no habrá terminado. Seguramente habrá otro tesoro dormitando en la tierra que la economía mundial convertirá en valioso. Esa ha sido la maldición del Congo durante generaciones. Las riquezas incalculables no han traído al pueblo congoleño más que dolor.

Hace más de un siglo E. D. Morel describió el Estado Libre del Congo como «una gigantesca granja de esclavos que apestaba a crueldad».[23] La minería del cobalto es esa granja de esclavos perfeccionada, el coste de la mano de obra se ha anulado mediante la degradación de los africanos en la parte inferior de una cadena económica que pretende exonerar de responsabilidad a todos los participantes mediante un astuto plan de confusión adornado con proclamas hipócritas sobre la preservación de los derechos humanos. Es un sistema de explotación absoluta para el beneficio absoluto. La

extracción de cobalto es la última de una larga historia de mentiras «enormes y atroces» que han atormentado al pueblo del Congo. La verdad, como siempre, está por descubrir.

---

[11] Ver Darton Commodities, 2022, pp. 7, 19; y United States Geological Survey, 2022, p. 53.

[12] Pakenham, 1992, p. 12.

[13] World Bank, 2020, p. 103.

[14] El SAESSCAM (Service d'Assistance et d'Encadrement du Small-Scale Mining, o Servicio de Asistencia y Apoyo a la Minería a Pequeña Escala) se creó en 1999, cuando la minería artesanal consistía principalmente en la extracción de coltán, oro, cobre y diamantes. En 2003 se transformó en un departamento gubernamental oficial dentro del Ministerio de Minas, y en 2010 comenzó a centrarse más en la minería artesanal del cobre y cobalto en la provincia de Katanga. En abril de 2017 pasó a llamarse SAEMAPE (Service d'Assistance et d'Encadrement de L'Exploitation Minière Artisanale et de Petit Echelle, o Servicio de Asistencia y Apoyo a la Minería Artesanal y a Pequeña Escala) y se le dotó de mayor presupuesto y autoridad para colaborar con los Gobiernos provinciales en la supervisión de la minería artesanal en el Cinturón del Cobre.

[15] Darton Commodities, 2022, p. 14.

[16] *Ibid.*, p. 45.

[17] United States Geological Survey, 2022, p. 53.

[18] Del inglés *electric vehicle* (vehículo eléctrico). (*N. de la T.*).

[19] Datos procedentes de: 1) International Energy Agency, 2020, y 2) «Electric cars fend off supply challenges to more than double global sales», disponible en https://www.iea.org/commentaries/electric-cars-fend-off-supply-challenges-to-more-than-double-global-sales.

[20] Datos procedentes de «Battery pack prices fall to an average of $132/kWh, but rising commodity prices start to bite», disponible en https://about.bnef.com/blog/battery-pack-prices-fall-to-an-average-of-132-kwh-but-rising-commodity-prices—start-to-bite/.

[21] Las baterías LCO tienen un 60 por ciento de cobalto, las L-NMC entre un 6 y un 20 por ciento, y las L-NCA entre un 6 y un 9 por ciento.

[22] Las formulaciones más comunes de las baterías L-NMC incluyen NMC-111, NMC-532, NMC-622 y NMC-811, en las que los números representan las proporciones de níquel, manganeso y cobalto. También existen múltiples composiciones de baterías L-NCA, entre las que se incluyen NCA-111, NCA-811 y NCA-622, en las que los números representan las proporciones de níquel, cobalto y aluminio.

[23] Morel, 1968, p. 42.

02

# «Aquí es mejor no haber nacido»

*«De todas las acciones vergonzosas e infames llevadas a cabo por el hombre para aprovecharse de sus semejantes […] esta bajeza se atreve a llamarse comercio».*

ROGER CASEMENT,
carta al Ministerio de Asuntos Exteriores,
6 de septiembre de 1903

Lubumbashi se muestra a primera vista nada más llegar, pues hay una gigantesca mina a cielo abierto de cobre-cobalto llamada Ruashi junto al aeropuerto. «La sobrevolará al aterrizar en Lubumbashi», me dijo mi guía local, Philippe, antes de mi primer viaje.

Era imposible no verla, una enorme cavidad en la tierra formada por tres gigantescas fosas de varios cientos de metros de diámetro. Por los bordes aterrazados de los cráteres circulaban excavadoras de gran tonelaje como pequeñas hormigas amarillas. Junto a las fosas había una instalación de procesado de minerales con numerosas balsas de almacenamiento de productos químicos y estanques rectangulares de agua. Los residuos tóxicos de la planta de procesamiento se vertían en un gran depósito de aproximadamente un kilómetro cuadrado. El complejo entero tenía más de diez kilómetros cuadrados, mucho más pequeño que algunos de los colosales yacimientos industriales que encontraríamos en el camino hacia Kolwezi, pero no por ello menos impresionante.

Desde el asfalto la pared de tierra de la mina de Ruashi dominaba el horizonte como un Uluru de color caqui. Miles de chozas de ladrillo en varios tonos de rojo y marrón se apiñaban junto a la concesión extendiéndose a lo largo de muchos kilómetros hacia el oeste. En 1910 los belgas fundaron aquí una ciudad minera llamada Élisabethville para explotar su primera mina en Katanga, Étoile du Congo (Estrella del Congo), que se encuentra justo al sur de Ruashi. Las excavaciones en Ruashi siguieron hasta 1919. El asentamiento original contenía negocios propiedad de blancos, rodeados de calles arboladas donde

vivían los europeos. Cerca de Étoile y Ruashi se levantaron campamentos mineros para los trabajadores africanos en solares irregulares. Ambas minas siguen funcionando hoy en día y, para muchos habitantes de las comunidades cercanas, las condiciones de trabajo y de vida no han cambiado apenas desde la llegada de los belgas.

Aunque el tiempo pasa despacio en el Congo, los nombres cambian con cada nuevo régimen. Cuando el Estado Libre del Congo pasó de manos del rey Leopoldo II al Gobierno belga, la colonia tomó el nombre de Congo Belga. Con la independencia, en 1960, la nación cambió su nombre por el de República del Congo. A principios de la década de 1970 Joseph Mobutu inició una campaña de «africanización» en la que todos los nombres coloniales fueron sustituidos por otros africanos: Élisabethville se convirtió en Lubumbashi, Léopoldville en Kinsasa, Katanga en Shaba y República del Congo en Zaire. En 1997 Laurent Kabila invadió el país, arrebató el control a Mobutu y lo rebautizó como República Democrática del Congo. Al ser de Katanga, rebautizó Shaba de nuevo con el nombre de Katanga. Tras el asesinato de Laurent Kabila, en 2001, su hijo Joseph tomó el poder y posteriormente subdividió las once provincias del país en veintiséis. Katanga a su vez se dividió en cuatro, de las que dos de la mitad inferior, el Alto Katanga y Lualaba, contienen todas las minas de cobre-cobalto del país.

El nombre de Katanga procede originalmente de un pueblo situado no lejos de donde los belgas fundaron Élisabethville. Los katangueses originarios ya extraían cobre de los abundantes yacimientos de la región mucho antes de la llegada de los europeos. El cobre katangués llegó por primera vez a Europa a través de los traficantes de esclavos portugueses en el siglo XVI. En 1859 el explorador escocés David Livingstone hizo un viaje desde Sudáfrica a Katanga y observó grandes piezas de cobre «en forma de cruz de san Andrés» que se utilizaban como moneda de pago.[24] Se convirtió en el mismo viaje en el primer europeo en encontrarse con un señor de la guerra llamado Mwenda Msiri Ngelengwa Shitambi, que intercambiaba cobre por armas de fuego con los europeos y llegó a reunir una imponente fuerza militar. Tenía fama de violento y era tristemente célebre por su colección de relucientes cráneos de

humanos blancos, que pudo haber servido de inspiración para la colección de cráneos de Kurtz en *El corazón de las tinieblas*.

En el verano de 1867 Livingstone regresó a Katanga en busca del nacimiento del río Nilo. Escribió sobre los nativos que fundían malaquita para producir grandes lingotes de cobre de más de cincuenta kilos en forma de i mayúscula. Verney Lovett Cameron fue el siguiente europeo en mencionar Katanga cuando inició su viaje transcontinental en 1874. También observó grandes lingotes de cobre y fue testigo de la venta de esclavos a Msiri a cambio de cobre. Un misionero escocés, Frederick Stanley Arnot, llegó después, en 1886, con la esperanza de llevar el cristianismo a los nativos de Katanga. Describió el método local de extracción del cobre, que es notablemente similar a la técnica actual utilizada por los mineros artesanales para excavar en busca de cobalto:

> La malaquita de la que se extrae el cobre se encuentra en grandes cantidades en la cima de ciertas colinas escarpadas y desnudas. En su búsqueda los nativos excavan pequeños pozos redondos que rara vez superan los cuatro o cinco metros de profundidad. No tienen perforaciones laterales, por lo que cuando un pozo les resulta demasiado profundo, lo abandonan y abren otro.[25]

Las descripciones de Arnot en 1886 llamaron la atención del imperialista británico Cecil Rhodes, fundador de la prestigiosa beca Rhodes. Se aventuró hacia el norte desde su epónima Rodesia (Zambia) hasta Katanga para reunirse con Msiri con la esperanza de firmar un tratado que pondría a Katanga bajo dominio británico. Msiri despidió a Rhodes sin firmar ningún tratado. Al enterarse de los esfuerzos de Rhodes en Katanga, el rey Leopoldo, que acababa de afianzar su Estado Libre del Congo en 1885, envió inmediatamente tres equipos para asegurar un acuerdo con Msiri. Una campaña dirigida por el explorador belga Alexandre Delcommune llegó primero, el 6 de octubre de 1891, y se reunió con el rey. Al igual que Rhodes, fue rechazada. Una segunda campaña de mercenarios zanzibareños dirigida por el traidor británico William Grant Stairs llegó el 20 de diciembre de 1891. Stairs se reunió con Msiri, que se marchó al día siguiente a un pueblo vecino. Stairs envió a sus dos hombres de mayor confianza para que razonaran con él, pero después

de tres días de negociaciones fallidas, los europeos fusilaron a Msiri, lo decapitaron y clavaron su cabeza en un poste para que todos vieran las consecuencias de oponerse a Leopoldo y a su Estado Libre del Congo.[26] Por vez primera se derramó sangre por el control de las riquezas de Katanga. Ya no habría vuelta atrás.

El tercer equipo enviado por Leopoldo llegó el 30 de enero de 1892 cuando la bandera del Estado Libre del Congo ya ondeaba en la capital. Incluía al geólogo belga Jules Cornet, que inspeccionó el territorio del 8 de agosto al 12 de septiembre de 1892, catalogando los yacimientos minerales de la región, describiéndola como un «verdadero desafío para la geología». Cornet fue el primer europeo en documentar los extensos yacimientos de cobre de lo que pasaría a llamarse Cinturón del Cobre de África Central. Incluso hizo que una piedra local llevara su nombre, cornetita. Algunas prospecciones adicionales en 1902 en nombre de los belgas, dirigidas por el experto minero estadounidense John R. Farrell, realizaron evaluaciones más detalladas de los yacimientos. Farrell declaró en su informe al rey Leopoldo:

> Será totalmente imposible agotar vuestras reservas de minerales oxidados durante este siglo […]. La cantidad de cobre que seréis capaces de producir depende enteramente de la demanda, pues las minas pueden suministrar la que se quiera. Podéis producir más cobre y mucho más barato que cualquiera de las minas actuales. Creo que sus minas serán la fuente del futuro suministro mundial de cobre.[27]

Casi todo ese cobre llevaba cobalto, aunque pasarían otros ciento diez años antes de que la revolución de las baterías recargables lo convirtieran en un mineral diez veces más valioso que el cobre.

Al asegurarse Katanga, Leopoldo había dado literalmente con un filón y los belgas pasaron rápidamente al modo de explotación. El 18 de octubre de 1906 crearon la Union Minière du Haut-Katanga (UMHK) para explotar los yacimientos de cobre de toda la región. El Estado belga concedió a la UMHK amplios poderes paraestatales, incluida la capacidad de construir y gestionar centros urbanos con mano de obra africana para utilizarla en la explotación de los activos mineros. Élisabethville creció rápidamente alrededor de Étoile y Ruashi, y pronto contó con hoteles, un consulado británico, clubes

deportivos, bares y un campo de golf junto al lago Kipopo que todavía existe. La población nativa de Katanga resultó insuficiente para satisfacer las necesidades de mano de obra de las operaciones mineras de la UMHK, que crecían rápidamente, por lo que la empresa reclutó a miles de trabajadores y compró esclavos para trabajar en las minas. Los trabajadores africanos fueron hacinados en barracones destartalados y explotados en un régimen de trabajos forzados que recordaba a algunos de los sistemas más duros de la esclavitud africana. Los beneficios se dispararon, especialmente tras el inicio de la Primera Guerra Mundial, durante la que millones de balas disparadas por las fuerzas británicas y estadounidenses se fabricaron con cobre katangués.[28]

A medida que la UMHK expandía su huella minera por el Cinturón del Cobre, los europeos acudían en masa a Élisabethville en busca de oportunidades. Algunos trabajaron para la UMHK, otros abrieron negocios o llegaron para dar clases a los niños europeos en las escuelas recién fundadas. El hijo de uno de esos profesores, David Franco, que ahora es un compositor musical de Hollywood que vive en Los Ángeles, pasó los primeros veinte años de su vida en Élisabethville, de 1940 a 1960:

—Todos los aspectos de nuestra vida en Élisabethville giraban en torno a la UMHK… A pesar de las distancias con la madre patria, Bélgica también desarrolló una activa vida cultural artística y musical en su colonia, llevando grandes talentos, tanto locales como europeos. Por ejemplo, uno de esos acontecimientos que no podré olvidar ocurrió cuando tenía nueve años y asistí con mis padres a un recital del violinista mundialmente famoso Yehudi Menuhin, en aquella época uno de los más grandes de la música clásica. ¿Se lo imaginan? Quedé hipnotizado por su actuación. Ese fue el día en que decidí ser músico.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Katanga volvió a revelarse indispensable para el esfuerzo bélico aliado, proporcionando oro, estaño, tungsteno, cobalto y más de ochocientas mil toneladas de cobre para la fabricación de artillería. El gobernador general del Congo Belga, Pierre Ryckmans, declaró en junio de 1940: «El Congo Belga en la guerra actual es la baza más importante de Bélgica. Está enteramente al servicio de los aliados y, a través de ellos, de la madre

patria. Si se necesitan hombres, se los dará; si se necesita trabajo, trabajará para ella».[29] Decenas de miles de congoleños trabajaron hasta la extenuación en las minas de cobre y fueron enviados al frente para morir por Bélgica y sus aliados europeos.

En el momento de la independencia, el 30 de junio de 1960, la economía del Congo se basaba casi por completo en la extracción de minerales de la provincia de Katanga, controlada en su mayor parte por la UMHK, que no tenía ninguna intención de desprenderse de sus operaciones mineras altamente rentables. Por ello, la UMHK y los militares belgas apoyaron a un político katangués llamado Moise Tshombe, para que declarara la secesión de Katanga de la República del Congo once días después de la independencia de la nación.

«Recuerdo cuando me desperté en mitad de la noche con el sonido del metal al golpear el hormigón de la carretera —recuerda Franco—. Me asomé a través de las cortinas para ver los tanques atravesando las calles… Desperté a mis padres y les dije: "¡Tenemos que salir de aquí!". Fuimos a uno de los colegios donde se refugiaba la gente. Al cabo de unos días condujimos hacia el sur y nos dirigimos a la frontera con Rodesia. Dejamos todo atrás».

Fue otro golpe más para controlar las riquezas minerales de Katanga. Se derramaría más sangre, que llegaría hasta el mismísimo secretario general de las Naciones Unidas.

Si el sector minero se hace notar a la llegada al aeropuerto de Lubumbashi, ocurre otro tanto con la fuerza policial. Soldados de semblante severo empuñando sus kaláshnikov escrutan a los pasajeros en la pista, mientras otro grupo espera en la reducida sala de llegadas para dirigir a los seleccionados a una sala secundaria de control detrás de una puerta cerrada con llave. Esta segunda revisión, para la que casi siempre me seleccionaban, implicaba tener que responder a varias preguntas sobre el propósito de mi viaje, dónde me alojaría y rellenar varios formularios. Solo después de completar este proceso de cribado, se me permitía cruzar el vestíbulo para recoger mi equipaje.

La sala de equipajes del aeropuerto de Lubumbashi tiene el tamaño del aula de un colegio. Las maletas llegan en cajas metálicas que arrastra un tractor. Un único mozo descarga las maletas de una en una en una única cinta de equipajes. La sala está vigilada por un

tercer pelotón de soldados que rebuscan en las maletas de los pasajeros extranjeros objetos que puedan indicar que la persona tiene algún interés en husmear en asuntos en los que no debería husmear, como el sector minero. Un cuarto grupo de soldados patrulla la salida de la terminal, donde se encuentra un puñado de taxistas de pie junto a unos sedanes oxidados y una valla publicitaria que dice: «Bienvenido a Lubumbashi». También hay soldados en los puestos de control a la salida del aeropuerto y por toda la capital, realizando registros aleatorios y exigiendo verificar la documentación de viaje de los visitantes extranjeros. El proceso se repite en cada uno de los cinco puestos de *péage* que hay en la carretera entre Lubumbashi y Kolwezi. Incluso con la documentación completamente en regla, el acoso de los soldados en los puestos de control es constante.

La mayoría de mis viajes a la RDC tuvieron lugar durante la estación seca para evitar las carreteras inundadas y los corrimientos de tierra, que imposibilitan el paso a muchas de las zonas mineras. La desventaja de viajar durante esta época es que las provincias mineras están asfixiadas por el polvo y la arena. Edificios, casas, carreteras, personas y animales están cubiertos de mugre. La tierra y el cielo se funden en una difusa paleta cobriza. Los árboles parecen palos quebradizos. Los pequeños lagos y afluentes se transforman en terrenos oxidados. El calor también es más intenso durante la estación seca, aunque se trata de un calor seco, ya que el Cinturón del Cobre se encuentra a una altitud de entre mil quinientos y dos mil metros. Solo en uno de mis viajes al Congo llegué en la estación de lluvias. Cuando por fin estallaron las tormentas, lo hicieron con una furia bíblica y la tierra reseca se transformó de la noche a la mañana. El verde estalló sobre las áridas colinas, los árboles florecieron con orgullo, el aire era vigorizante y fresco, y el gran cielo azul regresó de su exilio.

Nadie sabe cuánta gente vive en Lubumbashi —o en cualquier otra ciudad congoleña, para el caso—, porque el último censo realizado por el Gobierno fue en 1984. Las estimaciones locales sitúan la población en más de dos millones de habitantes, lo que la convierte en la segunda ciudad más grande del país, detrás de Kinsasa. La principal calle se llama «calle 30 de junio de 1960», día de la independencia congoleña. Motos y vehículos en general en buen estado circulan a toda velocidad por la carretera. Los minibuses

amarillos atestados de pasajeros, incluidos unos cuantos colgados del parachoques trasero, arrancan y se detienen cada cincuenta metros para dejar subir y bajar a la gente. Las vallas publicitarias anuncian servicios bancarios y de telefonía móvil. Niños uniformados caminan a casa desde la escuela escuchando a todo volumen las últimas canciones de rap o de bailes de moda que truenan en los estéreos portátiles de los mercados locales. La mayoría de los adultos se visten con un estilo vibrante llamado *liputa*, una explosión de ricos colores y motivos atrevidos. En ocasiones más formales las mujeres visten el llamativo *pagne*, un atuendo de tres piezas formado por falda, blusa y pañuelo a juego de tonos brillantes y diseños provocativos. En la calle 30 de junio de 1960 hay numerosos lugares de culto, entre ellos una sinagoga, una mezquita y varias iglesias. La mitad de la población congoleña es católica y aproximadamente una cuarta parte del país es protestante.

Las principales calles de Lubumbashi están atestadas de pequeños comercios, como peluquerías, talleres de reparación de vehículos, quioscos de recarga de teléfonos móviles, panaderías, restaurantes, cafeterías y puestos de comida. La mayoría de las tiendas son pequeñas estructuras de hormigón de una sola habitación con nombres pintados a mano a lo largo de las paredes frontales que hacen referencia a Dios, como Alimentation Don de Dieu, o al nombre de la propietaria, como Julia Shopping o Beatrice Boucherie. Descubrí que el mejor mercado para abastecerse de provisiones antes de dirigirse a las zonas rurales era Jambo Mart, siempre lleno de una gran variedad de productos, casi todos importados de Sudáfrica, China y la India.

Hay una considerable población india en el Congo, lo que me ayudó mucho para moverme por las provincias mineras sin llamar demasiado la atención. Los indios son propietarios o gestionan muchos de los hoteles de ciudades como Lubumbashi y Kolwezi, y un gran número de ellos emigraron al Congo para trabajar como obreros y comerciantes. Ser indio me permitió tener una serie de tapaderas al adentrarme en el Cinturón del Cobre. A veces era un hombre de negocios que exploraba las posibilidades de importar mercancías o invertir en un hotel; otras era un comerciante de minerales que pretendía entender mejor el comercio del cobalto. Con los funcionarios del Gobierno siempre era yo mismo: un investigador de

Estados Unidos que quería saber más sobre las condiciones del sector minero del cobalto. Mi primera reunión con un funcionario gubernamental en el Congo tuvo lugar al día siguiente de mi llegada.

Me reuní con Mpanga Wa Lukalaba, director de gabinete del gobernador de la provincia del Alto Katanga en la sede del Gobierno provincial en Lubumbashi, para conseguir su apoyo durante mis viajes a las zonas mineras. Me advirtieron que no llegaría muy lejos en las minas de la provincia sin su aprobación. Mis objetivos para la reunión eran dos: no hacer saltar ninguna alarma que pudiera obstaculizar mi capacidad para aventurarme en las zonas mineras, y asegurarme su sello y firma personales en la documentación de *engagement de prise en charge* (compromiso de asumir la responsabilidad), que acompañaba a mi visado. En caso de que la policía minera o un comando de la milicia intentaran detenerme, podría mostrarles el sello del director Lukalaba para que vieran que contaba con el apoyo de la oficina del gobernador para moverme por las zonas mineras.

Estaba preparado para un largo interrogatorio sobre mis intenciones, pero Lukalaba me acogió calurosamente y solo me hizo una pregunta: ¿por qué deseaba pasar tanto tiempo en las desagradables zonas mineras, en lugar de visitar las partes más bonitas de la provincia? Le expliqué que tenía entendido que los mineros artesanales se quedaban con una parte demasiado pequeña del valor de los minerales del Congo y tenía la esperanza de que, si más gente comprendía las condiciones en las que trabajaban, podría incentivar a encontrar una solución a esa disparidad. Tuve cuidado de no mencionar cuestiones como el trabajo infantil, ni señalar con el dedo al Gobierno congoleño por tener su parte de responsabilidad en privar a su pueblo de una porción de los recursos minerales del país. Tras una agradable conversación sobre los estudios de posgrado del director en Estados Unidos, sacó su sello de un cajón del escritorio, lo estampó en la parte inferior de mi documentación de *prise en charge* y firmó con su nombre. Poco sabía yo en aquel momento que ese sello y esa firma me iban a salvar la vida.

Aunque Lubumbashi es la capital administrativa del sector minero de la RDC, hay muy poca minería en la propia ciudad exceptuando Ruashi y Étoile, que produjeron juntas unas 8.500 toneladas de

cobalto en 2021.[30] Ambas minas pasaron de la UMHK a Gécamines en 1967, el primer día después de que Mobutu nacionalizara el sector minero del país. La producción bajo la dirección de Gécamines fue irregular y finalmente se abandonó tras el colapso financiero de la empresa a principios de la década de 1990. Los derechos sobre Ruashi fueron adquiridos en 2012 por el gigante minero estatal chino Jinchuan Group. Los derechos sobre Étoile fueron adquiridos en 2003 por Chemicals of Africa (CHEMAF), una empresa minera de cobre-cobalto propiedad de Shalina Resources, con sede en Dubái. CHEMAF es también uno de los principales actores del sector minero artesanal de la RDC. La empresa explota un proyecto piloto de «mina modelo» para mineros artesanales en Kolwezi en colaboración con una ONG estadounidense llamada Pact. Al menos así fue, hasta que quedó claro que no todo era lo que parecía. Étoile es digna de mención no solo porque fue la primera mina que los belgas empezaron a explotar en el Congo en 1911, sino por ser la primera mina industrial en la que se invitó formalmente a los mineros artesanales a trabajar, a partir de finales de los años noventa. Poco después de hacerse con el país mediante un golpe militar en 1997, Laurent Kabila promovió la minería artesanal en Étoile para generar unos ingresos que su incipiente Gobierno necesitaba con urgencia. Aunque se prometió a los habitantes locales una mejora en sus ganancias y condiciones de vida, su mano de obra se utilizó para reanudar la producción en Étoile a cambio de salarios de miseria. Los mineros artesanales siguen trabajando en Étoile hasta el día de hoy, ayudando a aumentar la producción a cambio de los mismos escasos ingresos.

—Nos pagan muy poco —dijo Makaza, un hombre de la cercana aldea de Mukwemba.

—Se llevan todos nuestros minerales, pero no apoyan a las comunidades que viven aquí.

Sentado en una silla de plástico junto a su choza de paja a la sombra de un alto aguacatero, Makaza me explicó que él y sus hijos trabajaban como mineros artesanales en Étoile, al igual que muchos de los habitantes varones de la aldea. Nos dijo que solía producir entre cuarenta y cincuenta kilogramos de heterogenita al día excavando en el fondo de los grandes pozos o en sus paredes, por lo que le pagaban entre 2.000 y 2.500 francos congoleños (FC) (entre 1,10 y 1,40

dólares). Le pregunté quién le pagaba exactamente y me contestó que «los hombres de CHEMAF». Se lamentó de que esos míseros ingresos fueran insuficientes para cubrir las necesidades de su familia y expresó su disgusto por el hecho de que CHEMAF hiciera tan poco por ayudar a los pueblos de los alrededores. Me llevó a visitar su aldea y las condiciones eran desoladoras. No había electricidad ni instalaciones sanitarias. El agua procedía de pequeños pozos rodeados en su parte superior por viejos neumáticos de *jeep*. Los aldeanos subsistían con verduras cultivadas en unos pocos campos amarillentos. La clínica más cercana estaba a cinco kilómetros y la escuela a siete.

La familia de Makaza solía vivir en un pueblo mucho más próximo a los servicios básicos, pero fue demolido durante una de las ampliaciones de Étoile. Como la mayoría de las minas industriales del Congo, la explotación de Étoile ha crecido a lo largo de los años, desplazando a miles de habitantes locales. El desplazamiento de la población autóctona debido a la expansión de las minas es una de las grandes dificultades de las provincias mineras. A medida que empeoran las condiciones de vida de los desplazados, aumenta su desesperación, lo que les lleva a buscar cobalto en condiciones peligrosas en las tierras que antes ocupaban. Makaza dijo que vivía con el temor constante de ser desalojado la siguiente vez que la mina se ampliara, o cuando se construyera una nueva.

—Al final, no quedará ningún lugar en el Congo para los congoleños —añadió Makaza.

Exploré algunos pueblos cercanos a Étoile y eran parecidos a Mukwemba. Un número considerable de hombres y niños, quizá miles, excavaban en busca de cobalto en el interior de la mina por uno o dos dólares al día. Intenté investigar directamente en Étoile, pero mi primer esfuerzo tuvo que ser interrumpido porque se produjo un recrudecimiento de la violencia de las milicias en la zona. La milicia mai-mai Bakata Katanga era un grupo especialmente violento que ocasionalmente se hacía con el control de pueblos y territorios mineros con la intención de separar Katanga del resto del país. No fue la única vez que mis movimientos en las zonas mineras se verían frustrados por las milicias locales. Mi segundo esfuerzo por inspeccionar Étoile se topó con la denegación de entrada por parte de los guardias de seguridad de CHEMAF en la puerta principal de la

mina. Tampoco fue la única vez que eso ocurriría.

Aunque no pude investigar en el interior de la concesión de Étoile, hay algo que estaba claro: los habitantes de los pueblos cercanos a la mina vivían en condiciones nómadas propias de la Edad de Piedra, similares a las que soportaron los trabajadores africanos que la UMHK llevó a principios del siglo XX a Élisabethville para trabajar en Étoile.

La mayoría de las principales explotaciones mineras artesanales del Congo se encuentran muy al oeste de Lubumbashi, entre las ciudades de Likasi y Kolwezi. Antes de partir hacia estas zonas, me reuní con un grupo de tres alegres estudiantes de la Universidad de Lubumbashi que estaban organizando distintas iniciativas para ayudar a las comunidades mineras artesanales. Gloria, Joseph y Reine me agasajaron con un almuerzo de *ugali*, un plato tradicional congoleño que consiste en una bola hervida de harina de maíz servida con estofado. Se parecía mucho a uno de mis platos favoritos del sur de la India, el *idli* y *sambar*, salvo que el *idli* se hace con arroz. Los estudiantes planeaban inscribirse en programas de posgrado en Europa y Canadá. Eran conscientes de lo afortunados que eran en relación con la mayoría de la gente de su país y especialmente con la de las comunidades mineras. Según ellos los problemas empezaban por arriba.

—En el Congo el gobierno es débil. Nuestras instituciones estatales son incompetentes y se mantienen así para que puedan ser manipuladas por el presidente en función de sus intereses —afirmó Reine.

—El Congo es solo una cuenta bancaria para el presidente —añadió Gloria.

Cuando les pregunté por sus impresiones sobre la minería artesanal, no se anduvieron con rodeos.

—Kabila permite que los extranjeros roben los recursos del país y los mineros artesanales sufren por ello. Acepta sobornos y cierra los ojos mientras los *creuseurs* son tratados como animales —explicó Joseph.

—Kabila vendió las minas a los chinos —añadió Reine—. Lo único que les importa es el cobalto, el cobalto, el cobalto… Tratan a los congoleños como esclavos.

—No son solo los chinos. Todas las empresas mineras tratan al pueblo congoleño como esclavos —matizó Gloria—. Creen que porque nuestro pueblo es pobre pueden humillarlo.

—Para ellos todos los africanos son pobres. Nos roban nuestros recursos para mantenernos pobres —exclamó Joseph.

—Cuando veas lo que las empresas mineras han hecho con nuestros bosques y ríos, llorarás —dijo Reine.

Gloria reforzó la preocupación de Reine por los daños medioambientales causados por las empresas mineras y compartió una preocupación aún mayor:

—Déjame decirte algo importante de lo que nadie habla. Las reservas minerales del Congo durarán otros cuarenta años, ¿quizá cincuenta? Durante ese tiempo la población del Congo se duplicará. Si nuestros recursos se venden a extranjeros en beneficio de la élite política, en lugar de invertirlos en educación y desarrollo para nuestro pueblo, en dos generaciones tendremos doscientos millones de personas pobres, sin educación y a las que no les quedará nada que perder. Esto es lo que está ocurriendo y, si no se detiene, será un desastre.

El pronóstico de Gloria era desolador. No pude evitar preguntarme si los dirigentes del país comprendían las consecuencias a largo plazo de permitir que la RDC fuera despojada de sus recursos por intereses extranjeros con escasos beneficios para su pueblo. Mi encuentro con los tres estudiantes tuvo lugar en agosto de 2018, cuando Joseph Kabila aún estaba en el poder. Las elecciones estaban previstas para el 30 de diciembre de 2018, tras más de dos años de retrasos. Kabila no podía presentarse de nuevo, lo que significaba que iba a haber otro jefe de Estado distinto por primera vez en veintidós años. Pregunté a los estudiantes si pensaban que las condiciones podrían mejorar tras las elecciones.

—Kabila ya ha dispuesto que gane [Félix] Tshisekedi —respondió Joseph—. Será la marioneta de Kabila. Todo el mundo lo sabe.

Efectivamente, Tshisekedi ganó las elecciones, pero en los primeros meses de su mandato ocurrió algo inesperado, empezó a librar una campaña anticorrupción que incluía el control de algunos de los negocios de Kabila en el sector minero. Hablé con Mike Hammer, el severo embajador estadounidense en la RDC, unos meses

después de las elecciones.

—Cuando llegué por primera vez al Congo y Kabila estaba en el poder, no podía hablar de corrupción porque me arriesgaba a ser expulsado por «injerencia». Con Tshisekedi hay un cambio de mentalidad sobre la corrupción. Ahora podemos hablar de ello, se reconoce como un problema grave y como una prioridad —explicó.

Desde entonces se ha producido una lucha de poder entre Tshisekedi y Kabila. Se percibe que Tshisekedi intenta alinear al país con Estados Unidos, mientras que Kabila lucha por mantener los vínculos con China.

—La visión de Tshisekedi para el país choca con la visión de Kabila. Tshisekedi busca la inversión estadounidense porque conlleva mejores empleos, favorece a las comunidades locales y respeta el medio ambiente —dijo Hammer.

Tshisekedi amplió sus esfuerzos para hacer frente a la hegemonía china sobre el sector minero del país con el valiente anuncio en mayo de 2021 de que renegociaría los contratos con las empresas mineras chinas que se firmaron bajo el mandato de Joseph Kabila. Un alto cargo de la Administración del presidente Tshisekedi, al que llamaré Silvestre, habló conmigo en agosto de 2021 a condición de mantener el anonimato y describió el razonamiento de la Administración:

—Digamos que en el 85 por ciento de los grandes contratos mineros siempre encontrará una empresa china detrás. La mayoría de estos tratos carecían de transparencia. Su *modus operandi* era asegurarse de que no se publicara nada sobre ellos. Hubo muchos sobornos en el último régimen para permitir que esto fuera así. Queremos publicar los detalles de estos acuerdos para poder exigir responsabilidades a las empresas chinas.

Mientras continúa la lucha por el poder entre Tshisekedi y Kabila, se tomará una trascendental decisión con importantes implicaciones geopolíticas y económicas con relación a si el país se alineará más con China o con Estados Unidos. Aún está por ver si esta decisión conllevará alguna mejora en la vida de los mineros artesanales.

Antes de salir de Lubumbashi para adentrarme en las zonas mineras, visité una explotación de Gécamines abandonada cerca de las afueras de una ciudad llamada Gécamines Sud. La mina fue en su día el orgullo de Lubumbashi y un símbolo de su pujanza económica. En

su mejor momento empleaba a miles de ciudadanos y producía decenas de miles de toneladas de cobre al año. Las operaciones cesaron a principios de la década de 1990 y desde entonces ha permanecido inactiva. En su interior una montaña de cien metros de escombros y residuos se alzaba junto a la imponente chimenea de la instalación de procesamiento de minerales. Marañas de metal yacían oxidadas sobre amplios campos de tierra. Todo estaba cubierto de un color ceniciento y pálido bajo el fulgor del sol.

Gécamines Sud era una muestra de lo que la minería había hecho en el Congo, una tierra antaño grandiosa reducida a la ruina. De las ruinas nació una nueva forma de minería, más violenta y voraz. Como iremos descubriendo a cada kilómetro que avanzamos hacia Kolwezi, la revolución de las baterías recargables ha desatado en el Congo una fuerza malévola que pisotea todo a su paso en su despiadada carrera por el cobalto.

## Kipushi

Viajaremos hacia el noroeste por la carretera de Lubumbashi a Kolwezi para descubrir la realidad de la minería del cobalto en la RDC; antes, sin embargo, debemos dar un pequeño rodeo hasta una ciudad llamada Kipushi, que se encuentra a unos cuarenta kilómetros al sudoeste de Lubumbashi, justo en la frontera con Zambia. Como la mayoría de las ciudades del Cinturón del Cobre, se fundó como una ciudad minera que alberga la inmensa mina del mismo nombre que los belgas en 1924 bautizaron como Príncipe Leopoldo. En aquella época poseía los mayores yacimientos conocidos de cobre y zinc del mundo. La UMHK la explotó hasta que fue nacionalizada por Mobutu de la mano de Gécamines, que la explotó durante casi tres décadas, tras las que cesaron las operaciones más o menos al mismo tiempo que en Gécamines Sud. Ivanhoe Mines, con sede en Canadá, resucitó la mina en 2011 a través de una empresa conjunta con Gécamines (a un reparto del 68-32 por ciento) llamada Kipushi Corporation (KICO). Ivanhoe también comparte derechos con Zijin Mining, con sede en China, sobre una segunda concesión situada en el extremo opuesto del Cinturón del Cobre, la gigantesca mina de cobre de Kamoa-Kakula, al oeste de Kolwezi. El yacimiento contiene el mayor depósito del mundo sin explotar de cobre de elevada ley.

La carretera de Lubumbashi a Kipushi es la principal ruta de exportación de cobalto y otros minerales de la RDC. Estuvo en buen estado hasta 1997, cuando Laurent Kabila y su ejército respaldado por Ruanda y Uganda, la AFDL (Alianza de Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo), invadieron el país. La AFDL bombardeó la carretera para cortar el paso a los refuerzos procedentes de Zambia, aliada de Joseph Mobutu. En 2010 un consorcio chino llamado SICOMINES [Sino-Congolaise des Mines] volvió a asfaltar la carretera como parte de un acuerdo negociado por Joseph Kabila, gracias al que China consiguió acaparar la mayor parte del mercado mundial de cobalto antes de que nadie se percatara de lo sucedido. Fue uno de los muchos acuerdos de infraestructuras a cambio de recursos que China ha negociado en el continente africano.

Los cimientos del dominio chino en África se establecieron en el

año 2000, cuando el presidente Jiang Zemin propuso la creación del Foro de Cooperación China-África para facilitar las inversiones chinas en los países africanos. La relación se anunciaba como una situación en la que todos saldrían ganando: los chinos construirían carreteras, presas, aeropuertos, puentes, redes de telefonía móvil y centrales eléctricas muy necesarias en el continente y, a cambio, China se aseguraría el acceso a recursos esenciales para sostener su creciente economía. En 2006 el presidente Hu Jintao profundizó los lazos económicos con una cumbre chino-africana en Pekín a la que asistieron cuarenta y ocho jefes de Estado africanos. Se llegó a un acuerdo entre SICOMINES y Joseph Kabila, por el que el primero se comprometía a aportar 6.000 millones de dólares para la construcción de carreteras y 3.000 millones para la mejora de las infraestructuras mineras en Katanga. El dinero debía reembolsarse mediante los beneficios de los yacimientos de cobre-cobalto excavados por SICOMINES. Si los depósitos resultaban insuficientes, la RDC se comprometía a devolver los préstamos por «otros medios».

El acuerdo de SICOMINES suscitó una gran controversia en cuanto se hubo secado la tinta. El Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, ambos acreedores importantes de la RDC, no estaban satisfechos con la nueva carga de la deuda del Congo y la cláusula de «otros medios» del acuerdo, sobre todo si conllevaba la pérdida de los activos mineros garantizados en sus préstamos. El FMI y el Banco Mundial presionaron a Kabila para que renegociara los términos. En diciembre de 2009 se eliminó la conflictiva cláusula del acuerdo y el importe total del préstamo se redujo de 9.000 a 6.000 millones de dólares. Bajo los nuevos términos, SICOMINES acordó pavimentar 6.600 kilómetros de carretera y construir dos hospitales y dos universidades en Katanga, a cambio de los derechos mineros de dos concesiones cerca de Kolwezi: Dikuluwe y Mashamba Oeste.

El presidente Kabila presumió del acuerdo de SICOMINES como el «pacto del siglo» y se apresuró a sacar provecho de él. Creó una empresa privada llamada Strategic Projects and Investments (SPI), que recibió dinero de una serie de proyectos chinos, incluidos los peajes pagados por los camiones que cruzaban la frontera en Kipushi tras la construcción de la nueva carretera. Una investigación de Bloomberg reveló que SPI recaudó peajes por valor de 302 millones de dólares

entre 2010 y 2020, y que este fue solo uno de los muchos acuerdos chinos a través de los cuales Kabila y su familia se enriquecieron.[31] La nación, sin embargo, ha visto pocos beneficios del acuerdo de SICOMINES. Los proyectos de infraestructuras se han retrasado, la calidad de las carreteras ha sido deficiente y apenas ha habido aspectos medioambientales o de impacto social en la construcción y las operaciones mineras de SICOMINES. Y, lo que es más importante, el acuerdo está exento de impuestos hasta que se reembolsen totalmente los préstamos para infraestructuras y minería, lo que significa que la RDC no recibirá ingresos significativos hasta dentro de muchos años.

Viajé en coche de Lubumbashi a Kipushi con Philippe, mi guía de confianza. Sus profundos conocimientos sobre la minería artesanal le convirtieron en el mejor compañero para mis primeras incursiones en el sector minero del Congo. El trayecto atravesaba varias aldeas que bordeaban la carretera principal. Las casas de estos pueblos eran las únicas que vi en las provincias mineras que no eran de color óxido, sino más bien de color tostado o caqui. La tierra de la parte sudeste del Cinturón del Cobre es menos densa en óxido de cobre y hierro, por lo que las chozas de adobe tienden a ser menos rojizas. Muchas de ellas se construyeron sobre plataformas elevadas con ramas de árbol para protegerlas de las inundaciones durante la temporada de lluvias. La mayoría estaban coronadas por techos de paja o de chapa metálica sujetos por grandes piedras. A lo lejos grandes montículos de tierra jalonaban el paisaje, algunos medían más de cinco metros de altura y les crecían árboles encima.

—Son montículos de termitas. Las termitas se sienten atraídas por el cobre de la tierra, construyen las colinas en ese punto en particular y los *creuseurs* a veces excavan bajo ellas porque saben que allí habrá cobre y cobalto —explicó Philippe.

A medida que nos acercábamos a la frontera los camiones articulados de dieciocho ruedas cargados de minerales rugían y derrapaban por la estrecha carretera, ensuciándolo todo a su paso. Cada choza, árbol, aldeano y niño estaban cubiertos de una capa de arena. Poco después de pasar un arco verde y blanco desgastado sobre la carretera que decía: «Bienvenue à la cité frontalière de kipushi» (Bienvenidos a la ciudad fronteriza de Kipushi), la carretera se

bloqueó por completo con camiones parados. Cada uno estaba cargado hasta los topes con la mercancía atada a las plataformas con gruesas cuerdas y semicubierto de lonas azules y rosas.

—A esto lo llamamos carretera de carga pesada. Cada camión se pesa en la frontera y, como la mayoría tiene sobrepeso, se les cobra por el exceso de carga —dijo Philippe.

Al haber tantos camiones atascados en la «carretera de carga pesada», nos vimos obligados a conducir por el lado contrario durante varios kilómetros para evitar el atasco, dando volantazos bruscos para esquivar a los vehículos que venían en dirección opuesta.

—Los camiones llegan a esperar tres o cuatro días para cruzar la frontera —nos explicó Philippe—. Están repletos de mena de todo Katanga, cobre, cobalto, níquel y zinc de Lualaba y el Alto Katanga, además de oro, coltán, casiterita y wolframita de Tanganica.

La provincia de Tanganica forma parte de la antigua región de Katanga, situada inmediatamente al norte de la provincia del Alto Katanga. Es una zona muy peligrosa invadida por numerosas milicias mai-mais. Excepto algunos grupos como los mai-mais Bakata Katanga, las milicias mai-mai no son tan activas en el Cinturón del Cobre de Katanga porque está mejor protegido por el ejército. El nombre *mai-mais* significa «agua-agua», basado en la creencia de que tienen poderes mágicos que pueden convertir las balas enemigas en agua. Las milicias tomaron las armas en un principio para apoyar a Joseph Mobutu contra la invasión de Laurent Kabila en 1997. Poco después, degeneraron en bandas itinerantes de matones que luchaban por controlar el territorio y recurrían a la minería para financiar sus esfuerzos. Resulta que la provincia de Tanganica contiene importantes reservas de coltán, junto con yacimientos de estaño, wolframio y oro. Cada uno de estos metales es necesario para la fabricación de microprocesadores. Los mai-mais estaban sentados sobre un cofre del tesoro y desde el cambio de milenio han recurrido a la violencia para obligar a la población local a extraer las riquezas en su beneficio. La mayor parte de los minerales salen del país de contrabando a través de Ruanda y Uganda hacia las cadenas de suministro formales, o por el punto fronterizo de Kipushi con Zambia.[32]

No mucho después de pasar la señal que nos daba la bienvenida a la región fronteriza de Kipushi, llegamos a un cruce y nos desviamos

de la «carretera de carga pesada» por una ruta de un solo carril llamada carretera de Kipushi, que atravesaba una zona remota de bosque denso. No había otros vehículos —ni camiones, ni bocinas, ni ningún sonido—, solo una brisa cálida y seca.

Philippe señaló por la ventanilla.

—Hay muchos yacimientos artesanales en este bosque. Los *creuseurs* de los pueblos caminan hasta aquí por la mañana para cavar. Le pregunté si había niños cavando en el bosque.

—Sí, por supuesto —respondió—. ¿Qué otra cosa van a hacer? No hay escuelas en los pueblos. Cada miembro de la familia debe ganar algo para que el colectivo sobreviva.

Philippe y yo pasamos el día entero explorando estos yacimientos, que consistían en pequeñas parcelas de terreno excavadas por unas docenas de mineros artesanales, entre los que había niños. Eran versiones en miniatura de lo que estaba a punto de ver en Kipushi.

Unos diez minutos después de desviarnos de la carretera, llegamos a un puesto de control de seguridad que estaba a cargo de cinco soldados de las FARDC. Philippe me hizo un gesto para que permaneciera en silencio y mantuviera mi teléfono móvil fuera de la vista. Los soldados examinaron mis documentos, hicieron una serie de preguntas sobre nuestras intenciones y finalmente nos permitieron pasar. Unos minutos más tarde estábamos en el corazón de Kipushi, una típica ciudad fronteriza con una fuerte presencia militar. Además de las habituales iglesias, peluquerías, quioscos de recarga de teléfonos móviles y tiendas de comestibles locales, había numerosos bares y discotecas, presumiblemente para atender al personal militar. Estábamos aún a unos cientos de metros de la mina KICO cuando oí un fuerte zumbido que ahogaba todos los demás ruidos de la zona.

—Ese es el ventilador principal de KICO que insufla aire al pozo primario para que los trabajadores puedan respirar —me explicó Philippe. Pregunté a qué profundidad estaba el pozo.

—Más de un kilómetro.

El recinto de KICO estaba vallado y fuertemente vigilado. Aparcamos a cierta distancia de la entrada principal y caminamos a lo largo del perímetro de la concesión. Justo al oeste había una gigantesca mina a cielo abierto inactiva de varios cientos de metros de diámetro.

—Aquí es donde Gécamines explotaba originalmente la mina —dijo Philippe.

Mirando hacia el interior de la fosa apenas pude distinguir a unas docenas de personas escarbando en el fondo del cráter en varias zanjas. Philippe me explicó que Gécamines ya había excavado la mayor parte del cobre, el cobalto y el zinc de la fosa hacía años, pero que los mineros artesanales seguían rebuscando en el lugar los restos que pudieran encontrar, como aves carroñeras que picotean los huesos después de que los grandes felinos hayan terminado de atiborrarse. Más allá de la zanja abandonada, pude discernir un inmenso paisaje con cráteres sobre el que se movían unos cuantos miles de cuerpos.

—Esa es la principal zona de minería artesanal que llega hasta Zambia —dijo Philippe.

Yo estaba dispuesto a avanzar para explorar la zona, pero Philippe me explicó que primero teníamos que conseguir el permiso de los funcionarios de la empresa Ivanhoe Mines. Aunque técnicamente los mineros artesanales estaban excavando fuera de la concesión de KICO, Philippe me aseguró que los guardias de seguridad de KICO no nos dejarían acercarnos a la explotación artesanal sin permiso.

—No quieren que los periodistas saquen fotos y escriban historias sobre las condiciones existentes al lado de su concesión.

Nos dirigimos a la puerta principal del recinto de KICO y nos recibieron guardias armados, que nos exigieron pasar una prueba de alcoholemia antes de entrar en el recinto. Una vez dentro, el complejo impresionaba por su escala y sofisticación. KICO disponía de suministro eléctrico exclusivo e incluía cómodas instalaciones residenciales para los empleados extranjeros de Ivanhoe, así como un gimnasio y una zona de recreo. Había numerosos camiones de carga, todoterrenos, carretillas elevadoras y excavadoras aparcados en el recinto. Los empleados congoleños vestían uniformes *beige* con rayas amarillo fosforescente en las muñecas y los brazos, así como cascos amarillos y guantes industriales. Aparte de unos pocos árboles verdes plantados fuera de la oficina principal, todo el recinto era de hormigón, metal y suciedad.

Los guardias nos condujeron a una sala de conferencias con una gran mesa rectangular. Las paredes estaban cubiertas de planos detallados de yacimientos minerales y pozos mineros. Cuando llegó el

personal de KICO, les presenté mi solicitud para inspeccionar la zona de minería artesanal. Tras responder a las preguntas sobre por qué, durante cuánto tiempo, con qué fin, etc., nos concedieron permiso para inspeccionar la zona de minería artesanal próxima a la mina de KICO, pero solo si uno de sus guardias de seguridad nos escoltaba. Me preocupaba que la presencia del guardia nos impidiera realizar entrevistas y recibir respuestas sinceras, pero, afortunadamente, se aburrió rápido y regresó al recinto, permitiéndonos hablar libremente con los mineros.

La zona minera artesanal de Kipushi estaba situada en una franja abierta de tierra justo al sur del pozo abandonado de Gécamines. Era un vasto páramo lunar de varios kilómetros cuadrados, en extraño contraste con el avanzado complejo minero de KICO situado justo al lado, que disponía de equipos mineros, técnicas de excavación y medidas de seguridad del primer mundo. El yacimiento artesanal parecía retroceder siglos atrás en el tiempo, poblado por campesinos que utilizaban herramientas rudimentarias para picar la tierra. Más de tres mil mujeres, niños y hombres paleaban, raspaban y escarbaban por la zona bajo un sol feroz y una bruma polvorienta. Con cada hachazo a la tierra, una nube de polvo se elevaba como un espectro hacia los pulmones de los excavadores.

Mientras caminábamos por las afueras del yacimiento, Philippe se agachó y me entregó una piedra del doble del tamaño de mi puño.

—Mbazi —dijo.

Heterogenita. Estudié la piedra de cerca. Era compacta, de textura rugosa, adornada con una seductora mezcla de verde azulado y azul celeste, motas de plata y manchas naranjas y rojas: cobalto, níquel, cobre. Ahí estaba el corazón palpitante de la economía recargable. La heterogenita puede presentarse en forma de piedra grande, como la que me entregó Philippe, en guijarros más pequeños o descompuesta en arena. El cobalto es tóxico al tacto y al respirarlo, pero esa no es la mayor preocupación de los mineros artesanales. La mena contiene a menudo restos de uranio radiactivo.

Solté la piedra y seguí a Philippe más adentro de la zona minera. La mayoría de los mineros artesanales me lanzaron miradas suspicaces al verme pasar. Una madre adolescente dejó de cavar y se apoyó en su

pala bajo la pálida luz del día. Me miró como si fuera un invasor. El polvo se tragó al escuálido bebé que llevaba atado a la espalda, con la cabeza ladeada en ángulo recto respecto a su frágil cuerpo. Philippe le preguntó si estaría dispuesta a hablar con nosotros.

—¿Quién llenará este saco mientras hablo con vosotros? —respondió ella con enfado.

Seguimos caminando por la mina y encontramos a un grupo de seis varones cubiertos de tierra y barro, de edades comprendidas entre los ocho y los treinta y cinco años.

—*Jambo* —saludó Philippe al grupo, utilizando la palabra suajili para «hola».

—*Jambo* —respondieron.

El grupo estaba cavando dentro de un pozo de cinco metros de profundidad, de unos seis o siete metros de ancho en la superficie y tres metros en el fondo, similar a los pozos descritos por Frederick Stanley Arnot en 1886. Los más jóvenes cavaban con pequeñas palas más cerca de la superficie, mientras que los adultos lo hacían a más profundidad en el sedimento arcilloso. El fondo del pozo estaba sumergido en unos treinta centímetros de agua de color cobrizo. El más mayor era Faustin, un joven delgado y aguerrido, con la cara achatada. Llevaba zapatillas de plástico, pantalones de color oliva, una camiseta de color marrón claro y una gorra de béisbol.

—La mayoría de la gente que excava aquí viene de Kipushi. Algunos también vienen de pueblos del lado de Zambia —dijo Faustin.

Señaló en la distancia. No había ningún paso fronterizo oficial en esta parte de Kipushi, solo una línea invisible en algún lugar más allá de la zona de minería artesanal que la población local cruzaba cada día.

Faustin explicó que él, su hermano, su cuñado, su mujer, su primo y sus tres hijos trabajaban en grupo.

—Trabajamos solo con la gente en la que confiamos —dijo. Cada día llenaban grandes sacos de rafia con barro, tierra y piedras de heterogenita que sacaban del pozo. Rompían las piedras más grandes en guijarros utilizando un mazo de metal para poder meter más en cada saco. Una vez llenos los sacos, los llevaban a balsas de agua cercanas para tamizar el contenido a través de un *kaningio* (tamiz metálico). Las piedras de heterogenita ya tamizadas se volvían a

cargar en los sacos. Se necesitaban varios ciclos de este tipo cada día para obtener suficientes guijarros de heterogenita con los que llenar un saco grande de rafia.

—Al final de un día podemos producir tres sacos de heterogenita —explicó Faustin.

Le pregunté qué hacían con los sacos.

—Los llevamos cerca de KICO. Los *négociants* van allí y les vendemos el cobalto.

—¿Qué hacen los *négociants* con la heterogenita? —pregunté.

—Transportan los sacos a los *comptoirs* y se la venden.

—¿Por qué no lleva usted mismo el cobalto a los puestos de venta?

—No tengo moto. Otros *creuseurs* hacen ellos mismos el transporte hasta los *comptoirs*, pero es un riesgo, porque hay que tener un permiso para transportar mena en el Congo. Si la policía nos encuentra transportando la mena sin los permisos, nos detendrán.

Pregunté qué tipo de permiso se necesitaba. Faustin no estaba seguro de los detalles, solo de que era demasiado caro para la mayoría de los mineros artesanales. Philippe completó los detalles.

—Se necesitan tres permisos diferentes para transportar mena. El precio depende de la cantidad transportada y de la distancia. Los *négociants* deben pagar algo así como ochenta o cien dólares al año por transportar una tonelada de mena no más de diez kilómetros. Un comerciante tendrá que transportar muchas toneladas de mena, y quizá las distancias puedan ser de hasta cincuenta kilómetros. Las compañías mineras deben transportar miles de toneladas, y podrían recorrer más de trescientos kilómetros si viajan de Kolwezi a Kipushi, por lo que la tarifa en este caso puede ser de miles de dólares al año.

Las tasas de transporte de la mena parecían otra forma del Gobierno para acumular dinero. ¿Por qué, si no, cobrar a la gente por llevar rocas de un lugar a otro? Las tasas también hacían imposible que los mineros artesanales accedieran directamente a los mercados de venta debido a su incapacidad para pagar el impuesto. Estar aislados del mercado los obligaba a aceptar por su duro trabajo precios inferiores a los de los *négociants*, lo que reforzaba aún más el estado de pobreza que los empujó en primera instancia a la minería artesanal.

Pregunté a Faustin y a los miembros de su grupo por su salud. Se quejaban de tos persistente y dolores de cabeza, así como de heridas leves como cortes y torceduras, dolores de espalda y cuello. Ninguno quería ir a la zona de minería artesanal a cavar, pero sentían que no tenían otra alternativa.

—Lo que puedo decirle es que para la mayoría de la gente que vive aquí no hay otro trabajo —dijo Faustin—. Sin embargo, cualquiera puede excavar cobalto y ganar dinero.

Hice números de cuánto podían ganar los miembros del grupo de Faustin. Los ocho individuos producían una media de tres sacos de mena de heterogenita lavada al día, y cada saco pesaba una media de cuarenta kilos. Los *négociants* que acudían al yacimiento pagaban 5.000 francos congoleños por saco, es decir, unos 2,80 dólares. Este pago suponía unos ingresos por cada miembro del equipo de aproximadamente 1,05 dólares diarios. En realidad, los niños no recibían dinero alguno; simplemente trabajaban para ayudar a la familia. La heterogenita de Kipushi tenía una ley de cobalto del 1 por ciento o menos, muy inferior a la más cercana a Kolwezi, donde las leyes podían superar el 10 por ciento. La baja ley del cobalto en Kipushi repercutía directamente en los escasos ingresos de los mineros artesanales que trabajaban en la zona.

Cuando terminé de hablar con el grupo de Faustin, dos de los chicos, André y Kisangi, de ocho y diez años, se ofrecieron a hacerme una demostración del proceso de cribado. Les seguí desde el pozo mientras arrastraban un saco de rafia repleto de tierra y piedras, que probablemente pesaba más que ellos. Después de treinta metros, llegamos a una piscina de lavado que utilizaban varios grupos de mineros artesanales para cribar las piedras de la suciedad. La balsa tenía unos seis metros de diámetro y medio metro de profundidad. Había un cubo de metal oxidado, una pala en un extremo y un tamiz metálico de color cobre de un metro por un metro junto al cubo. La balsa de agua era un charco pútrido, burbujeante y de color cobre. A los muchachos como André y Kisangi que tamizaban y lavaban piedras se los llamaba *laveurs*, y a las mujeres y niñas *laveuses*.

Los chicos volcaban el saco y vaciaban el contenido a mano en un gran montón junto a la balsa de lavado. André se metió medio desnudo en el agua pestilente y cogió el tamiz por las dos asas. Colocó

el otro extremo en la tierra al borde de la balsa. Kisangi utilizó la pequeña pala para vaciar el contenido del saco en el tamiz. A continuación, André tiró enérgicamente del tamiz hacia arriba y hacia abajo a través de la superficie del agua, separando la tierra de la piedra. Parecía que sus pequeños hombros iban a salirse de su sitio con cada sacudida. Al cabo de unos minutos, solo quedaban guijarros en el tamiz. André parecía agotado y apenas conseguía sostener el tamiz por encima del agua, mientras Kisangi sacaba los guijarros con la mano y los colocaba en un montón. Los niños repetían este arduo proceso otras diez o quince veces para conseguir tamizar todas las piedras del saco, y tenían que terminar varios sacos al día.

—Nuestra madre y nuestra hermana recogen las piedras y las meten en ese cubo que utilizan para llenar otro saco con esas piedras —explicó Kisangi.

Del pozo a la balsa, al saco de piedras, la familia había subdividido los pasos necesarios para extraer el cobalto de la tierra y empacarlo para que lo transportaran los *négociants*. A continuación, estos lo vendían en la cadena de suministro formal a través de puestos de compraventa impersonales situados a lo largo de la autovía. El blanqueo de minerales desde el niño hasta las baterías era así de sencillo.

Philippe y yo nos alejamos de la piscina de enjuague para adentrarnos en la zona minera artesanal sorteando cráteres de distintos tonos marrones. Una bruma opresiva flotaba en el aire. No se veían árboles ni pájaros en el cielo. La tierra había quedado desnuda hasta donde alcanzaba la vista. La mitad de las adolescentes del lugar parecían llevar bebés atados a la espalda. Niños de tan solo seis años adoptaban una posición erguida y hacían acopio de toda la fuerza de sus huesudos brazos para trabajar la tierra con palas oxidadas. Otros se tambaleaban bajo el peso de sacos de rafia a rebosar que arrastraban de las zanjas a las balsas. Hablé con otras familias que funcionaban de forma parecida a la de Faustin. Pasé junto a otras balsas de lavado pútridas y decenas de fosas llenas de hombres y niños que trabajaban a pico y pala. De vez en cuando veíamos a un grupo de niños exhaustos sentados en la tierra bajo el inclemente sol de la tarde, comiendo pan sucio.

En algún lugar cerca de la frontera con Zambia, o quizás justo al otro lado, me encontré con varias mujeres jóvenes vestidas con pareos y camisetas, de pie en fosas poco profundas, con unos quince centímetros de agua cobriza en el fondo. No eran parientes, pero trabajaban en grupo para mantenerse a salvo, pues las agresiones sexuales por parte de mineros varones, *négociants* y soldados eran habituales en las zonas mineras. Las mujeres me dijeron que todas conocían a alguna a la que habían empujado dentro de un pozo para atacarla, lo que probablemente explicaba la existencia de algunos de los bebés atados a sus espaldas. Las agresiones sexuales eran una lacra en casi todas las zonas mineras artesanales que visité. Las mujeres y niñas que sufrían estos ataques representaban la parte invisible y embrutecida de la cadena de reserva mundial del cobalto. Nadie en la cima de la cadena se molestaba siquiera en hacer declaraciones a la prensa sobre las políticas de tolerancia cero en materia de abusos sexuales contra las mujeres y niñas que trabajaban el cobalto. Una joven llamada Priscille estaba de pie en uno de los pozos con un cuenco de plástico en la mano derecha. Rápidamente recogía tierra y agua con el cuenco y la arrojaba a un tamiz situado a unos metros delante de ella. Sus movimientos eran precisos y simétricos, como si fuera una pieza de maquinaria diseñada solo para este fin. Cuando el tamiz se llenó de barro y arena de color gris, tiró de él hacia arriba y hacia abajo hasta que solo quedó la arena con restos de cobalto, que trasvasó con su recipiente de plástico a un saco de rafia rosa. Le pregunté cuánto tiempo tardaba en llenar un saco con la arena.

—Si trabajo duro durante doce horas puedo llenar un saco al día.

Al final de la jornada las mujeres se ayudaban mutuamente para acarrear sus sacos de cincuenta kilos durante un kilómetro hasta la entrada del lugar donde los *négociants* se los compraban por unos 0,80 dólares por saco. Priscille nos contó que no tenía familia y que vivía sola en una pequeña choza. Su marido solía trabajar en este sitio con ella, hasta que hace un año murió de una enfermedad respiratoria. Intentaron tener hijos, pero abortó dos veces.

—Doy gracias a Dios por haberse llevado a mis bebés. Aquí es mejor no haber nacido —dijo.

Al anochecer, terminé la última entrevista y volví a la zona donde empezaba la minería artesanal, cerca del límite del recinto de KICO.

Decenas de mineros artesanales habían arrastrado sacos de heterogenita hasta el límite de la mina para venderlos a los *négociants*. Esperaba ver un equipo de comerciantes oficiales, quizá con uniformes o insignias del Gobierno, pero en su lugar los *négociants* eran jóvenes vestidos con vaqueros y camisetas. A diferencia de los mineros artesanales, llenos de polvo, sus ropas estaban limpias y radiantes. La mayoría llegaron en motocicletas o en furgoneta, que utilizaron para transportar los sacos a los puestos de compraventa. Había cientos de sacos de rafia blanca, azul, naranja y rosa apilados junto a los mineros artesanales. Los *négociants* echaban un vistazo superficial al interior de los sacos y ofrecían un precio fijo que los mineros artesanales tenían que aceptar. Philippe me contó que a las mujeres siempre se les pagaba menos que a los hombres por el mismo saco de cobalto.

—Por esta razón, las únicas mujeres que verás vendiendo el cobalto son las que trabajan por su cuenta —me explicó.

Le pregunté qué pasaría si un minero artesanal llenara la mitad inferior de un saco con tierra y la mitad superior con heterogenita.

—Los *négociants* se darían cuenta en el puesto de compraventa, llevarían una cuadrilla para atacar al minero y nadie volvería a comprarle.

Observé cómo unos cuantos *négociants* cargaban sacos en sus motos, atándolos en el asiento de detrás del conductor, llevando al límite la capacidad de la moto. Uno de ellos, Eli, dijo que antes de ser *négociant*, vendía recargas para teléfonos móviles para Africell en Lubumbashi, pero su primo le convenció de que se sacara el permiso para hacerse *négociant*. La cuota era de ciento cincuenta dólares y había que pagarla anualmente.

—Ahora gano en un día dos o tres veces lo que ganaba antes.

Le pregunté si podía ver cómo era el permiso de autorización.

—¡Caducó hace dos años! —me respondió.

—¿Qué pasa si un policía le pide ver su licencia cuando transporta minerales?

—Pagamos una multa, quizá diez dólares, pero no ocurre a menudo.

Después de hablar con algunos *négociants* más, volví a la zona minera para echar un último vistazo antes de que anocheciera. El paisaje devastado parecía un campo de batalla tras un bombardeo

aéreo. Los supervivientes del asalto del día trepaban a duras penas por los cráteres y regresaban a sus cabañas para descansar el tiempo que pudieran antes de volver a soportar la odisea del día siguiente.

Una muchacha solitaria estaba de pie en lo alto de una montaña de tierra, con las manos en las caderas y la mirada perdida en la tierra yerma donde antes se alzaban árboles gigantes. Su pareo dorado y azul índigo ondeaba al viento mientras contemplaba la masa de gente y tierra. Más allá del horizonte, más allá de toda lógica y moral, personas de otro mundo se despertaban y consultaban sus teléfonos móviles. Ninguno de los mineros artesanales que conocí en Kipushi había visto jamás uno.

Tras mi visita a Kipushi fui a investigar los puestos de compraventa a los que los *négociants* vendían el cobalto excavado por los mineros artesanales. Eran los vínculos poco llamativos pero vitales entre las cadenas de suministro informal y formal del cobalto. La mayoría de estos establecimientos de compraventa de cobalto de Kipushi, así como los yacimientos artesanales más pequeños de los bosques cercanos, estaban situados en «carreteras de carga pesada». Consistían en chozas de madera con grandes lonas rosadas desplegadas en la parte delantera. Los nombres de estos puestos estaban pintados en letras negras encima de las lonas, $Dèpôt, Dèpôt Jaafar y Cu-Co, los símbolos de la tabla periódica para el cobre y el cobalto. Los precios por kilogramo que los puestos de venta ofrecían por la heterogenita se anunciaban en la parte delantera, escritos con rotulador negro en sacos de rafia en función de concentraciones de cobalto que iban del 0,5 por ciento al 2 por ciento, en incrementos de una décima de porcentaje. Visité nueve puestos de venta en un tramo de seis kilómetros al noreste de Kipushi, y todos menos dos estaban gestionados por empleados chinos. Ninguno quiso hablar conmigo. Las otras dos tiendas estaban gestionadas por indios, Hardeep y Amit, ambos del estado del Punyab.

Me contaron que habían llegado a la RDC con visados de trabajo para el sector de la hostelería. Ambos eran licenciados universitarios y hablaban bastante bien inglés, pero aseguraron que en la India era muy difícil encontrar trabajo. El propietario del hotel para el que trabajaban en Lubumbashi (no quisieron decirme el nombre del hotel

ni del dueño) también trabajaba clandestinamente como comerciante de minerales. Colocó a Hardeep y Amit en dos puestos de venta: el Dèpôt Tigre y el Dèpôt 233. Se presentaban allí todos los días a las diez de la mañana y se quedaban hasta la puesta de sol. Guardaban el dinero de las transacciones en una caja metálica cerrada con candado, que parecía fácil de robar para cualquiera que se lo propusiese.

—Utilizamos el Metorex para determinar la pureza del cobalto —me explicó Hardeep, enseñándome una pequeña pistola láser que al apuntar a una muestra de heterogenita, devolvía una lectura de la ley del cobalto.

—Las muestras de Kipushi suelen tener un 1 por ciento —dijo Amit.

Al final de cada jornada llevaban los sacos de heterogenita de vuelta a Lubumbashi, donde su jefe la vendía a una planta transformadora. No sabían cuál, ni el precio pagado. Según Philippe, había dos empresas mineras que compraban la heterogenita a Kipushi, Congo DongFang Mining y CHEMAF. Ambas tenían instalaciones de procesamiento de cobalto en Lubumbashi y resulta que las dos explotaban los dos únicos «yacimientos modelo» de extracción artesanal de cobalto en la RDC. Les hicimos una visita.

El precio pagado en el Dèpôt Tigre y en el Dèpôt 233 por 1 kilogramo de heterogenita con una ley del 1 por ciento era de 200 francos congoleños (unos 0,11 dólares). Un saco de 40 kilos, por lo tanto, se vendía por unos 4,40 dólares. Los *négociants* de Kipushi pagaban a Faustin unos 2,80 dólares por saco. El hecho de tener una autorización para transportar mena implicaba que los *négociants* que operaban en Kipushi podían quedarse con casi el 40 por ciento del valor de cada saco de heterogenita. Parecía una etapa innecesaria en la cadena de suministro que restaba valor a las personas que más trabajaban. Para el caso, los mismos puestos de venta parecían igualmente innecesarios en la cadena, pues desviaban aún más valor del sistema al proporcionar un punto de entrada informal y no rastreable para el cobalto artesanal en la cadena de suministro formal. No había nada que impidiera a las empresas mineras ir directamente a los yacimientos artesanales y pagar a las mujeres, los hombres y los niños que extraían el cobalto, aparte de la imagen negativa asociada a tener vínculos directos con zonas mineras artesanales peligrosas, con

salarios de miseria y repletas de niños.

Había un cierto ambiente tóxico en Kipushi del que fui incapaz de desprenderme durante varios días después de nuestra visita. La tierra, el aire y el agua del lugar parecían totalmente contaminados, lo que sugería que cada minuto que los mineros artesanales pasaban excavando en la mina los exponía a sustancias nocivas que podían tener graves consecuencias en su salud. Para comprenderlas mejor me reuní con un investigador de la Universidad de Lubumbashi llamado Germain, que había estado recopilando datos sobre la salud pública y las repercusiones medioambientales de la minería en el Cinturón del Cobre. Era un investigador metódico con espíritu de activista. Me dijo que tenía que ser muy cauto con su trabajo, pues algunos de sus hallazgos no habían sido bien recibidos por las empresas mineras o el Gobierno congoleño. He aquí parte de lo que describió:

—En los estudios que hemos realizado, los mineros artesanales tienen una concentración de cobalto en la orina cuarenta veces mayor que la de los grupos control. Asimismo, tienen cinco veces más plomo y cuatro veces más uranio. Incluso los habitantes que viven cerca de las zonas mineras, pero no trabajan como mineros artesanales, tienen concentraciones muy elevadas de metales traza en su organismo, como cobalto, cobre, zinc, plomo, cadmio, germanio, níquel, vanadio, cromo y uranio.

Germain señaló que la exposición indirecta a metales pesados por parte de personas que ni siquiera trabajaban como mineros tenía consecuencias negativas para su salud, especialmente para los niños.

—Aunque los niños no trabajen en las minas, la exposición indirecta de sus padres a metales pesados es peor para ellos que la exposición directa a la que están expuestos los adultos. Esto se debe a que el organismo de un niño no puede eliminar los metales pesados con tanta eficacia como los adultos.

Germain añadió que los humanos no eran los únicos que sufrían contaminación tóxica; la fauna salvaje, como los peces y las gallinas que examinó, también mostraba niveles muy elevados de metales pesados.

La contaminación por metales pesados de la población local y de los alimentos estaba provocando una serie de consecuencias negativas

para la salud en todo el Cinturón del Cobre. Por ejemplo, Germain había documentado recientemente un alto índice de defectos congénitos en las comunidades mineras, como holoprosencefalia, agnatia-otocefalia, mortinatos, abortos espontáneos y bajo peso al nacer.[33] Germain dijo que en la mayoría de los casos el padre del niño había estado trabajando como minero artesanal en el momento de la concepción y que las muestras de sangre del cordón umbilical tomadas al nacer revelaban altos niveles de cobalto, arsénico y uranio. Las afecciones respiratorias también eran frecuentes:

—La inhalación de polvo de cobalto provoca la «enfermedad pulmonar por metales duros», que puede ser mortal. Además, el contacto prolongado con el cobalto puede provocarles dermatitis aguda —explicó Germain.

Los cánceres también aumentaron en las comunidades mineras artesanales, sobre todo de mama, riñón y pulmón.

—La exposición al níquel y al uranio son las principales causas de cáncer.

Los casos de intoxicación por plomo también estaban muy extendidos. Las muestras de partículas de polvo tomadas en el interior de las casas de todo el Cinturón del Cobre tenían una media de 1.840 microgramos por metro cuadrado. Germain explicó que el polvo de plomo procedía probablemente de la ropa de los trabajadores de las minas, así como del procesamiento del metal en algunas de las grandes minas. A modo de referencia, la Agencia de Protección Medioambiental de Estados Unidos recomienda un límite máximo seguro de 430 microgramos de plomo por metro cuadrado en el interior de las viviendas. Niveles tan altos como el de 1.840 microgramos por metro cuadrado pueden causar daños neurológicos, dolores musculares y articulares, dolores de cabeza, dolencias gastrointestinales y reducción de la fertilidad en adultos. En los niños el envenenamiento por plomo puede causar daños irreversibles en el desarrollo, así como pérdida de peso, vómitos y convulsiones.

Germain lamentó que el sistema de salud pública del Congo no estuviera equipado para hacer frente a la magnitud y gravedad de los resultados sanitarios perjudiciales que sufrían las personas que vivían en las comunidades mineras.

—Los médicos no reciben formación para diagnosticar y tratar las

dolencias derivadas de la contaminación por metales pesados.

Muchos pueblos y comunidades mineras no disponían de dispensarios médicos básicos para tratar dolencias sencillas, por no hablar de enfermedades o cánceres. Germain consideró que había muchos responsables de los problemas de salud pública a los que debían enfrentarse las comunidades mineras, pero tuvo palabras especialmente duras para las empresas mineras extranjeras:

—Las empresas mineras no controlan la escorrentía de los vertidos de sus operaciones de procesamiento. No limpian cuando se producen vertidos químicos. El polvo y los gases tóxicos de las instalaciones mineras y de los equipos diésel se extienden a lo largo de muchos kilómetros y son inhalados por la población local. Han contaminado toda la región, los cultivos, los animales y las poblaciones de peces están contaminados.

Germain señaló que el código minero del país contenía cláusulas destinadas a impedir los vertidos tóxicos por parte de las empresas mineras, pero ninguna de ellas ni ninguna otra ley sobre protección del medio ambiente se aplicaban adecuadamente.

—Antes de obtener una autorización, las empresas mineras deben presentar al Gobierno un plan de gestión de residuos. Por supuesto, no respetan sus planes, pero el Gobierno tampoco envía a nadie a controlar sus actividades.

Le pregunté a Germain por qué creía que el Gobierno congoleño no le había contratado para colaborar en un programa de pruebas más ambicioso y en un sistema de aplicación de la gestión de residuos en las grandes minas. Suspiró y explicó que, como era de esperar, los funcionarios del Gobierno querían maximizar los cánones mineros, lo que significaba maximizar la extracción de mena, lo que significaba dejar que las empresas mineras hicieran lo que quisieran con tal de que pagaran los cánones. La investigación que Germain estaba realizando era un obstáculo, no un beneficio para esta agenda. De hecho, había recibido presiones para que dejara de hacer el tipo de pruebas que me describió.

—No es solo por las empresas mineras extranjeras, las congoleñas son igual de culpables del vertido de residuos en el medio ambiente. Tampoco a ellas les gusta el trabajo que hago —me explicó.

Germain pensaba, con razón, que había pocas probabilidades de

que mejoraran las consecuencias de la minería sobre la salud pública si no se obligaba a las empresas a cumplir unas normas mínimas de sostenibilidad y protección medioambiental.

—Igual que en Estados Unidos.

—¿Qué haría falta para conseguir eso? —pregunté.

Germain reflexionó buscando una respuesta, pero permaneció en silencio y se limitó a encogerse de hombros con aire cansino.

En mis primeros viajes al Congo empezó a surgir un patrón. Se corría la voz sobre mis incursiones en las zonas de minería artesanal y, poco después, alguien llamaba a uno de mis guías o dejaba un mensaje en la pensión donde me alojaba solicitando una reunión. Nada más reunirme con Germain, Philippe me informó de que le habían pedido que concertara un encuentro con una organización llamada Investissements Durables au Katanga (Inversiones Sostenibles en Katanga) o IDAK. Esta organización participa activamente en el sector de la minería artesanal de la RDC y tres miembros de la dirección, Alex, Fortunat y Mbuya, me pidieron que me reuniera con ellos en una iglesia de Lubumbashi. Nos sentamos en sillas de plástico en lo que parecía ser un almacén. No había luz, solo una lámpara de mesa y dos ventanas abiertas, que permitían al ruido del tráfico exterior colarse en la habitación. Los tres parecían deseosos de recalcar ante mí la importancia de su organización para ayudar a los mineros artesanales.

—Fundamos IDAK en 2011 para ofrecer un foro a los representantes locales, el Gobierno nacional, la sociedad civil y las empresas mineras para debatir los retos a los que se enfrenta el sector minero y encontrar soluciones de forma colaborativa —explicó Alex.

—IDAK intenta mejorar la cooperación entre las partes interesadas y desarrollar algunas capacidades y habilidades en la sociedad civil para apoyar a los mineros artesanales.

Alex añadió que IDAK contaba con apoyo internacional para sus esfuerzos y recibía la mayor parte de su financiación de la Deutsche Gesellschaft für Internationale Zusammenarbeit (Sociedad Alemana para la Cooperación Internacional), una consultora que asesora al Gobierno y a las empresas alemanas sobre sostenibilidad y desarrollo internacional.

—La financiación partió de las empresas automovilísticas

alemanas para ayudar a limpiar sus cadenas de suministro de cobalto —aclaró Alex.

El equipo de IDAK me dio una copia de una guía exhaustiva que publicaron en 2014 en la que exponían sus recomendaciones sobre la responsabilidad social de las empresas en el sector minero congoleño.

—Esta guía incluye un plan para excluir a los niños de la minería artesanal —explicó Mbuya.

Además de centrarse en el trabajo infantil, el plan de responsabilidad social corporativa de IDAK describía programas para fortalecer las comunidades locales, construir y dotar de personal a las escuelas, promover medios de vida alternativos y mejorar la capacidad y las infraestructuras de salud pública. Todo sonaba muy prometedor, pero no pude evitar preguntarme por qué parecía que no se estaba poniendo en marcha casi ninguna de esas medidas. Describí lo que había visto en Kipushi: cientos de niños cavando en la tierra para obtener unos ingresos ínfimos, miles de personas expuestas a sustancias tóxicas y ningún tipo de seguimiento de los abusos laborales.

—Sí, tenemos esos problemas, pero sin IDAK la situación sería aún peor —dijo Fortunat.

El equipo de IDAK debió de leer el escepticismo mal disimulado en mi rostro porque se pasaron otra hora describiendo los esfuerzos de la organización por mejorar las condiciones de los mineros artesanales. También destacaron la importancia de su papel como mediadores en los conflictos entre estos y las empresas mineras extranjeras.

—Si hay una disputa por la tierra, intentamos resolver el asunto de forma constructiva. Si hay un accidente en la mina, defendemos los derechos de los mineros heridos —dijo Mbuya.

Por mi experiencia al haber hablado con algunas personas, como Makaza en Mukwemba, supe que la resolución de conflictos sobre disputas de tierras era una iniciativa importante, aunque nunca oí hablar de un solo caso que se hubiera resuelto de forma favorable para los desplazados.

Pregunté al equipo de IDAK cuál era, en su opinión, el mayor obstáculo en sus esfuerzos por retirar a los niños de las minas artesanales. Como era de esperar, respondieron que «la pobreza».

—Los padres se sienten obligados a llevar a sus hijos a las minas a trabajar. Si ganaran un buen sueldo, los niños podrían estar en la escuela en lugar de trabajando en una mina —dijo Mbuya.

Parecía bastante obvio, así que ¿por qué los «buenos salarios» eran tan escasos? ¿Resolvería un salario razonable algunos de los retos a los que se enfrentan los mineros artesanales o, al menos, reduciría el trabajo infantil? Imaginemos por un momento que pagar un salario decente a los mineros artesanales adultos ayudara a que los niños fueran a la escuela en lugar de trabajar en las minas y a las familias a costear la atención médica cuando estuvieran enfermos o heridos, a ahorrar dinero para ayudar a enfrentar los periodos en los que no hay ingresos u otras desgracias, y a aliviar la tensión y la violencia en la comunidad. Imaginemos que un salario decente para los adultos pudiera lograr todo esto y más: ¿quién debería pagarlo? Las empresas mineras extranjeras argumentarán que, como no emplean a mineros artesanales, la responsabilidad no es suya, aunque el cobalto procedente de la excavación artesanal acabe en sus cadenas de suministro y en algunos casos permitan que los mineros artesanales trabajen en sus concesiones para aumentar la producción. El Gobierno de la RDC diría que no tiene dinero para mantener buenos salarios u otros sistemas de ingresos, a pesar de que las concesiones mineras se venden por miles de millones de dólares y de que cada año se recaudan regalías e impuestos multimillonarios basados en gran medida en el valor de los minerales excavados por los mineros artesanales. Las refinerías de cobalto, los fabricantes de baterías y las empresas tecnológicas y de vehículos eléctricos argumentarían que la responsabilidad debería recaer en los sectores más bajos de la cadena, a pesar de que la lucha por el cobalto solo existe debido a que ellos lo demandan. Ahí radica la gran tragedia de las provincias mineras del Congo: nadie en la cadena se considera responsable de los mineros artesanales, aunque todos se beneficien de ellos.

Mi reunión con IDAK reveló que había esfuerzos reales a nivel local para hacer frente a los abusos en el sector de la minería artesanal, aunque no parecieran traducirse en avances significativos sobre el terreno. Philippe ofreció una teoría:

—IDAK tiene los objetivos correctos, pero no hay ninguna posibilidad de hacerlos realidad mientras el Gobierno siga estando

corrupto y los chinos gobiernen Katanga. Los chinos pagan miles de millones al Gobierno y los políticos hacen la vista gorda. A organizaciones como IDAK y otras de la sociedad civil solo se les permite existir para dejar constancia de que existen.

Cuanto más tiempo pasaba con Philippe, más valoraba la profundidad de su preocupación por la difícil situación de los mineros artesanales del Congo. Una vez que se hubo desarrollado la suficiente confianza entre nosotros, me contó que él mismo había sido minero artesanal. Pasó cuatro años excavando en busca de cobalto en los alrededores de Likasi, durante los que sufrió numerosas lesiones, problemas de piel, enfermedades respiratorias y se rompió una pierna durante el derrumbe de una de las minas. Tras aquello, dejó de trabajar durante dos meses para recuperarse. Cuando llegó el momento de volver a las minas, tomó la difícil decisión de no ir.

—Podría haber muerto ese día y ¿qué habría sido de mi mujer y mis hijos?

Trasladó a su familia a casa de su hermano en Lubumbashi mientras se tomaba un tiempo para recuperarse. Hizo trabajos ocasionales para salir adelante, pero su corazón seguía estando con los que trabajaban en las minas. Según él, los problemas del sector minero se remontan generaciones atrás:

—Si realmente quieres entender lo que está ocurriendo en el sector minero del Congo, primero tendrás que comprender nuestra historia. Tras la independencia las minas fueron gestionadas por los belgas, que se llevaron todo el dinero sin dejar ningún beneficio para la gente. Después de ellos tuvimos la «africanización» de Mobutu, que nacionalizó las minas y, de nuevo, solo beneficiaron al Gobierno, no al pueblo. Con [Joseph] Kabila, creamos el Código Minero en 2002, y esto atrajo la inversión extranjera al sector. Dijeron que el código mejoraría la vida de los congoleños, pero hoy nuestra vida es mucho peor. Puedes comprobar por ti mismo que el pueblo congoleño nunca se ha beneficiado de las minas del Congo. Solo nos empobrecemos.

Philippe formó un grupo para apoyar a las comunidades mineras artesanales. Su equipo se centró en intentar ayudar a los niños a permanecer en la escuela. Pensaba que terminar su educación sería la única manera de ayudar a romper el ciclo de la pobreza. Coincidió con IDAK en que la pobreza era el principal factor que conducía a la

explotación de los mineros artesanales, pero también señaló otra fuerza igualmente pérfida:

—Existe una voluntad de promover una imagen falsa de las condiciones aquí. Las empresas mineras afirman que no hay ningún problema, dicen que respetan las normas internacionales. Todo el mundo les cree, así que nada cambia.

Las palabras de Philippe me hicieron pensar en las declaraciones a la prensa de las empresas que se jactan de cumplir las normas internacionales de derechos humanos y las políticas de tolerancia cero con el trabajo infantil. Se suponía que la Global Battery Alliance (GBA) y la Responsible Minerals Initiative (RMI) ayudaban al cumplimiento de estas normas mediante evaluaciones sobre el terreno de las cadenas de suministro de cobalto y la supervisión de las explotaciones mineras artesanales en busca de trabajo infantil. Le pregunté a Philippe si había visto u oído hablar de estas iniciativas. Esto es lo que me contestó:

—Hablan a la comunidad internacional sobre sus programas en el Congo y de lo limpio que está el cobalto, lo que permite a sus electores decir que todo está bien. En realidad, esto empeora la situación porque las empresas dirán: «La GBA nos asegura que la situación es buena. La RMI dice que el cobalto está limpio». Por eso nadie intenta mejorar las condiciones.

Lo que Philippe estaba describiendo era una cortina de humo montada por poderosas partes interesadas que servía para ocultar la dura realidad en la que se extraía el cobalto. Cuanto más tiempo pasaba en el Congo, más acertadas me parecían sus palabras. Hasta el día de hoy no he conocido a nadie en el Congo asociado con la Global Battery Alliance o la Responsible Minerals Initiative, ni he oído hablar de ninguna inspección en las zonas mineras artesanales de la RDC que se llevara a cabo bajo sus auspicios. Los esfuerzos que hice para hablar con estas asociaciones sobre mis hallazgos no obtuvieron respuesta hasta el verano de 2020, cuando el entonces director de la GBA, Mathy Stanislaus, accedió a hablar conmigo por teléfono. Mantuvimos una conversación agradable sobre la minería artesanal en el Congo, en la que me resumió las diversas iniciativas de la GBA. Cuando le presioné sobre lo que había visto en el terreno, reconoció que había algunos problemas, al menos en lo relativo al trabajo infantil.

—Según la OCDE [Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico], hasta el 70 por ciento del cobalto procedente de la RDC ha tenido algún vínculo con el trabajo infantil. Hay grandes lagunas de información sobre la cadena de suministro, así que tenemos que reparar el flujo de información de forma fiable —dijo.

Empecemos por la segunda frase. ¿Qué significa exactamente «reparar el flujo de información»? Repararlo para los mineros artesanales sugeriría una evaluación realmente independiente y objetiva de la realidad sobre el terreno. Arreglarlo para todos los demás sugeriría lo contrario. ¿Y fiable para quién? El mismo problema. Es poco probable que los gigantes de la tecnología y de los vehículos eléctricos, las empresas mineras y el Gobierno congoleño confíen en el mismo flujo de información en el que confiarían los mineros artesanales. Esta es precisamente la tensión que Philippe identificó como una barrera para el progreso de los mineros artesanales. El flujo de información predominante describía una falsa realidad según la cual las condiciones no eran tan malas y se las sometía a una vigilancia constante para erradicar los problemas. Un flujo de información más preciso describiría lo contrario: las condiciones sobre el terreno para los mineros artesanales eran peligrosas e infrahumanas, y había decenas de miles de niños que extraían cobalto en esas condiciones todos los días.

Consideremos la primera frase porque es la importante. Si la OCDE y sus integrantes admiten que entre el 70 y el 72 por ciento del suministro mundial de cobalto «tiene algún vínculo» con el trabajo infantil, eso implicaría que la mitad del cobalto del mundo tuvo contacto con el trabajo infantil en el Congo. Este hecho por sí solo acusaba a una parte importante de la cadena de reserva mundial de cobalto, pero el trabajo infantil distaba mucho de ser el único problema en el sector minero artesanal del Congo. ¿Cuánto cobalto del Congo «tocaron» los cientos de miles de congoleños que sufren las consecuencias de la exposición tóxica al cobalto, el uranio, el plomo, el níquel, el mercurio y otros metales pesados? ¿Cuánto «tocaron» los niños que inhalaban a diario el polvo minero peligroso en las minas artesanales? ¿Qué hay de las nocivas nubes de gas y los vertidos tóxicos que contaminaron el aire, la tierra, los cultivos, los animales y las poblaciones de peces del Cinturón del Cobre, y qué hay de los

millones de árboles talados para dejar paso a las enormes minas a cielo abierto? No olvidemos el número desconocido de personas que resultaron heridas o algo peor en accidentes mineros. Para cuando se terminase esta lista, ¿cuánto cobalto quedaría en el mundo que no hubiera sido afectado por la catastrófica situación del Congo?

Aún no se me había revelado toda la magnitud de esta catástrofe. Cualquier impresión de que Kipushi había podido ofrecerme un atisbo de la gravedad del sufrimiento de los mineros artesanales del Congo quedaría disipada kilómetro tras kilómetro en la carretera de Kolwezi.

---

[24] Livingstone, 1858, p. 357.

[25] Arnot, 1889, pp. 238-239.

[26] Pakenham, 1992, pp. 400, 409-410.

[27] Martelli, 1962, p. 159.

[28] *Ibid.*, p. 194.

[29] *Ibid.*, p. 201.

[30] Darton Commodities, 2022, p. 9.

[31] «Biggest African Bank Leak Shows Kabila Allies Looted Funds», en https://www.bloomberg.com/news/features/2021-11-28/africa-s-biggest-data-leak-reveals—china-money-role-in-kabila-s-congo-looting.

[32] En respuesta a la preocupación por las condiciones en las que se extraían estos minerales, una parte de la Ley Dodd-Frank de Reforma de Wall Street y Protección al Consumidor de 2010 se dedicó a abordar la cuestión de los «minerales de zonas de conflicto 3TG»: tantalio, estaño, wolframio y oro. El artículo 1.502 de la ley exige que las empresas estadounidenses que cotizan en bolsa controlen sus cadenas de suministro y declaren si sus productos contienen minerales 3TG procedentes de la RDC. En caso afirmativo, las empresas deben informar de sus esfuerzos por localizar fuentes alternativas de minerales para garantizar que no contribuyen a la vulneración de los derechos humanos. La demanda de cobalto aún no había estallado cuando se aprobó la ley, por lo que no se incluyó en ella.

[33] La holoprosencefalia es un defecto del desarrollo por el cual el lóbulo frontal del cerebro del embrión no se divide dando lugar a las mitades derecha e izquierda del cerebro, lo que provoca graves anomalías craneales y faciales. En la mayoría de los casos los bebés mueren antes de nacer. La agnatia-otocefalia es un defecto congénito letal en el que el bebé nace sin mandíbula, con las orejas fusionadas por debajo de la barbilla y a veces con un solo ojo.

# 03
# Las colinas guardan secretos

Likasi y Kambove

*«El hombre blanco es muy listo. Llegó tranquila y pacíficamente con su religión. Su estupidez nos entretenía y le permitimos quedarse […]. Ha clavado un cuchillo en aquello que nos mantenía unidos y nos hemos venido abajo».*

CHINUA ACHEBE, *Todo se desmorona*

Después de un viaje al Congo nada nos parece igual, el mundo que encontramos al volver a casa ya no tiene sentido. Resulta difícil pensar en que vivamos siquiera en el mismo planeta. Los montones de verduras apilados con tanto esmero en los supermercados nos parecen de mal gusto; las luces brillantes y las cisternas de los retretes parecen brujería; el aire y el agua limpios, un crimen. Todos los símbolos que denotan riqueza y consumo parecen casi violentos. Al fin y al cabo, la mayor parte se sustentan en la violencia cuidadosamente oculta en libros de historia que tienden a mostrar una verdad aséptica.

Rara vez se nos pide que nos enfrentemos al indecible sufrimiento que ha padecido África. Imaginemos por un momento lo que debió suponer para una mujer africana ser arrancada de su hogar, separada de su marido y sus hijos, encadenada, marcada, golpeada, violada y encarcelada —antes de obligarla a entrar en la pútrida bodega de

carga de un barco de esclavos, en el que permaneció hacinada junto a cientos de hombres, mujeres, niños y bebés extenuados—. O lo que significó pasar seis semanas en esa bodega sin espacio siquiera para sentarse recta, encerrada día y noche, atada con grilletes que le desgarraban la piel; tener que usar un cubo como retrete delante de cientos de personas mientras el barco se estrellaba contra las olas; intentar consolar a una niña inconsolable, asustada, febril y mareada; ser una de esas personas gravemente enfermas que se mantienen a duras penas con vida, pero que terminan siendo arrojadas al océano como si se tratara de basura; o sobrevivir a todo este infierno para llegar a América y ser vendida como esclava, en la que será una vida de auténtica tortura.

Imaginemos por un instante los estragos causados a una persona, un pueblo, un continente, a lo largo de siglos de trata de esclavos, seguidos de un siglo de colonización. Fue así como se construyeron imperios y se amasaron riquezas durante generaciones en todo el mundo occidental. Tal vez esta sea la discrepancia que más ha persistido entre nuestro mundo y el de ellos: nuestras naciones seguras y satisfechas apenas pueden funcionar sin imponer una gran violencia sobre los pueblos de África. La catástrofe de las provincias mineras del Congo es el último capítulo de esta historia maldita.

Según un directivo de nivel medio de Congo DongFang Mining (CDM), que responde al nombre de Hu, la población del Congo y de África en general está explotada porque es perezosa.

—Si los africanos trabajaran más, no serían tan pobres. Los chinos tienen disciplina, los africanos no. Beben y juegan. Permiten que sus líderes los exploten. Por eso son pobres.

Conocí a Hu en el Royal Casino, uno de los clubes chinos privados de Lubumbashi. Nos sentamos junto a la piscina exterior. Los chinos bebían y fumaban mientras por los altavoces retumbaba una música electrónica muy animada. Los congoleños tenían vetada la entrada, a excepción de las *strippers*, que llegaban sobre las nueve de la noche.

Mientras se bebía sus cervezas, Hu, que venía de Chengdu, fue dejando caer sus opiniones una a una.

—Los africanos siempre serán pobres porque no quieren aprender. En China tenemos la mejor educación del mundo. Los chinos son muy

buenos estudiantes y mira qué rápido se ha convertido nuestro país en una potencia mundial.

Encendió un cigarrillo y agitó las manos con movimientos dispares mientras continuaba.

—Además, los africanos carecen de capacidad de gestión, no se interesan por los detalles. Por eso solo pueden ser obreros, e incluso como tales no rinden bien. Solo quieren divertirse.

Continuó dándome su opinión sobre la pobreza en África.

—Creo que les gusta ser pobres porque reciben ayuda extranjera y no tienen que trabajar. Si no les gustara, ¿por qué iban a pasarse todos los domingos en la iglesia en lugar de trabajar?

Siguió así durante un rato y tuve que obligarme a escucharle. Tras numerosos intentos fallidos de hablar con la dirección de CDM, o de acceder a las instalaciones de procesamiento de minerales de la empresa en Lubumbashi, Hu había sido el primer empleado en acceder a reunirse conmigo. Dada la posición de la empresa como uno de los principales compradores y exportadores de cobalto artesanal de la RDC, quería informarme sobre sus operaciones y tal vez acceder a contratos o datos de producción, pero Hu aprovechó la ocasión para desahogarse con sus opiniones sobre los africanos. Fue una reunión frustrante, por no decir otra cosa.

Supongo que se sintió cómodo compartiendo sus puntos de vista sobre los africanos porque creyó que, como muchos de los indios de África, yo también era un intolerante. Los indios tienen una larga historia en el continente que se remonta a la década de 1840, cuando los británicos empezaron a enviarlos a África para trabajar en condiciones de servidumbre en ferrocarriles y plantaciones. Las deudas se fabricaban mediante la imposición de exorbitantes impuestos sobre la tierra. Si un campesino no podía pagar los impuestos, se le decía que podía saldarlos instalando ferrocarriles en África Oriental. A los campesinos analfabetos se los obligaba a firmar contratos que no podían leer, en los que se comprometían a saldar sus deudas como trabajadores en régimen de servidumbre. A menudo trabajaban durante toda su vida sin recibir apenas paga. En África pronto se estableció una jerarquía: los africanos abajo, los indios y árabes a continuación, y los europeos arriba. El tono de la piel dictaba la jerarquía entonces y sigue haciéndolo hoy; basta con cambiar a los

europeos por chinos.

## Likasi

El tramo de carretera de Lubumbashi a Likasi atraviesa una amplia extensión de terreno abierto y colinas onduladas. Un manto sombrío oscurece el horizonte. Todo está teñido de cobre y óxido. Las aldeas se aferran al borde de la carretera como las puntas de los dedos al borde de un acantilado. Las chozas de ladrillo rojo se adentran en la maleza. Las mujeres cocinan mandioca en hornillos al aire libre. Los niños pequeños se hacen amigos de la tierra. Las adolescentes hacen cola en el pozo más cercano con recipientes de plástico amarillo para llenar su reserva de agua del día. Espirales de humo plateado se elevan desde lo más profundo del bosque, donde los hombres queman árboles para hacer carbón, su única fuente de luz y calor. Esta tierra, que alberga las mayores reservas mundiales de un elemento crucial para la fabricación de la forma de energía recargable predominante en el mundo, sigue esperando la llegada de la electricidad.

Aunque la autovía de dos carriles asfaltada por SICOMINES ha facilitado enormemente la circulación por el Cinturón del Cobre, la carretera sigue siendo estrecha y traicionera. Automóviles, todoterrenos y monovolúmenes cargados de pasajeros y apilados con mercancías de hasta tres metros de altura en los techos salen disparados detrás de camiones de carga de marcha lenta atiborrados de minerales en una loca carrera por adelantarlos. La carretera está sembrada de cientos de restos de vehículos cuyos conductores calcularon mal la distancia y la velocidad necesarias para adelantar a tiempo. Una vez vi cómo un monovolumen lleno de sacos de cobalto y colchones atados al techo se desviaba al carril contrario para adelantar a un camión de carga y luego daba un volantazo para esquivar a un autobús de pasajeros, perdiendo el control justo delante de mi *jeep* y volcando en medio de la autovía. Frenamos en seco y evitamos por los pelos correr la misma suerte. Los lugareños tardaron una hora en retirar los restos de la carretera. En poco tiempo se llevarían todo lo de valor del vehículo (piezas del motor, asientos y neumáticos), hasta que solo quedara el esqueleto de metal y óxido.

El tráfico se ralentiza en cada uno de los *péages* de la carretera.

Niños demacrados se arremolinan alrededor de los coches para vender verduras, carbón y carne de animales salvajes. Soldados aburridos con fusiles AK-47 interrogan a los pasajeros que claramente no son de allí. Funcionarios de la Dirección General de Migración insisten en examinar los documentos de viaje. En una ocasión un tipo vestido con un mono verde lima que se hacía llamar «capitán Mike» se me acercó en el puesto de control justo antes de Likasi y me dijo que era miembro del servicio secreto congoleño y que tenía que inspeccionar mi equipaje. Estas farsas son habituales, lo que hace que los trámites en los puestos de control sean a veces largos y frustrantes. Al final, todo sigue su curso y los vehículos pueden pasar.

El cobre atrajo a los belgas a las colinas cercanas a Likasi a principios del siglo XX. Los enormes yacimientos despertaron su imaginación y en 1917 fundaron una ciudad minera llamada Jadotville, en honor a Jean Jadot, el primer presidente de la UMHK. El cobre no es lo único que los belgas encontraron cerca de Likasi; también descubrieron uranio el 11 de abril de 1915. Los yacimientos tenían una concentración media del 65 por ciento de U308 (octóxido de triuranio), lo que los convertía en la fuente de uranio de mayor ley del mundo en aquella época. La UMHK no tardó en construir una mina de uranio llamada Shinkolobwe al sudoeste de Likasi. El mercado mundial del uranio en la década de 1920 se limitaba, al igual que el del cobalto, a su utilización en pigmentos para cerámica, por lo que la mina no fue tan rentable como las cercanas minas de cobre y acabó cerrándose en 1937. Poco después, el Proyecto Manhattan identificó Shinkolobwe como la fuente ideal del uranio de alta ley necesario para construir una bomba atómica. El 18 de septiembre de 1942, en una oficina del centro de Manhattan, los propietarios de la UMHK acordaron vender uranio de Shinkolobwe al Ejército estadounidense a un precio aproximado de un dólar la libra. Shinkolobwe proporcionó aproximadamente el 75 por ciento del uranio que se utilizó para las bombas lanzadas desde el *Enola Gay* sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945.[34] Aunque no funciona desde hace décadas, persisten los rumores de que oficiales del Ejército y delincuentes organizados excavan uranio y lo venden en el mercado negro a países como Irán, Corea del Norte y Pakistán. Uno de estos agentes, conocido como Arran, también explota a niños trabajadores en una trampa mortal de

minas de cobalto llamada Tilwezembe, un poco más lejos, en la carretera hacia Kolwezi.

Un paseo por las calles de Likasi revela una curiosa colección de edificios en ruinas, antiguas estructuras *art déco* de la época colonial y las mismas avenidas arboladas donde vivieron los belgas. El pequeño centro de la ciudad gira en torno a un edificio de dos plantas de color caqui con ribetes aguamarina, Le Mairie de Likasi (el Ayuntamiento de Likasi). En los mostradores se venden verduras, pescado seco del cercano río Lufira y *chai* (té), una palabra que se introdujo en la lengua suajili a partir de los descendientes de los esclavos indios endeudados que los británicos llevaron a África. De las tres principales ciudades de las provincias mineras, las calles de Likasi son sin duda las peores. Se excavan, repavimentan y desvían constantemente. Los camiones pesados atascan las carreteras. Los niños con sus relucientes uniformes trepan por montones de rocas y zanjas para conseguir llegar a la escuela. Un solo accidente en la carretera principal que atraviesa la ciudad puede bloquear la circulación de vehículos durante horas.

Likasi alberga algunas minas de cobre-cobalto e instalaciones de procesamiento, una fábrica de demolición y una planta de fabricación de productos químicos que produce ácido sulfúrico, utilizado para procesar menas de cobre-cobalto en muchas explotaciones mineras industriales. Hay numerosas zonas de minería artesanal diseminadas por una cadena de colinas y bosques que se extiende desde Likasi hasta la cercana ciudad de Kambove, cuyos inmensos yacimientos de cobre fueron elogiados por los geólogos Jules Cornet en 1892 y John R. Farrell en 1902. Muchos de los yacimientos artesanales están vigilados por unidades de milicias informales, algunas pagadas por empresas mineras. Estas unidades suelen estar formadas por un «general», que dirige una fuerza de entre diez y veinte jóvenes armados con fusiles de asalto, pistolas y machetes. Las milicias son especialmente activas en algunas de las aldeas y explotaciones mineras artesanales cercanas a Kambove.

—Kambove es la zona minera más anárquica del Cinturón del Cobre. Se parece más a las minas de coltán de la provincia de Tanganica —me explicó Arthur, un guía local.

Cuando exploré las zonas mineras de Likasi, Kambove y sus alrededores, las condiciones resultaron ser mucho peores de lo que

esperaba.

La primera hora de la mañana suele ser fresca en el Cinturón del Cobre, incluso durante el pico de calor de la estación seca. Las temperaturas descienden cuando se pone el sol debido a la altitud y a la ausencia de humedad. La condensación se acumula durante la noche, y al amanecer, las nieblas plateadas surcan las colinas como espíritus perdidos. Hay numerosas aldeas dispersas en las zonas remotas alrededor de Likasi y Kambove. Conseguí explorar algunas, incluida una en la que vi unas condiciones especialmente desoladoras. Mi guía, Arthur, me pidió que no revelara el nombre del pueblo por el riesgo de que tuviera repercusiones, pero me dijo que podía mencionar el nombre de un pueblo similar que hubo en la zona llamado Kamatanda.

—Puedes decirle a la gente que el pueblo que te voy a enseñar es como era antes Kamatanda.

Kamatanda estaba situado junto a una antigua mina de cobre y cobalto de Gécamines al norte de Likasi. La mayoría de sus habitantes, incluidos casi todos los niños, excavaron y lavaron heterogenita entre 2014 y 2018, momento en el que una empresa minera china compró la concesión y se hizo con las tierras de las colinas circundantes, entre las que estaba Kamatanda. Arthur me contó que enviaron al ejército para obligar a más de mil habitantes a abandonar el pueblo, algo parecido a lo que le ocurrió a Makaza cerca de la mina Étoile. Los habitantes de otros pueblos de la zona vivían bajo la amenaza constante de tener que abandonar también sus hogares algún día. Su única esperanza era que no hubiera nada valioso bajo la tierra en la siguiente aldea.

Para llegar a la aldea de mineros artesanales que Arthur quería enseñarme, condujimos desde Likasi por una carretera de tierra que se adentraba en una zona remota, aparcamos en lo que parecía un punto en medio de la nada y avanzamos a pie por un sendero de roca y tierra demasiado irregular para el vehículo. La niebla matutina ya se había evaporado mientras caminábamos entre matorrales secos. Al poco rato, el crujido bajo nuestros pies dio paso a un mar de voces. La aldea apareció de repente, un conjunto de cabañas en ruinas, tierra removida y un pequeño arroyo de apenas dos o tres metros de ancho

que serpenteaba por el terreno. No había electricidad ni sistemas de saneamiento. Decenas de niños permanecían de pie en el agua, doblados mientras tamizaban la tierra de los guijarros de heterogenita. Una mezcla caótica de sonidos se elevaba desde las colinas, chapoteos, palas que golpeaban y gritos frenéticos. Era como una colmena, imposible concentrarse en una sola persona a la vez. Los aldeanos parecían más pobres que los que había conocido en Kipushi. Sus ropas tenían más jirones y casi todo el mundo estaba mugriento y demacrado. Alrededor del arroyo había montones de piedras, sacos de rafia blanca y desperdicios. Los plataneros cercanos a las chozas en ruinas constituían la principal forma de sustento. En un pequeño campo agrícola crecían mandioca y cebollas. El arroyo desprendía un hedor rancio a aguas residuales. Un puñado de hombres armados patrullaba el lugar. No llevaban uniforme, solo vaqueros, camisas, gorras de béisbol y zapatillas de deporte.

Arthur me condujo hacia la milicia, a veces llamados *commandos*. Me dijo que necesitábamos su permiso para hablar con los habitantes. Los comandos conocían a Arthur, ya que él y sus colegas proporcionaban medicinas, aceite de cocina, sacos de harina y otros suministros a algunas aldeas de la zona. Se acercó al jefe Bukasa, un hombre delgado, de cara afilada, dientes amarillos y ojos inyectados en sangre. Llevaba vaqueros, zapatillas de deporte y una camiseta Adidas. Arthur le explicó en suajili que yo era un profesor estadounidense que había venido a colaborar en la recaudación de fondos. Bukasa accedió a nuestra petición de inspeccionar la aldea y hablar con algunos de sus habitantes, pero nos indicó que no nos aventuráramos más allá del centro.

Caminamos a lo largo del arroyo que la atravesaba y pudimos ver en acción la explotación minera artesanal. Chicos cubiertos de barro de entre ocho y trece años golpeaban con las manos grandes trozos de heterogenita para reducir el tamaño de las piedras. Como los mineros artesanales de Kipushi, no tenían mazos ni martillos. Una vez que los niños reducían el tamaño de las piedras, se las pasaban a otro grupo de niños, entre los que había también niñas, para que las lavaran en el arroyo. Aunque algunos tenían *kaningios*, la mayoría enjuagaba las piedras utilizando una capa de un saco de rafia roto. Dos niños sujetaban los extremos del saco como si fueran a doblar una sábana,

otro cargaba el barro y piedras colocándolos en el centro, y los que sujetaban el saco lo ponían bajo la superficie del arroyo. Los niños trabajaban al unísono mientras levantaban rápidamente el brazo derecho, lo dejaban caer, levantaban el brazo izquierdo, lo dejaban caer. En un ir y venir, de derecha a izquierda, agitaban el barro y la suciedad hasta que hubiera pasado a través del saco y solo contuviera guijarros de heterogenita. Los niños cargaban los guijarros en otros sacos de rafia y se los llevaban al equipo de Bukasa, que los cargaba en una camioneta Hilux, en la que los comandos los transportaban a Likasi. Pregunté a Arthur si sabía a qué puestos de venta de Likasi se vendía la mena. Dijo que había muchos, pero que los principales eran el Dèpôt Jin, Dèpôt Diop y Dèpôt Hao. Según Arthur, los tres vendían su mena a empresas mineras chinas. También sugirió que Bukasa y su equipo estaban en nómina de una de las empresas mineras chinas. «Lo llaman "seguridad privada"», dijo.

Una visita posterior a los puestos de Hao, Jin y Diop reveló que solo se estaban realizando unas pocas transacciones en la única tarde en que estuvimos allí. Las que observé fueron entre agentes chinos que gestionaban los puestos y *négociants* congoleños, que llegaban en motos con sacos de rafia repletos. Conté veintiséis sacos en total apilados en los establecimientos, y Arthur me aseguró que toda la heterogenita de los tres puestos de venta iba a parar a instalaciones de procesamiento gestionadas por empresas mineras chinas en Likasi y Lubumbashi. Lo dijo claramente:

—Las empresas mineras pueden decir que no compran cobalto en estos pueblos. Pero ¿adónde creen que va el cobalto? Si nadie lo compra, ¿por qué lo excavan?

Aunque la mayoría de las familias del pueblo conocían a Arthur, pocas estaban dispuestas a sentarse a hablar con nosotros. Sin duda, a algunos les preocupaba conversar con un forastero en presencia de los comandos, y otros simplemente no querían que interfiriera en su trabajo. Dos hermanos que accedieron a hablar fueron Denis y Awilo, de diez y once años. Estaban lavando piedras cuando Arthur los vio y les hizo señas para ir a una zona más tranquila en la que pudiéramos hablar. Llevaban pantalones cortos marrones, chanclas de plástico y camisetas hechas jirones, una verde y la otra azul celeste. Denis se ocultaba del sol bajo una enorme gorra de béisbol con el emblema de

un dragón chino en la parte delantera. Ninguno de los dos sabía quién era su padre. Su madre trabajaba en una pensión de Likasi y los visitaba una o dos veces al mes.

—Vivimos con nuestra abuela —dijo Denis—. Tenemos dos hermanos mayores, pero se fueron a Zambia.

Los chicos producían una tos metálica al hablar. Se quejaban de picor y ardor en las piernas, así como de dolor crónico en la espalda y el cuello. Llevaban rompiendo y lavando piedras en la aldea desde que tenían memoria y nunca habían pisado la escuela. Decían que se despertaban cada mañana con ansiedad al pensar que tenían que volver al arroyo.

Me llevaron a conocer a su abuela, Solange, que estaba sentada en el suelo pelando mandioca con un pequeño cuchillo. Llevaba una blusa marrón amarillento y una falda, limpias pero descoloridas. Tenía los ojos muy hundidos. Sus dedos parecían desarticulados y artríticos. Tenía la piel seca como la tierra agrietada. Nos explicó que el padre de los niños se fue con otra mujer cuando eran bebés, al igual que le había ocurrido a ella a los veintiocho años, cuando se quedó sola para criar a cuatro hijos. No pudo permanecer en Likasi después de aquello, así que se trasladó a un pueblo cercano, donde vivía su hermano. Cuenta que cuando se fue de Likasi, a mediados de la década de 1980, no había minería artesanal. Las minas de cobre belgas originales las explotaba Gécamines, y la mayoría de los hombres que vivían en Likasi y Kambove trabajaban allí. Después de que Gécamines cerrara las minas, la gente empezó a excavar por su cuenta.

—En aquella época, lo que ganábamos con el cobre era suficiente. No teníamos que enviar a nuestros hijos a cavar —dijo Solange.

Sin embargo, todo cambió en 2012.

—[Joseph] Kabila vendió las minas a los chinos. Hicieron que pareciera una bendición. Dijeron que debíamos excavar cobalto y hacernos ricos. Todo el mundo empezó a excavar, pero nadie se hizo rico. No ganamos lo suficiente para cubrir nuestras necesidades.

Solange acabó de pelar la mandioca y puso agua de un recipiente de plástico amarillo en una olla de metal. Colocó la mandioca en la olla y cogió una cerilla para prender el fuego. Mientras la mandioca se cocinaba, se quedó pensativa.

—Mira a mis nietos. Esto es lo que el cobalto ha hecho con los

niños congoleños, ya no tienen futuro.

Durante la mayor parte del día los comandos habían tolerado mi presencia, pero Bukasa empezó a impacientarse al verme hablar con varios niños más, entre los que estaba un chico llamado Kiyonge. Tenía nueve años, era pequeño para su edad y vestía unos pantalones cortos negros raídos y una camiseta manchada de barro con un emoji de una cara sonriente en la parte delantera. Se apretaba constantemente el ojo izquierdo con los dedos. Le pregunté qué le pasaba y resultó que tenía un orzuelo en el párpado que parecía causarle bastante dolor. La clínica más cercana estaba en Likasi, así que si un aldeano se ponía enfermo, se lesionaba o tenía un doloroso orzuelo en el ojo, su única opción era hacer de tripas corazón. A Kiyonge también le faltaba una mata de pelo del tamaño de un dólar de plata detrás de la sien derecha. Tenía la piel cubierta de erupciones y hablaba con la voz ronca de un anciano.

—Antes vivíamos en Milele. Hace dos años mi madre nos trajo aquí a mis hermanos y a mí. Se marchó al cabo de unos meses para traer a mis dos hermanas, pero nunca regresó —nos cuenta.

Kiyonge vivía en el pueblo con sus tres hermanos mayores. Dijo que excavaban en busca de cobalto, pero que como él era demasiado pequeño para cavar, lavaba piedras en el arroyo.

Nos enseñó la choza en la que vivían, una estructura de paja con una lámina de plástico atada encima a modo de tejado improvisado. Pantalones cortos y camisetas colgaban de una cuerda para secarse. La cabaña medía unos tres por tres metros y tenía el suelo de tierra dura. En una esquina había un cuenco de plástico blanco y una olla grande de metal rodeada de piedras grandes para cocinar y calentarse. También había algunos cuchillos, cucharas, recipientes de plástico y un revoltijo de ropa. Los chicos hervían mandioca y cebollas que crecían en un campo próximo a la aldea para hacer un rudimentario *fufu*, plato básico de los pobres en la RDC. Dormían sobre esteras en el suelo. Durante la estación de lluvias cubrían la choza con tantos trozos de lonas y sacos de rafia abiertos como encontraban. Aun así, el agua de las tormentas se filtraba inevitablemente y embarraba el suelo sobre el que dormían.

—Si quieres saber más sobre los niños que excavan cobalto, tienes que ir a Milele —me dijo Kiyonge—. Allí hay miles de niños, muchos

llevados por padrinos a pueblos como este.

Arthur aclaró que por «padrinos» Kiyonge se refería a comandos o *négociants*. Eran conocidos por traficar con niños de otros pueblos e incluso de provincias vecinas en excavaciones artesanales para impulsar la producción. Milele se encontraba muy al norte de Likasi, una zona controlada por milicias muy violentas, por lo que no pude encontrar ningún guía dispuesto a llevarme hasta allí.

Al cabo de unas horas había hablado con varios niños y algunas madres y abuelas del pueblo, y había observado el proceso de lavado y clasificación de la mena en el arroyo. Solo me quedaba una pregunta: ¿de dónde procedía la mena? Kiyonge dijo que sus hermanos mayores estaban en otra zona excavando en busca de heterogenita. Era la misma zona fuera del pueblo a la que Bukasa me había prohibido ir. Kiyonge dijo que había un camino secundario a través de la maleza para llegar sin ser detectado y nos dio algunas indicaciones. Arthur y yo pasamos junto a unas cabañas en ruinas y nos adentramos en una parcela repleta de maleza hasta llegar a un terreno de tierra del tamaño de un campo de fútbol. La mayoría de los árboles y arbustos habían sido talados y el terreno parecía haber sido arado. Vi a varios hombres jóvenes y adolescentes junto a docenas de sacos de rafia dispuestos en pilas de tres o cuatro, cada uno lleno en diversos grados de piedras y tierra. También había al menos quince bocas de túneles distribuidas por el campo, cada una de aproximadamente un metro de diámetro. Pregunté a Arthur cuánta gente podía haber bajo tierra. No estaba seguro, pero calculó que serían al menos cien.

Era la primera vez que veía excavar túneles en el Congo para buscar cobalto. Las preguntas se me iban acumulando: ¿a qué profundidad llegaban las galerías?, ¿cuánta gente había allí abajo?, ¿cómo descendían y volvían a subir?, ¿cómo sacaban la mena a la superficie?, ¿tenían soportes los túneles?, ¿cómo respiraban los excavadores bajo tierra?

Por desgracia, no pude seguir explorando la zona de excavación de túneles. Había algunos comandos patrullando y Arthur no quería que nos quedáramos ni un minuto más arriesgándonos a que nos vieran. Según lo que observé aquel día, parecía que en lo más profundo de una colina aparentemente anodina, alejada de cualquier signo de civilización, había algo parecido a una colonia de hormigas

humanas excavando túneles, lavando, empaquetando y alimentando valioso cobalto a las empresas que fabricaban los dispositivos recargables y los automóviles del mundo. En todos mis viajes al Congo nunca vi ni oí hablar de que estas empresas o sus proveedores intermedios supervisaran esta parte de la cadena de suministro, o cualquiera de los muchos lugares similares a este.

Cuantos más pueblos visitaba en el Congo, más me daba cuenta de lo difícil que resultaba para un niño ir a la escuela. La mayoría de nosotros damos por sentada la educación y a menudo luchamos con tesón por conseguir la mejor formación posible, pero niños como Denis, Awilo y Kiyonge no tenían ninguna posibilidad de completar siquiera unos cuantos años de escuela primaria. Algunos de los pueblos más grandes de los alrededores de Likasi tenían escuelas, pero eran una minoría, sobre todo en las zonas más remotas. En Likasi conocí a una maestra llamada Josephine que trabajaba en una de las escuelas de los pueblos cercanos. Vivía con su marido y sus tres hijos en una pequeña casa del Quartier Mission de la ciudad. Tenía unos treinta años, mucha energía y le gustaba escribir poesía. Era una entusiasta de la educación infantil y a menudo trabajaba durante meses sin cobrar.

—Se supone que el Gobierno debe pagar los salarios de los profesores, pero no aporta financiación para ello, por lo que las escuelas se ven obligadas a pedir una contribución a las familias —afirmó.

—¿A cuánto asciende esta contribución? —pregunté.

—Cinco dólares al mes.

Josephine nos contó que la mayoría de las familias de las aldeas pobres de los alrededores de Likasi no pueden pagar las tasas escolares de forma regular, por lo que suelen enviar a sus hijos a trabajar. Excavar en busca de cobalto era el modo más seguro de volver a casa cada día con algo de dinero. Me parecía inimaginable que la diferencia entre recibir una educación y tener que dedicarse al peligroso trabajo infantil radicara en un puñado de dólares. Le pregunté si la ayuda exterior de los Gobiernos o las subvenciones de fundaciones benéficas podrían ayudar a reducir la brecha, o tal vez pagos en efectivo a las familias a condición de que los niños

permanecieran en la escuela. Este tipo de iniciativas han demostrado su eficacia en otros países pobres para aumentar la tasa de escolarización de los niños vulnerables.

Josephine dijo que sabía de algunas escuelas que habían recibido ayuda de UNICEF en el pasado, pero que en cuanto la ayuda terminaba, los niños tenían que volver a trabajar. También cree que los pagos en efectivo a las familias no son la solución. Para empezar, la escuela más cercana podía estar a varios kilómetros de distancia, lo que hacía imposible que un niño asistiera todos los días, sobre todo durante los meses de lluvia. Además, «muchos niños no quieren ir a la escuela. Hay demasiada presión para que trabajen, aunque puedan pagar la matrícula. El año pasado empecé con treinta y seis niños. Al cabo de dos meses, solo tenía diecisiete, e incluso esos trabajaban todas las mañanas antes de venir a clase. Siempre estaban cansados y hambrientos. ¿Cómo pueden aprender en estas condiciones?». Josephine explicó que el estado físico de los niños y la falta de motivación de los profesores, que no cobraban durante largos periodos de tiempo, provocaban que, aun cuando consiguieran ir a clase, muchos llegaran a los trece o catorce años con unos conocimientos muy rudimentarios de lectura y escritura. Según ella, el sistema educativo del Congo rural estaba completamente quebrado.

Los comentarios de Josephine me dejaron muy frustrado. Parecía que en un día cualquiera una familia pobre del Congo necesitaba en primer lugar ingresos, y solo en segundo lugar, educación o nada de nada. La comida, las medicinas, la reparación de una choza o cualquier otro gasto exigían que cada miembro de la familia ganara lo que pudiera, incluidos los niños. Los beneficios de la educación eran demasiado teóricos y lejanos para los que vivían al día, especialmente cuando las escuelas carecían del apoyo necesario para proporcionar una educación adecuada. No es de extrañar que las familias empobrecidas de las provincias mineras del Congo se apoyaran en el trabajo infantil para sobrevivir. A veces parecía como si los actores en la parte superior de la cadena de suministro contaran con ello. ¿Para qué ayudar a construir escuelas o financiar una educación como es debido para los niños congoleños que viven en comunidades mineras, si pueden simplemente extraer cobalto a cambio de unos céntimos?

La siguiente parada de nuestro viaje es la ciudad minera de Kambove, situada a unos veinticinco kilómetros al noroeste de Likasi. Para apreciarla en toda su magnitud, nos desviaremos un poco hacia París, hacia el 10 de julio de 1873, fecha en que nació Edmund Dene Morel, hijo de una maestra inglesa y un funcionario francés. Su padre murió cuando él tenía solo cuatro años, por lo que su madre decidió regresar a Inglaterra para criarlo. En 1890, casi al mismo tiempo que Joseph Conrad iniciaba su viaje por el río Congo, Morel consiguió un puesto como empleado en una naviera de Liverpool conocida como Elder Dempster. La empresa se encargaba de gestionar toda la carga para el Estado Libre del Congo del rey Leopoldo. Como Morel sabía francés, Dempster le encargó que revisara las transacciones marítimas con los belgas. Morel quedó fascinado con África y leyó todo lo que pudo sobre el continente. Pronto encontró testimonios de misioneros en el Estado Libre del Congo que describían atrocidades generalizadas, aunque fueron rechazados como falsos por la maquinaria propagandística de Leopoldo. Como la mayoría de la gente de la época, Morel se sentía inclinado a creer a un rey.

En 1900 comparó por casualidad las cifras oficiales de los envíos de Elder Dempster con las ventas de caucho del Estado Libre del Congo en el mercado de Amberes y detectó algo raro. El flujo de caucho del Congo a Bélgica parecía aumentar a pasos agigantados y, sin embargo, todo su valor, aparte de los gastos de transporte, figuraba en los libros de contabilidad como un abono. Esta discrepancia le sugirió que los costes de mano de obra debieron haber sido nulos. Se preguntó si a los nativos les pagaron en bienes en lugar de en moneda, pero los libros de contabilidad indicaban que la mayor parte de las importaciones en el Estado Libre del Congo consistían en armas, como cartuchos, rifles, pistolas y grilletes. Morel concluyó que «las estadísticas ofrecían pruebas concluyentes de que estaban robando sistemáticamente a los nativos del Congo […]. ¿Mediante qué procesos entonces se los convencía para que trabajaran, puesto que el comercio aparentemente no desempeñaba ningún papel en el asunto?».[35] Morel recordó los informes de atrocidades presentados por los misioneros y llegó a la conclusión de que el Estado Libre del Congo funcionaba gracias «al sometimiento de millones de hombres a

una condición de esclavitud absoluta por un sistema de robo legalizado impuesto por la violencia».[36]

Al analizar estos datos, Morel desveló una de las mayores catástrofes de la historia en materia de derechos humanos. Investigó las cifras más a fondo y calculó que durante los años 1895-1900 hubo una discrepancia de 23,5 millones de francos belgas en el valor declarado de las exportaciones de caucho y marfil del Congo y el valor declarado a su llegada a Amberes.[37] Alguien estaba sacando decenas de millones de francos de beneficio de este sistema de «esclavitud absoluta», y solo podía ser una persona: el rey Leopoldo II.

Morel publicó en 1902 un libro titulado *Affairs of West Africa* (Asuntos de África Occidental), que incluía una dura acusación contra el Estado Libre del Congo, atribuyendo la responsabilidad del sistema de explotación a Leopoldo, que había «inventado una forma de esclavitud más degradante y atroz que cualquiera que hubiera existido anteriormente».[38] El libro llevó a la Cámara de los Comunes del Reino Unido a debatir el asunto el 20 de mayo de 1903. Roger Casement, cónsul británico en el Estado Libre del Congo, recibió la orden de llevar a cabo una investigación formal y publicó *The Casement Report* (El informe Casement) a principios de 1904, basado en sus investigaciones en la selva tropical del Congo y en los testimonios de los nativos con los que se había entrevistado, todo lo cual confirmaba lo que los misioneros habían estado diciendo y que el propio Morel había deducido de los datos de importación-exportación.

Morel y Casement se reunieron en Inglaterra y constituyeron la Congo Reform Association (CRA) en marzo de 1904 para acabar con el régimen colonial de Leopoldo. La CRA se convirtió en la primera organización internacional de derechos humanos del siglo XX impulsada por el poder de los datos (Morel) y los testimonios de supervivientes (Casement). Joseph Conrad, Arthur Conan Doyle, Mark Twain y Booker T. Washington fueron algunos de sus muchos partidarios. En 1908 Leopoldo se vio obligado a vender el Estado Libre del Congo al Gobierno belga, poniendo fin a uno de los sistemas de esclavitud más indecentes de la historia de África. O eso pareció entonces.

Leopoldo demostró al mundo que el Congo rebosaba de riquezas. Los minerales de Katanga acababan de descubrirse cuando el Gobierno

belga tomó el poder. La carrera había comenzado.

Más de un siglo después de la extraordinaria campaña de Morel y Casement para acabar con la esclavitud en el Congo, un nuevo sistema de «robo legalizado impuesto por la fuerza» prospera en las provincias mineras. Las explotaciones mineras artesanales cercanas a Kambove son un buen ejemplo. La UMHK instaló las primeras minas en Kambove para explotar el cobre en la década de 1910, y Gécamines construyó la ciudad en 1968 para poder disponer de una mano de obra a tiempo completo en la explotación minera. La quiebra financiera de Gécamines en la década de 1990 creó grandes dificultades en Kambove. Toda la ciudad dependía de la empresa y, de la noche a la mañana, miles de personas se vieron obligadas a buscarse otro modo de subsistencia, sin trabajo ni otra fuente de ingresos. Esta quiebra también desencadenó una oleada de negocios turbios y tejemanejes que han asolado el sector minero congoleño durante décadas. Casi todas las minas industriales de cobre y cobalto que visité habían resucitado gracias a negocios fraudulentos que desviaron los beneficios de la población local a las manos de cleptócratas e inversores extranjeros. El modelo de Leopoldo seguía intacto.

He aquí un ejemplo. En enero de 2001, Laurent Kabila vendió los derechos de todas las antiguas explotaciones mineras de Gécamines de los alrededores de Kambove a una empresa minera llamada Kababankola Mining Company (KMC). KMC era propiedad en un 20 por ciento de Gécamines y en un 80 por ciento de una empresa llamada Tremalt Limited, controlada por un corredor de bolsa de Zimbabue llamado John Bredenkamp, que había ayudado a garantizar el despliegue de fuerzas militares zimbabuenses para apoyar a Laurent Kabila contra una invasión ruandesa-ugandesa en la RDC en 1998. Se trataba, por cierto, de las mismas fuerzas que habían ayudado a Kabila a arrebatar el control del Congo a Mobutu tan solo un año antes. Sin el apoyo de Bredenkamp, Kabila habría sido derrocado por sus antiguos aliados en cuestión de semanas, por lo que estaba en deuda con Bredenkamp, y KMC fue una de las formas de saldarla. Tremalt pagó la mísera suma de cuatrocientos mil dólares por los derechos de las seis concesiones mineras alrededor de Kambove. El trato hizo

saltar las alarmas y las Naciones Unidas ordenaron una investigación. En octubre de 2002, la ONU publicó un informe en el que determinaba que las concesiones vendidas a KMC por cuatrocientos mil dólares tenían un valor normal de mercado de más de mil millones de dólares, un desfase entre el precio de compra y el valor de mercado aún más sangrante que el que Morel descubrió en el Estado Libre del Congo un siglo antes.

Tras la investigación de la ONU, Bredenkamp abandonó el plan y vendió Tremalt por sesenta millones de dólares a un empresario estadounidense de origen israelí llamado Dan Gertler, que ya poseía minas de diamantes y cobre en la RDC. Era un conocido de la infancia del hijo de Laurent Kabila, Joseph, que le ayudó a comprar su primera concesión de diamantes en el Congo en 1997. Gertler también pagó a Laurent Kabila veinte millones de dólares para obtener el monopolio de todo el comercio de diamantes en la RDC a partir de septiembre de 2000. Al igual que Bredenkamp, las empresas de Gertler fueron objeto de escrutinio internacional. El FMI y el Banco Mundial llevaron a cabo investigaciones sobre la seguridad de algunas de las contrapartidas (diamantes) contra las que se habían concedido sus préstamos a la RDC, de forma similar a su preocupación por el acuerdo de SICOMINES en 2009. Estas investigaciones descubrieron que el nombre de Gertler aparecía más de doscientas veces en los papeles de Panamá y que muchos de sus acuerdos sobre activos mineros en la RDC se ejecutaron a través de las tristemente célebres empresas fantasma de Mossack Fonseca. En diciembre de 2017, el Departamento del Tesoro de Estados Unidos sancionó a Gertler por abusos contra los derechos humanos y corrupción. Pero los negocios dudosos con las minas de Kambove no terminan ahí.

Desde 2016 una nueva empresa controla las minas de Kambove, Huayou Cobalt, con sede en China, que las compró a través de una empresa conjunta al 72-28 por ciento con Gécamines llamada MIKAS [La Minière de Kasombo]. La opinión predominante es que Joseph Kabila arregló el trato con Huayou en Kambove y que aceptó pagos financieros para hacerlo. La mayor filtración de información financiera procedente de África en el verano de 2021 confirmó estas sospechas. Reveló que una empresa fantasma llamada Congo Construction Company (CCC), cuyas cuentas se encontraban en la

sucursal de Kinsasa del BGFIBank, actuaba como intermediaria financiera entre las empresas mineras chinas y la familia de Kabila. Una de las hermanas de Kabila poseía una participación del 40 por ciento en la sucursal bancaria, por la que nunca pagó un dólar, y la sucursal estaba gestionada por otro hermano de Kabila. Una investigación realizada por Bloomberg reveló que «en total unos 65 millones de dólares fluyeron a través de las cuentas de CCC entre enero de 2013 y julio de 2018, de los cuales 41 fueron retirados en efectivo, lo que hace imposible rastrear a los beneficiarios de todos los fondos. Aun así, los registros bancarios muestran que al menos 30 millones de dólares se dirigieron, mediante transferencias o en efectivo, a personas y entidades directamente vinculadas a los Kabila o a empresas propiedad de la familia presidencial».[39] Al parecer, la familia Kabila utilizó CCC para aceptar pagos de empresas mineras chinas con el fin de cerrar acuerdos mineros en todo el Cinturón del Cobre, y también para canalizar hacia sí mismos al menos 138 millones de dólares de fondos públicos.[40] Joseph Kabila extrajo mucho dinero de los contratos mineros y los acuerdos de construcción chinos, nunca se sabrá cuánto. Su aparente saqueo de activos mineros y fondos públicos avergonzaría al mismísimo Leopoldo.

Las minas de Kambove explotadas por MIKAS se encuentran a unos kilómetros al norte de la ciudad. Según los lugareños, se explotan mediante un sistema mixto industrial-artesanal, y no hay ningún seguimiento ni claridad en cuanto a qué proporción de la producción procede de máquinas o es manual. En el momento de mi visita las minas de MIKAS estaban fuertemente vigiladas por una mezcla de guardia republicana y seguridad privada. Cuando intenté acceder a las explotaciones, los soldados me detuvieron en un control de carretera no muy lejos de las colinas, por lo que me entrevisté en su lugar en Kambove con mineros artesanales que afirmaron trabajar allí.

Eran cuatro hombres y cuatro adolescentes que dijeron que trabajaban como mineros artesanales en tres de las minas de MIKAS al norte de Kambove. Me contaron que salían de sus casas por la mañana temprano para caminar hasta un punto de encuentro donde los recogían camiones de carga de MIKAS y los transportaban a las minas. Dijeron que algunas personas que vivían en las colinas más cercanas

caminaban hasta los yacimientos. Según los testimonios de los trabajadores que entrevisté, había entre dos mil y tres mil mineros artesanales trabajando en MIKAS. Mpoyo, un joven de veintidós años residente en Kambove que trabajaba en una de las minas, describió el sistema:

—En Kamoya Sur se practica sobre todo la minería artesanal. A veces MIKAS utiliza las excavadoras, pero como he dicho, se trata sobre todo de minería artesanal. La mayoría de la gente excava en el pozo principal y otros lo hacen a su alrededor. No tenemos que cavar hondo porque el pozo ya es muy profundo.

Según Mpoyo y los demás entrevistados, en las minas de MIKAS no había ningún sistema de lavado y clasificación de piedras. Los mineros excavaban la mena, la reducían a trozos del tamaño adecuado con el martillo y la cargaban en sacos de rafia. Pregunté qué pasaba con los sacos una vez cargados y me dijeron que los representantes de las minas de MIKAS se los compraban, igual que el sistema descrito por Makaza en Étoile. De hecho, a los mineros artesanales de MIKAS se les pagaba la misma cantidad por cada saco de 40 kilos, aproximadamente 1,10 dólares. Los mineros artesanales cargaban los sacos en camiones de MIKAS, que transportaban la mena a la planta concentradora de MIKAS en Kambove para su procesamiento. Desde la concentradora, el cobre y el cobalto semiprocesados se exportaban probablemente a la empresa matriz, Huayou Cobalt.

Mpoyo y los demás nos dijeron que trabajaban en grupo en las minas y que ganaban una media de unos 2,20 dólares al día, basándose en su producción típica de dos sacos cada uno. Afirmaron que casi toda la producción de los cuatro yacimientos era artesanal y que funcionarios del SAEMAPE estaban presentes y contabilizaban el peso de la producción diaria, lo que determinaba el pago de regalías de MIKAS al Gobierno congoleño. De ser cierto, significaría que la agencia gubernamental encargada de vigilar a los mineros artesanales y proteger sus intereses formaba parte del sistema de utilización ilegal de esos mismos mineros en emplazamientos industriales. Iba a encontrar información similar en otros emplazamientos industriales situados más adelante, en la carretera de Kolwezi.

Los mineros artesanales que trabajaban en las minas de MIKAS declararon que las condiciones de trabajo eran duras. Hacían jornadas

de entre diez y doce horas extrayendo y martilleando en busca de cobalto sin equipo de protección ni otros elementos de seguridad. Sin embargo, dijeron que en cada mina había un dispensario médico para curar lesiones leves. Afirmaron sufrir dolores crónicos de espalda y cuello, laceraciones y esguinces. También me explicaron que había habido un derrumbe importante de la pared del pozo en Kamoya Central en mayo de 2018. Varios mineros sufrieron lesiones graves, como fracturas en las piernas, y algunos fallecieron, aunque nadie nos pudo precisar cuántos.

Suponiendo que hubiera entre dos mil y tres mil mineros artesanales trabajando en las explotaciones mineras de MIKAS al norte de Kambove, y que cada minero produjera dos sacos de cuarenta kilos de mena al día, su producción total sería de entre ciento sesenta y doscientas cuarenta toneladas de mena de cobre-cobalto diarias. Este no era el único ejemplo de la enorme cantidad de producción artesanal que procedía de una explotación industrial. La mayoría de las grandes concesiones mineras situadas entre Likasi y Kolwezi resultaron tener mineros artesanales trabajando en ellas. En algunos casos eran ellos los responsables de toda la producción.

Aunque no pude acceder a las minas de cobre-cobalto de MIKAS, al norte de Kambove, pude entrar en otro gran yacimiento minero artesanal de la zona llamado Tocotens. Se trataba de una mina abandonada de cobre-cobalto de Gécamines situada a unos kilómetros al sudeste de la ciudad. Los mineros artesanales de Kambove iban a la mina a cavar todos los días. En el momento de mi visita no vi a nadie de seguridad, ni a milicianos armados. En el interior había varios centenares de adolescentes y hombres jóvenes cavando dentro y alrededor de un gran pozo. Los chicos y las chicas más jóvenes lavaban las piedras en balsas de enjuague que parecían tan pútridas como las de Kipushi. La mina estaba envuelta en un manto repulsivo formado por una mezcla de la suciedad levantada por los martillazos y la arenilla que arrojaban los camiones que circulaban por las carreteras en mal estado de Likasi. Los mineros artesanales de Tocotens vendían su producción a puestos de venta informales situados junto al yacimiento.

—Nosotros vendemos el cobalto a los *comptoirs* —explicó un

minero artesanal muy serio llamado Patoke, señalando varias tiendas rudimentarias con lonas rosas y blancas situadas junto a Tocotens.

Al igual que los puestos de Hao, Jin y Diop en Likasi, los de Tocotens estaban gestionados por chinos, que no se mostraron dispuestos a intercambiar más que unas pocas palabras conmigo.

Aunque Tocotens era una antigua mina de Gécamines, los excavadores que conocí eran demasiado jóvenes para recordar el impacto que tuvo el colapso de Gécamines en Kambove. Solo el padre de Patoke, Mbese, recordaba bien aquellos días:

—Trabajé en Tocotens para Gécamines. La empresa nos daba un buen sueldo, nos proporcionaba un hogar a cada familia, escolarizaban a nuestros hijos. Cuando tuvimos otro hijo, nos dieron un saco más de harina cada mes. Cuando Gécamines desapareció, nos quedamos sin sueldo, intentamos excavar en las minas y tuve que ir a Lubumbashi a vender la mena, pero solo pude ganar el 10 por ciento de lo que ganaba antes.

Al igual que Solange, Mbese parecía sentir cierta nostalgia de los días anteriores a la caída de Gécamines. ¿Estaban las cosas realmente mejor entonces? En la época de Mbese, Gécamines daba trabajo con salario fijo a decenas de miles de ciudadanos de las provincias mineras. La empresa construyó escuelas y hospitales, proporcionó seguros médicos y alimentó el orgullo de pertenencia entre sus empleados. También formó a cientos de ingenieros de minas que consiguieron empleos de prestigio con salarios competitivos, llegando algunos a trabajar para grandes empresas mineras en el extranjero. Por desgracia, todo el sistema se había construido sobre unos cimientos poco sólidos. La empresa se arruinó en gran parte a causa del aparente robo de fondos por parte de la dirección ejecutiva, funcionarios mineros y figuras de la élite gubernamental, el principal de ellos Joseph Mobutu. Se dice que en los últimos días de su reinado Mobutu sustrajo enormes sumas de dinero de las arcas de la empresa. El colapso financiero era inevitable, y las consecuencias para la población de las provincias mineras perduran hasta hoy, transmitidas de padres a hijos, como Mbese y Patoke y miles de otros.

Más allá de Tocotens visité otras zonas de minería artesanal cerca de Kambove, en su mayoría excavaciones informales situadas en los bosques al sur de la carretera principal. La mayor de ellas,

Shamitumba, estaba situada a unos diez kilómetros al sur de Kambove, por la misma carretera de tierra que llevaba a Shinkolobwe. Un año después de mi visita, el yacimiento fue clausurado por el Gobierno de Tshisekedi al descubrirse altos niveles de uranio en el suelo. La mayoría de los yacimientos artesanales informales de los bosques del sur de Kambove se crearon cuando los habitantes de las aldeas empezaban a excavar en algún lugar y encontraban heterogenita. Algunos tenían una sola zona de excavación de unos cincuenta metros de ancho; otros, varias de hasta cientos de metros cada una.

Al igual que en Kipushi, los excavadores de estas zonas artesanales más remotas solían trabajar en grupos familiares, con hombres y niños mayores excavando en zanjas de cinco a seis metros de profundidad. No vi ningún túnel en estos yacimientos. La tierra tenía un tono más cobrizo que en Kipushi, con diversos tonos de rojizo, marrón claro y gris. A medida que las zonas de excavación se extendían por el bosque de alrededor, se talaban los árboles y se desbrozaba la maleza. La madera se quemaba para hacer carbón que los mineros utilizaban para calentarse y cocinar en sus aldeas. La mayoría vivían en aldeas del bosque cercano, mientras que otros iban cada día a pie o en bicicleta desde Kambove. En estos yacimientos había varios miles de personas excavando y lavando heterogenita, incluidos cientos de niños. Al igual que en la aldea que Arthur me enseñó, ninguno de estos sitios estaba supervisado o auditado por los actores de la parte superior de la cadena. Kabenga, un minero artesanal de Kambove con barriga de barril, describió su trabajo en un grupo formado por su hermano, su primo, sus dos hijos, su mujer y su hija.

—Venimos aquí porque la mena es buena y no tenemos que excavar demasiado profundo.

Añadió que el suelo era más blando en el bosque que en otras minas artesanales de los alrededores de Kambove. También prefería que no hubiera soldados ni milicianos en los yacimientos. Dijo que al final del día podía cargar tres sacos de heterogenita lavada en su bicicleta, y que tardaba más de una hora en empujar la carga de vuelta a la ciudad.

Vi a *négociants* en moto en algunos de los yacimientos artesanales del bosque. Transportaban la heterogenita a los puestos de venta de

Kambove para los mineros artesanales que no disponían de bicicletas, ni de la fuerza y la resistencia necesarias para acarrear tres o cuatro sacos de cuarenta kilos de piedras cuesta arriba por un camino de tierra durante varios kilómetros. Aunque no pude comprobarlo, lo más probable es que los *négociants* vendieran su cargamento a los puestos de compraventa de Kambove. Es posible que llevaran los sacos a Likasi, pero eso suponía una distancia adicional de veinticinco kilómetros, lo que implicaba mayores gastos de combustible. No había otros puestos en la zona fuera de estas ciudades. En cuanto a la pregunta de dónde iba el cobalto desde los *comptoirs*, solo puedo decir que de los más de treinta puestos que vi en Likasi y Kambove o sus alrededores, casi todos estaban gestionados por compradores chinos.

Aunque me resultó imposible acceder a las colinas situadas justo al norte de Kambove cerca de las minas de MIKAS a causa de la presencia de fuerzas de seguridad, me pregunté si podría haber zonas de minería artesanal en las colinas más al noroeste y si serían accesibles. Pregunté a algunas personas cercanas y Arthur me informó de que había unos cuantos puntos de minería artesanal explotados por habitantes locales. Dijo que solo había estado en una de esas zonas dos meses antes, y que en aquel momento no había milicias ni otras fuerzas de seguridad operando en los alrededores. La costa parecía despejada, así que planeamos una visita.

Condujimos unos kilómetros al oeste de Kambove y luego giramos hacia el norte, hacia las colinas, por un estrecho camino de tierra y piedras. Avanzamos con lentitud porque el camino estaba lleno de baches. El motor empezó a oler a aceite quemado mientras circulábamos con marchas cortas por un terreno agreste. Continuamos durante casi una hora, aparcamos cerca de un claro y continuamos a pie unos quince minutos adentrándonos en las montañas. La ladera de la colina era escarpada y rocosa, solo había matorrales y arbustos secos. Vi un único árbol grande en lo alto, con su pálido follaje formando una frágil bóveda alrededor de un tronco estrecho. Llegamos a la zona de minería artesanal en la que vi por lo menos a doscientos niños y setecientos adultos cavando en una fosa de aguas poco profundas que serpenteaba hacia el este a través de las colinas. Dos niñas salieron de la zanja no muy lejos de donde yo estaba; Nikki,

de quince años, y Chance, de catorce. Nikki llevaba una camiseta color melocotón, una falda marrón chocolate y el pelo recogido en una coleta. Chance llevaba un vestido rosa hasta las rodillas con lunares blancos. La hija de Nikki parecía tener alrededor de un año y el hijo de Chance no parecía tener más de unos meses. Estaban cubiertas de barro de rodillas para abajo, y sus bebés parecían débiles y enfermizos.

Fueron las madres más jóvenes con las que hablé durante el tiempo que pasé en el Congo. No me dijeron dónde estaban sus padres o si estaban vivos. Durante nuestra breve conversación, me enteré de que vivían en un pueblo a unos treinta minutos a pie de la zona de minería artesanal. Todos los días se levantaban al amanecer para atravesar las colinas en busca de cobalto.

—Cavamos juntas, lavamos las piedras en esta agua. Al final del día conseguimos llenar un saco entero —dijo Nikki.

Les pregunté qué hacían con el saco una vez lleno, dado lo remoto de su emplazamiento.

—Algunos hombres lo venden por nosotras —respondió Nikki.

—¿Qué hombres? —le pregunté.

La hija de Nikki empezó a llorar con fuerza. Ella hizo todo lo que pudo por consolarla, meciéndola y acariciándola, pero el llanto se incrementó. Nikki pareció impacientarse, así que me volví hacia Chance e intenté hacerle algunas preguntas más, pero me dijo que tenía que volver a cavar. Colocó con cuidado a su hijo dormido en una caja de cartón junto a la zanja y bajó con dificultad hasta el fango. Nikki no conseguía consolar a su hija. Intentó darle de comer, pero la niña no respondía. Sus llantos se convirtieron en chillidos. ¿Tendría cólicos, se habría hecho pis? ¿Cómo se podía cuidar a un bebé en esas circunstancias, sobre todo cuando la propia madre era una niña? Arthur me indicó que siguiéramos bajando por la trinchera. Mientras avanzábamos, eché un vistazo al hijo de Chance dentro de la caja de cartón. Su diminuto pecho subía y bajaba rápidamente mientras dormía bajo el sol abrasador, inhalando sustancias desconocidas en sus pequeños pulmones.

Nos adentramos en las colinas a lo largo de la zanja en la que trabajaban los mineros. Observamos cómo paleaban y lavaban piedras en grupos de cuatro o cinco. A muchos no les hacía mucha gracia que

los observaran y todavía menos hablar. Al final llegamos a un grupo de chicos de entre doce y diecisiete años. El mayor, Peter, llevaba vaqueros azules, zapatillas de plástico y una camiseta roja con las letras «AIG» cosidas en la parte delantera. Imaginemos que en una remota colina de las provincias mineras del Congo nos encontramos a un niño excavando en busca de cobalto vestido con una camiseta llena de barro con el logotipo de la gigantesca empresa estadounidense de servicios financieros que tuvo que ser rescatada por 180.000 millones de dólares durante la crisis financiera de 2008. Imaginemos lo que se podría hacer con el 1 por ciento de ese dinero en un lugar como este si se gastara en las personas que lo necesitan y no fuera robado por quienes las explotan.

Peter se mostró sorprendentemente enérgico y abierto a hablar con nosotros. Nos explicó que los chicos de su grupo eran hermanos y primos que venían de una aldea cercana a la ciudad de Manono, situada a unos cientos de kilómetros al norte, en el corazón del territorio del coltán. En Manono también se habían descubierto recientemente yacimientos de litio, que varias empresas mineras extranjeras estaban intentando explotar dada la creciente demanda en la fabricación de baterías recargables de iones de litio. Manono tenía una mala reputación por ser la esquina norte del «Triángulo de la Muerte». Las otras dos ciudades que forman este triángulo son Mitwaba y Pweto; se llama así porque las milicias mai-mais que operan en la región son conocidas por utilizar métodos especialmente crueles para obligar a la población local a excavar en busca de coltán y oro. Los informes de la zona describen torturas, asesinatos y cortes de manos y pies, técnicas transmitidas de generación en generación por los escuadrones del terror de Leopoldo.

—Hace dos años los mai-mais nos sacaron de nuestra casa y nos llevaron a una mina de cobalto cerca de Milele —explicó Peter.

Milele era el mismo lugar que el niño Kiyonge, el del orzuelo en el párpado, me había mencionado como hogar de miles de niños que excavaban en busca de cobalto.

—Los mai-mais nos vendieron a un libanés llamado Ahmad, que nos hizo cavar y se llevó todo el dinero. Dijo que teníamos que pagarle por habernos traído a Milele. Huimos de allí y vinimos a Kambove —nos contó Peter.

El hecho de oír hablar por segunda vez de la trata de niños en Milele a los niños de los alrededores de Likasi y Kambove parecía más que una coincidencia. Estaba ansioso por saber todo lo que pudiera sobre la operación y me hice mentalmente una lista de preguntas: ¿cuántas milicias mai-mais estaban implicadas en el tráfico de niños?, ¿cuántas personas como Ahmad compraban niños a las milicias?, ¿cuántos niños se habían llevado de la aldea de Peter, cerca de la ciudad de Manono?, ¿cuántos niños en total excavaban en busca de cobalto en Milele durante el tiempo en que Peter vivió allí?

Antes de que pudiera hacer la primera pregunta, se oyó un estruendo en las colinas, seguido de gritos y disparos. Peter saltó dentro de la trinchera. Me di la vuelta y vi a siete hombres armados con kaláshnikov y pistolas que corrían hacia nosotros. Los hombres dispararon al cielo y nos rodearon rápidamente. Nos apuntaban con sus armas y gritaban como posesos, con los ojos enrojecidos y apestando a licor. Nos preguntaron si habíamos hecho fotos y exigieron ver nuestros teléfonos. Me arrancaron la mochila del hombro, me empujaron y empezaron a rebuscar entre mis pertenencias. Uno de ellos encontró mi cuaderno y empezó a hojearlo. Por suerte, no sabía leer inglés.

La situación se nos iba de las manos. Miré con aprensión hacia Arthur, que estaba pálido como un muerto, pero con voz tranquila y firme me pidió que mostrara a los hombres mi *engagement de prise en charge* con el sello y la firma del señor Lukalaba. Para entonces el contenido de mi mochila estaba desperdigado por el suelo, así que busqué la carpeta en la que guardaba el documento y la encontré bajo las botas de uno de los comandos. Recuperé los papeles y se los presenté al hombre que llevaba una boina negra, suponiendo que era el jefe de la milicia. Arthur señaló la firma del señor Lukalaba y le explicó que estábamos bajo la protección de la oficina del gobernador. El hombre de la boina contestó con un grito, pero Arthur insistió con calma. La firma pareció calmar la agresividad reinante y nos ordenaron marcharnos inmediatamente, no sin antes exigirme de nuevo que les mostrara mi teléfono para ver si había hecho fotos. Les dirigí a un álbum en el que no había imágenes recientes, lo que pareció satisfacerlos. Los milicianos nos expulsaron de la zona minera, disparando unos cuantos tiros más al aire mientras nos marchábamos.

Al salir de la zona de minería artesanal, eché un vistazo a Nikki por última vez. Su hija se había calmado por fin y dormía en su espalda mientras ella cavaba. Me miró sin expresividad, fríamente…, luego, con un ligero temblor en los ojos, su expresión pareció transformarse en la de una niña aterrorizada. Nuestros ojos se encontraron en un gesto de reconocimiento. Creo que ambos sabíamos que estaba condenada.

### Tierra salvaje

La experiencia en las colinas al noroeste de Kambove me dejó conmocionado, pero aún quedaba un lugar por explorar en la zona de Likasi-Kambove, la región más remota y salvaje cerca de la frontera con Zambia. Me dijeron que había algunas grandes minas de cobre, cobalto y oro a unos treinta kilómetros al sur de la carretera, así como numerosas explotaciones mineras artesanales dispersas por las montañas. Pocos investigadores se habían aventurado en esta zona. Ni siquiera los lugareños sabían dónde se encontraban la mayoría de las minas artesanales. La región estaba protegida por el Ejército y el acceso requería autorización formal. Me dijeron que mi mejor opción para obtener el permiso era dirigirme a la oficina del SAEMAPE en Likasi.

Visité sus oficinas y conocí a dos jóvenes bastante amables, Jean y Pathé. Más de dieciséis meses después de que el SAESSCAM pasara a llamarse SAEMAPE seguían vistiendo sus uniformes oficiales grises y naranjas, porque todavía no habían dado uniformes nuevos a ningún miembro del personal de las provincias mineras. Este tipo de retrasos burocráticos eran endémicos en la RDC. A día de hoy los documentos nacionales de identidad oficiales que utilizan todos los ciudadanos de la RDC para demostrar su ciudadanía no se han actualizado desde 1997, cuando el país se llamaba Zaire. Por ello, la mayoría de la gente utiliza su tarjeta de votante como documento de identidad sustitutivo. ¿Por qué siguen utilizando un documento nacional de identidad de Zaire de 1997? Debido a que los nuevos documentos nacionales de identidad exigen que el Gobierno realice un nuevo censo nacional y el último se realizó en 1984.

Les expliqué a Jean y Pathé que había venido al Congo para

entender mejor la minería artesanal en el marco de un proyecto de investigación y que tenía curiosidad por explorar algunos de los yacimientos mineros más remotos de las montañas. Sorprendentemente, se mostraron bastante cooperativos, quizá por aburrimiento, porque parecía que no hacían otra cosa que estar sentados en la oficina todo el día. Me dijeron que tendrían que hacer algunas llamadas, así que los esperé fuera. Más tarde me informaron de que les habían dado permiso para llevarme a una mina de oro industrial en lo profundo de las montañas, llamada Kimpese, y también a un yacimiento minero artesanal situado de camino a Kimpese. Sin embargo, solo habían concedido permiso para tres personas. El viaje a Kimpese fue el único que hice a una zona minera sin ir acompañado de uno de mis guías de confianza. No salió según lo previsto.

Jean y Pathé me recogieron a la mañana siguiente en un todoterreno de tamaño mediano. Jean era delgado, de mirada penetrante y tenía la costumbre de comerse el final de cada palabra al hablar. Pathé era más bajo, más reflexivo, de mentón marcado y mejillas estrechas. Ambos eran originarios de Lubumbashi y habían estudiado en la universidad. Nos explicaron que Kimpese se encontraba a poco más de treinta kilómetros al sur de la autovía, por lo que el plan era ir primero allí y luego ver la mina artesanal en el viaje de vuelta.

—Hay una pequeña aldea en la carretera, más o menos a mitad de camino hacia Kimpese. Desde ese pueblo podemos caminar aproximadamente un kilómetro para llegar a la mina —explicó Jean.

Unos kilómetros al oeste de Kambove nos adentramos en una carretera de tierra en dirección sur. Llamarla «carretera de tierra» sería como decir que el Congo es una república democrática. Era aún más difícil de transitar que el camino que Arthur y yo tomamos para llegar a la zona de minería artesanal donde nos echaron los comandos. Era más bien una pista de rocas irregulares, agujeros y montículos de tierra no aptos para ningún vehículo. Nuestro ritmo se ralentizó mientras nos adentrábamos en el terreno. Unas pocas parcelas de tierra llana ofrecieron un respiro momentáneo a nuestras maltrechas espinas dorsales.

—No es posible llevar maquinaria pesada a Kimpese. Solo verás

pequeños equipos para excavar —explicó Jean.

Pregunté cuántas personas trabajaban en el yacimiento y Jean me dijo que había tres mil personas excavando «mediante técnicas artesanales».

Me arriesgué a preguntar si había niños trabajando en Kimpese. Sin dudarlo, Pathé respondió:

—Sí, hay niños.

—¿Cuántos?

—No lo sabemos.

Me sorprendió que un funcionario del SAEMAPE admitiera la existencia de trabajo infantil en una explotación minera oficial, sobre todo porque la mayoría de los funcionarios que conocí se esforzaban en negar o restar importancia a la existencia del trabajo infantil en la minería artesanal. Un parlamentario de alto rango de Kinsasa me dijo una vez que la comunidad internacional se equivocaba con respecto a la cuestión del trabajo infantil en las minas artesanales del Congo. Según él, en realidad eran pigmeos.

A medida que nos adentrábamos en las montañas, la sensación de lejanía y aislamiento se intensificaba. No se veía absolutamente nada, salvo roca, tierra y árboles. Pregunté dónde podía vivir una población tan numerosa de personas que trabajaban en Kimpese.

—Hay pueblos en las montañas —respondió Pathé—. También hay gente que vive en la propia mina.

—¿Quién les paga por el trabajo que hacen?

—El Ejército.

Pregunté qué hacía el Ejército con la producción generada por la mina. En ese momento, un camión de carga con distintivos chinos cargado de sacos de mena bajó por el camino de tierra en dirección contraria. Tuvimos que desviarnos hacia la maleza para evitar chocar. Cuando el camión pasó, Pathé lo señaló y dijo:

—Las empresas chinas han acordado comprar la mayor parte de la mena al Ejército.

Después de más de una hora de baches y sacudidas, el todoterreno empezó a chirriar, por lo que nos detuvimos y Jean se metió debajo del vehículo para inspeccionar el problema. Descubrió una gran piedra atascada en el eje. Pasamos treinta minutos intentando sacarla, pero no se movía. Pregunté cuánto faltaba para llegar a Kimpese y Pathé

calculó que eran quince o dieciséis kilómetros, demasiado para ir a pie. El pueblo cercano a la zona de minería artesanal que nos habían autorizado a visitar estaba a uno o dos kilómetros más, así que decidimos dirigirnos allí andando. Pathé sacó un teléfono por satélite e hizo una llamada pidiendo que otro vehículo se reuniera con nosotros en unas horas.

Mientras bajábamos por el camino de tierra que atravesaba las montañas, todo estaba en silencio salvo por las vaharadas de aire caliente que soplaban entre los árboles. La brisa carecía por completo de humedad. En cuanto parpadeé, la película que cubría mis ojos se evaporó como la niebla sobre las brasas. Llegamos por fin a una pequeña aldea formada por treinta cabañas de madera al aire libre con tejados de paja situada a lo largo de la carretera. Justo detrás de ellas el terreno descendía bruscamente hacia un valle. Al otro lado de la carretera, un frondoso bosque ascendía por la empinada ladera de una colina. El pueblo carecía de electricidad y la única fuente de agua era un pozo situado en el extremo del asentamiento, entre dos jacarandás. Una niña solitaria de unos tres años, con un vestido marrón pálido, caminaba lánguidamente mirándose los pies. Detrás de ella había dos soldados sentados en sillas de plástico con el uniforme característico de la guardia republicana, uniforme de faena, botas negras y boinas rojas. Junto a ellos había varios montones de sacos de rafia llenos. Se encargaban de gestionar un peaje improvisado que consistía en un largo poste de madera atravesado por dos ramas verticales en cada extremo. Los diez dólares que nos cobraron fue el peaje más caro que pagué en todos mis viajes por las provincias mineras.

Solo había un puñado de mujeres y niños en el pueblo cuando llegamos. La mayoría de los habitantes estaban excavando en la zona de minería artesanal. Las cabañas parecían más bien dormitorios donde vivían dos o tres familias, lo que sugería que en este asentamiento aislado vivían unos cientos de personas. Pregunté a Jean y Pathé si sería posible hablar con algunos de los habitantes antes de ir a pie a la zona de minería artesanal. Parecían reacios, pero accedieron a una sola entrevista. Tras hablar con algunas mujeres del pueblo, eligieron a una joven madre llamada Marline. Nos reunimos en su choza y nos sentamos en el suelo. Las pertenencias de las familias que compartían la choza de Marline consistían en tres

recipientes de plástico con agua, un cuenco grande de plástico, un montón de mandioca, ollas de metal para cocinar, cuchillos y cubiertos, y ropa apilada en dos esquinas. En una de las paredes colgaba un póster pequeño y descolorido de Jesús, junto con numerosas telarañas en las esquinas. Un pequeño lagarto marrón se aferraba al muro y miraba fijamente a la variopinta colección de visitantes.

Marline tenía veinte años y un bebé en el regazo. Llevaba el pelo corto, una falda roja descolorida y una blusa verde. Hablaba con voz suave y melosa y, aunque estaba sentada a solo medio metro de mí, me di cuenta de que había varias barreras impenetrables entre nosotros. En primer lugar, había sido seleccionada por Jean y Pathé. Aunque habían admitido que en Kimpese había niños, podían haber elegido a alguien que sabían que diría lo que ellos querían que dijera. Estuvieron además presentes durante toda la entrevista y traducían del suajili lo que consideraban oportuno. Marline también tendría en cuenta la presencia de la guardia republicana a la hora de elegir lo que debía o no decir. Por último, yo era muy consciente de que tenía que pasar el resto del día con ellos y de que esta era la última visita, puesto que Kimpese quedaba descartada, así que debía ser prudente con las preguntas que hacía, no fuera a ser que decidieran que era mejor volver a Likasi y alertar a los demás de que no era de fiar.

Empecé preguntando a Marline de dónde era. Me dijo que todos los habitantes del asentamiento procedían de un pueblo cercano a Kambove. Explicó que los aldeanos «vinieron con el Ejército» al asentamiento para trabajar en las zonas mineras cercanas. Normalmente iba a la mina todos los días, pero su hija había estado enferma, por lo que se estaba quedando en el pueblo para cuidarla. Le pregunté cómo funcionaba el sistema artesanal. Me dijo que los aldeanos solían trabajar todo el día en la mina y se llevaban los sacos de cobalto antes de que anocheciera. Cada sábado un camión llegaba al pueblo para cargarlos. Los compradores les daban un salario semanal de 15.000 francos congoleños (unos 8,30 dólares) a los hombres y 10.000 (unos 5,50 dólares) a las mujeres. También traían de la ciudad los productos que habían pagado la semana anterior, como harina, aceite, verduras y cerveza. Pregunté quiénes eran los compradores. Marline dijo que solía ser el Ejército.

Una multitud de mujeres y niños del pueblo, así como los dos soldados de la guardia republicana, habían empezado a congregarse alrededor de la cabaña mientras hablábamos. Jean y Pathé no parecían dispuestos a seguir hablando con público, así que sugirieron que empezáramos a caminar hacia el yacimiento. Cuando me levanté, miré a Marline y a su bebé y deseé encontrar un lugar seguro para hacerle las preguntas que realmente quería hacerle: ¿tenían elección los aldeanos cuando vinieron aquí con el Ejército?, ¿cuántos asentamientos como este había en las montañas?, ¿utilizaron los soldados la violencia para obligarlos a excavar?, ¿eran libres de volver a sus pueblos si lo deseaban?, ¿qué ocurría si resultaban heridos? Cada día que pasaba en el Congo, mi lista de preguntas sin respuesta no hacía más que crecer.

Emprendimos la marcha por la pendiente entre los árboles hacia el yacimiento artesanal. El bosque estaba seco y filoso, pero nuestro paso se veía facilitado por un estrecho sendero que los aldeanos habían pisado yendo y viniendo de la zona minera. No habíamos avanzado más de diez minutos cuando oímos el primer disparo, a los que siguieron otros dos en rápida sucesión. Pasos rápidos crujían entre la maleza. Los soldados de la guardia republicana del pueblo corrían hacia nosotros. Se dirigieron a Jean y Pathé con tono firme y cada vez más alto, y luego subieron rápidamente por la colina.

—Ha habido un accidente —dijo Jean.

—¿Qué ha pasado?

—Un niño se cayó. Su cabeza golpeó una piedra.

—¿Está bien?

—Está muerto.

El ejército estaba acordonando la zona. Nos ordenaron marcharnos.

Jean y Pathé me llevaron directamente al todoterreno sin parar en el pueblo. Cuando sus colegas llegaron con el segundo vehículo, volví con Jean a Likasi mientras los demás trabajaban para reparar el todoterreno. Al día siguiente pregunté si sería posible visitar Kimpese o quizá algún otro yacimiento artesanal de las montañas, pero no me dieron permiso. Nunca conseguí volver a la remota zona salvaje cercana a la frontera con Zambia, ni a las colinas que rodean Likasi y Kambove, pero vi lo suficiente para concluir que había un mundo

secreto de minería artesanal oculto allí, que funcionaba de forma aún más opresiva que los yacimientos más visibles, como Kipushi y Tocotens. Miles de toneladas de cobalto pasaban de esta economía sumergida a la cadena de suministro formal gracias a una población harapienta que trabajaba en condiciones de esclavitud.

Esa noche le conté a Arthur los acontecimientos del día. Había estado preocupado por mi viaje y se sintió aliviado cuando regresé sano y salvo. Toda la región salvaje que se extendía hasta la frontera con Zambia era un punto negro incluso para los locales. Arthur no estaba seguro de cuántos yacimientos mineros se ocultaban en la zona.

—Podrían ser cincuenta, cien, doscientos. Algunos yacimientos se explotan durante unos meses hasta que se agota la mena. Los yacimientos más grandes, como Kimpese, llevan ahí años.

Le pregunté si creía que el Ejército había trasladado por la fuerza a los lugareños al asentamiento para excavar en busca de cobalto.

—¡Nadie quiere vivir allí! Pero hay cobalto y oro, así que el Ejército coge a los más pobres y los obliga a excavar.

Le pregunté si había oído algo en el pueblo sobre el accidente, pero no hubo noticias. Supuso que el niño probablemente estaría enterrado en las colinas, como tantos otros que cavaron y murieron sin dejar rastro.

Arthur dio un largo sorbo a su cerveza y se quedó mirando taciturno.

—¿Por qué ha muerto ese niño, por un saco de cobalto? —preguntó—. ¿Es eso lo que valen los niños congoleños?

---

[34] Helmreich, 1986, capítulos 2 y 4.

[35] Morel, 1968, p. 37.

[36] *Ibid.*, p. 58.

[37] Morel, 1902, pp. 347-348.

[38] Morel, 1968, p. 96.

[39] «China Cash Flowed Through Congo Bank to Former President's Cronies», disponible en https://www.bloomberg.com/news/features/2021-11-28/africa-s-biggest-data-leak-reveals-china-money-role-in-kabila-s-congo-looting.

[40] «Biggest African Bank Leak Shows Kabila Allies Looted Funds», disponible en https://www.bloomberg.com/news/articles/2021-11-19/biggest-african-bank-leak—shows-ex-congo-president-s-allies-looted-state.

04

# Colonia ante el mundo

*«El gran drama histórico de África ha sido menos su contacto demasiado tardío con el resto del mundo que la forma en que este se ha producido; que en el momento en que Europa cayó entre las manos de los financieros y de los capitanes de la industria más desprovistos de escrúpulo, Europa se "propagó"; que nuestro infortunio ha querido que haya sido esta Europa la que hayamos encontrado en nuestro camino y que Europa es responsable frente a la comunidad humana de la más alta tasa de cadáveres de la historia».*

AIMÉ CÉSAIRE, *Discours sur le colonialisme*[41]

De todos los escollos que uno encuentra en el Congo quizá el más peligroso sea la historia, una fuerza tan tenaz como el gran río que doblega estas tierras a su voluntad y que, como él, enturbia todo a su paso. Mi amigo Philippe me dijo en mi primer viaje al Congo que no podría entender realmente lo que estaba ocurriendo en las provincias mineras sin comprender primero la historia de la nación. Pero ¿por dónde empezar? No hay un único punto de partida, menos en una nación con un pasado tan épico y trágico como el Congo, pero si intentáramos identificar un lugar y un momento que pudiéramos considerar el origen de este viaje, nos decantaríamos por la desembocadura del río Congo en el año 1482. Todo lo que está

ocurriendo en Katanga en el siglo XXI es el resultado de una implacable secuencia de acontecimientos que comenzó en ese lugar y en ese momento. La trayectoria, sin embargo, no fue del todo irreversible. Hubo un fugaz destello de esperanza en los albores de la independencia en 1960, cuando el destino del Congo podría haber tomado un rumbo muy diferente…, pero la esperanza fue destruida antes de haber tenido siquiera una oportunidad. La historia se encargó de ello. Antes que cualquier rey, traficante de esclavos, señor de la guerra o cleptócrata, la historia reina soberana en el Congo oscureciendo la tierra como una tormenta en el instante anterior a que el primer rayo rasgue el cielo.

### Invasión y trata de esclavos, 1482-1884[42]

La saga comenzó en la península ibérica a principios del siglo XV con la era de los descubrimientos, que desde la perspectiva de los que fueron «descubiertos» se llamaría más exactamente «de las invasiones». El príncipe Enrique de Portugal, conocido como Enrique el Navegante, envió barcos en busca del oro africano. Las inhóspitas aguas de África Occidental resultaron impenetrables para los barcos europeos hasta que, en la década de 1440, los portugueses desarrollaron la carabela, un ágil navío con velas latinas diseñadas para ser propulsadas por el viento. Este tipo de embarcación llevó por primera vez a los europeos más allá de las islas Canarias; en 1445 pasaron la desembocadura del río Senegal; en 1462 llegaron a Sierra Leona; y en 1473 navegaron más allá del golfo de Guinea y descubrieron que la costa de África giraba de nuevo hacia el sur. Tras este descubrimiento, un explorador llamado Diogo Cão navegó más al sur que ningún otro europeo y ancló en la bahía de Loango, cerca de la desembocadura del río Congo, en 1482. La era de la invasión completó su trágico recorrido por el Sur global cuando Cristóbal Colón llegó a las Américas en 1492 y Vasco da Gama navegó alrededor de África hasta la India en 1498.

Cuando Diogo Cão llegó a la desembocadura del río Congo, se convirtió en el primer europeo en conocer a los habitantes del reino de Kongo. En un momento concreto preguntó el nombre del caudaloso río que a más de cien kilómetros de la costa teñía el océano de marrón

a causa de sus sedimentos. Los kongos respondieron *nzere* («el río que se traga a todos los demás»), pero el cartógrafo de Cão escuchó mal y registró el nombre del río como «Zaire». Cão regresó a Portugal para informar de sus descubrimientos. En unos cuantos años los portugueses habían levantado una misión de tráfico de esclavos en la bahía de Loango. Desde principios del siglo XVI hasta el fin del comercio de esclavos, en 1866, una cuarta parte de los 12,5 millones de esclavos robados en África y embarcados a través del Atlántico partieron de la bahía de Loango.

Durante todo el periodo de la trata atlántica los europeos se limitaron en gran medida a las costas de África y prácticamente no se aventuraban en el interior. El principal responsable de la apertura de rutas hacia el interior del continente fue David Livingstone. Nacido en Escocia en 1813 viajó a Ciudad del Cabo en 1841 para predicar el cristianismo entre los nativos. Sediento de aventuras, intentó cruzar el desierto del Kalahari en 1849, y en 1851 se convirtió en el primer europeo en ver el río Zambeze, momento en el que nació un nuevo sueño: ¿habría un río navegable desde la costa de África hasta el corazón del continente? Su existencia podría facilitar el sueño de Livingstone de llevar «el comercio y el cristianismo» a África, lo que en su opinión contribuiría a la extirpación definitiva de la esclavitud.

Livingstone prosiguió sus exploraciones y en 1856 descubrió que el Zambeze no era una vía fluvial de la costa al interior. Durante sus viajes, sobrevivió a veintisiete brotes de malaria gracias a su descubrimiento de las propiedades paliativas de la quinina. Durante siglos la malaria había impedido la exploración europea del interior de África. Aunque la quinina no era una cura para la malaria, ayudaba a evitar una sentencia de muerte, resultando ser el primero de los dos avances cruciales que facilitaron la colonización europea de África. El segundo implicaba agua hirviendo. A partir de la década de 1850, la máquina de vapor revolucionó el transporte. Los barcos de vapor transportaban mercancías de forma rápida y menos costosa a través de océanos turbulentos, y también podían remontar la corriente para permitir la exploración de ríos que se adentraban en el continente africano. Aunque el Zambeze resultó no ser navegable desde la costa hasta el interior, los europeos albergaban la esperanza de que con la ayuda de la fuerza del vapor el Nilo pudiera serlo.

De 1859 a 1871, Livingstone exploró la región de los Grandes Lagos bordeando el Congo oriental en busca de la fuente del Nilo. En marzo de 1871, llegó a orillas del río Lualaba, a una aldea llamada Nyangwe, situada al borde de la selva congoleña. Los traficantes de esclavos árabes le negaron el paso más allá de Nyangwe y, abatido regresó a Ujiji, en el oeste de Tanzania. Hacía ya varios años que nadie tenía noticias de él y había un gran interés por saber si seguía vivo. Fueron los esfuerzos por descubrir la suerte de Livingstone por parte de Henry Morton Stanley, un huérfano galés convertido en periodista estadounidense, los que sellaron el destino del Congo.

Stanley nació como hijo ilegítimo de una madre adolescente en Gales. Creció en un orfanato, llegó a Estados Unidos, luchó en ambos bandos de la guerra de Secesión y, finalmente, encontró trabajo como periodista en *The New York Herald*. Cuando Livingstone desapareció en algún lugar de África Oriental, Stanley vio la oportunidad de hacerse famoso. Propuso a *The Herald* el equivalente en el siglo XIX de un *reality* televisivo en busca de Livingstone. Enviaría despachos desde el terreno y encontraría a Livingstone o alguna prueba de su muerte. Acabó encontrándole enfermo y cansado en Ujiji en noviembre de 1871. Según su relato apócrifo, pronunció las famosas palabras: «El doctor Livingstone, supongo». Stanley pasó cuatro meses con él y llegó a verle como el padre que nunca tuvo.

Se sintió inspirado para terminar la obra de Livingstone descubriendo la fuente del Nilo. El 17 de octubre de 1876 vio por primera vez el río Lualaba, en el extremo opuesto del sistema fluvial del Congo que Diogo Cão había descubierto casi cuatro siglos antes. En todo ese tiempo nadie había conseguido remontar el Congo desde su nacimiento hasta la costa atlántica. Stanley se aventuró río abajo en un barco de vapor y llegó a Nyangwe, donde los traficantes de esclavos árabes habían impedido a Livingstone avanzar en 1871.[43] La solución que eligió fue pagar a uno de los mayores traficantes de esclavos árabes de África, Tippu Tip, para que viajara con él. Tip aprovecharía la ocasión para ampliar su imperio esclavista al Alto Congo.

Stanley se adentró en el Alto Congo y pasó siete cataratas el 7 de febrero de 1877, en un lugar que bautizó como Stanley Falls (las cataratas Boyoma), donde oyó a una tribu local llamar *ikuta yacongo* al

río y se dio cuenta de que el Lualaba no era la fuente del Nilo, sino el propio río Congo. En marzo de 1877, llegó al comienzo de un tramo de cataratas de trescientos veinte kilómetros en un lugar que bautizó como Stanley Pool (el lago Malebo), en el sitio exacto que se convertiría en la actual Kinsasa. Stanley y su tripulación llegaron a la desembocadura del río Congo en Boma el 10 de agosto de 1877, demostrando así que el río era navegable en tres tramos desde la costa hasta el interior de África. El sueño de Livingstone se hizo realidad, pero se convirtió en una pesadilla para la población del Congo.

En 1877, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Portugal, España e Italia ya habían ocupado la mayor parte del continente africano. La inmensa porción central seguía siendo el único territorio no reclamado. El viaje de Stanley abrió el Congo a los ojos de Europa y el rey Leopoldo II de Bélgica hizo su jugada. Creó un *holding* llamado Association Internationale du Congo (AIC), del que era el único accionista. El propósito declarado de la AIC era cumplir el sueño de Livingstone de llevar el cristianismo y el comercio al corazón de África. Leopoldo ofreció a Stanley la misión de volver al Congo y asegurar la firma de tratados con las tribus locales en nombre de la AIC.

Las peripecias de Stanley negociando tratados para la AIC fueron la primera vez que las baterías jugarían un papel en la explotación del pueblo congoleño. George Washington Williams, un pastor afroamericano que viajaba por el Congo, descubrió la treta de Stanley para intimidar a los líderes tribales y obligarlos a firmar sus acuerdos. Escribió sobre ello en su *Carta abierta a su serena Majestad Leopoldo II, Rey de los Belgas y Soberano del Estado Independiente del Congo*:[44]

> En Londres había comprado cierto número de baterías eléctricas que, al fijarlas en el brazo por debajo de la casaca, se comunicaban con una cinta que pasaba por la palma de la mano del hermano blanco, y cuando este daba al hermano negro un cordial apretón de manos, el hermano negro se quedaba muy sorprendido ante la gran fuerza del hermano blanco, porque lo dejaba tambaleándose con solo darle la mano de la fraternidad. Cuando el nativo preguntaba acerca de la disparidad de fuerza entre su hermano blanco y él, se le decía que el hombre blanco era capaz de arrancar árboles y realizar las más asombrosas demostraciones de fuerza.

A principios de 1884, Stanley había conseguido firmar más de

cuatrocientos contratos con las tribus nativas, adueñándose de una enorme extensión de tierra congoleña. Ninguno de los líderes tribales comprendía del todo el hecho de que estaban cediendo la propiedad de sus tierras a la AIC, y desde luego no sabían leer el idioma en que estaba escrito el acuerdo. Sin embargo, Leopoldo tenía lo que necesitaba para defender que el Congo era suyo durante una extravagancia imperialista llamada «Conferencia de Berlín».

El 15 de noviembre de 1884 las principales potencias coloniales de Europa se reunieron en Berlín para discutir cómo repartirse África. Los emisarios de Leopoldo presentaron los territorios de la AIC como una zona de libre comercio y estipularon que el río Congo permanecería abierto a la navegación sin aranceles. La conferencia concluyó con el Acta General de la Conferencia de Berlín, que establecía los términos de la repartición de África por parte de los europeos. Leopoldo disolvió la AIC y el 29 de mayo de 1885 se declaró propietario único y rey soberano del Congo-Vrijstaat, el Estado Libre del Congo. Su nueva propiedad en África era setenta y seis veces mayor que Bélgica.

### Colonización, 1885-1960[45]

Leopoldo II instauró una férrea maquinaria colonial diseñada para extraer el máximo valor de los recursos del Congo y el máximo rendimiento laboral del pueblo congoleño. Reclutó un ejército de mercenarios, la Force Publique, para obligar a la población local a la servidumbre. El primer objetivo en su lista era el marfil, pero la caza furtiva de elefantes a gran escala en toda África hizo que los precios del marfil pronto cayeran en picado. Su experimento estuvo a punto de fracasar cuando un nuevo invento le salvó justo a tiempo: el neumático de caucho.

En 1885 un alemán llamado Karl Benz diseñó un vehículo impulsado con un motor de combustión interna y con ruedas de madera recubiertas de hierro aptas para velocidades lentas. En 1888 el inventor escocés John Boyd Dunlop ideó un neumático de caucho que se llenaba de aire. A medida que crecía la incipiente industria automovilística, crecía con ella la demanda de caucho. Al igual que la RDC está provista de las mayores reservas de cobalto del mundo,

necesarias para satisfacer la demanda de la actual revolución de los vehículos eléctricos, el Congo de Leopoldo estaba dotado de millones de kilómetros cuadrados de árboles de caucho necesarios para satisfacer la demanda de la primera revolución automovilística.

La Force Publique de Leopoldo coaccionó a la población nativa para que extrajera la savia de las ramas de los árboles del caucho en las profundidades de la selva congoleña. Azotaban a los nativos hasta la sumisión utilizando el *chicotte*, un látigo que desgarraba la carne fabricado con piel retorcida de hipopótamo. Secuestraban a las esposas e hijos de los aldeanos y les ordenaban cumplir una cuota de tres a cuatro kilos de savia de caucho por quincena. Si regresaban de la selva sin cumplir sus cuotas, les cortaban una mano, la nariz o una oreja a sus familiares. Las exportaciones de caucho del Estado Libre del Congo se multiplicaron por noventa y seis entre 1890 y 1904, convirtiéndose en la colonia más rentable de África.

Joseph Conrad fue testigo de las atrocidades del régimen de Leopoldo cuando viajó por el río Congo a partir del 13 de junio de 1890. Llevó un diario en dos cuadernos repletos de descripciones que un día darían lugar a su mordaz crítica sobre la profanación colonial de África, *El corazón de las tinieblas*. «Los belgas son peores que las siete plagas de Egipto», escribió Conrad en una carta a Roger Casement, con quien trabó amistad en Matadi antes de aventurarse río arriba. La verdad del Estado Libre del Congo permaneció oculta al mundo hasta el análisis de los datos llevado a cabo por E. D. Morel en 1900, que hizo que los británicos encargaran a Roger Casement la primera investigación sobre derechos humanos del siglo XX.

Casement partió río arriba el 5 de junio de 1903. Pasó cien días investigando las condiciones de los congoleños y documentando testimonios de supervivientes de asesinatos, esclavitud y mutilaciones por parte de la Force Publique de Leopoldo. Publicó *The Casement Report* el 8 de enero de 1904 y se unió a Morel para crear la Asociación para la Reforma del Congo, con el fin de acabar con el régimen de Leopoldo.[46] Este se vio obligado a vender el Estado Libre del Congo al Gobierno belga el 15 de noviembre de 1908, lo que le reportó una jugosa suma de varios cientos de millones de dólares, que se sumaron a lo que ya había ganado. Los belgas tomaron el control del «Congo Belga» y, lamentablemente, continuaron con el sistema de

explotación forzosa para la extracción de caucho iniciado por Leopoldo. Los precios del caucho empezaron a desplomarse en el mercado mundial, los belgas se estrujaban los sesos pensando en cómo mantener la rentabilidad de la colonia y, en el momento preciso, descubrieron los yacimientos minerales de Katanga.

A partir de 1911 la Union Minière du Haut-Katanga utilizó los trabajos forzados para obligar a la población local a extraer cobre y otros minerales de Katanga. La producción de cobre pasó de 100.000 toneladas en 1940 a 280.000 en 1960, equivalente al 10 por ciento de la producción mundial. Más al norte los belgas vendieron una explotación de 75.000 kilómetros cuadrados de selva tropical repleta de palmeras a los hermanos Lever, cuya nueva receta de jabón requería aceite de palma. Siguiendo el modelo de Leopoldo, utilizaron mano de obra forzada en la extracción del aceite bajo un sistema de cuotas. Las riquezas que generaron ayudaron a construir la poderosa multinacional Unilever.

El baño de sangre de la Segunda Guerra Mundial demostró a los africanos que sus dueños europeos no eran tan inteligentes como se presentaban, lo que provocó una ola de sentimiento anticolonial en todo el continente. Las protestas para conseguir la independencia se intensificaron en el Congo Belga a finales de la década de 1950, encabezadas por un fulgurante líder nacionalista llamado Patrice Lumumba.

### Nacimiento y destrucción de una esperanza, 1958-enero de 1961[47]

Tras sufrir siglos de esclavitud y colonización, el Congo tuvo en la independencia una mínima oportunidad de renacer como tierra de libertad y autodeterminación. Cuatro figuras se pusieron al frente de la lucha congoleña por la independencia. El primero fue Patrice Lumumba, un líder carismático de origen humilde, al que se unió Joseph Mobutu, su amigo íntimo y aliado. La tercera figura, Joseph Kasa-Vubu, era un conocido defensor de la libertad congoleña, y la cuarta, Moise Tshombe, era el jefe de un partido político a favor de la autonomía de Katanga.

Las primeras elecciones se celebraron justo antes de la

independencia; Lumumba fue elegido primer ministro y Kasa-Vubu presidente. El día de la independencia se celebró una ceremonia en Léopoldville para celebrar el traspaso de poderes. El rey Balduino de Bélgica se jactó: «La independencia del Congo representa la culminación de la obra concebida por el genio del rey Leopoldo II, emprendida por él con tenaz valor y continuada con perseverancia por Bélgica». Un emocionado Lumumba ofreció una respuesta no prevista en la que resonaba la cólera de millones de africanos esclavizados por el «ingenio» de sus señores coloniales. Criticó la «esclavitud humillante» impuesta a los congoleños por los belgas y alabó la lucha congoleña por la libertad «entre lágrimas, fuego y sangre». Advirtió que el pueblo del Congo nunca olvidaría el «trabajo agotador que se nos exigía a cambio de salarios que no nos permitían saciar el hambre […] ni criar a nuestros queridos hijos» y que su pueblo había «visto cómo nos robaban nuestras materias primas» bajo el pretexto de leyes que eran «crueles e inhumanas». Lumumba terminó su incendiario discurso con una declaración al rey belga: «Nous ne sommes plus vos singes» (Ya no somos vuestros simios).[48]

Once días después de la independencia, los belgas ejecutaron un vergonzoso plan para mantener el control de lo más importante del Congo: los minerales de Katanga. Prestaron su apoyo a Moise Tshombe cuando este anunció que la provincia de Katanga se había separado del Congo. La UMHK proporcionó un apoyo financiero crucial al Gobierno de Tshombe, y las tropas belgas expulsaron al ejército congoleño de Katanga. Los belgas cortaron con precisión quirúrgica la provincia de Katanga como una mano del cuerpo de la nación y con ella se fue el 70 por ciento de los ingresos del Gobierno. El país quedó mutilado antes de tener siquiera una oportunidad.

Lumumba escribió a las Naciones Unidas pidiendo ayuda para expulsar a los belgas y reunificar el país. La ONU respondió con la mayor operación terrestre desde su creación para ayudar a estabilizar la nación, pero las fuerzas no estaban autorizadas a expulsar a las tropas belgas. Lumumba pidió ayuda a la Unión Soviética. La posibilidad de que el Congo, y especialmente Katanga, cayera bajo influencia soviética puso a Estados Unidos, las Naciones Unidas y Bélgica a trabajar a toda velocidad para despachar a Lumumba. El 18 de agosto de 1960 el presidente Dwight Eisenhower se reunió con su

consejo de seguridad nacional para discutir la situación en el Congo y anunció que Estados Unidos tenía que «deshacerse de este tipo».[49] La CIA urdió un complot para asesinar a Lumumba utilizando pasta de dientes con veneno de cobra; en lugar de esto decidieron seguir el plan de reclutar al amigo de Lumumba y jefe del Ejército, Joseph Mobutu, para derrocarle.

El 14 de septiembre de 1960, Joseph Mobutu anunció que se había hecho con el control del Gobierno. Contó con el apoyo del Ejército, así como con el respaldo logístico y financiero de Estados Unidos, las Naciones Unidas y Bélgica, de los que se sirvió para expulsar a todas las tropas soviéticas y poner a Lumumba bajo arresto domiciliario. El 27 de noviembre de 1960, Lumumba consiguió escapar, pero Estados Unidos, la ONU y Bélgica facilitaron su recaptura gracias a sus servicios de inteligencia. En la medianoche del 1 de diciembre de 1960, fue encarcelado por las fuerzas de Mobutu. Sus partidarios organizaron una contraofensiva y pronto ocuparon la mitad del país. La administración Kennedy, preocupada por la posibilidad de que Lumumba volviera al poder, convenció a Bélgica para que le enviara a su base de Élisabethville para ser ejecutado.

Fue trasladado en avión a Élisabethville el 16 de enero de 1961, conducido a una mansión aislada y torturado por seis belgas y seis katangueses, entre los que estaban Moise Tshombe y su segundo al mando, Godefroid Munongo. En un irónico giro de la historia, Munongo era nieto del rey Msiri. En 1891, unos mercenarios belgas enviados por Leopoldo habían asesinado a Msiri para hacerse con el control de Katanga y exactamente setenta años después el nieto de Msiri se unía a los belgas para asesinar a Lumumba y devolver Katanga a los belgas. Tras torturar a Lumumba durante horas, Tshombe y los belgas lo mataron a tiros. Descuartizaron el cuerpo y arrojaron las partes a unos barriles de ácido sulfúrico. El cráneo, los huesos y los dientes se trituraron y los esparcieron en el trayecto de vuelta, excepto un único diente que se llevó de recuerdo el inspector belga de la policía katanguesa.

### El infierno en la tierra, febrero de 1961-2022[50]

Con la amenaza nacionalista neutralizada, las Naciones Unidas

enviaron sus tropas para obligar a Katanga a reunificarse con la República del Congo, que era precisamente lo que Lumumba quería. Kasa-Vubu, Tshombe y otros líderes congoleños se reunieron en marzo de 1961 para discutir el futuro de la nación y acordaron crear una confederación de estados soberanos que sustituyera a la República del Congo. La ONU y Estados Unidos exigieron un Congo unificado y el secretario general de la ONU, Dag Hammarskjöld, negoció posteriormente un pacto separado con Kasa-Vubu para rechazar el acuerdo a cambio de ayuda financiera. Tshombe se sintió traicionado y atacó a las fuerzas de la ONU en Katanga. La guerra estalló en las calles de Élisabethville. Hammarskjöld voló a Élisabethville para alcanzar un acuerdo de paz con Tshombe, pero su avión fue derribado durante el descenso al aeropuerto el 18 de septiembre de 1961. Persisten los rumores de que Tshombe ordenó el ataque.

La UMHK siguió ofreciendo apoyo para conseguir una Katanga independiente pagando impuestos mineros directamente al Gobierno de Tshombe. Sus fuerzas lucharon contra la ONU en Katanga durante otros dos años, hasta que el presidente Kennedy envió aviones de combate estadounidenses para apoyar una ofensiva decisiva de la ONU. Tshombe reconoció su derrota el 14 de enero de 1963. El Congo se reunificó finalmente tras tres años y medio de violencia y se celebraron nuevas elecciones en mayo de 1965, en las que Kasa-Vubu se convirtió en presidente. Aunque su presidencia duró poco, puesto que el 24 de noviembre de 1965 Joseph Mobutu ejecutó su segundo golpe de Estado y tomó el control total del gobierno.

Mobutu dirigió el Congo durante treinta y dos años, igual que Leopoldo, una máquina de crear riqueza personal. Nacionalizó la UMHK transformándola en la Gécamines el 31 de diciembre de 1966 y haciéndose con la titularidad plena de varias concesiones mineras. Desvió miles de millones de dólares de las exportaciones de minerales del país a cuentas bancarias personales, convirtiéndose en una de las diez personas más ricas del mundo durante la década de 1980. El 27 de octubre de 1971 rebautizó el país con el nombre de República del Zaire, basándose en lo que él creía que era el nombre original del río Congo en la época del reino de Kongo, cuando en realidad fue una interpretación errónea de la palabra *nzere* por parte de un cartógrafo portugués.

Mobutu se mantuvo en el poder durante décadas, a pesar de la corrupción flagrante, abrazando la causa estadounidense contra el comunismo, lo que le valió el apoyo incondicional de los presidentes Nixon, Bush, Reagan y Clinton. Los minerales de Katanga fluyeron hacia Occidente y los beneficios a las cuentas bancarias de Mobutu. Sin embargo, lo que Katanga da, también lo puede quitar. Los precios del cobre alcanzaron un máximo de 1,33 dólares por libra en abril de 1974 y se desplomaron a 0,59 dólares por libra en junio de 1982, a medida que los países con una producción de bajo coste la iban incrementando. La producción de cobre de Gécamines alcanzó su máximo en 1988, con casi 480.000 toneladas, desplomándose cinco años después a treinta mil. Cuando la Unión Soviética se derrumbó, en 1991, el valor de Mobutu para Occidente se desplomó. El genocidio en la vecina Ruanda fue el catalizador de su caída final.

El 6 de abril de 1994 un avión en el que viajaba el presidente ruandés Juvénal Habyarimana (de etnia hutu) fue derribado cuando se aproximaba al aeropuerto internacional de Kigali. Los hutus culparon a los tutsis y se desencadenó una masacre. Al cabo de cien días, los hutus del grupo Interahamwe habían masacrado al menos a ochocientos mil tutsis. Más de dos millones de refugiados huyeron a través de las fronteras de Zaire hacia los Kivus. El Interahamwe creó un pequeño estado en los Kivus, con cuartel general cerca de Goma, y siguió perpetrando ataques contra los tutsis. La degeneración de Zaire bajo Mobutu hizo posible que sus vecinos, comparativamente de tamaño mucho menor, contemplaran la posibilidad de una invasión. El jefe del Ejército ruandés y actual presidente de Ruanda, Paul Kagame, aprovechó la oportunidad y orquestó un ataque contra los Kivus junto con Uganda, utilizando a un testaferro katangués y antiguo oponente de Mobutu, Laurent-Désiré Kabila.

Kabila fusionó varios grupos rebeldes en un ejército llamado AFDL y no tardó en mandar un batallón de fuerzas para hacerse con el control de Katanga. Se instaló en el hotel Karavia de Lubumbashi y organizó reuniones con bancos de inversión occidentales, De Beers y empresas mineras de América y Europa para repartirse el botín de guerra. Las fuerzas restantes de la AFDL, dirigidas por James Kabarebe, leal ayudante de campo de Kagame, marcharon hacia el oeste, en dirección a Kinsasa. Un decrépito Mobutu huyó a Marruecos,

donde murió en el exilio. Kabila juró el cargo de presidente de la República Democrática del Congo el 29 de mayo de 1997. Se presentó como el legítimo sucesor de Patrice Lumumba y prometió llevar la libertad y la prosperidad al pueblo congoleño.

Al igual que Mobutu y Leopoldo antes que él, Laurent Kabila dirigió el Congo como un sistema cleptocrático de enriquecimiento personal. Hizo tratos con empresas mineras extranjeras y canalizó el dinero hacia sus cuentas personales. Sin embargo, cometió un error fatal al volverse contra quienes le habían ayudado a llegar al poder. El 26 de julio de 1998 ordenó a todas las tropas ruandesas y ugandesas que se retiraran del país. Ruanda y Uganda apoyaron rápidamente a nuevos ejércitos rebeldes dirigidos por James Kabarebe con la misión de derrocar a Kabila. Una semana después, Kabarebe invadió el Congo por segunda vez.

Lo que siguió el 2 de agosto de 1998 y durante años se conoció como la «Gran Guerra de África», una explosión de violencia interna en la que participaron nueve naciones africanas y treinta milicias que asolaron la RDC y causaron la muerte de al menos cinco millones de civiles congoleños. Kabarebe secuestró un Boeing 727 en el aeropuerto de Goma y llevó a sus tropas a las puertas de Kinsasa para atacar la capital. Kabila logró un acuerdo de última hora para obtener ayuda militar de Zimbabue a cambio de activos mineros, incluido el infame acuerdo de Tremalt por las minas cercanas a Kambove. A las tropas de Zimbabue se unieron fuerzas de Namibia, Angola, Sudán y Chad, a cambio de participaciones en los recursos minerales de Katanga. Los ejércitos de Ruanda, Uganda y Burundi tomaron el control del este del Congo y atravesaron el país en dirección a Kinsasa. La guerra se prolongó durante dos años antes de que la ONU enviara fuerzas de paz para estabilizar la situación.

Laurent Kabila fue asesinado por uno de sus guardaespaldas el 16 de enero de 2001. Su hijo Joseph le sucedió y heredó un país en ruinas. En un intento de reactivar la economía nacional resucitó en 2002 el sector minero con un nuevo Código Minero diseñado para atraer la inversión extranjera. También inició un proceso de paz para poner fin al conflicto con Ruanda y Uganda. Un acuerdo final firmado el 17 de diciembre de 2002 exigía a ambos países la retirada de todas sus tropas de la RDC. Posteriormente, los dos países crearon varias

zonas de control en el Congo para seguir explotando sus minerales. Las fuerzas ruandesas se hicieron con el dominio del comercio del coltán en los Kivus, y las ugandesas con el del oro, luchando encarnizadamente con las ruandesas por el monopolio de las lucrativas minas de diamantes.

Con el este del Congo sumido en el conflicto, Kabila se dedicó a ganar dinero cerrando acuerdos mineros en Katanga. En 2009, consiguió el acuerdo de SICOMINES, que abrió las puertas a la intervención china en Katanga. Negoció otros acuerdos con empresas mineras chinas a cambio de comisiones ilegales canalizadas a través de sus cuentas en el BGFIBank. El segundo mandato de Kabila hijo como presidente terminó en diciembre de 2016, aunque se aferró al poder durante dos años más antes de que finalmente se celebraran elecciones el 30 de diciembre de 2018. El sucesor elegido a dedo por Kabila, Félix Tshisekedi, fue declarado vencedor. A pesar de las dudas sobre la credibilidad de los resultados, la toma de posesión de Tshisekedi, el 25 de enero de 2019, marcó el primer traspaso de poder pacífico en el Congo desde la independencia del país en 1960.

Aunque a muchos les preocupaba que Tshisekedi promoviera los intereses de Joseph Kabila, a los pocos meses de asumir su cargo, inició una campaña anticorrupción dirigida al sector minero. Se mostró crítico con algunos de los perjuicios causados por las empresas mineras chinas y trató de estrechar lazos con Estados Unidos. Según el embajador estadounidense Mike Hammer, los derechos humanos fueron una parte importante de su agenda:

—Cuando el presidente Tshisekedi llegó al poder, en enero de 2019, una de mis primeras conversaciones con él giró en torno a nuestras preocupaciones en materia de trata de personas y trabajo infantil. Me aseguró que estaba comprometido con los derechos humanos.

Sobre el mismo tema, un diplomático occidental añadió extraoficialmente:

—El presidente Tshisekedi no quiere continuar con la explotación china de su país, mientras que Kabila y sus compinches dependen de los chinos porque les llenan los bolsillos.

Tshisekedi sigue presionando hoy día a las empresas mineras chinas para que mejoren la transparencia, las normas laborales y las

prácticas de sostenibilidad. Se dice que Kabila, descontento con las acciones de Tshisekedi, está maquinando con patrocinadores chinos para volver a presentarse a las elecciones de 2023 y retomar el control del país, o asegurarse la victoria de otra persona que apoye su agenda.

El escenario está dispuesto para la próxima batalla por el control de las riquezas de Katanga. ¿Consolidará el poder Tshisekedi con su tendencia a acercarse a los occidentales, o Kabila recuperará la nación y la acercará aún más a China? Están en juego el flujo de cobalto y el control de nuestro futuro recargable. ¿Quién puede decir que, pase lo que pase, mejorará en algo la vida de los congoleños? Desde el momento en que Diogo Cão introdujo a los europeos en el Kongo en 1482, el corazón de África se convirtió en la colonia del mundo. Patrice Lumumba ofreció una fugaz oportunidad de un destino diferente, pero la maquinaria neocolonial de Occidente lo eliminó y lo sustituyó por alguien que mantuvo el flujo de sus riquezas circulando. El cobalto no es más que el último tesoro que han venido a saquear.

---

[41] Trad. cast.: *Discurso sobre el colonialismo*, Madrid: Ediciones Akal, 2006. (*N. de la T.*).

[42] Fuentes del apartado «Invasión y trata de esclavos, 1482-1884»: Franklin, 1985; Hochschild, 1998; Jeal, 2007; Livingstone, 1858 y 1866; Meredith, 2005; Nzongola-Ntalaja, 2002; Pakenham, 1992; Stanley, 1862 y 1878.

[43] Los traficantes de esclavos también habían impedido a Verney Lovett Cameron (que había escrito sobre la «indecible riqueza» a la espera de un «capitalista emprendedor») pasar por Nyangwe en el Lualaba en 1872.

[44] He utilizado la traducción al castellano de Susana Carral Martínez publicada en: *La tragedia del Congo. G. W. Williams, Roger Casement, Arthur Conan Doyle y Mark Twain*, La Coruña: Ediciones del Viento, 2010. (*N. de la T.*).

[45] Fuentes del apartado «Colonización, 1885-1960»: Casement, 1904; CRISP, 1961; Hochschild, 1998; Inglis, 1973; Karl, 1983; Meredith, 2005; Stanley, 1885; Vanthemsche, 2018; Van Lierde, 1972; y Van Reybrouk, 2014.

[46] A pesar de los extraordinarios logros de Casement en favor de los derechos humanos, su historia acaba en tragedia. Durante la Primera Guerra Mundial apoyó el alzamiento de Pascua por la libertad de Irlanda, por lo que fue acusado de traición y condenado a la horca. Woodrow Wilson, el arzobispo de Canterbury, Oscar Wilde, Arthur Conan Doyle y Joseph Conrad pidieron que lo indultaran. En respuesta, los fiscales de la Corona presentaron los diarios de Casement como prueba de su homosexualidad, un pecado mortal en el Reino Unido. La opinión pública se volvió

en su contra y fue ahorcado en la prisión de Pentonville el 3 de agosto de 1916, a la edad de cincuenta y un años.

[47] Fuentes del apartado «Nacimiento y destrucción de una esperanza, 1958-enero de 1961»: CRISP, 1961; Nzongola-Ntalaja, 2002; Van Lierde, 1972; Van Reybrouk, 2014; y Young, 1965. Los detalles sobre el asesinato de Patrice Lumumba proceden de De Witte, 2003.

[48] Van Lierde, 1972, pp. 220-224.

[49] De Witte, 2003, p. 16.

[50] Fuentes del apartado «El infierno en la tierra, febrero de 1961-2022»: Kelley, 1993; Martelli, 1962; Meredith, 2005; Nzongola-Ntalaja, 2002; Stearns, 2011; Vanthemsche, 2018; Van Reybrouk, 2014; y Young, 1965.

05

# «Si no cavamos, no comemos»

Tenke Fungurume,

*«Esta toma de conciencia de una gran tragedia humana será tanto más real e históricamente perdurable en la medida en que seamos capaces de forjarnos una visión exacta de sus víctimas».*

E. D. MOREL, *History of the Congo Reform Movement*

Viajar hacia el oeste desde Likasi puede resultar un suplicio porque la carretera está congestionada por el tráfico y hay atascos en los *péages* de control. Los camiones mineros traquetean por la estrecha calzada, repletos hasta los topes de minerales. «Se puede saber el estado de la economía mundial con solo sentarse a mitad de camino entre Likasi y Kolwezi y observar cuántos camiones llenos de cátodos de cobre y concentrado de cobalto pasan», me dijo Asad Khan, director general de una empresa constructora congoleña llamada Big Boss Congo. «Cuando la economía florece la carretera está atestada de camiones saliendo de las minas». Según esta medida, la economía mundial debía marchar muy bien durante mis visitas a la RDC, pues la carretera estaba siempre rebosante de camiones de gran tonelaje, camionetas abolladas, coches herrumbrosos, motos ruidosas y bicicletas de ruedas torcidas cargadas con un gran número de sacos de cobre y cobalto. A menudo el suministro de combustible era insuficiente para satisfacer la demanda, lo que explicaba la existencia de los «gadafis», término con el que se conoce a los traficantes que almacenan gasolina en recipientes de plástico cuando el suministro es abundante para revenderla a un precio muy superior cuando escasea. Más de una vez me encontré a la caza de un gadafi durante mis días de investigación de campo en el Congo.

A causa del intenso tráfico y la continua actividad minera al oeste de Likasi la contaminación atmosférica ha alcanzado niveles peligrosos. Una espesa nube de humo, polvo y ceniza asfixia la región. El cielo y la tierra se encuentran difusamente por encima de las colinas en una frontera remota e inalcanzable. Los pueblos a lo largo de la carretera están cubiertos de residuos en suspensión en el aire. Los niños corretean entre las chozas cual bolas de matojos secos. No

hay ni rastro de flores, ni de aves en el cielo, ni una mínima brisa, ni tranquilos riachuelos. Ha desaparecido el decorado de la naturaleza. Todo tiene el mismo color pálido e insípido. Solo quedan retazos de vida.

Estamos en la provincia de Lualaba, en la que el cobalto es el rey.

El tramo de carretera entre Likasi y Kolwezi pasa junto a dos de las mayores minas industriales de África, Tenke Fungurume y Mutanda. La tercera gran mina antes de Kolwezi es Tilwezembe, quizá la que funciona casi por completo como zona minera artesanal. El modelo de producción mixta industrial-artesanal que vimos en Étoile, cerca de Lubumbashi, y de las minas de MIKAS, al norte de Kambove, se inclina más hacia el lado artesanal en las minas de la provincia de Lualaba consideradas industriales. Las empresas que están en lo alto de la cadena del cobalto se juegan su reputación en la borrosa línea de separación que se supone que existe entre la producción industrial y la artesanal. Pero defender que en una determinada empresa solo existe una o la otra tiene tan poco sentido como afirmar que en la desembocadura del río Congo se puede distinguir el agua de los diferentes afluentes.

### Tenke Fungurume

La mayor explotación minera del Congo se encuentra a setenta y cinco kilómetros al noroeste de Likasi y es conocida como Tenke Fungurume Mining (TFM). La mina debe su nombre a las dos ciudades que la limitan en el extremo occidental (Tenke) y el meridional (Fungurume), y se extiende por más de mil quinientos kilómetros cuadrados, cubriendo un área ligeramente mayor que el condado del Gran Londres. Miles de personas vivían antes en aldeas a lo largo de la concesión, pero fueron desalojadas cuando se vendieron los derechos en 2006 a una empresa conjunta formada por la compañía minera estadounidense Phelps Dodge (57,75 por ciento), Tenke Mining Company (24,75 por ciento) y Gécamines (17,5 por ciento). En 2007, Phelps Dodge se fusionó con el gigante minero de Phoenix Freeport-McMoRan (56 por ciento), y Tenke Mining Corp fue adquirida por Lundin Mining (24 por ciento), dejando el 20 por ciento para Gécamines.

En 2016, Freeport vendió su participación en TFM a China Molybdenum Company (CMOC) por 2.650 millones de dólares, poniendo fin a la presencia de empresas mineras con base en Estados Unidos dentro de la RDC y despejando el camino para la adquisición por parte de China de las minas de cobre-cobalto del Congo. La venta de un activo minero tan valioso por parte de Freeport en los inicios de la revolución del cobalto fue un movimiento sorprendente. Uno de los altos ejecutivos que gestionaron la operación de TFM en Freeport, que prefiere permanecer en el anonimato, dio la siguiente explicación:

—La razón por la que vendimos TFM fue puramente financiera. Freeport se encontraba en el extremo equivocado de una inversión en petróleo y gas que supuso una gran carga para la situación económica de la empresa. Había compromisos con el mercado para reducir la deuda a la mitad en un año y la única forma de hacerlo era vendiendo activos.

CMOC consolidó la participación en TFM en 2019 y actualmente controla el 80 por ciento de la mina. A continuación, invirtió 550 millones de dólares en la adquisición de una participación del 95 por ciento en un yacimiento de cobre-cobalto sin explotar cerca de TFM

llamado Kisanfu, lo que situaría la empresa entre los principales productores de cobalto del mundo en los siguientes años. En 2021 el mayor fabricante de baterías de iones de litio del mundo, CATL, con sede en China, pagó 137,5 millones de dólares para adquirir una participación del 25 por ciento en Kisanfu, avanzando el dominio chino en toda la cadena de suministro de baterías recargables.

TFM produjo la impresionante cifra de 15.700 toneladas de cobalto en 2021,[51] aunque el Gobierno congoleño acusó formalmente a CMOC en febrero de 2022 de haber infravalorado la producción para minimizar el pago de impuestos y regalías.[52]

La bulliciosa ciudad de Fungurume, situada junto a la carretera, es el principal punto de entrada a TFM. Los residentes se agolpan en la carretera, lo que aumenta la congestión en la zona. La carretera está aún más atascada por los vendedores de carbón vegetal, carne de animales silvestres y recargas de teléfonos móviles. Al callejear, uno tiene la sensación de que es una localidad que se desarrolló demasiado deprisa. Su población se disparó de cincuenta mil habitantes en 2007 a más de un cuarto de millón en 2021, lo que ha creado una presión considerable sobre las infraestructuras, la vivienda y el empleo. Los pequeños comercios se apiñan unos junto a otros en las calles de tierra, incluyendo panaderías, talleres de reparación de vehículos, barberías, restaurantes y un gran rastrillo donde se puede comprar ropa, ollas y sartenes, recipientes de plástico, pescado seco y verduras. Entre las escuelas de la ciudad la más grande ocupa un edificio rosa de dos plantas protegido por una valla metálica negra. La mayoría de las casas consisten en estructuras de ladrillo de una o dos habitaciones con tejados de metal. Hay montones de madera cortada esparcidos en lugares aleatorios por toda la ciudad. Algunos parches de hierba verde pálido ofrecen un tímido contraste con los rojos y marrones dominantes del ladrillo y la suciedad. Los lugareños se reúnen alrededor de las casas que tienen la suerte de contar con una antena parabólica para ver los partidos de fútbol. La música retumba desde los altavoces situados directamente en el suelo fuera de los comercios, creando una incomprensible cacofonía de sonidos. Las mujeres se adornan con ropa de colores que una vez fueron vivos, pero que poco a poco se han ido destiñendo con el sol y la suciedad. Los hombres

fuman, beben y apuestan. Excepto los más jóvenes, nadie sonríe.

La entrada principal a la explotación de TFM se encuentra justo al oeste de Fungurume. Antes de llegar a ella, uno se encuentra con dos puestos de control fuertemente vigilados. El primero tiene una puerta metálica rodeada de alambre de espino. Hay un pequeño arroyo de agua fétida y fangosa que pasa por debajo de un puente junto a la valla. Cada vez que fui, vi a mujeres lavando la ropa en el arroyo mientras los niños nadaban cerca. A unos doscientos cincuenta metros al norte del primer puesto de control, hay una segunda entrada más vigilada. Un cartel saluda a los visitantes con las palabras «Welcome to Tenke Fungurume mining», escritas en inglés, francés y mandarín. Los *jeeps* de seguridad con banderas triangulares rosas sobre mástiles metálicos pasan de un lado a otro de la segunda puerta. Aunque CMOC sostiene que se atiene a la legislación congoleña y no permite la explotación artesanal en TFM, en cada visita que hice, vi a decenas de mineros artesanales excavando en las paredes del pozo de la mina, incluso justo detrás del segundo puesto de control.

De hecho, es tanta la minería artesanal que tiene lugar en TFM que a unos kilómetros al oeste de Fungurume se ha creado un poblado de mineros artesanales llamado Fungurume 2. Una tarde me senté allí a observar y vi como decenas de motocicletas cargadas de sacos de mineral pasaban por los caminos de tierra desde lo más profundo de la explotación. Me dijeron que eran *négociants* que habían comprado cobalto extraído artesanalmente a excavadores de la explotación de TFM y se dirigían a vender sus cargamentos en puestos de venta de la zona. Según los lugareños, gran parte del mineral se vende de nuevo a CMOC desde los puestos.

Tras el segundo control de seguridad, la carretera continúa hacia el norte, adentrándose en la inmensa explotación de TFM. Las paredes de las minas se alzan sobre el paisaje. Junto a la carretera principal hay algunas zonas industriales y, más al norte, un complejo residencial para trabajadores extranjeros con al menos doscientas viviendas individuales situadas a lo largo de calles arboladas, así como pistas de tenis, un gimnasio y una piscina. Al norte de la zona residencial hay un complejo de oficinas y, al norte del mismo, una pista de aterrizaje privada para aviones de la empresa. Más allá de este punto, la mayor parte de la explotación es desierto. Una segunda

carretera conduce al oeste desde el complejo residencial principal hacia la ciudad de Tenke, que tiene la mitad de tamaño que Fungurume. La enorme planta de procesamiento de cobre y cobalto de TFM está situada cerca de Tenke. Utiliza un proceso en dos fases denominado extracción por disolventes y electrodeposición (SX-EW) para producir cátodos de cobre e hidróxido de cobalto. Se supone que los elementos disolventes y ácidos tóxicos utilizados en el proceso se eliminan de forma responsable. Mi visita a Tenke demostró lo contrario.

La verdad sobre lo que ocurre en la mina de TFM y sus alrededores se entiende mejor hablando con los habitantes de Fungurume. Calificar de tirante la relación entre Fungurume y TFM sería quedarnos cortos.

—¡Nos echaron de nuestras casas! —exclamó Samy, un anciano de piel manchada—. Llevábamos viviendo en esas tierras tres generaciones antes de que llegaran las empresas mineras. Cultivábamos verduras y pescábamos. Nos echaron y ahora no podemos encontrar comida suficiente para alimentar a nuestras familias… No hay trabajo en esta zona. ¿De qué esperan que vivamos?

Muchos residentes de Fungurume con los que hablé estaban igual de molestos que Samy por haber sido expulsados de la explotación en 2006. Dijeron que no les avisaron ni indemnizaron ni les ayudaron a reubicarse. Uno de mis traductores, Olivier, fue quien mejor describió la situación:

—Imagina que una empresa minera llega al lugar donde vives y te echan. Destruyen todas tus pertenencias excepto lo que puedas llevarte en mano. Luego construyen una mina porque hay minerales bajo el suelo y los soldados te prohíben volver a entrar. ¿Qué puedes hacer si no hay nadie que te ayude? Tal vez sientas que por lo menos estás en tu derecho a volver al lugar donde vivías y excavar por tu cuenta los minerales. Así es como se siente la gente de Fungurume.

Excavar en busca de restos de cobalto en la explotación de TFM se convirtió de un día para otro en la única forma de sobrevivir para muchos habitantes de Fungurume. El ejecutivo de Freeport que explicó los motivos de la venta de la explotación lo reconoció:

—Siempre hubo mineros ilegales, sobre todo en las colinas que no eran zonas mineras activas. Había oleadas que entraban en las zonas

activas y establecimos una especie de tregua incómoda. Si no interferían en el equipo minero industrial, si no molestaban a nadie, les dejábamos hacer. Teníamos una fuerza de seguridad, pero nos veíamos obligados a elegir bien nuestras batallas. No se puede estar en todas partes de la explotación.

Lo cierto es que tras la toma de posesión de CMOC, la «tregua incómoda» entre Freeport y Fungurume se convirtió más bien en un frente de batalla latente. Un gran número de mineros artesanales siguieron entrando en la explotación y de vez en cuando, si había demasiados, CMOC ordenaba a sus fuerzas de seguridad que les impidieran el acceso. Cuando estas no pudieron hacer frente a la situación, se recurrió al Ejército y fue entonces cuando estalló la batalla.

Uno de esos estallidos tuvo lugar en agosto de 2021, cuando los habitantes de Fungurume empezaron a amotinarse por el bloqueo del acceso a la mina. Una turba invadió la carretera principal para impedir el paso de camiones a TFM. A medida que la tensión iba en aumento, la multitud empezó a atacar a otros coches que pasaban. Asad Khan regresaba en coche de Kolwezi a Lubumbashi y se vio envuelto en este revuelo violento. Dijo que diez o doce personas se aferraron a su todoterreno y rompieron las ventanillas con ladrillos y objetos metálicos.

—Fue entonces cuando pensé que iba a morir. Entré en pánico y empecé a dar marcha atrás a sesenta o setenta kilómetros por hora, conduciendo en zigzag, y al dar un volantazo, los hombres se cayeron —dijo Asad.

En junio de 2019 se produjo un ataque aún peor. Había muchos mineros artesanales excavando en la explotación de TFM, incluso dentro de algunos de los pozos principales. Las fuerzas de seguridad de CMOC no pudieron manejar la situación. Un residente de Fungurume llamado Promesse explicó lo que ocurrió a continuación:

—El ejército envió soldados para desalojar a los *creuseurs* de la explotación. Dispararon con sus armas al aire, golpearon a los hombres para que se marcharan. Mucha gente se enfadó y gritó: «¡Esto es el Congo, no China!». Al día siguiente, dos camiones llenos de mena salieron de la mina. Los mismos hombres de Fungurume bloquearon la carretera, sacaron a los conductores a golpes y prendieron fuego a los

camiones.

Promesse nos contó que, tras incendiar los camiones, un batallón de soldados de las FARDC armados hasta los dientes acordonó la zona y reprimió a la multitud a tiros. Varias personas murieron y numerosas casas y negocios fueron incendiados.

Las tensiones entre los habitantes de Fungurume y CMOC van más allá de los bloqueos esporádicos del acceso a la explotación y muestran un claro descontento por la falta del apoyo prometido a la comunidad.

—Dijeron que construirían escuelas y crearían puestos de trabajo, pero seguimos esperando. Solo les preocupa el cobalto. La gente de Fungurume son como la peste para ellos —afirmó Eric, residente de Fungurume.

—Cuando adquirieron la explotación, pensaron que también compraban a los habitantes de Fungurume. Creen que pueden controlarnos como si fuésemos prisioneros —añadió otro.

Otro hombre, Kafufu, al que le faltaba el brazo derecho, se lamentó:

—¿Saben que hay cientos de trabajadores que viven en esa explotación? Hasta que llegó CMOC se alojaban cerca de Fungurume, así que venían aquí a comprar provisiones y a comer en restaurantes, lo que nos ayudaba a subsistir. Luego trasladaron a todos los trabajadores al «Campamento Bravo», que está mucho más adentro de la explotación, por lo que los trabajadores ya no vienen a Fungurume ni a Tenke.

Kafufu vivía en Tenke y estaba visitando a su hermano en Fungurume cuando me vio hablando con un grupo de lugareños. Me dijo que quería llevarme enseguida a Tenke porque había algo urgente que tenía que enseñarme. Le pregunté si podía esperar hasta el día siguiente, pero insistió en que le acompañara ese mismo día. Después de terminar mis entrevistas, conduje con Kafufu hasta Tenke, una ciudad situada inmediatamente al oeste de varias inmensas minas a cielo abierto en la explotación de TFM. Nos llevó al norte, a una zona menos poblada en la que había pequeñas cabañas. Detuvimos el *jeep* y continuamos a pie. Caminó hacia unas cuantas chozas destartaladas, algunas de madera con techos de paja.

—Esa es mi casa —dijo señalando una de las chozas.

No me había dado cuenta cuando estábamos más al sur, pero de cerca pude ver que una fina capa de polvo color mostaza cubría todo en esta parte de Tenke, el suelo, los árboles, las chozas, las bicicletas, la gente. Me fijé en dos niños de no más de cinco años sentados fuera de una cabaña, llenando botellas de plástico con tierra. Tenían la piel, la ropa y la cara cubiertas de polvo.

—¿Qué es? —pregunté.

—Ácido sulfúrico seco, lo usan en la mina para procesar la mena —respondió Kafufu.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo solía trabajar allí —dijo señalando la explotación de TFM con su única mano.

Era licenciado por la Universidad de Lubumbashi y dijo que CMOC le había proporcionado una buena formación para trabajar en las instalaciones de procesamiento.

—Se me destrozó el brazo en un accidente. Me dieron sueldo para una semana y pagaron la operación.

Le pregunté cuándo ocurrió el accidente.

—Eso fue hace dos años.

Desde entonces no había podido trabajar. Gracias a su experiencia en las instalaciones de procesamiento, Kafufu pudo explicarnos cómo funcionaba el sistema:

—Primero llevan la mena a la planta trituradora para molerla. Tienen rodillos metálicos del tamaño de un coche que pueden triturar las rocas duras hasta convertirlas en arena. Después, para separar el cobre y el cobalto someten la arena a un proceso de lixiviación con ácido sulfúrico, que produce un gas con ácido fluorhídrico, dióxido de azufre y ácido sulfúrico.

El problema, según Kafufu, fue que CMOC dejó salir el gas.

—Dejaron que volara sobre nuestras casas, cayera sobre nuestra comida y nuestra agua. Se posa sobre todos los que vivimos aquí.

Miré a los dos niños que jugaban en la tierra, envueltos en ese manto venenoso. Intenté imaginarme cómo debían sentirse sus padres, viendo a sus hijos sufriendo la contaminación día tras día y sintiéndose impotentes para protegerlos. Aunque la violencia nunca sea una respuesta aceptable, pude entender por qué la gente de Fungurume se sintió tan desesperada como para prender fuego a

algunos camiones.

Las mujeres de Fungurume suelen empezar el día con la tarea sisífica de limpiar la arena que se ha depositado en sus casas durante la noche. La mayoría de los hombres del pueblo, como Franck y su hijo de catorce años, Gloire, intentan dormir hasta tarde porque suelen están despiertos gran parte de la noche cavando en la explotación de TFM. Conocí a Franck y Gloire en su pequeña casa, cerca del extremo noroeste de Fungurume. Una fina sábana verde pálido cubría la entrada haciendo las veces de puerta principal. La vivienda constaba de dos habitaciones, una en la que dormían Gloire, su madre, su padre y sus dos hermanos pequeños en esteras sobre la tierra; otra en la que cocinaban, comían y escuchaban la radio. Aunque algunas de las casas tenían electricidad que iba y venía, la suya no tenía siquiera eso, por lo que debían comprar pilas para alimentar la linterna y la radio. El precio de las pilas era más caro de lo que había imaginado, dos dólares (aproximadamente el sueldo de un día) por un paquete de cuatro pilas AA, un precio que parecía exorbitante teniendo en cuenta que vivían justo al lado de una de las mayores minas de fabricación de componentes metálicos para baterías del mundo.

Cuando conocí a Gloire, estaba sentado con la espalda apoyada en la pared y las piernas estiradas delante de él. Tenía la mandíbula apretada y sudaba. Cerca de él, en un rincón, había una mesita de madera sobre la que se apilaba parte de la ropa de la familia; el resto colgaba de una cuerda en el exterior. Una pequeña abertura en la pared de ladrillo del otro lado de la habitación servía de ventana, pero ofrecía poca ventilación. La casa de adobe y tejado metálico se calentaba como un horno bajo el sol de la mañana. Fantasmales nubes de polvo flotaban por las grietas entre el metal y la piedra. Gloire llevaba un pantalón marrón oscuro y una camiseta verde oscuro con ribetes blancos. Parecía inquieto, no paraba de moverse intentando encontrar una postura cómoda.

Gloire nos explicó que fue a la escuela hasta el tercer curso, cuando su familia ya no pudo pagar los seis dólares mensuales. A los once años empezó a excavar con su padre en el yacimiento de TFM.

—Vamos a la explotación por la noche. Pagamos a los guardias y nos dejan excavar en los pozos. Allí es más seguro encontrar cobalto.

Si no podemos pagar, nos colamos y excavamos igual. A veces nos persiguen los perros, pero por lo general no suelen molestarnos —añadió Franck.

—Conocemos el terreno, así que sabemos dónde ir para encontrar buena mena —dijo Gloire.

Nos contó que en la explotación había gran cantidad de malaquita y heterogenita, que son fuentes de cobre y cobalto.

—Llenamos los sacos con estas piedras. Son muy pesadas, así que las colocamos en una bicicleta para transportarlas.

Le pregunté qué hacían con la mena una vez que sacaban los sacos de la explotación.

—La vendemos a los puestos de venta de Fungurume.

—¿Qué hacen con ella?

—Se la llevan a TFM.

La mañana del 19 de agosto de 2018, Franck y Gloire se despertaron un poco antes de lo habitual. Gloire recordó que encendió la radio y escuchó informes sobre refugiados que huían de enfrentamientos entre grupos étnicos rivales en la provincia de Ituri, en la frontera con Uganda. Ya había habido enfrentamientos de este tipo antes, pero este era especialmente violento y estaba provocando un éxodo masivo de desplazados. Más tarde, en ese mismo día, se dedicó a hacer recados para la familia: compró mandioca en el mercado y reparó la rueda delantera de la bicicleta familiar. Esa noche se adentraron en la explotación de TFM. Caminaron a la luz de la luna durante más de una hora hasta llegar a un gran pozo en el que numerosos mineros artesanales llevaban semanas excavando. Se unieron a ellos cuando una de las paredes se derrumbó y Gloire y otros cinco quedaron sepultados por una avalancha de piedras y tierra. Franck y los demás mineros artesanales sacaron a los sepultados. Todos sobrevivieron, aunque algunos sufrieron heridas graves.

Gloire se subió con cuidado la pernera derecha del pantalón para mostrarme la herida. Parecía como si alguien le hubiera arrancado la mitad inferior del músculo de la pantorrilla y le hubiera puesto un trozo de piel rosa sobre la herida. Le faltaba el hueso de la parte exterior del tobillo, y esa zona también estaba recubierta por un trozo de piel tirante rosa. Franck señaló la espinilla de Gloire para mostrarme el lugar donde estaba fracturada. Había una profunda

incisión en ese punto, la pierna estaba destrozada.

La noche del accidente, Franck cargó a su hijo medio inconsciente a la espalda durante todo el camino de vuelta a casa. Él y la madre le atendieron toda la noche y, a la mañana siguiente, lo llevaron corriendo agonizante a una clínica de Fungurume. Gloire sufría un dolor insoportable, pero en la clínica no tenían más analgésicos que el paracetamol, incapaz de mitigar su malestar. Tampoco tenían antibióticos para tratar una posible infección, ni una máquina de rayos X con la que determinar el alcance del daño óseo. Una enfermera limpió y vendó la pierna de Gloire y lo envió a casa.

Desde el derrumbe del muro del pozo, Gloire sufría dolores intensos y mucha fiebre. Era incapaz de caminar, cambiarse de ropa o ir al baño sin ayuda. Su madre y su padre no podían aliviar su dolor o buscar un tratamiento para su lesión. Por lo que pude determinar, Gloire necesitaba cirugía, una escayola y una rehabilitación exhaustiva que solo podría conseguir en un hospital adecuado en Kolwezi o Lubumbashi. Tras la lesión, la familia se vio en apuros económicos y tuvo que buscar la manera de reponer los ingresos perdidos.

—Ahora llevo a mi otro hijo a cavar conmigo —dijo Franck.

—¿Te da miedo que tú o él podáis resultar heridos como Gloire? —pregunté.

—Sí, claro, pero si no cavamos, no comemos.

Franck me llevó a ver el puesto donde vendía la mena que extraía de la explotación de TFM. Estaba en una choza de ladrillo abandonada cerca del extremo oriental de Fungurume que parecía haber sido reutilizada para el comercio de cobalto, junto a la carretera. No tenía nombre, solo una lista de precios en la entrada escrita con rotulador negro en un saco de rafia. Había otras dos tiendas inmediatamente adyacentes, también sin nombre. Las tres estaban gestionadas por chinos vestidos con ropa informal, ninguno de los cuales se mostró dispuesto a hablar conmigo. Volví a echar un vistazo a esos establecimientos al final del día siguiente y vi a hombres congoleños cargar sacos de los tres en un camión de color gris. Lo seguí por la carretera y vi como entraba en la explotación de TFM. Aunque Franck dijo que la mayoría de los mineros artesanales que conocía vendían mena a estos puestos de venta y a otros de la zona, también comentó

que mucha gente vendía su cobalto a los *négociants*. Le pregunté qué hacían estos con el cobalto. Según Franck, lo transportaban a un pueblo a unos diez kilómetros al sudoeste de Fungurume solo de noche.

Los mercados nocturnos para el comercio de cobalto eran algo nuevo. Nunca oí hablar de nada parecido en la provincia del Alto Katanga, pero en la de Lualaba me llegaron rumores de tres mercados de este tipo en pueblos de la selva. Solo conseguí localizar uno, el que mencionó Franck. Una noche recorrí un camino de tierra lleno de baches que se adentraba en una zona remota y me crucé con numerosas motos en ambas direcciones. Las que se dirigían al sudoeste iban cargadas con sacos de cobalto; las que se dirigían al noreste iban vacías o llevaban pasajeros en el lugar donde solían estar los sacos. Aparte de los faros de las motos, todo estaba oscuro.

Llegué a la aldea en medio de un halo de hogueras y linternas que brillaban dentro de una neblina espectral de polvo. Las chozas, en su mayoría de ladrillo, estaban dispuestas en un amplio claro del bosque. La ropa colgaba de cuerdas tendidas de una cabaña a otra. Había botellas de plástico, colillas y desperdicios por todas partes. Numerosos *négociants* congoleños hacían trueques con agentes chinos al lado de varias cabañas; también había mineros artesanales que vendían directamente cobalto a los compradores chinos. Supuse que probablemente vivían en aldeas cercanas y habían acudido al mercado para vender el cobalto que extraían de las excavaciones cercanas, similares a las que vi en los bosques al sur de Kambove.

Algunos *négociants* del pueblo me dijeron que solían hacer tres o cuatro viajes cada noche desde Fungurume, por los que sacaban entre diez y quince dólares por trayecto. Era un ingreso considerable por una noche de trabajo que a un minero artesanal le llevaba normalmente semanas conseguir. También confirmé que los compradores chinos pagaban a algunos aldeanos por utilizar sus hogares como puestos de venta. Por el volumen de transacciones que presencié, parecía plausible que en este mercado se compraran cientos de toneladas de mena de cobre-cobalto al año. La naturaleza informal y en absoluto trazable del mercado hacía imposible discriminar el origen del cobalto una vez que se arrojaba al mismo lote de ácidos para procesar la mena extraída industrialmente. ¿Cuál podría ser el

propósito de este tipo de mercado nocturno sino blanquear el cobalto extraído artesanalmente en la cadena de suministro formal completamente fuera de la vista, y ciertamente más allá del alcance de cualquier examen o auditoría de las cadenas de suministro formal que estuviesen teniendo lugar? ¿Puede alguna empresa de la parte superior de la cadena insinuar de modo lícito que el cobalto de sus dispositivos o coches no procede de un mercado como este?

Cuanto más me adentraba en las provincias mineras, más turbio resultaba el tramo inferior de la cadena de suministro del cobalto, y más difícil asegurar que su flujo estaba adecuadamente regulado en lo que se refiere al trabajo infantil u otros abusos.

La tensa relación entre los habitantes de Fungurume y la mina de TFM reflejaba la existencia de una crisis más profunda en todas las provincias mineras del Congo: las empresas extranjeras expropiaban grandes extensiones de tierra, desplazaban a los aldeanos, contaminaban el medio ambiente, ofrecían poco o ningún apoyo a la población local, abocándola a una mísera existencia como mineros artesanales en condiciones peligrosas en la tierra que una vez fue su hogar. Tal vez ninguna de las personas que conocí en Fungurume ilustre mejor las consecuencias de esta crisis que un chico de dieciséis años llamado Makano. Lo conocí en su casa de ladrillo cerca del extremo sudoeste de la ciudad. Cuando entré, me recibió un hedor a podredumbre, un olor fétido flotaba en el aire como un espectro. Makano estaba sentado sin fuerzas en el suelo, con sus escuálidas extremidades saliendo de un tronco consumido. Podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo. Habló con una voz desprovista de tono, que emergía de su garganta como un susurro áspero:

—Mi padre murió hace tres años. Soy el hijo mayor, así que era mi responsabilidad ganar dinero para la familia. Empecé a cavar en los campos del sur de Fungurume con un grupo de chicos amigos míos. Cavábamos en pequeños pozos. Algunos días encontrábamos mena, otros no. No ganábamos mucho, así que pensamos que era mejor ir a la concesión [Tenke Fungurume].

Makano no tenía bicicleta, así que tenía que cargar con un saco de piedras desde la concesión cada noche. Le pregunté qué hacía con el saco y me dijo que lo vendía a los puestos de venta de Fungurume.

—Sabemos que la pureza del cobalto es buena, pero nunca pagan más de dos dólares por saco.

La noche del 5 de mayo de 2018 fue a excavar en la concesión de TFM con sus amigos. Cavaron durante varias horas y empezaron a prepararse para el largo camino de vuelta a casa antes del amanecer. Makano estaba saliendo de un pozo de seis metros con un pesado saco de cobalto sobre los hombros cuando perdió pie y se despeñó hasta el fondo. Lo siguiente que recordaba era que estaba en el hospital de Gécamines de Kolwezi.

—Tenía la pierna izquierda y la cadera rotas, cortes por todo el cuerpo y la cabeza hinchada.

Se necesitó todo el dinero de la familia para pagar el tratamiento y la cirugía inicial para salvarle la vida. Permaneció en el hospital una semana, tras lo cual su madre, Rosine, tuvo que llevárselo a casa, a pesar de que sus heridas no estaban curadas.

Rosine ayudó a Makano a bajarse los pantalones para mostrarme su herida. Tenía un tajo supurante en la cadera derecha y una cicatriz a lo largo de la pierna derecha, donde los médicos le habían colocado una barra de metal para sostener los huesos destrozados. Las heridas parecían infectadas. Makano ardía de fiebre y necesitaba antibióticos y atención médica de inmediato, pues de lo contrario era probable que sufriera un *shock* séptico.

—Sé que mi hijo se está muriendo. Necesita ir al hospital, pero no tengo dinero —dijo Rosine entre lágrimas.

Me miró, desesperada y abatida.

—Por favor, ayúdanos.

No fue ni la primera ni la última madre del Congo que me pidió que ayudara a su hijo. Era imposible ayudar a todas, así que ¿a quién se ayuda? ¿De qué manera y durante cuánto tiempo? Gran parte de mi investigación en la RDC fue autofinanciada, por lo que carecía de capacidad para ayudar de forma significativa en los casos más graves. Incluso suponiendo que me fuera posible ayudar a todas las personas con las que me encontraba, ¿cómo podría evaluar el abanico de consecuencias negativas imprevisibles que podría sufrir una familia como esta si la ayudaba con la mejor de las intenciones? ¿Qué pasaría si se filtraba la noticia de que había dejado dinero a Rosine para ayudar a su hijo? ¿No haría lo que fuera otra madre igual de

desesperada por quitarle ese dinero a Rosine para salvar a su propio hijo? Este no era más que uno de los muchos riesgos potenciales de una ayuda mal gestionada. Sin embargo, Makano estaba sentado frente a mí en el suelo, muriéndose lentamente. ¿Cómo iba a escuchar su historia y darle la espalda?

Hice lo que pude para ayudar a Makano lo más discretamente posible, aunque es posible que no le procurara el tiempo y la atención médica necesarios, pues en estos momentos cada minuto era muy valioso. Dejé a Makano y a Rosine sabiendo que, en el mejor de los casos, le había ofrecido una breve esperanza en su sombrío pronóstico. El sentimiento de culpa se apoderó de mí cuando pensé en Gloire, Marline, Nikki, Chance, Kiyonge, Kisangi, Priscille y tantos otros. Puede que sus situaciones no fueran tan extremas como la de Makano cuando los conocí, pero eso solo se debía a que los encontré en diferentes momentos del mismo viaje hacia el mismo funesto final.

Deambulé por Fungurume, encaminándome de vuelta a la carretera principal por el polvoriento laberinto de cabañas y tiendas. Ya conocía el sabor metálico de la ciudad a estas alturas y escupía la amarga pasta que se me acumulaba en la boca cada pocos minutos. Cuando el alboroto de la carretera se desvaneció, capté el sonido de un coro. Las voces edificantes me llevaron a la Église Alliance Chrétienne Internationale. Dentro encontré una gran sala abarrotada de fieles, que cantaban con pasión, dirigidos por un vigoroso párroco situado en lo alto de una pequeña plataforma de madera. Un niño me miraba, con los ojos muy abiertos y tranquilizadores. Por fin comprendí cómo la gente del Congo sobrevive a su tormento diario: amaban a Dios con el corazón pletórico y ardiente y se consolaban con la promesa de la salvación.

Aunque su amor era fuerte, cada vez había más pruebas de que no era correspondido.

### Mutanda

Setenta kilómetros al oeste de Fungurume se encuentra la joya de la corona de las operaciones mineras de Glencore en África: Mutanda. La rica tierra roja se extiende desde la carretera principal hasta las estribaciones de la explotación, donde las enormes paredes de la cantera se elevan por encima del horizonte. Antes de suspender sus operaciones, en enero de 2020, era la mayor mina productora de cobalto del mundo. El complejo es una zona rectangular cerrada de unos 185 kilómetros cuadrados, formada por varias fosas gigantes a cielo abierto de más de 100 metros de profundidad. Cientos de miles de árboles debieron ser talados para dar paso a estas cavidades en la tierra. Por lo que dicen los lugareños, no parece que se plantaran muchos árboles, si es que se plantó alguno, para reemplazarlos. Glencore ha mantenido históricamente una participación del 70 al 80 por ciento en la mina junto con otros socios, incluidos Gécamines y Dan Gertler. En febrero de 2017, Glencore adquirió el 100 por cien a través de su filial congoleña, Mutanda Mining Sarl (MUMI), convirtiéndola en la única gran mina de cobre-cobalto de la RDC que no es una empresa conjunta con Gécamines. Al igual que TFM, Mutanda dispone de sus propias instalaciones de tratamiento de minerales que utilizan el mismo proceso SX-EW que requiere grandes cantidades de ácido sulfúrico. La explotación cuenta con una zona residencial para el personal minero extranjero, una zona recreativa y un pequeño campo de golf. En sus mejores momentos de 2018, produjo 27.300 toneladas de cobalto,[53] lo que supuso casi el 30 por ciento de la producción mundial y posicionó a Glencore como la mayor empresa minera de cobalto del mundo.

El 8 de agosto de 2019, Glencore anunció que suspendía las operaciones en Mutanda durante dos años a partir de enero de 2020. La empresa alegó un suministro insuficiente de ácido sulfúrico para su planta de procesamiento, así como «condiciones adversas» en el mercado del cobalto, a pesar de que TFM y otras minas industriales parecían tener ácido sulfúrico más que suficiente para continuar las operaciones sin interrupción. Es cierto, sin embargo, que los precios del cobalto cayeron un 40 por ciento desde 2018 hasta mediados de

2019; de ahí que muchos analistas del sector crean que la medida fue un esfuerzo de Glencore para reducir la oferta mundial de cobalto e impulsar los precios.

Un alto funcionario de Gécamines ofreció una teoría diferente:

—Glencore cerró Mutanda como forma de presionar al Gobierno congoleño para que ofreciera mejores condiciones en materia de impuestos.

El funcionario explicó que, a pesar de la fuerte resistencia de Glencore, que incluyó una reunión en persona en Kinsasa entre el entonces consejero delegado Ivan Glasenberg y Joseph Kabila el 7 de marzo de 2018, el Gobierno de la RDC declaró el 24 de noviembre de 2018 que el cobalto era una materia «estratégica». Con ello se inició un aumento de la tasa de regalías del 3,5 al 10 por ciento que las empresas mineras tenían que pagar por el cobalto extraído. La nueva política también estableció un impuesto del 50 por ciento sobre los beneficios extraordinarios, que debía activarse cuando el precio de una materia prima aumentara más de un 25 por ciento por encima de los niveles citados en el estudio inicial de factibilidad financiera de la empresa minera para evaluar las reservas geológicas de la concesión antes de iniciar las operaciones. Si el precio del cobalto subía lo suficiente, las empresas mineras se verían en la obligación de pagar el impuesto sobre los beneficios extraordinarios. De hecho, los precios del cobalto en la Bolsa de Metales de Londres aumentaron más de un 100 por cien desde sus mínimos del verano de 2019 hasta el verano de 2021. Mucho dinero estaba en juego para Glencore, que había pagado al Gobierno congoleño 626,9 millones de dólares en impuestos y regalías en 2018 solo del yacimiento de Mutanda y 1.080 millones de dólares en impuestos y regalías de todas sus operaciones mineras en la RDC. Los 1.080 millones de dólares representaban un impresionante 18,3 por ciento del presupuesto nacional congoleño ese año. Glencore parecía tener una palanca financiera con la que presionar al Gobierno, pero el plan no funcionó, ni tampoco los rumores de chanchullos y tratos turbios. Durante años la empresa ha sido investigada por el Departamento de Justicia de Estados Unidos, la Oficina de Fraudes Graves del Reino Unido y la Fiscalía General de Suiza por presunto blanqueo de dinero, soborno y corrupción en relación con sus operaciones mineras en la RDC.[54]

Aunque me esforcé por acceder al complejo de Mutanda durante las visitas de 2018, 2019 y 2021, no me concedieron los permisos. Sin embargo, la historia de Mutanda no termina aquí.

Como la mayoría de las minas industriales del Congo, Mutanda ha ido creciendo a lo largo de los años. En 2015, Glencore compró una enorme extensión de terreno sin explotar al norte de la autovía, frente a la concesión principal de MUMI. Al igual que en la explotación de TFM, había miles de habitantes locales que llevaban generaciones viviendo en esas tierras. En este caso, sin embargo, se negaron a trasladarse. De hecho, la compra de las tierras por parte de Glencore sirvió de señal a los aldeanos de que debía haber algo valioso bajo la tierra y empezaron a excavar en las colinas. Pronto una de las mayores cooperativas mineras artesanales de la provincia de Lualaba, la Coopérative Minière et Artisanale du Katanga (COMAKAT), organizó la explotación en un yacimiento llamado Shabara. Las cooperativas mineras se crearon originalmente en virtud del Código Minero de 2002 como medio de gestión de los mineros artesanales en las zonas de explotación artesanal (ZEA) autorizadas. Se encargaban de registrar a los trabajadores, pagar sus salarios, garantizar unas condiciones de trabajo seguras y evitar el trabajo infantil en las ZEA. Aunque Shabara no es una ZEA autorizada, la explotación minera artesanal de la COMAKAT lleva años prosperando.

Al contrario que en el recinto principal de Mutanda, conseguí entrar en la mina de Shabara. Para llegar al yacimiento, salí de la carretera cerca de Mutanda y conduje hacia el norte por un camino de tierra que pasaba por un pueblo llamado Kawama. Esta aldea antaño tranquila había crecido rápidamente en los últimos años debido a la afluencia de mineros artesanales. El aluvión de gente lo transformó en un amasijo de viviendas dispersas alrededor de enormes termiteros. Algunas de las casas consistían en restos de cabañas de ladrillo antiguas que llevaban muchos años en el pueblo, y otras eran más bien tiendas de plástico que parecían haber sido levantadas la semana anterior. Había gadafis que vendían gasolina en bidones amarillos, mujeres que vendían carbón y dos quioscos de recarga de teléfonos móviles.

La carretera de tierra a Shabara atravesaba el pueblo y ascendía

por una pendiente durante más de un kilómetro. A medida que aumentaba la altitud, pude ver una amplia extensión de sabana ligeramente arbolada y colinas onduladas. Llegué a la entrada de la mina vigilada por guardias armados, que me hicieron pasar como invitado de la COMAKAT y me condujeron a una pequeña estructura de hormigón de color mostaza con las palabras «Bureau Administratif COMAKAT» pintadas sobre la puerta principal. Uno de los directivos de la COMAKAT y un funcionario del SAEMAPE me dieron la bienvenida y me llevaron a pie a una visita guiada por la mina. La presencia de este funcionario indicaba que el Gobierno congoleño cobraba derechos por la producción de Shabara, aunque técnicamente se trataba de una explotación artesanal ilícita en una concesión industrial.

La mina era enorme, se extendía a lo largo de decenas de kilómetros cuadrados sobre colinas onduladas y canteras hasta el borde de un acantilado que dominaba una gran extensión de campo. Había como mínimo un puesto de venta lleno de más de mil sacos de rafia repletos de mena. Camiones de carga transportaban tierra, las excavadoras la removían y escarbaban en ella. El funcionario de la COMAKAT me condujo más adentro de la mina pasando por varias grandes zonas de excavación hacia la zona principal. Esperaba ver algo parecido a Kipushi o quizá a Tocotens, me había imaginado que habría unos dos mil o tres mil mineros artesanales como mucho cavando en zanjas y llenando sacos, pero al rodear una amplia cresta, quedó a la vista el pozo principal, una escena impactante. En todo el tiempo que había pasado en el Congo, nunca había visto nada igual.

Una avalancha de seres humanos se agolpaba en el interior del enorme pozo de excavación, de al menos ciento cincuenta metros de profundidad y cuatrocientos metros de diámetro. Más de quince mil hombres y adolescentes martilleaban, paleaban y gritaban dentro del cráter, sin apenas espacio para moverse o respirar. Ninguno llevaba nada parecido a un equipo de protección, solo pantalones cortos, chanclas y quizá alguna camisa. Era una explosión de colores: rojo, azul, verde, amarillo y naranja se fundían en el interior del pozo de piedra rosada. Al menos cinco mil sacos de rafia llenos de mena se apilaban en el borde de la zona de excavación. El pozo no era tierra y piedra, sino una sólida montaña de roca y heterogenita cincelada y

convertida en guijarros por la pura fuerza humana.

El funcionario de la COMAKAT me condujo al interior por un estrecho sendero de roca escarpada. Hombres y niños que subían en dirección contraria con sacos de rafia colgados al hombro como un tren de carga humano se ocupaban de despejar el camino para nuestro descenso. Al final de mi estancia en Shabara las suelas de las zapatillas que llevaba se desprendieron, pero muchos de los mineros artesanales iban descalzos. Mientras descendíamos, pude distinguir que los excavadores estaban organizados en grupos de entre cinco y diez personas. Algunos introducían gruesas barras de acero en una grieta de la montaña y las martilleaban con grandes mazos metálicos para romper un trozo de roca del tamaño de un peñasco. Otros utilizaban trozos más pequeños de barras de acero y mazos para romper los cantos rodados y convertirlos en piedras y guijarros. Un tercer grupo, en su mayoría compuesto por chicos más jóvenes, cargaba los guijarros en los sacos. En numerosas zonas alrededor del pozo, los mineros artesanales descendían y salían de los túneles, balanceándose algunos por lo alto de la mina como una cabra montés encaramada en la pared de la montaña.

A causa del estruendo que provocaban los golpes del metal contra la piedra no pude hacer preguntas al funcionario de la COMAKAT que estaba dentro del pozo, sino solo observar este hervidero de humanidad enfrentándose con su fuerza bruta a la implacable roca. El polvo y la arenilla se elevaban como el humo de un incendio forestal. Era imposible comprender cómo tal espectáculo podía existir en pleno siglo XXI. Uno podría imaginarse una escena así hace miles de años, quizás cuando decenas de miles de trabajadores oprimidos en Egipto excavaban la piedra para construir grandes pirámides…, pero ¿en la parte inferior de la cadena de suministro de billones de dólares de la era moderna? Eso no era lo que debían suponer la adhesión a las normas internacionales de derechos humanos o una participación del 100 por cien en auditorías de terceros a proveedores de cobalto.

Se produjo una pelea cerca de donde me encontraba. El funcionario de la COMAKAT hizo sonar un silbato que llevaba atado al cuello y se dirigió hacia la refriega. Los ánimos estaban a punto de estallar dentro del sofocante pozo mientras los mineros artesanales se esforzaban al máximo bajo el sol abrasador. Mientras el funcionario se

ocupaba de la reyerta, hice contacto visual con los trabajadores que estaban cerca. Algunos me devolvieron la mirada con curiosidad, otros a la defensiva y otros más me pasaron por alto como si no fuera más que otro trozo de piedra en la tierra. El funcionario de la COMAKAT regresó y me condujo fuera del pozo. A medida que ascendíamos, el estruendo iba disminuyendo y sentí como si por fin pudiera volver a respirar.

Continué el recorrido a pie por la mina de Shabara. Mi mente bullía de preguntas para hacer al responsable que me había acompañado, pero no sabía de cuánto tiempo dispondría, así que intenté determinar cuáles eran las más importantes. La primera era sobre los salarios.

—Pagamos a los artesanos entre cuatro y cinco dólares al día, dependiendo de las tareas que realicen.

Se trataba del ingreso medio diario más alto de todos los mineros artesanales que documenté en el Cinturón del Cobre, exceptuando a los excavadores de túneles del barrio de Kasulo, en Kolwezi.

—¿Cuánta mena produce esta mina? —pregunté.

—Producimos entre quince mil y diecisiete mil toneladas de mena al mes.

Era una suma asombrosa. Pregunté quién compraba la producción.

—Tenemos contratos con los chinos.

Según el funcionario de la COMAKAT, Glencore no compraba nada de la producción de Shabara porque estaban en desacuerdo por la presencia de mineros artesanales en la concesión. En cambio, a mí me habían dicho que muchas de las principales empresas mineras chinas que operan en el Cinturón del Cobre compraban la producción. ¿Quién, si no, podría absorber quince mil toneladas de heterogenita al mes? El funcionario me explicó que sus acuerdos con los compradores chinos estipulaban que la COMAKAT se quedaba con el 20 por ciento del precio de venta, que utilizaba para cubrir los gastos de explotación. Seguro que quedaba un amplio margen de beneficio para los propietarios de la cooperativa. Después de dos horas de visita, volvimos a la oficina de la COMAKAT, cerca de la entrada de la mina, y el funcionario dejó claro por qué me habían permitido visitar el lugar.

—Las empresas mineras extranjeras no dejan espacio para que los congoleños trabajen. Llevamos mucho tiempo viviendo en esta tierra y no nos iremos —declaró.

El funcionario me dijo que sabía que yo era un investigador estadounidense y quería que le ayudara a concienciar sobre la difícil situación de los mineros artesanales que trabajaban en Shabara y en todo el Cinturón del Cobre. Se hizo eco de los sentimientos de Makaza, cerca de Étoile, de Samy, en Fungurume, y de tantos otros que conocí; los congoleños estaban siendo empujados al abismo por las empresas mineras extranjeras, que cada año se apropiaban de más tierras. El funcionario de la COMAKAT trazó una línea divisoria al afirmar «no nos iremos», pero la cuestión no era tan simple como un enfrentamiento entre mineros artesanales y empresas mineras extranjeras. El Gobierno congoleño había contribuido directamente a la crisis al subastar enormes parcelas de tierra por miles de millones de dólares y sentarse pasivamente a cobrar derechos de explotación, regalías e impuestos. Muy poco de estos fondos se canalizaba en beneficio de la población congoleña. Mientras la élite política se limitara a seguir con la tradición del gobierno ladrón instaurada por sus antepasados coloniales, el pueblo congoleño seguiría sufriendo.

Por lo que vi en Shabara, la COMAKAT gestionaba una asombrosa explotación minera artesanal en una sección de la concesión de Glencore en Mutanda, que producía unas 180.000 toneladas de mena de cobre-cobalto al año. Teniendo en cuenta que se trataba de una de las muchas explotaciones mineras industriales en las que la minería artesanal era el modo de producción dominante, dos hechos parecían indiscutibles: 1) la contribución artesanal a la producción total de cobalto en el Congo podría superar fácilmente incluso las estimaciones más altas del 30 por ciento, y 2) la enorme cantidad de producción artesanal del Congo tenía que llegar a las cadenas de suministro formales de las grandes empresas tecnológicas y de vehículos eléctricos. ¿A qué otro sitio iban a ir a parar las 180.000 toneladas anuales de mena de cobalto? Shabara era solo el principio. Había varias minas industriales más en la provincia de Lualaba en las que la producción artesanal era la norma. Aunque Shabara fue la única que conseguí investigar de cerca, tomé testimonios de decenas de personas que trabajaban en las demás. Posiblemente ninguno resulte más

terrible que los que tomé en la mina de Tilwezembe.

## Tilwezembe

Al oeste de Shabara la carretera se adentra en los confines de un sombrío páramo. Las aldeas se alejan del borde de la carretera hacia un paisaje vagamente discernible entre la bruma. La contaminación que antes era densa y oscura cerca de Lubumbashi se había vuelto sofocante y opresiva. Todo parecía más lúgubre aquí. El camino que seguir ya no estaba claro. Cualquier atisbo de vida que existiera hasta este momento se desvaneció por completo al llegar a Tilwezembe.

Es un yacimiento minero más pequeño que muchas de las concesiones industriales de cobre y cobalto de la provincia de Lualaba, pero desempeña un papel enorme en cuanto a la violencia y degradación que caracteriza la minería en el Congo. Según todo lo que he visto y oído, es la mayor explotación industrial que solo produce artesanalmente. La concesión se encuentra a unos kilómetros al oeste de Mutanda y a poco menos de dos kilómetros al sur de la carretera principal, por un camino de tierra cerca del pueblo de Mupanja. Este se encuentra cerca del final del río Lualaba, que recorre más de tres mil kilómetros dentro del corazón del continente africano en un pronunciado arco antes de desembocar en el Atlántico. Henry Morton Stanley inició su épico viaje por el río Congo a unos mil kilómetros al norte de Mupanja. Los belgas construyeron una presa hidroeléctrica junto a Mupanja en 1953 para suministrar energía a las minas de cobre de la UMHK. La presa formó un lago, que los belgas llamaron Lac Delcommune en honor a Alexandre Delcommune, que dirigió la primera campaña belga en 1891 en Katanga para intentar firmar un tratado con Msiri en nombre del rey Leopoldo. También fue la primera persona que saludó a un maltrecho Stanley cuando por fin llegó a Boma en 1877, tras remontar el río Congo. Tras la independencia, los congoleños rebautizaron el lago Delcommune como lago Nzilo (lago Joven).

Además de suministrar energía hidroeléctrica a las minas, el río proporciona peces y agua fresca a las comunidades locales. *Fresca*, sin embargo, no es la palabra correcta, ya que el agua según los residentes locales está muy contaminada debido a los vertidos tóxicos de las minas cercanas. El investigador en ciencias medioambientales de la

Universidad de Lubumbashi que conocí después de mi visita a Kipushi, Germain, tomó muestras del agua del río cerca de Mupanja y encontró niveles especialmente altos de plomo, cromo, cobalto y ácidos industriales. Cuando inspeccioné el agua, tenía un color anormalmente oscuro y estaba cubierta de manchas de aceite y lodo. Había algunas zonas en las que una espuma burbujeante se acumulaba en la orilla, además de restos de peces muertos. Recordé las palabras de Reine, estudiante de Lubumbashi que me advirtió que mi corazón se entristecería al ver lo que las empresas mineras habían hecho con los bosques y los ríos. Sentí tristeza e indignación al ver a los niños chapotear inocentemente en las aguas tóxicas. Los hombres pescaban la cena desde el puente sobre el río y las mujeres lavaban la ropa en la orilla mientras los cormoranes de pecho blanco se dejaban llevar por la corriente. Los habitantes de Mupanja estaban siendo contaminados de todas las formas posibles.

Mupanja es un animado pueblo de carretera con numerosas tiendas que venden ropa y zapatos, ollas y sartenes, carbón, carne de animales salvajes y lo que hayan pescado esa misma mañana. Los soldados de las FARDC patrullan la zona lanzando miradas lascivas a las jóvenes. A pesar de estar situado junto a una presa hidroeléctrica, el pueblo no dispone de suministro eléctrico fiable. La mayoría de las casas son de ladrillo rojo con tejados metálicos. Las puertas de entrada consisten en sábanas colgadas, excepto en una en la que vi una bandera estadounidense. Algunas niñas de la aldea caminan de un lado a otro con contenedores de agua en la cabeza, mientras otras machacan con majas de madera en grandes morteros hojas de mandioca que se hervirán para la cena. Los niños atrapan insectos dentro de botellas de licor vacías. Botellas de plástico, cajas de cartón y otros desperdicios se acumulan en los caminos de tierra entre las casas. Cuando los montones crecen demasiado, los queman, liberando un hedor nauseabundo.

Un pescador local llamado Modeste, que llevaba muchos años viviendo en Mupanja, nos habló de los cambios que había visto desde que el cobalto se impuso en la zona.

—Hace diez años era un pueblo tranquilo, ahora viene gente de todas partes a extraer cobalto… Hay demasiado alcohol y prostitución

en el pueblo… Siempre está lleno de soldados, la gente se mata por el cobalto.

La violencia se había convertido en un problema cada vez más grave en Mupanja en los últimos años. Ninguna persona a la que me acerqué se sintió cómoda para darme detalles sobre incidentes concretos, pero varios asintieron cuando les pregunté si los soldados de las FARDC eran los responsables. El alcohol era el segundo mayor problema del pueblo. Los hombres bebían mucho antes y después del trabajo, lo que inevitablemente provocaba más violencia. El tercer problema al que se enfrentaban los habitantes eran las inundaciones. Durante la temporada de tormentas, el agua del río se adentraba en el pueblo y a menudo anegaba algunas zonas. Reparar o reconstruir las casas era un calvario anual para los residentes. Muchos simplemente abandonaban sus cabañas después de que una tormenta arrancara los tejados, dejando las paredes de ladrillo a la vista para la siguiente familia que se resignara a vivir allí.

Tilwezembe es propiedad de Glencore a través de su participación del 100 por cien en la empresa canadiense Katanga Mining, que a su vez posee una participación del 75 por ciento en Tilwezembe (Gécamines posee el otro 25 por ciento). La mina tiene una extensión aproximada de once kilómetros cuadrados y cuenta con yacimientos de varios cientos de miles de toneladas de cobre y cobalto. Quizá lo más importante que hay que saber sobre este yacimiento es que las operaciones industriales cesaron formalmente en 2008. Poco después, la minería artesanal tomó el relevo.

Tilwezembe tiene una de las explotaciones mineras artesanales más desarrolladas de la RDC, a pesar de que se supone que no hay minería artesanal en el yacimiento. Las historias de trabajo infantil se remontan a muchos años atrás. El 15 de abril de 2012, la BBC emitió un episodio de su serie documental *Panorama* que se centraba en el papel de Glencore en el trabajo infantil de Tilwezembe.[55] Tanto Glencore como el Gobierno congoleño tacharon la historia de exageración. La verdad, sin embargo, es que el sistema de minería artesanal en el yacimiento ha evolucionado hasta convertirse en una sofisticada actividad económica que parece incluir a dos de las mayores cooperativas mineras artesanales de la provincia de Lualaba, así como a funcionarios que trabajan para el SAEMAPE. Como los

soldados de las FARDC me negaron la entrada a la mina en dos ocasiones, tuve que fiarme de los testimonios que conseguí sobre las condiciones de Tilwezembe. La primera vez ni siquiera pasé de la entrada del camino de tierra en Mupanja. Hice un segundo intento después de documentar los casos de numerosas personas que resultaron heridas mientras trabajaban en el yacimiento, y esa vez logré acercarme mucho más.

Una de las entrevistas más informativas fue con un chico de dieciséis años de voz suave llamado Phelix. Empezó a excavar en Tilwezembe en 2015, era el segundo de siete hermanos y uno de los tres que excavaban en la mina. Su padre murió cuando tenía once años, dejando a su madre sola para criarlos a todos. Tenía una gruesa cicatriz en el lado derecho de la cabeza sobre la que le faltaba el pelo. Decía que se la había causado una gran roca que le cayó en la cabeza mientras trabajaba en Tilwezembe. Tras recuperarse en casa, volvió a trabajar porque la familia necesitaba cada dólar que los niños pudieran ganar. Nos contó que salía de casa para trabajar en Tilwezembe al amanecer cada mañana y que normalmente volvía al atardecer. Afirmó sufrir agotamiento crónico y una tos persistente. Dos de los dedos de su mano izquierda estaban rotos y permanentemente torcidos en los nudillos del medio. Así fue como describió el sistema en la mina:

—Lo que hay que entender es que CMKK [Coopérative Minière Maadini kwa Kilimo] y COMIKU [Coopérative Minière Kupanga] controlan la mayor parte de los *creuseurs* de Tilwezembe. Las cooperativas controlan distintas partes de la concesión. Yo trabajo en la zona de CMKK, donde también hay jefes independientes que pagan a CMKK o COMIKU para explotar otras partes de la concesión.

»No estoy inscrito en la CMKK porque para obtener la *carte d'enregistrement* [tarjeta de inscripción] hay que tener dieciocho años. Los *creuseurs* que como yo no están inscritos deben pagar a las cooperativas cada día 200 francos [aproximadamente 0,11 dólares] para excavar en Tilwezembe.

»Hay funcionarios del SAESSCAM que vienen al lugar a supervisar. Cada vez que los vemos, nos ponemos nerviosos porque sabemos que encontrarán alguna forma de sacarnos dinero.

»Trabajamos en grupos en distintas zonas de la mina. Yo estoy en un grupo de veinte chicos. Los más jóvenes cavan en los pozos, los mayores en los túneles… Todo lo que excavamos se lo vendemos a los jefes, que son chinos y también congoleños y libaneses… Mi jefe controla mi trabajo en la mina, nos dice dónde cavar y nos paga. Si no le hacemos caso, les dice a los soldados que nos castiguen.

»Por mucho que excavemos, nunca ganamos más de 4.000 francos [unos 2,20 dólares]. Cuando mi jefe compra el cobalto, se lo vende a CMKK. Tienen un camión en la concesión donde cargamos los sacos.

CMKK y COMIKU son las dos mayores cooperativas mineras artesanales de la provincia de Lualaba. COMIKU es propiedad de Yves Muyej, uno de los hijos del primer gobernador de la provincia de Lualaba, Richard Muyej. Los Muyej son fieles aliados de Joseph Kabila y, como él, tienen fuertes vínculos con empresas mineras chinas. CMKK es propiedad de funcionarios del círculo íntimo de Joseph Kabila y fue creada inicialmente por el coronel Ilunga, ya fallecido. Se supone que el mineral de cobre-cobalto vendido en la parte alta de la cadena por CMKK y COMIKU incluye garantías de que a los mineros artesanales se les pagan salarios razonables, se les proporciona equipo de seguridad y se les ofrece atención médica en caso de accidente. También se supone que el mineral viene con garantías de que no ha habido niños implicados en su extracción y de que solo trabajan en el lugar mineros artesanales registrados a los que CMKK y COMIKU han dado su visto bueno.

Varios mineros artesanales a los que entrevisté confirmaron la afirmación de Phelix de que muchos de los excavadores de Tilwezembe no estaban registrados ni en CMKK ni en COMIKU, a pesar de trabajar en la mina, y que sus jefes vendían la mena que excavaban a las cooperativas. También confirmaron la presencia de funcionarios del SAEMAPE y afirmaron que en un día cualquiera había entre mil y dos mil niños excavando en Tilwezembe. Informaron de que normalmente se pagaba a los niños unos dos dólares diarios, independientemente de la producción, y que recibían poca o ninguna asistencia cuando sufrían lesiones. Los excavadores de Tilwezembe describieron condiciones peligrosas y duras represalias si no obedecían a sus jefes. A algunos los encerraban en un contenedor de transporte llamado *cachot* (calabozo) sin comida ni agua hasta dos días.

A partir de diversos testimonios se me fue revelando la mecánica económica del sistema de la minería artesanal en Tilwezembe: si un jefe pagaba a los niños que trabajaban para él alrededor de 1,10 dólares por cada saco de heterogenita que pesara 30 kilos y lo vendía a las cooperativas por 7 u 8 dólares, obtenía unos 6 o 7 dólares de beneficio por saco. A partir de este punto, la cadena de valor era poco clara, ya que había muy poca transparencia en cuanto al precio del cobalto a lo largo de la misma hasta que llegaba a la Bolsa de Metales de Londres (LME, por sus siglas en inglés), que fija el precio del mercado mundial del cobalto totalmente refinado. Lo que pude averiguar es que la mayoría de las cooperativas mineras (y los puestos de compraventa) vendían por término medio mena con un 2 o 3 por ciento de cobalto a las empresas mineras industriales de la RDC por un precio que equivalía aproximadamente al 15-20 por ciento del precio del cobalto refinado en la LME. Por tanto, si un kilogramo de cobalto refinado en la LME se vendía a sesenta dólares, las cooperativas vendían mena con cobalto a entre nueve y doce dólares el kilogramo. Teniendo en cuenta que probablemente compraron treinta kilogramos de dicha mena por ocho dólares, las cooperativas resultaban ser las que generaban mayores beneficios en ese sistema, beneficios que iban a parar en gran parte a los bolsillos de sus propietarios, normalmente líderes empresariales o funcionarios del Gobierno.

Algunos colaboradores de Kolwezi, así como los mineros artesanales que entrevisté y que trabajaban en Tilwezembe, estaban de acuerdo en que entre los principales compradores de cobalto se encontraban las siguientes empresas mineras: Congo Dong-Fang Mining (Huayou Cobalt), Kamoto Copper Company (Glencore), COMMUS (Zijin Mining) y CHEMAF (Shalina Resources). Estas cuatro empresas se describían localmente como compradores de heterogenita *à-tout-venant* (al primero que llegue), lo que sugería que no discriminaban cómo y a quién compraban la mena. Fue difícil verificar estos informes rastreando la cadena de suministro sobre el terreno. Esperar a una distancia prudencial a la entrada de Tilwezembe para ver los camiones que cargaban y partían no era posible debido a la presencia de soldados armados de las FARDC. Por la misma razón, permanecer demasiado tiempo o demasiado cerca del camino de tierra que llevaba a la mina cerca de Mupanja resultó

imposible. Sin embargo, pude determinar que las cooperativas cargaban la mena en camiones dentro del yacimiento y la transportaban a las empresas mineras o a sus instalaciones de procesamiento.

De todos los mineros artesanales que conocí en las provincias mineras de la RDC, los que trabajaban en Tilwezembe fueron los que se mostraron más reacios a entablar conversación. La mera sugerencia de hablar sobre la mina provocaba inquietud en la mayoría de las personas a las que me acerqué. Los secretos de Tilwezembe no debían revelarse. Más de una vez me dijeron que probablemente era un espía que trabajaba para las cooperativas con la intención de averiguar quién hablaría de más. Otros sugirieron que era un periodista extranjero que los delataría, acarreándoles violentas represalias. «La Guardia Republicana vigila todo en la provincia de Lualaba —me dijo un colaborador de Kolwezi—. Vigilan los pueblos e intimidan a cualquiera que intente hablar. Cuando digo esto, a lo que me refiero es que si alguien que trabaja en Tilwezembe, Lac Malo o Kasulo habla con alguien como tú, por la noche le dispararán y su cuerpo quedará en la calle para mostrar a los demás cuáles son las consecuencias de abrir la boca».

Las campañas de violencia e intimidación funcionan hasta cierto punto, y el momento en que dejan de funcionar es cuando una persona siente que ya no tiene nada que perder. Para aquellos a quienes ya se les ha arrebatado todo, incluso la pena más dura significa poco en comparación con el poder que les da el hablar… o hacerlo en nombre de los que ya no pueden. En coordinación con un equipo de colaboradores locales familiarizados con las comunidades que trabajaban en Tilwezembe, pude identificar a diecisiete personas, incluido Phelix, que estaban dispuestas a hablar de su trabajo en la mina. Hicimos cuidadosos preparativos para proteger la identidad de los informantes, los transportamos desde sus aldeas antes del amanecer, acordamos un lugar seguro para reunirnos sin miradas indiscretas, los mantuvimos en ese lugar hasta bien entrada la noche o a primera hora de la mañana siguiente, y luego los llevamos de vuelta a casa. Las entrevistas se celebraron en una casa de huéspedes a varios kilómetros de Kolwezi. Mis colaboradores conocían al propietario y

confiaban en él.

La sala de entrevistas de la pensión consistía en una pequeña mesa de madera con sillas blancas de plástico. El primero en llegar fue un chico de quince años llamado Muteba, acompañado de su madre, Delphine. Entró en la sala con ayuda de unas muletas. De su estrecha cintura colgaban dos piernas gravemente dañadas. Llevaba una camisa roja descolorida, unos pantalones negros raídos e iba descalzo. Tenía la cara contraída en una expresión de desagrado, como si tuviera algo agrio en la boca. Se sentó en una de las sillas de plástico al otro lado de la mesa. Le ofrecí una segunda silla en la que podía apoyar sus piernas enclenques. Las palabras salían de su boca a borbotones erráticos.

—Fui a la escuela hasta cuarto curso porque en aquella época mi familia no podía pagar las tasas. Mi hermano mayor, Beko, ya trabajaba en Tilwezembe. Fue en enero de 2016 cuando empecé a trabajar allí para el jefe Chu. Todas las mañanas decía su nombre a los soldados de la entrada y me permitían entrar en la mina. El jefe Chu nos daba etiquetas con números que nos indicaban en qué pozo excavar.

Le pregunté a Muteba cuánta gente trabajaba para el jefe Chu.

—Al menos cuarenta.

—¿Eran todos niños?

—Sí.

Dijo que la mayoría tenían entre diez y trece años y que, al no ser todavía lo bastante fuertes para cavar en los túneles, excavaban en la superficie en zonas diferentes. Solían ganar alrededor de un dólar al día.

—El jefe Chu nos pagaba en función de la pureza del mineral. Algunos días, si la pureza no era buena, no nos pagaba nada.

—¿Quién decidía que no lo era?

—El jefe Chu.

La noche del 6 de mayo de 2019, Muteba no durmió bien. Había un perro enfermo en el pueblo que aullaba con fuerza. Los demás miembros de su familia dormían a pesar del ruido, pero tenía el sueño ligero y algo en los aullidos quejumbrosos del animal le angustiaba. Se levantó y salió a la oscuridad a buscarlo, y lo encontró dócilmente acurrucado junto a unos arbustos en las afueras de la aldea.

—Algo había atacado a ese perro, le sangraban una pata y el rostro. Me miró con tristeza. Creo que quería que acabara con su sufrimiento, pero yo tenía miedo.

A la mañana siguiente, fue a trabajar a Tilwezembe como de costumbre. Mientras describía los acontecimientos de aquel día, hablaba como para sí, en voz baja.

—Estaba cavando dentro de un pozo con mi hermano Beko. Había otros tres grupos cavando. Oí algo parecido a un ruido sordo. Cuando levanté la vista, el pozo [la pared] se derrumbó a nuestro alrededor…

Muteba dejó de hablar y sus ojos se humedecieron. Se le quebró la voz esforzándose por continuar.

—Las piedras me cayeron encima enterrándome, no podía moverme. Intenté gritar, pero apenas podía respirar. Pensé que me ahogaría, sentía como si el corazón me fuera a estallar dentro del pecho.

Tras otra pausa Muteba añadió:

—Al cabo de unos minutos, oí gritos. Doy gracias a Dios de que alguien me encontrara. Recuerdo que vi sus ojos muy abiertos. Algunas personas me sacaron. Cuando me miré las piernas, los huesos sobresalían de la piel.

En ese momento Muteba se quedó mirando el yeso desconchado de la pared. Se secó los ojos y consiguió calmar su respiración.

—Tras el accidente, unos hombres del SAESSCAM me llevaron al hospital de Gécamines de Kolwezi. Los huesos de mis piernas estaban aplastados y los médicos intentaron enderezarlos. Me operaron y me pusieron una barra de metal en cada pierna.

Pregunté a la madre de Muteba cómo habían costeado la intervención quirúrgica.

—El SAESSCAM lo pagó todo, pero al cabo de una semana dijeron que ya no podían pagar más tratamientos —respondió Delphine.

Le pregunté a Muteba qué le había pasado a su hermano.

—Beko murió allí. Todos los demás murieron cuando el muro se derrumbó. Fui el único que sobrevivió.

Delphine nos contó que cuando Beko murió en el accidente de Tilwezembe, su mujer, de dieciocho años, estaba embarazada de su primer hijo. Unos meses después, dio a luz a una niña. Sin Beko y con Muteba incapacitado para trabajar, la familia luchaba por sobrevivir.

—Ahora sé lo que sentía ese perro, ojalá hubiera sido lo suficientemente valiente como para matarlo.

Las circunstancias de los demás mineros artesanales que vinieron a hablar de su trabajo en Tilwezembe eran muy similares a las de Muteba. Me contaron que en un día cualquiera hasta diez mil personas trabajaban en Tilwezembe y describieron un sistema bien perfeccionado en el que participaban jefes, cooperativas, las FARDC y empresas mineras extranjeras, que se quedaban con su trozo de pastel a medida que el cobalto iba subiendo en la cadena. Debajo de este enorme imperio, empezó a emerger algo oscuro…, algo de lo que apenas había oído hablar antes, que no existía en Kipushi. Solo pude echarle un vistazo en el pueblo que Arthur me mostró. Algunos mineros artesanales lo mencionaron de pasada en Tenke Fungurume. En Shabara lo vislumbré. Sin embargo, en Tilwezembe era la norma: los túneles.

Cientos de ellos, quizá más de mil. En esta última parada antes de Kolwezi los yacimientos más ricos de cobalto se encontraban a mayor profundidad, como las pasas del pastel que describió el geólogo Murray Hitzman, y solo se podía acceder a ellos excavando túneles. Un niño llamado Kosongo y su madre, Hugotte, me describieron las sombrías consecuencias de la excavación de túneles.

Kosongo empezó a excavar en Tilwezembe en 2015, a los once años. Cavaba en la superficie con un grupo de seis chicos de su misma edad. Un hombre al que llamaban jefe Banza estaba a cargo del grupo. Kosongo dijo que trabajaba en una zona de la mina controlada por la cooperativa CMKK. El jefe indicaba a los niños dónde cavar y les pagaba alrededor de un dólar diario. Según los niños, el jefe Banza vendía su producción a CMKK. En noviembre de 2018, les dijo que eran lo suficientemente fuertes como para empezar a cavar en los túneles. Kosongo tenía catorce años en ese momento. El paso a la excavación de túneles vino acompañado de un cambio en la relación entre el jefe y los niños. Kosongo lo explicó con estas palabras:

—El mejor cobalto está quizá a veinte o treinta metros bajo tierra… El suelo es muy duro en Tilwezembe, por lo que se tarda mucho tiempo en excavar [los túneles]… Tardamos dos meses en encontrar el cobalto. Para entonces, el túnel tenía veinte metros de

profundidad.

»Mientras excavábamos este túnel no ganábamos dinero porque no había cobalto. El jefe Banza nos dio comida y 2.000 francos [1,10 dólares] al día mientras excavábamos. Una vez que lo encontramos, nos dijo que debíamos pagarle con el cobalto que sacáramos del túnel. Si no estábamos de acuerdo, no nos permitían trabajar en Tilwezembe.

Como amenaza adicional, el jefe Banza dijo a los niños que si intentaban trabajar en otro sitio, enviaría soldados a sus casas y les quitaría a sus familias el dinero que le debían. Kosongo dijo que el jefe Banza era conocido por ser un hombre peligroso, por lo que pensó que no tenía más remedio que trabajar para él con este nuevo acuerdo. Algunos días cobraba un dólar y algo; otros, nada.

Los niños del grupo de Kosongo no tenían poder de negociación en su acuerdo con el jefe Banza, ni fuentes alternativas de ingresos para mantener a sus familias. Habían acumulado una gran deuda con Banza y trabajaban bajo la amenaza de que los soldados extorsionasen a sus familias si no cumplían sus instrucciones, lo que equivale a una definición de libro de texto de trabajo forzoso según el derecho internacional.[56] Para empeorar las cosas, dijeron que el jefe Banza nunca llevó ningún tipo de contabilidad sobre el valor de la heterogenita que vendió a CMKK, que debería haber sido descontado de las deudas que tenían con él. Aunque los yacimientos de heterogenita a mayor profundidad pueden tener una ley de cobalto hasta cinco veces superior a la de los yacimientos de la superficie, los ingresos de Kosongo no cambiaron entre la época en la que fue excavador de superficie y en la que excavaba túneles, presumiblemente porque pagaba la deuda acumulada a lo largo de dos meses. Además del trabajo forzoso en condiciones peligrosas, los niños también estaban siendo explotados en un sistema de servidumbre por deudas, se utilizaba un adelanto económico para obligarlos a realizar un trabajo y la deuda no se saldaba en función del valor justo de mercado del producto de su trabajo. Las amenazas de violencia, el desalojo del lugar de trabajo y la falta de alternativas razonables los mantenían atrapados en ese sistema de servidumbre. En definitiva, eran niños esclavos.

Kosongo dibujó la forma del túnel en un papel. El diámetro del pozo principal era de aproximadamente un metro.

—Nos agarrábamos con las manos y los pies a la pared para bajar por el pozo —explicó.

En el fondo del pozo principal los chicos excavaron una cámara donde acumulaban sacos de heterogenita para sacarlos a la superficie con una cuerda hecha de sacos de rafia rotos. La cámara tenía un metro y medio de alto y dos metros de ancho. A continuación, excavaron un túnel paralelo a la superficie que seguía la veta de heterogenita que habían descubierto.

El túnel solo tenía altura suficiente para atravesarlo arrastrándose sobre el estómago. La única fuente de luz procedía de una pequeña linterna a pilas sujeta a sus cabezas con una cinta. Kosongo dijo que utilizaban picos para desprender la heterogenita de la pared del túnel, que apilaban en sacos de rafia.

—Hacía mucho calor en el túnel y había mucho polvo. Era difícil respirar.

Una vez que llenaban un saco completo con heterogenita, lo arrastraban hasta la cámara situada en el fondo del pozo principal.

—El jefe Banza dejaba caer una cuerda. La atábamos al saco y él tiraba hasta arriba.

Kosongo relató que los niños solían permanecer bajo tierra durante todo el día, tras lo cual Banza los sacaba de uno en uno utilizando la misma cuerda que empleaba para subir los sacos de cobalto.

El 20 de marzo de 2019, Kosongo y los niños de su grupo se reunieron en la cámara al final del día para iniciar el ascenso a la superficie. Él estaba al final, tumbado boca abajo en la intersección entre el túnel y la cámara principal.

—Oí un ruido sobre mi cabeza y, al mirar hacia arriba, vi una grieta en el techo. Intenté arrastrarme hasta la cámara, pero el techo cayó sobre mis piernas. Pensé que todo el túnel colapsaría y moriríamos.

Los otros niños fueron quitándole las piedras de encima de las piernas y el jefe Banza le sacó de allí. Nos contó que dos hombres del SAESSCAM le llevaron en coche al hospital de Gécamines de Kolwezi.

—Las piernas me ardían, me quedé inconsciente.

El derrumbamiento del túnel lateral causó múltiples fracturas en las dos piernas de Kosongo, no pudieron salvarlas, tuvieron que

amputarlas por encima de las rodillas. Hugotte dijo que tras un breve periodo de cuidados después de la operación en el hospital, no recibieron más ayuda. Le pregunté quién pagó la operación y me dijo que fue el SAESSCAM (SAEMAPE). Tras la amputación, Kosongo estaba cada vez más deprimido y abatido.

—¿Por qué tuve que ser yo el único herido?

Se subió los pantalones y me mostró los muñones, sus ojos se humedecieron y sus labios empezaron a temblar. Colocó las manos sobre sus muslos, anhelando lo que había perdido.

—Solía jugar al fútbol todos los domingos. Era muy bueno.

Tras varios días de entrevistas con personas que trabajaban en Tilwezembe o cuyos hijos habían trabajado allí, estaba seguro de haber conocido todas las manifestaciones posibles del dolor humano. Los rostros más desgarradores eran los de los padres que decían haber perdido un hijo en la mina. Un caso sirve de ejemplo. El padre se llamaba Tshite. Se sentó frente a mí, con el rostro tembloroso por la rabia, la pena y la culpa. Me habló de Lubo, su primogénito. Tshite adoraba a Lubo desde el día en que nació. El niño era un gran regalo y símbolo de esperanza. Prometió a Lubo que haría todo lo necesario para que tuviera una vida mejor que la suya. Tshite se debatía entre emociones dolorosas mientras describía lo sucedido:

—Trabajé mucho en Tilwezembe para ganar dinero y enviar a Lubo a la escuela. Le dije: «Quiero que trabajes con la mente, no con las manos». Cada día que volvía a casa me dolía todo el cuerpo, la cabeza y el cuello. La piel de los pies me sangraba, tenía las manos llenas de ampollas y también dentro de la boca. Siempre me ardía el pecho y tosía todo el tiempo.

Tshite dijo que por mucho dolor que sintiera o por muy enfermo que estuviera, nunca dejó de trabajar ni un solo día. Quería que Lubo siguiera yendo a la escuela.

Un día sufrió un accidente en Tilwezembe que le impidió ir a la mina. Se rompió el brazo derecho al derrumbarse la pared de un pozo. No sabía qué hacer.

—Lubo vino y me dijo: «No te preocupes, papá, trabajaré». Yo le dije: «¡No! Tienes que quedarte en la escuela, si la dejas nunca volverás». Le dije que encontraríamos otra manera. Lubo insistió en

que se sentiría orgulloso de ayudarme, que volvería a la escuela en cuanto yo pudiera volver a trabajar.

Tshite describió los acontecimientos que siguieron:

—Lubo fue a trabajar a Tilwezembe. Su jefe era un libanés llamado Arran, que tenía más de doscientos chicos trabajando para él. Era el que tenía más poder en Tilwezembe. Le dijo a Lubo que debía cavar en el túnel. Yo no quería que lo hiciera porque sé lo que puede pasar, pero Arran dijo que si no cavaba el túnel no podría trabajar en la mina.

»Lubo trabajó en Tilwezembe cavando el túnel durante más de un mes. Todos los días rezaba para que volviera a casa sano y salvo. Mi brazo estaba casi mejor. Pensé que en unos días podría volver al trabajo y así él regresaría a la escuela.

»El 18 de enero de 2019, no volvió a casa. Corrí a la mina. Cuando llegué, otros padres ya estaban allí. Todos gritaban: «¿Dónde está mi hijo? Dadme a mi hijo». Los soldados nos apuntaron a la cara con sus armas y nos obligaron a irnos. Me estaba volviendo loco. Quería saber qué le había pasado a Lubo. Caminé arriba y abajo por la carretera. Volví a la mina y supliqué a los soldados: «Por favor, dejadme encontrar a mi hijo», pero me pegaron y patearon.

»Me quedé toda la noche en los árboles cerca de la mina y volví por la mañana. Todos los padres volvieron. Todo el mundo gritaba. Los soldados dijeron que nos dispararían. Entonces llegó a la mina un oficial de CMKK en un *jeep*. Nos dijo que nos calláramos y que él nos explicaría lo ocurrido. Dijo que el día anterior se había derrumbado un túnel y que no había sobrevivido nadie.

En los días siguientes, Tshite y su esposa recibieron noticias de que al menos cuarenta niños habían quedado bajo tierra cuando se derrumbó el túnel en Tilwezembe. A otros mineros artesanales del lugar se les encomendó la insoportable tarea de intentar desenterrar algunos de los cadáveres. Consiguieron sacar diecisiete, uno de los cuales era el de Lubo.

—Sostuve el cadáver de mi hijo. Le supliqué que volviera.

Nos contó que el SAEMAPE les dio un ataúd para Lubo y que CMKK le había dado dinero para el funeral. Cuando me reuní con Tshite, estaba atormentado por el sentimiento de culpa de que su brazo roto le hubiera costado la vida a su hijo. Dijo que, como mucho,

habría pasado una semana más antes de volver al trabajo y él podría haber vuelto a la escuela.

—Le echo mucho de menos. Era mi mejor amigo.

Tshite no fue el único. Seis padres más me contaron que sus hijos habían sido enterrados vivos en derrumbes de túneles en Tilwezembe que tuvieron lugar entre mayo de 2018 y julio de 2019. Según los padres, cinco de los siete niños trabajaban para Arran, el mismo hombre que mencioné que estaba vinculado al contrabando de uranio desde Shinkolobwe.

Seguí los rumores de contrabando de uranio en busca de pruebas y, durante casi dos años, solo fui capaz de encontrar otras tantas especulaciones, hasta que en el verano de 2021 conseguí hacerme con una copia de la sentencia del Tribunal Superior de Lubumbashi relativa al asunto. Según su contenido y los testimonios de algunos colaboradores de la RDC, en enero de 2016 treinta camiones de carga registrados a nombre de una empresa minera china llamada Dragon International Mining llegaron al paso fronterizo con Zambia en Kasumbalesa, no lejos de Kipushi. La documentación de los camiones indicaba que transportaban cobre y cobalto a Dar es-Salam para su exportación a China. Los guardias fronterizos de Kasumbalesa disponían de contadores Geiger para comprobar la presencia de uranio, pero rara vez lo hacían. Ese día un guardia fronterizo diligente sintió que algo no iba bien y llevó su contador Geiger a los camiones. La máquina empezó a emitir un fuerte zumbido. Veintidós de los camiones tenían compartimentos ocultos llenos de mena de uranio en bruto.

Las agencias de inteligencia estadounidenses entraron en acción para ayudar al Gobierno congoleño en la investigación. Rastrearon la operación hasta un contrabandista libanés llamado Arran y determinaron que el uranio se dirigía a Corea del Norte. También se informó de que había operativos norcoreanos sobre el terreno en la RDC colaborando en la operación.

—Desde el punto de vista de Estados Unidos, nos preocupan los norcoreanos y lo que están haciendo en el Congo —explicó el embajador estadounidense Mike Hammer—. Si hay norcoreanos aquí, hay que estar atentos a cualquier actividad perjudicial.

Arran fue juzgado en febrero de 2016 ante el Tribunal Superior de Lubumbashi, condenado a cinco años de prisión y al pago de una multa de un millón de dólares, así como a ser expulsado de la RDC tras cumplir su pena. Salió de prisión a los pocos meses y permaneció en el país.

Lo que no se discute en los documentos judiciales, pero es aceptado como un hecho por todas las personas con las que hablé, es que una operación de contrabando de uranio entre la RDC y Corea del Norte solo pudo haber sido planeada y autorizada por Joseph Kabila y que este eligió a Arran para dirigirla.

—No hay duda de que Kabila lo sabía —me dijo un diplomático occidental que quiso permanecer en el anonimato—. Es difícil imaginar que Kabila no estuviera metido hasta el cuello o no se beneficiara personalmente de todo esto.

El mismo diplomático especuló con que era probable que Joseph Kabila hubiera excarcelado a Arran antes de tiempo y lo hubiera reincorporado a sus negocios, lo que incluía dirigir una operación de explotación de niños esclavos en Tilwezembe, siendo responsable de la muerte de niños como Lubo.

Según todos los indicios, Tilwezembe es quizá la explotación minera industrial más peligrosa del Cinturón del Cobre, en la que trabajan más niños que en ninguna otra mina oficial del Congo. El balance final de mis entrevistas fue de doce hombres y niños gravemente heridos y siete niños sepultados en Tilwezembe. Estos casos representaban únicamente los que estuvieron dispuestos a hablar conmigo durante uno de mis viajes. Incluso con esta parte del cuadro, parecía evidente que Tilwezembe no era solo una mina de cobre-cobalto, era un escenario de muerte.

Resulta tentador señalar a los actores locales como agentes de la masacre, ya sean políticos corruptos, cooperativas explotadoras, soldados desquiciados o jefes extorsionadores. Es cierto que todos desempeñaron su papel, pero también existían síntomas de una enfermedad más perniciosa, la economía global desbocada en África. La depravación y la indiferencia ejercidas contra los niños que trabajaban en Tilwezembe son consecuencia directa de un orden económico mundial que se alimenta de la pobreza, la vulnerabilidad y

la humanidad menospreciadas de las personas que trabajan en los eslabones más bajos de las cadenas de suministro mundiales. Las declaraciones de las empresas multinacionales de que los derechos y la dignidad de cada trabajador de sus cadenas de suministro están protegidos y preservados parecen más falsas que nunca.

El traductor que me ayudaba durante las entrevistas, Augustin, estaba angustiado después de varios días intentando encontrar las palabras en inglés que captaran el dolor que le transmitían en suajili. A veces bajaba la cabeza y sollozaba antes de intentar traducir lo que se decía. Cuando nos despedimos me dijo lo siguiente:

—Por favor, dile a la gente de tu país que en el Congo muere un niño cada día para que puedan encender sus teléfonos.

Dos años después de mis entrevistas con las familias que tanto sufrieron en Tilwezembe, hice un segundo intento de entrar en la mina. Un lugareño de Mupanja me acompañó por una ruta alternativa para evitar ser detectado por las FARDC antes de entrar en el camino de tierra que conducía a la concesión. Incluso a más de un kilómetro de distancia, los titánicos muros de la mina resultaban imponentes. Caminamos hacia el sur por el sendero que atravesaba el pueblo y llegamos a una zona donde las casas de ladrillo estaban más lejos unas de otras. Los niños jugaban con bolsas de plástico cerca de pequeñas hogueras en las que se quemaba la basura. La ropa colgaba de cuerdas desvencijadas. Una niña con un vestido amarillo seguía a su madre por el camino mientras se balanceaban en sus cabezas los contenedores de plástico con agua que llevaban. Las motocicletas circulaban en ambas direcciones por el camino de tierra, cada una cargada con dos o tres pasajeros.

Me llamó la atención una joven madre que estaba sentada en el suelo con un bebé en el regazo. Detrás de ella había una peluquería pintada de azul aguamarina. Las palabras «Tout vient de Dieu» estaban pintadas en rojo sobre la entrada. Todo proviene de Dios. El bebé llevaba un pañal de tela y la madre un vestido color lila. El pelo suelto le caía por los hombros. Observé cómo se mecía hacia delante y hacia atrás con el bebé en brazos. Cada vez que se movía hacia delante, acariciaba con la boca la cara del bebé, que reía alegremente. La madre retrocedía, sus ojos se abrían de par en par y volvía a

balancearse hacia delante para acariciar a su expectante hijo. Iban y venían, madre e hijo, dichosos y radiantes.

Seguí por el camino de tierra, pasé el pueblo y me adentré en un bosque. Pasé junto a un pequeño lago, tras el cual el camino empezó a ascender hacia las estribaciones de la mina. Un camión de combustible circulaba por un segundo camino de tierra que conducía hacia Tilwezembe desde el este. Dos excavadoras removían la tierra en lo alto de una de las colinas. Las motocicletas circulaban en ambas direcciones. Al observarlas más de cerca, vi que todos los conductores llevaban chalecos de neón y que sus pasajeros estaban cubiertos de mugre. Perdí la cuenta de cuántos parecían adolescentes.

A medida que el camino continuaba hacia el sur, la pendiente se agudizaba. Finalmente, llegué al control de seguridad de la entrada de Tilwezembe. Desde la base de la mina las colosales paredes del pozo parecían tragarse el cielo. El puesto de control consistía en un gran contenedor al este del camino y un puesto de las FARDC con dos soldados uniformados armados con kaláshnikov al oeste. El camino estaba bloqueado por un largo poste metálico apoyado en una horquilla. Al final del poste había espacio suficiente para que pasaran las motos. Pregunté a los soldados de las FARDC si podía entrar en la mina, pero se negaron.

Uno de los motoristas estaba esperando en la entrada. Llevaba el mismo chaleco de neón que los demás, con el número treinta y uno cosido en la espalda. Dijo que se llamaba John y me explicó que era un transportista autorizado para llevar a los trabajadores de Tilwezembe. Eso era lo que significaban los números en los chalecos. Era el transportista número treinta y uno. Le pregunté cuántos trayectos hacía cada día. «Unos veinte», me dijo.

John regresó a Mupanja para transportar al siguiente grupo de excavadores. Me quedé un poco más en las faldas de la mina, contemplando este monumento al dolor. Hubo un instante en el que las motos se detuvieron y todo quedó en silencio. Mis pensamientos volvieron a ellos, a los incontables niños como Lubo sepultados allí en Tilwezembe, aplastados para siempre en la fría tierra al otro lado del muro de ese pozo.

Aunque nadie llegará a saber nunca cuántos están enterrados en Tilwezembe, lo que es seguro es que a fecha de 1 de noviembre de

2021 es una mina en pleno funcionamiento y se puede ver a cientos de niños entrando a trabajar todos los días.

---

[51] Darton Commodities, 2022, p. 9.

[52] «Chinese Company Removed as Operator of Cobalt Mine in Congo», en https://www.nytimes.com/2022/02/28/world/congo-cobalt-mining-china.html.

[53] Los datos se encuentran en «Glencore Full Year 2018 Production Report», p. 10, disponible en https://www.glencore.com/dam/jcr:3c1bb66d-e4f6-43f8-9664-b4541396c297/GLEN_2018-Q4_ProductionReport-.pdf.

[54] Ver: 1) «Subpoena from United States Department of Justice», en https://www.glencore.com/media-and-insights/news/Subpoena-from-United-States-Departmentof-Justice; 2) «Investigation by the Serious Fraud Office», en https://www.glencore.com/media-and-insights/news/investigation-by-the-serious-fraud-office; y 3) «Investigation by the Office of the Attorney General of Switzerland», en https://www.glencore.com/media-and-insights/news/investigation-by-the-office-of-the-attorney-generalof-switzerland.

[55] «Panorama questions over Glencore mines», en https://www.bbc.com/news/17702487.

[56] El Convenio número 29 de la Organización Internacional del Trabajo, en su artículo 2.1, define el trabajo forzoso como «todo trabajo o servicio exigido a un individuo bajo la amenaza de una pena cualquiera y para el cual dicho individuo no se ofrece voluntariamente».

06

# «Trabajamos en nuestras tumbas»

*«La sed de dinero transforma a los hombres en asesinos… Todos los medios son buenos para obtener dinero o humillar al ser humano».*

Arzobispo EUGÈNE KABANGA SONGASONGA,
de Lubumbashi, 1976

El camino ha llegado a su destino. Por fin estamos en Kolwezi, el corazón latente de la economía mundial impulsada por dispositivos móviles y de la revolución de los vehículos eléctricos. No hay otra ciudad igual, una frontera del salvaje Oeste que alberga aproximadamente una cuarta parte de las reservas mundiales de cobalto. La extraordinaria riqueza mineral de la ciudad ha provocado una considerable destrucción medioambiental debido a la rápida expansión de las explotaciones mineras. Si buscamos Kolwezi en Google Earth y ampliamos la imagen, veremos los colosales cráteres, las gigantescas minas a cielo abierto y las vastas extensiones de tierra. Pequeños lagos artificiales abastecen de agua a las explotaciones mineras, aunque no a los habitantes de la ciudad. Los pueblos han sido devastados, los bosques arrasados, el suelo horadado. Las minas se han tragado todo.

Miles de emigrantes acuden cada año a Kolwezi procedentes de las provincias vecinas, de países cercanos y de lugares tan lejanos como China o la India. Se ven arrastrados a una espiral de minerales y dinero de la que apenas hay escapatoria. Hay más pobreza con fines lucrativos en Kolwezi que quizás en cualquier otra ciudad del mundo. Las estimaciones oficiales de su población rondan los seiscientos mil habitantes, pero la cifra real se acerca más al millón y medio. La ciudad se ha expandido más allá de sus límites. Barriadas destartaladas y aldeas improvisadas se extienden desde el centro de la ciudad hacia el cada vez más reducido espacio habitable. Las minas ocupan al menos el 80 por ciento del terreno urbanizado de Kolwezi. El verde ha desaparecido. La tierra cultivable se ha agotado. Las imágenes de satélite a cámara rápida de Kolwezi desde 2012 hasta

2022 muestran cómo el color «marrón» alrededor de la ciudad se propaga como un tsunami, devorándolo todo a su paso. Kolwezi es el rostro maltrecho del progreso en África. La búsqueda de cobalto lo es todo.

La carretera que lleva a Kolwezi entra por el este, pasando por fábricas de productos químicos y barrios obreros, hasta llegar al centro, en el que se concentran tiendas, mercados, iglesias, hoteles y pensiones. Camionetas, motocicletas, excavadoras, camiones pesados y mineros artesanales abarrotan las calles llenas de baches. Kolwezi es, con diferencia, la ciudad más contaminada de las provincias del sudeste. Respirar duele. Mirar quema. Incluso el antiguo barrio colonial se está desmoronando. En casi cualquier lugar de Kolwezi en el que uno se detenga, verá una mina allá donde mire.

Al norte del centro de la ciudad hay un barrio llamado Kasulo, una de las mayores zonas de minería artesanal del Congo y la zona cero del cavado de túneles. Si comparamos las imágenes por satélite de 2012 con las de 2022 veremos una explosión de miles de círculos oscuros y lonas rosas; cada uno es un túnel. Los yacimientos de cobalto de Kasulo son tan ricos que Congo DongFang Mining cercó parte del barrio en 2018 para poner en marcha un proyecto piloto de minería artesanal. Al noreste se encuentra el segundo emplazamiento llamado Mutoshi, gestionado por CHEMAF, la misma empresa minera que explota la mina Étoile cerca de Lubumbashi. Visitaremos ambos «proyectos piloto» para poner este término a prueba.

Al sudoeste del centro hay un barrio llamado Kanina, que está cerca de una gran zona de lavado de cobalto artesanal en el lago Golf, así como de una explotación minera industrial llamada COMMUS (Compagnie Minière de Musonoie Global SAS). Esta es propiedad de Zijin Mining y se extiende a ambos lados del barrio adyacente de Musonoie, que alberga dos complejos mineros industriales propiedad de Glencore: Kamoto Este y Kamoto Oliveira Virgule (KOV). Al sudoeste de estas minas se encuentran los gigantes de Kolwezi: la mina Kamoto Copper Company (KCC), propiedad de Glencore, y Mashamba Este. En conjunto, las minas de Glencore en Kolwezi produjeron la friolera de 23.800 toneladas de cobalto en 2021.[57] También hay algunos yacimientos explotados por chinos cerca del complejo de KCC, como las minas de SICOMINES de Mashamba Oeste

y Dikuluwe, y el lugar donde terminaremos nuestro viaje, Kamilombe.

Kolwezi fue fundada por la UMHK en 1937 como capital de su sección occidental en la provincia de Katanga. El control de las riquezas minerales de la ciudad ha sido motivo de violencia desde 1960, cuando Moise Tshombe anunció que Katanga se separaba de la nación once días después de la independencia. Después de que las fuerzas de Tshombe fueran derrotadas con ayuda estadounidense en 1963, él huyó a la vecina Angola. Como no estaba dispuesto a renunciar a su sueño de una Katanga independiente, dirigió dos grandes campañas militares para recuperar el control de la provincia, conocidas como las guerras de Shaba. La primera guerra de Shaba comenzó el 8 de marzo de 1977, cuando Tshombe dirigió a dos mil soldados para tomar el control de las principales explotaciones mineras de la provincia. Cientos de civiles murieron y decenas de miles huyeron. El débil ejército zaireño ofreció poca resistencia. Un desesperado Joseph Mobutu presentó a los invasores como comunistas apoyados por la Unión Soviética para conseguir el apoyo de Occidente. Temiendo una vez más que los comunistas se apoderaran de los recursos minerales del Congo, Estados Unidos, Bélgica y Francia enviaron ayuda militar para retomar el control de la provincia.

Tshombe inició la segunda guerra de Shaba al año siguiente y esta vez sus fuerzas tomaron rápidamente el control de Kolwezi. Las potencias occidentales se mostraron reacias a entrar en combate por segunda vez. Algunos dicen que un Mobutu furioso ordenó a sus tropas matar europeos en Kolwezi para provocar la intervención occidental. Tras la muerte de cientos de europeos, paracaidistas franceses y belgas cayeron sobre Kolwezi con el apoyo aéreo de Estados Unidos. La batalla que siguió provocó la destrucción de gran parte de la ciudad y cientos de víctimas civiles antes de que los rebeldes se hicieran finalmente con el control.

Las escaramuzas entre milicias y los conflictos étnicos siguen siendo habituales en todo el Cinturón del Cobre, especialmente en los alrededores de Kolwezi. Por ello tiene la mayor concentración de soldados y fuerzas de seguridad de la región. La mayoría de las principales explotaciones mineras de la ciudad están protegidas por las FARDC, la Guardia Republicana o por ambas. En los primeros años

de mi investigación los yacimientos mineros también estaban bajo la atenta mirada del antiguo gobernador de la provincia de Lualaba y firme aliado de Joseph Kabila, Richard Muyej Mangez Mans.

Richard Muyej se convirtió en el primer gobernador de la provincia de Lualaba en 2016 y como tal tenía la última palabra sobre muchos aspectos de las operaciones mineras en la provincia. Si una empresa minera quería ampliar o modificar sus operaciones, acudía a él. Si había un conflicto con una comunidad local, acudían a él. Se rumoreaba que desviaba el dinero de las operaciones mineras a cuentas personales, al igual que Joseph Kabila, y las acusaciones de corrupción acabaron por salpicarle. En el marco de la campaña anticorrupción iniciada por el presidente Tshisekedi, Muyej fue destituido el 10 de septiembre de 2021, acusado de malversar más de 316 millones de dólares procedentes de contratos mineros.[58]

En mi primera visita a Kolwezi, en 2018, me dirigí a la oficina del gobernador Muyej a pedirle permiso para explorar los yacimientos mineros de la ciudad. La entrada principal estaba custodiada por varios hombres con kaláshnikov que me saludaron militarmente al entrar. Me condujeron a un control de seguridad dentro del recinto, donde me confiscaron el teléfono móvil, inspeccionaron el contenido de mi mochila y me cachearon antes de llevarme a una sala de espera vigilada por otros hombres armados. Esperé treinta minutos después de la hora de mi cita, tras lo cual me informaron de que el gobernador no podría reunirse conmigo. En su lugar, me llevaron a reunirme con la señora Musenga Mafo, comisaria general del Gobierno de la provincia de Lualaba, encargada de asuntos humanitarios y sociales. La señora Mafo escuchó con imparcialidad mi explicación de por qué deseaba explorar las zonas mineras de los alrededores de Kolwezi. Expresó su preocupación por el comportamiento destructivo de las empresas mineras extranjeras en su país y su inquietud por las repercusiones negativas de la minería artesanal en las mujeres y las niñas. Explicó que las mineras artesanales sufrían agresiones sexuales habituales, cobraban mucho menos que los hombres y carecían prácticamente de medidas de seguridad.

Tras una agradable conversación, me estampó su sello y su firma en la documentación de *engagement de prise en charge*, que me sirvieron de salvoconducto ante los peores percances, al igual que lo

había hecho antes el sello del director Lukalaba en la provincia del Alto Katanga. Sin embargo, eso no significó que los soldados armados que vigilaban muchas de las zonas mineras artesanales de los alrededores de Kolwezi estuvieran dispuestos a dejarme entrar.

### Kapata, lago Malo y Mashamba Este

Hay numerosos pueblos y asentamientos dispersos por la periferia de Kolwezi. Algunos han estado ahí desde hace décadas, y otros han surgido más recientemente con la afluencia de emigrantes a la ciudad. Cientos de miles de personas viven en estas zonas y nutren de mano de obra a la minería artesanal. No sería exagerado sugerir que gran parte de la revolución EV descansa sobre los hombros cansados de algunos de los habitantes más pobres de Kolwezi, aunque muy pocos se beneficien de las comodidades más básicas de la vida moderna, como un suministro eléctrico estable, agua limpia y baños, clínicas o escuelas para los niños.

De todos los pueblos que rodean Kolwezi, el más importante quizá sea Kapata, fundado por Gécamines en la década de 1970 para alojar a los trabajadores de la mina KCC y hoy puerta de entrada al enorme territorio minero artesanal situado en las concesiones de KCC y Mashamba Este y sus alrededores. Glencore posee el 75 por ciento de ambas minas a través de su participación del 100 por cien en Katanga Mining, que adquirió los derechos poco después de que se estableciera el Código Minero en 2002. El cobre y el cobalto de las concesiones se procesan en la planta concentradora de Kamoto y en la planta metalúrgica de Luilu, en Kolwezi.

Un activista local llamado Gilbert me acompañó en el que fue mi primer viaje a Kapata y a las zonas mineras circundantes. Él y sus colegas trabajaban para apoyar a las familias de mineros artesanales y ayudar a mantener a los niños alejados de las minas. Condujimos por una estrecha carretera en dirección sudoeste desde el centro de la ciudad, sin asfaltar en sus últimos kilómetros hasta el pueblo. En repetidas ocasiones los camiones de carga que transportaban minerales desde las minas cercanas a Kapata nos obligaban a salirnos de la carretera. Aparcamos cerca de las afueras del pueblo para continuar a pie. Estaba formado por hileras de cabañas de ladrillo rojo

perfectamente alineadas, encajadas entre la enorme concesión de KCC y el lago Kabulungu. La mayoría de las chozas eran viviendas, pero algunas se habían transformado en pequeños comercios que vendían verduras, refrescos, aceite de cocina y pan. También vi un cibercafé con dos ordenadores de sobremesa Dell polvorientos que parecían haber sido teletransportados desde la década de 1990. Había zanjas de alcantarillado abiertas a lo largo del borde de los caminos de tierra entre las cabañas. Cables eléctricos deshilachados serpenteaban por la aldea, proporcionando electricidad intermitente, una rareza en las aldeas congoleñas. También había algunas escuelas que debían cerrar semanas enteras porque no podían pagar a los profesores.

La primera persona que Gilbert quiso que conociera fue una anciana llamada Lubuya que según él sabía más que nadie sobre la historia de la región. Al acercarnos a su casa unos niños pasaron corriendo a nuestro lado gritando «¡Ni hao!», el saludo típico en chino. Muchos congoleños del Cinturón del Cobre han adquirido una cierta facilidad con el mandarín gracias a la interacción con los comerciantes chinos de los puestos de venta u otro personal minero. Llegamos a su casa y nos invitaron a entrar. Era una anciana de ojos amables y rostro curtido. Llevaba el pelo recogido en un orgulloso tocado con una blusa y una falda a juego decoradas con medias lunas rojas y naranjas. Tenía sesenta y nueve años, la persona de más edad a la que entrevisté en el Congo. Nos sentamos en sillas de plástico dentro de la choza de dos habitaciones que compartía con tres nietos, dos niños y una niña. Los niños excavaban en busca de cobalto en el cercano lago Malo. El marido de Lubuya había muerto hacía catorce años, la madre de los nietos falleció de una enfermedad hacía seis y su padre se había marchado poco después, dejándola sola para criar a los niños.

Nos contó que llegó a Kapata en 1977, cuando Kolwezi era una ciudad más tranquila, la gente tenía espacio para vivir y alimentos. El aire y el agua eran puros. Los lugareños eran pobres, pero se las arreglaban:

—Teníamos un sistema llamado *kazi*, que significa que aceptas un trabajo en una empresa y te pagan un salario, te dan raciones de comida, una casa para vivir y una escuela para los niños. Así fue como llegamos a Kapata, para que mi marido pudiera trabajar en Gécamines.

»Nuestra vida era buena en aquella época, nuestras necesidades estaban cubiertas. Los problemas empezaron cuando Gécamines dejó de pagar a los trabajadores, en 1992. La gente empezó a sentirse hambrienta y enfadada. Fue entonces cuando los hombres empezaron a ir a la mina a cavar por su cuenta.

»No había *comptoirs* como ahora, así que cogían un autobús a Lubumbashi para vender las piedras en el mercado. Era una situación muy complicada, pero era lo que había.

»Cuando las compañías mineras extranjeras llegaron a Kolwezi, los comerciantes extranjeros vinieron con ellas. Construyeron *comptoirs* en la zona, las familias cavaban en las minas porque podían vender a los *comptoirs* y volver a casa con dinero en las manos.

»La gente pregunta: "¿Por qué trabajan los niños en las minas?". Mis nietos están allí ahora. ¿Preferiría usted que se murieran de hambre? Muchos de los niños perdieron a sus padres. A veces una mujer se casa de nuevo y el nuevo hombre expulsa a los niños de casa. ¿Qué se supone que deben hacer ellos? Solo pueden sobrevivir a base de cavar.

Lubuya no había hecho más que empezar. Continuó compartiendo sus preocupaciones sobre la vida moderna en Kolwezi. Dijo que otro problema era el gran aumento del coste de los alimentos y la vivienda debido a la afluencia de operaciones mineras extranjeras. Los aumentos obligaban a muchas familias a buscar dinero en la minería artesanal. También condenó la destrucción de tierras agrícolas y la contaminación del aire y el agua por parte de las empresas mineras. Sin embargo, reservó su comentario más duro para los dirigentes del país:

—Tenemos el dicho «Mtoto wa nyoka ni nyoka»: el hijo de una serpiente es una serpiente. Laurent Kabila fue la primera serpiente. Invadió el Congo con los ruandeses y se autodenominó libertador… Su hijo también es una serpiente. Vendió nuestro país a los chinos y se quedó con el dinero.

»Déjenme decirles que la gente dice que las cosas iban mejor con Mobutu. Dicen que Mobutu era fuerte y que en aquella época el Congo se sentía pleno de orgullo. Mobutu se hizo rico mientras el pueblo sufría. Nuestros dirigentes solo se preocupan de sí mismos.

Después de responder amablemente a mis preguntas sobre

diversos temas, Lubuya sintió curiosidad por saber más sobre mí y sobre cómo era la vida en Estados Unidos. No podía creer que casi todo el mundo allí tuviera electricidad o que un *smartphone* con baterías de cobalto costara hasta mil dólares.

—Aquí la gente no puede soñar con tener tanto dinero.

Cuando me iba, el rostro de Lubuya se endureció y me miró con escepticismo.

—¿Qué le ha traído realmente aquí?

Ya le había explicado el propósito de mi visita la primera vez que me senté con ella, así que le repetí que mi intención era documentar las condiciones de la minería artesanal de cobalto.

—¿Por qué? —volvió a preguntar, como si no entendiera esta razón.

—Si puedo describir las condiciones con claridad, quizá sirva para inspirar a la gente a que hagan algo para ayudar a mejorar las cosas.

Lubuya me miró como si fuera tonto.

—Cada día muere gente a causa del cobalto. Describir eso no cambiará nada.

Desde Kapata seguí un sendero hasta el lago Malo a través de un pequeño bosque de eucaliptos. El lago estaba situado junto a los muros de tierra de sesenta metros de altura de la cantera a cielo abierto de KCC. Era un lago relativamente pequeño que crecía durante la estación de lluvias hasta alcanzar un tamaño máximo de unos trescientos metros de diámetro y disminuía a un tercio de ese tamaño al final de la estación seca. Desde la fila de árboles, la escena era extraordinaria. Miles de personas ocupaban cada pedazo de tierra libre alrededor de su circunferencia. Cientos de personas subían y bajaban a duras penas las gigantescas paredes de la mina. Decenas acarreaban grandes sacos de mineral hasta los puestos de venta situados junto al lago. Ni siquiera el descubrimiento de altos niveles de uranio en la tierra de la mina de KCC en 2018 detuvo la minería artesanal en la zona. Los excavadores y lavadores que trabajaban allí formaban parte de un sofisticado ecosistema que introducía el cobalto directamente en la cadena de suministro formal. Para explorar la zona en profundidad, tuve que conseguir el permiso del jefe principal del lago Malo, el jefe Djamba.

Lo encontré sentado frente a un escritorio de madera dentro de uno de los puestos de venta. Había diecisiete puestos en total, quince dirigidos por agentes chinos y dos por congoleños. El número variaba con cada visita, pero en general predominaban los comerciantes chinos. Estos puestos eran más formales que las instalaciones de toldos rosas que había visto en lugares como Kipushi, Likasi o Fungurume. Varios estaban construidos dentro de grandes contenedores metálicos, vigilados por hombres de paisano con armas. Guardias armados también recorrían el lago para asegurarse de que los mineros artesanales solo vendían cobalto a los puestos cercanos. La mayoría tenían a la entrada una lista de precios escrita con rotulador negro en sacos de rafia. Los precios oscilaban entre 250 francos (unos 0,14 dólares) por kilogramo para la ley del 1 por ciento, y 3.000 francos (alrededor de 1,67 dólares) para la ley del 7 por ciento.

El jefe Djamba estaba protegido por hombres armados con uniformes negros. Me senté en una silla a la entrada del contenedor mientras Gilbert pedía permiso para desplazarnos por el lago y hablar con los mineros. Mostró al jefe Djamba la firma y el sello de mi documentación de *prise en charge* de la señora Mafo, que no pareció causarle gran impresión. Mientras Gilbert exponía nuestro caso, el jefe me miraba fijamente y daba largas caladas a un cigarrillo. Esto duró varios minutos, Gilbert nervioso hablando con Djamba y este mirándome fijo mientras fumaba. Finalmente, le dijo algo en suajili a Gilbert con voz ronca.

—Podemos ir —me aseguró Gilbert—. Pero debes dejar aquí tu teléfono y tu mochila.

Nos acercamos al lago Malo desde el este. Los muros de tierra de la mina de KCC se alzaban sobre el lago hacia el norte y el oeste. A diferencia de Étoile, MIKAS, Mutanda, Tenke Fungurume y Tilwezembe, la mina de KCC no había estado nunca amurallada, vallada, ni asegurada de alguna otra manera hasta el verano de 2021. Cualquiera podía subir la colina hasta la mina, cavar y volver a bajar con un saco lleno de mineral. Incluso después de que Glencore construyera una cerca de hormigón en lo alto de la colina, los mineros artesanales simplemente trepaban por ella.

A medida que nos acercábamos al lago, el barullo de voces se hacía más fuerte y frenético. Las formas amorfas de mujeres y niños

fueron delimitándose hasta convertirse en un enjambre. Gilbert describió cómo funcionaba el sistema:

—La gente cava alrededor del lago y llena sacos con piedras. Los niños suben al pozo de KCC para cavar, llevan los sacos al lago, donde las mujeres y las niñas lavan las piedras, y una vez que están limpias, las colocan en un montón. Llenan un saco con ellas y lo llevan a los *comptoirs*.

Le pregunté qué pasaba con la mena después de que los puestos la compraran.

—Llevan la mena del lago Malo en camiones a Luilu. Esos eran los camiones que pasamos en el camino a Kapata, si recuerdas.

Pregunté si la mena se llevaba a algún otro lugar además de a las instalaciones de Luilu.

—Una parte también se lleva a las instalaciones de procesamiento de CDM en Lubumbashi.

—Entonces, ¿todo el cobalto se lleva a KCC o a CDM?

—Podemos decir que casi todo, una pequeña cantidad se vende a otras empresas mineras.

Al día siguiente, seguí a los camiones cargados de heterogenita desde los puestos de venta cercanos al lago hasta la puerta de seguridad de las instalaciones de Luilu, en Kolwezi. Pasaron por la puerta y entraron en las instalaciones. También vi un camión de color rojo que cargaba sacos de mena de los puestos chinos. Me dijeron que pertenecía a CDM, aunque no fue posible seguirlo hasta Lubumbashi para determinar si se dirigía a la planta de procesamiento de CDM, suponiendo que ese fuera su destino.

No muy lejos, al sur del lago, Gilbert vio a un grupo de chicos que conocía, tres hermanos de entre nueve y trece años. Le dio una palmadita en la espalda al más joven y el polvo se elevó de su camiseta como el de un viejo sofá. Los hermanos vivían en Kapata y cavaban cada día alrededor del lago Malo. Ninguno había asistido un solo día a la escuela. El mayor, Tambwe, dijo que acababa de bajar al pozo con un saco de mineral y que estaba a punto de volver. Hasta ese momento, no había visto de cerca una mina industrial de cobre-cobalto a cielo abierto en el Congo, así que le pregunté a Tambwe si podíamos acompañarle. Aceptó y dijo que conocía un camino seguro para subir la pendiente.

Seguí a Tambwe alejándonos del lago por un bosque de eucaliptos hacia la base de la sección occidental de la pared. Era una montaña de grava y tierra de al menos cuarenta metros de altura, inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Varios niños trepaban por la colina con sacos vacíos y otros bajaban con sacos repletos de piedras sobre los hombros. Tambwe señaló el camino de la colina en el que confiaba y comenzamos a subir. A medida que ascendíamos, en cada paso nos sentíamos más inseguros. La grava se movía bajo mis pies, haciéndome resbalar en unas cuantas ocasiones. Tenía que mantener cada músculo en tensión para mantener el equilibrio, lo que resultaba agotador. Durante el ascenso, pasamos junto a numerosos grupos de niños que cavaban dentro de agujeros de dos o tres metros de profundidad en la pared de la mina. También pasamos por varios túneles excavados en la ladera de la montaña. La mayoría estaban señalizados con lonas rosas para que la gente no se cayera dentro. Parecía que se estaba extrayendo cada centímetro de cobalto.

Llegamos a la cima de la colina, caminamos por un campo de tierra machacada y subimos otra ligera pendiente cuando por fin lo vi: la horrible belleza de una mina de cobre-cobalto a cielo abierto. Un enorme rectángulo de unos cuatrocientos cincuenta por doscientos metros y al menos ciento veinte metros de profundidad. La fosa había sido excavada en bancales para evitar derrumbes. Imaginemos coger una de las pirámides escalonadas de Egipto, darle la vuelta y estrellarla contra la tierra. Al levantarla, tendríamos una mina de cobre-cobalto a cielo abierto como la de KCC. La simetría de las terrazas era elegante, casi zen, a pesar de la destrucción que representaba. Había cientos de personas diseminadas por la mina rebuscando piedras bajo un sol abrasador, excepto dentro de las numerosas aberturas de los túneles que pude ver.

Tambwe se despidió de mí y se alejó para recoger otro saco de piedras. Volví al borde de la pared y eché un vistazo al horizonte. En lo alto de esta horrible colina pude contemplar toda la violencia que se abatía sobre los habitantes de Kolwezi mientras excavaban en busca de cobalto por unos pocos dólares al día. La tierra era un paisaje infernal de cráteres y túneles, vigilado por fanáticos armados. Una palidez incierta se cernía sobre el terreno, como si la propia tierra no soportara que la miraran. Estaba a punto de hacerme una idea del

desolador entorno cuando una brisa caliente recorrió la mina, esparciendo arenilla en mis ojos y mi boca. Tosí varias veces y, como tenía la botella de agua en la mochila con el jefe Djamba, tuve que escupir en el pañuelo y crear suficiente humedad para limpiar la suciedad de mis ojos. El mensaje era claro: yo no pertenecía a este lugar.

El viaje de vuelta colina abajo resultó más difícil que el de subida, aun no llevando un saco de cobalto sobre los hombros. La gravedad tiraba de mí hacia delante y el suelo cedía bajo la fuerza de cada paso. Giré los pies hacia fuera y me mantuve todo lo cerca que pude del suelo para no caerme hasta el fondo. A mi alrededor los niños subían y bajaban la colina descalzos o, si tenían suerte, con chanclas de plástico. Uno pasó de largo bajando la colina, sorteando hábilmente el mismo terreno traicionero bajo el peso de un saco de rafia relleno de piedras. Me maravillaron sus hábiles movimientos, pero no pude evitar preguntarme qué tipo de daño se estaría haciendo en los tobillos, las rodillas, la espalda y el cuello…, suponiendo que viviera lo suficiente para que las consecuencias se manifestasen.

Llegué al pie de la colina y caminé con Gilbert de vuelta al lago Malo. De cerca el agua parecía una nube salobre de espuma. Mujeres y niñas se metían hasta las rodillas y sacudían tamices arriba y abajo para limpiar la suciedad de las piedras. Le pregunté a Gilbert cómo de contaminada podía estar esa agua.

—¿Por qué no se lo preguntamos a ellas? —respondió. Se acercó a una mujer inclinada en el agua en un ángulo recto perfecto y le planteó la pregunta. Ella respondió con una estridente parrafada. Otras mujeres añadieron sus opiniones y gesticularon excitadas. Gilbert conocía la respuesta a mi pregunta, pero quería que viera las emociones que desataba.

—La mamá dice que el lago es veneno —informó—. Dice que «mata a los bebés que llevamos dentro. Los mosquitos no beben la sangre de la gente que trabaja aquí».

Hablamos con varias mujeres más que lavaban piedras en el lago. La mayoría expresaron su preocupación por la toxicidad del agua y se quejaron de ardor en la piel y malestar estomacal. Algunas se quejaron de agresiones físicas por parte de los soldados que patrullaban la zona. Todas dijeron que trabajar en el lago era la única forma que tenían de

ganar un sustento, aunque los puestos de venta invariablemente les pagaban poco.

—Nunca nos pagan más del 2 por ciento de pureza, aunque podemos ver con nuestros propios ojos que la cantidad es mayor —dijo una mujer.

La mayoría de las mujeres y niñas que lavaban piedras en el lago Malo trabajaban como unidades familiares, aunque algunas lavaban piedras para los excavadores y otras lavaban las piedras que ellas mismas excavaban. A pesar de trabajar jornadas de diez horas en condiciones nocivas bajo un sol infernal, sus ingresos apenas superaban el dólar diario.

Aunque conseguí hablar informalmente con muchas de las personas que trabajaban en el lago Malo y sus alrededores, las entrevistas más en profundidad las hice en el interior de las casas de Kapata o en otros lugares donde la gente se sentía con más libertad de hablar. Una de ellas fue con un chico de quince años llamado Archange. Estaba sentado en una silla de ruedas roja con los brazos cruzados sobre el pecho, era de complexión delgada y parecía ansioso, mantuvo la mandíbula apretada durante toda la entrevista. Dijo que fue a la escuela hasta quinto curso y que su asignatura favorita era el Francés. Cuando la familia dejó de poder pagar las tasas escolares, tuvo que abandonar los estudios y empezó a excavar en busca de cobalto en el pozo de KCC en el verano de 2018.

—Al despertarme cada mañana me entraban ganas de llorar porque tenía que ir a la mina; me dolía todo el cuerpo, la cabeza, el cuello. A veces me dolían hasta los ojos —me contó.

Consiguió abrirse paso entre sus dolorosos recuerdos para describir el día en que resultó herido, un 14 de septiembre de 2018, en el que se despertó cubierto de polvo. Era el último mes de la estación seca y el suministro de agua de Kapata era escaso, por lo que bañarse era solo para los domingos. Por las mañanas se pasaba solo un trapo húmedo sobre la cara, las piernas y los brazos. Tenía fiebre y tos seca desde hacía varios días. Esto es lo que me contó que le había pasado:

—Ese día fui más tarde al lago porque no me encontraba bien. Subí a la mina de KCC para excavar. Llené el primer saco y empecé a

bajar la colina. Quizá me sentía débil o un poco mareado, pero al bajar, el suelo se movió bajo mis pies y me caí hasta el fondo. Cuando dejé de caer, sentí que el mundo giraba a mi alrededor. No podía mover ninguna parte del cuerpo. Unas personas llamaron a mis padres. Me llevaron al hospital.

En el hospital de Kolwezi, Archange se enteró de que tenía la columna vertebral fracturada por tres sitios. Como consecuencia de las lesiones, estaba paralizado de cintura para abajo. Los médicos no pudieron hacer nada por él, salvo proporcionarle una silla de ruedas.

Conocería a otros tres chicos que habían sufrido lesiones debilitantes en las piernas o en la columna al caer por la pared de la mina de KCC. La situación general de esa pared podía ocasionar cualquier tipo de accidente. A duras penas conseguí subir y bajar por ella sin el extra de cargar con un saco de cobalto y sin estar desnutrido y agotado. Sin duda habría muchos más chicos que habían sufrido caídas similares además de los que yo conocí. El cobalto que niños como Archange extraían de la mina de KCC llegaba sano y salvo a nuestros teléfonos y coches a través de la cadena, mientras los habitantes de Kapata asumían en su totalidad los riesgos de extraerlo. Sin los ingresos del trabajo de Archange, su familia pasaba apuros, por lo que se sentía culpable de haberse convertido en una carga para sus padres y admitió que tenía pensamientos suicidas.

—Estoy aquí sentado en la silla mientras mi familia no para de trabajar. Me gustaría poder ayudarlos, pero no puedo hacer nada, ni siquiera vestirme solo. No soporto esta vida.

Poco después de mi primera visita al lago Malo, me pidieron que me reuniera en el bar del hotel Moon Palace de Kolwezi con un alto ejecutivo de Gécamines llamado Aristote, que había venido a la ciudad desde Kinsasa. Era un hombre elegante de modales afables, aunque me daba la impresión de que me escrutaba atentamente para saber si era amigo o enemigo. Nos encontramos en un bar al lado de la piscina y fue directo al grano preguntándome por el objetivo de mi investigación y sobre mis planes después de dejar la RDC. Me escuchó con paciencia mientras le describía mis intenciones. Cuando por fin expuso lo que pensaba, sus intenciones quedaron claras.

—Estoy seguro de que sabe que muchas ONG extranjeras atacan a

Gécamines y al sector minero congoleño —dijo.

Le pregunté por qué lo hacían y me contestó que eso las ayudaba a recaudar fondos. Afirmó que las ONG extranjeras utilizaban el sector minero para enriquecerse y que, por tanto, no había que creer sus acusaciones. Afirmó además que algunas habían inventado afirmaciones de que faltaba dinero de las cuentas de Gécamines, que luego utilizaron como prueba de supuestas irregularidades. Según él, era a Gécamines a quien las empresas mineras extranjeras estafaban.

Aristote argumentó que el Código Minero de 2002 fue impuesto a la RDC por el Banco Mundial a cambio de préstamos que la nación necesitaba con urgencia. El país se tambaleaba tras años de guerra y violencia que se remontaban al genocidio ruandés y necesitaba desesperadamente ayuda financiera. Sostuvo que el Banco Mundial ofreció su apoyo principalmente con la intención de abrir las concesiones mineras de la RDC a sus socios para que pudieran enriquecerse. Según él, una vez que las empresas mineras extranjeras se afianzaron, utilizaron prácticas fraudulentas para defraudar al Gobierno congoleño en el pago de impuestos. Por ejemplo, declaraban gastos de capital y de explotación superiores a los previstos en sus estudios de viabilidad, afirmaban que según esos gastos no habían obtenido beneficios y que, por tanto, no tenían que pagar impuestos ni dividendos a Gécamines.

—Utilizan trucos contables para engañarnos, pero las ONG acusan a los congoleños de corruptos porque creen que todos los congoleños lo son —afirmó.

Las acusaciones de Aristote de que las ONG hacían declaraciones falsas sobre Gécamines y el Gobierno congoleño para recaudar fondos para su propio provecho parecían inverosímiles. Según mi experiencia, solo un pequeño número de ONG ha utilizado las catástrofes con fines lucrativos o, como hizo el rey Leopoldo con la AIC, encubren su avaricia con aparentes intenciones humanitarias. En todo el tiempo que pasé en el Congo solo me encontré con un caso como el descrito por Aristote de una actuación cuestionable por parte de una ONG, y fue en la explotación minera piloto de CHEMAF, cerca de Kolwezi. Todas las demás ONG con las que interactué estaban formadas por personas muy entregadas a su profesión y con principios, que se exponían a grandes riesgos con presupuestos muy reducidos para

ayudar a los más pobres y explotados del mundo.

La otra afirmación de Aristote, que las empresas mineras extranjeras utilizaban trucos contables para defraudar a Gécamines en el pago de impuestos, demostró tener más fundamento. Cuando mencioné estas acusaciones a mis colaboradores, me confirmaron que se sospechaba que las empresas mineras extranjeras utilizaban lagunas contables para minimizar el pago de impuestos al Gobierno congoleño. Esta fue una de las razones aducidas por el mismo para triplicar los tipos impositivos sobre el cobalto y aplicar la supertasa en 2018. Sylvestre, el mismo alto cargo de la administración del presidente Tshisekedi que me habló de los esfuerzos anticorrupción en los contratos mineros chinos, señaló directamente a las empresas mineras chinas por las irregularidades contables:

—Las empresas chinas tienen un impacto negativo en el Congo debido al fraude fiscal y la evasión de ingresos. ¿Cómo lo descubrimos? Nos dimos cuenta de que la mayoría tienen dos cuentas: una que nos preparan y que infravalora la producción, y otra, que es la que muestran al Gobierno chino y a los bancos estatales, que es superior a lo que nos declaran. Esto se debe a que una vez que empiezan a producir, tienen que devolver sus préstamos. La segunda cuestión es la separación de los minerales. El cobre siempre viene con un porcentaje de cobalto. Después de separar los metales, una empresa china declarará el cobalto, pero no el cobre. Saben que no tenemos capacidad para controlar esto, así que es otra forma de evadir los pagos que deben hacernos.

Las irregularidades fiscales y de ingresos señaladas por Aristote y confirmadas por Sylvestre me llevaron a investigar más a fondo el asunto con una visita al Ministerio de Minas de la provincia de Lualaba. El ministerio supervisa la recaudación de impuestos, regalías y otros pagos de empresas mixtas entre Gécamines y compañías mineras extranjeras. Charles, un empleado administrativo, me explicó que no disponían de ningún dato fiable sobre la recaudación de impuestos. Supuse que lo decía porque los registros que pudieran tener no debían compartirse con extraños, así que le pregunté si podía explicarme mejor cómo funcionaba el sistema tributario.

—La provincia recauda los ingresos de las empresas mineras en función del tonelaje y el tipo de mena extraída; los ingresos se envían

al Gobierno central en Kinsasa, que los redistribuye a cada provincia en función de su población —nos explicó.

Dejando a un lado el hecho de que el último censo del país se realizó en 1984 y que las estimaciones de población en cada provincia eran en el mejor de los casos vagas, el sistema descrito por Charles parecía una forma equitativa de asignar los recursos financieros en todo el país. Charles no estaba de acuerdo.

—El problema es que Lualaba y el Alto Katanga aportan por sí solas la mitad de los ingresos del Gobierno central, pero nosotros no recibimos una proporción adecuada a cambio.

Era la eterna tensión en el Congo: las riquezas de Katanga deberían ser para los katangueses. Los políticos populistas siguen pidiendo la secesión de Katanga de la RDC, y su deseo de mantener las riquezas de Katanga en casa está detrás de numerosos planes para minimizar el pago de impuestos a Kinsasa. Uno de los principales utilizados es el conocido como «un tercio, un tercio, un tercio», en el que solo un tercio de los pagos mineros reales adeudados se envía a Kinsasa, un tercio se lo quedan uno o varios funcionarios provinciales como soborno por falsear las cuentas, y el último tercio es para la empresa minera como compensación por la evasión financiera.

Mi visita al Ministerio de Minas de la provincia de Lualaba me dejó más preguntas que respuestas. ¿Cómo se contabilizaban los ingresos de la minería y adónde iba el dinero? Recordé que en 2018 solo Glencore pagó 1.080 millones de dólares en impuestos y regalías al Gobierno central, lo que equivale al 18,3 por ciento del presupuesto nacional de ese año. No fue una sorpresa entonces que Charles sugiriese que Lualaba y las provincias del Alto Katanga aportaran hasta la mitad de los ingresos del presupuesto nacional. Sin embargo, cuando revisé el presupuesto de la RDC para 2021, denominado Projet de Loi de Finances de L'Exercice,[59] me sorprendió descubrir los dos datos siguientes: 1) los impuestos, regalías y otros ingresos recaudados del sector minero no aparecían en ninguna parte del presupuesto nacional de 6.900 millones de dólares, y 2) la provincia de Lualaba solo aportaba el 4,1 por ciento de los ingresos al presupuesto total del Gobierno central. Revisé 2018 y, de nuevo, la provincia de Lualaba figuraba como contribuyente de solo el 4,1 por ciento de los ingresos al presupuesto nacional, el mismo año en que Glencore por sí sola era

responsable del 18,3 por ciento. Los años 2019 y 2020 también mostraban que la provincia de Lualaba aportaba el 4,1 por ciento. ¿Eran cifras inventadas? ¿Adónde iban a parar todos los ingresos del sector minero? Hasta la fecha, no he podido encontrar ninguna respuesta a estas preguntas.

Por muy opacas que pareciesen las prácticas contables del sector minero formal, aún estaba menos claro cómo se contabilizaban los ingresos de la producción artesanal. Se suponía que las cooperativas mineras artesanales que gestionaban las ZEA oficiales debían llevar un registro de su producción para determinar el pago de impuestos al Gobierno provincial, pero nadie auditaba sus libros, por lo que podían falsear fácilmente las cifras y embolsarse la diferencia. ¿Qué ocurre con los cientos de explotaciones artesanales informales situadas fuera de las ZEA oficiales, las de las aldeas, colinas, bosques y otras zonas remotas? ¿Tenía en cuenta el Estado la producción de estos lugares y, si se contabilizaba en algún punto de la cadena, adónde iba a parar el dinero? Cada dólar podría utilizarse para invertir en el bienestar del pueblo congoleño. Con solo una pequeña parte de lo sustraído en distintos momentos por los *négociants* y los almacenes de venta se podrían pagar fácilmente todos los salarios de los maestros, los libros y los suministros necesarios para garantizar que los niños de las provincias mineras pudieran seguir escolarizados a tiempo completo. Estos fondos también bastarían probablemente para ampliar las infraestructuras de salud pública, los baños y la electrificación en todo el Cinturón del Cobre. El fraude parecía infectar cada capa del gobierno de la RDC, aparte de las artimañas financieras supuestamente utilizadas por las empresas mineras extranjeras para engañar al Gobierno congoleño.

Todas las «garras» se aferraban al valor que creaban los mineros artesanales del Congo. La suya era la contabilidad que más claridad merecía, y la siguiente entrada desoladora en el libro de cuentas procedía de una mina llamada Mashamba Este.

La mina a cielo abierto Mashamba Este de Glencore está situada justo al oeste del pozo principal de KCC, en el extremo norte de Kapata. La primera vez que me aventuré a explorarla desde Kolwezi me vi frenado por unas obras en la carretera que se extendían a lo largo de

más de un kilómetro. Mientras nos desplazábamos por la zona, me di cuenta de que todos los trabajadores eran chinos.

—Las empresas chinas traen a sus trabajadores porque no se fían de los africanos. Creen que les vamos a engañar y, sin embargo, son ellos los que están en nuestro país ganando dinero —me explicó Gilbert.

Pregunté por qué las empresas de construcción congoleñas no se encargaban de las obras de la carretera en lugar de las chinas.

—Las empresas chinas hacen una oferta más baja que cualquier otra para conseguir el contrato. Pagarán a sus trabajadores salarios bajos para terminar el proyecto. Los chinos no tienen ninguna consideración por los derechos humanos, así que otras empresas no pueden competir con ellos.

Asad Khan, director general de Big Boss Congo, se hizo eco de los comentarios de Gilbert:

—Las empresas chinas tienen una ventaja desleal sobre cualquier otra que opere en el Congo, incluida la mía. En primer lugar, aunque afirman que son empresas privadas, todas reciben financiación del Gobierno chino. Básicamente, esto significa que reciben dinero gratis y casi no tienen coste de capital. Así no se puede competir. Es un entorno extremadamente difícil para tener éxito… Los contratos mineros chinos firmados por el Gobierno de Kabila están sesgados y benefician muy poco al Estado congoleño y a la población.

Llegué a la periferia de Mashamba Este y me acerqué a la entrada principal. Era un muro de hormigón blanco coronado por alambre de espino, custodiado por las FARDC. Intenté entrar mostrando mi sello y la firma de la señora Mafo como prueba del apoyo gubernamental, pero me lo prohibieron. Afortunadamente, fue bastante sencillo caminar hacia el este de la entrada principal y subir por el muro de tierra de la mina, donde pude ver a decenas de hombres y niños cavando en trincheras. También había niños cavando dentro del muro de la mina, igual que hacían en KCC. Incluso había un túnel muy grande excavado dentro del muro a no más de cien metros al este de la entrada principal.

Aunque nunca conseguí entrar, aprendí mucho sobre las condiciones dentro de la mina gracias a las entrevistas con varios niños que dijeron haber excavado en su interior. La primera fue con

un enérgico chico de catorce años llamado Kabola. Me contó algo que no había oído antes. «Me reclutaron los soldados para excavar en la concesión», y continuó explicándome:

—Las FARDC reclutan a niños de Kapata y también de otros pueblos cercanos a Kolwezi. Nos dicen que vengamos a la mina a cavar. Un soldado controla a cinco o seis niños en cada grupo. Para el que trabajé se llamaba Zeus. Lo que me dijo es que si no quería ser pobre y estúpido, podía ayudarme a ganar dinero y que podía utilizar ese dinero para pagar la matrícula escolar. Me dediqué a excavar para él, me pagaba 2.000 francos [unos 1,10 dólares] al día. Mi familia necesitaba este dinero, así que tuve que seguir cavando. ¿Cómo iba a ir la escuela?

Le pregunté qué pasaba con la mena que excavaba para Zeus. Me contó que este la vendía a los puestos de venta cercanos al lago Malo, como hacían la mayoría de los otros soldados de las FARDC que dirigían grupos de trabajo infantil en Mashamba Este. Kabola se dio cuenta de que probablemente podría ganar mucho más dinero si vendía la mena a los puestos directamente, así que un día decidió llevar su saco de cobalto a los almacenes cercanos al lago Malo.

—Zeus me vio salir con mi cobalto y me gritó. No me di la vuelta, seguí caminando y entonces oí una explosión… No podía respirar. Caí al suelo. Pensé que iba a morir.

Zeus le disparó bajo el hombro izquierdo. Tenía doce años en ese momento. Fue trasladado de urgencia a un hospital de Kolwezi donde le extrajeron la bala, tras lo que se recuperó durante unos días antes de volver a casa. Sufrió daños en el hueso y en el nervio del brazo izquierdo a causa de la herida de bala. No puede cerrar el puño y experimenta dolores punzantes en el brazo. Posiblemente no pueda ir a la escuela debido a las limitaciones económicas de la familia, y le costará encontrar trabajo a causa de su lesión. Zeus hizo una visita a su padre y le dijo que si intentaba excavar en el lago Malo, en Kamilombe o en cualquier otro lugar cercano a Kolwezi, «dispararía a Kabola en la cabeza, no en la espalda».

Hablé con otros cinco chicos de entre doce y quince años que dijeron haber trabajado en Mashamba Este en los seis meses anteriores y que también habían resultado heridos. Tres sufrieron fracturas de huesos en un derrumbe de la pared de un pozo, uno fue golpeado

duramente por un soldado de las FARDC por razones que no llegó a entender, y el quinto perdió pie mientras bajaba por el pozo de un túnel y sufrió una fractura en la pierna. Todos declararon ganar poco más de un dólar al día, dijeron que habían sido reclutados por soldados de las FARDC, que los obligaban a vender su producción al soldado que controlaba su trabajo en la mina. Por lo que sabían, los soldados vendían la mena a los puestos de venta situados junto al lago Malo. Dos de los niños dijeron que habían oído que algunos de los soldados de las FARDC transportaban la mena a un mercado llamado Musompo. Al parecer, los soldados se embolsaban la diferencia entre los salarios de un dólar al día que pagaban a los niños y los precios de venta que recibían en los *comptoirs*. Basándose en una ley media de cobalto del 2 por ciento en la mena de Mashamba Este y una producción media diaria de unos treinta kilogramos de mena por niño, los soldados ganaban probablemente hasta cincuenta dólares al día, lo que suponía cincuenta veces el salario medio diario de los niños que trabajaban para ellos.

La realidad de las condiciones de trabajo de los mineros artesanales en las concesiones mineras de KCC y Mashamba Este resultó ser mucho peor de lo que había imaginado. El trabajo infantil, las condiciones laborales infrahumanas, la exposición tóxica y potencialmente radiactiva, unos salarios que rara vez superaban los dos dólares diarios y un sinfín de lesiones eran la norma. Sorprendentemente, las espantosas condiciones de las minas seguían siendo casi totalmente invisibles para el mundo exterior. Rara vez se informaba de los accidentes mineros y las familias se veían obligadas a afrontar solas las consecuencias de los accidentes de sus seres queridos. En las entrevistas que realicé, recibí testimonios de siete derrumbes de túneles en KCC y Mashamba Este que tuvieron lugar entre junio de 2018 y noviembre de 2021, pero solo una de estas catástrofes apareció en los medios de comunicación: el derrumbe de un túnel en el interior de la mina de KCC el 27 de junio de 2019, en el que murieron cuarenta y una personas. En respuesta a la tragedia, Glencore emitió una declaración pública en la que afirmaba que más de dos mil mineros artesanales entraban ilegalmente cada día en sus explotaciones y que «KCC instaba a todos los mineros ilegales a que

dejaran de poner en peligro sus vidas al entrar ilegalmente en un importante complejo industrial».[60]

Citar a KCC como agente del mensaje, como si se tratara de una entidad desconectada de Glencore, es otro ejemplo de la forma en que las empresas de la parte superior de la cadena eluden toda responsabilidad por los mineros artesanales de la parte inferior. Las empresas tecnológicas y de vehículos eléctricos orientadas al consumidor, las empresas mineras y otros actores interesados en la cadena del cobalto señalan invariablemente con el dedo hacia abajo, incluso a sus propias filiales, como si al hacerlo pudiesen hacer desaparecer su responsabilidad por lo que está ocurriendo en las minas de cobalto del Congo. Aunque proclaman constantemente su compromiso con las normas internacionales de derechos humanos, la implementación de estos compromisos parece ser inexistente en la RDC. Todos, desde los soldados de las FARDC hasta los comerciantes chinos de minerales, el Gobierno congoleño, las empresas mineras multinacionales y las tecnológicas megacapitalizadas, juegan su papel en la depredación de quienes excavan en busca de cobalto en cada cráter, pared de pozo o túnel de KCC, Mashamba Este y otras minas cercanas a Kapata. La economía mundial es como una losa sobre los mineros artesanales, aplastándolos contra la propia tierra en la que escarban.

Elodie, una niña denigrada por la piratería disfrazada de negocio, era el rostro de toda esta miseria. La conocí hacia el final de mi primera visita a la zona minera de KCC. Tenía quince años, rebuscaba en la tierra cerca de la periferia del lago Malo con un pareo naranja descolorido en el que bailaban pájaros morados. Apenas era más que huesos y tendones. Su rostro huesudo estaba cubierto de mocos secos, su pelo, enmarañado en mechones de mugre. Sufría una tos que parecía romperle las costillas. Su débil hijo de dos meses estaba envuelto en una tela deshilachada alrededor de su espalda. Su cabecita se movía de un lado a otro cada vez que ella golpeaba el suelo con un trozo de barra de acero. Había visto lo suficiente para saber qué aspecto tenía alguien en las últimas fases de una infección por VIH, y se parecía mucho a ella. Aunque se movía sobre la tierra con la forma y la apariencia de una niña, era la encarnación de la nulidad. Se quedó huérfana a causa de la minería del cobalto. Dijo que su padre

murió en el derrumbe de un túnel en las instalaciones de KCC en agosto de 2017. No pude encontrar ningún informe público sobre el derrumbe, aunque otros en Kapata lo recordaban. La madre había muerto alrededor de un año antes. Lavaba piedras en el lago Malo y, por lo que podía recordar, contrajo una infección de la que no pudo recuperarse. Tras la pérdida de sus padres, Elodie tuvo que recurrir a la prostitución para sobrevivir. Soldados y mineros artesanales pagaban por sus servicios regularmente.

—Los hombres del Congo odian a las mujeres. Nos pegan y se ríen —dijo.

Se quedó embarazada, y después de que naciera su hijo, empezó a excavar en el lago. Dijo que la prostitución y la excavación en busca de cobalto eran lo mismo: «Muango yangu njoo soko». Mi cuerpo es mi mercancía. Dormía en una cabaña de ladrillo abandonada y a medio terminar cerca del extremo sur de Kapata con un grupo de niños huérfanos. Los niños eran conocidos como *shegués*,[61] una palabra que parece venir de «espacio Schengen» e indica que son vagabundos sin familia. Hay miles de *shegués* por todo el Cinturón del Cobre sobreviviendo como pueden, escarbando en busca de cobalto, haciendo pequeños trabajos o manteniendo relaciones sexuales a cambio de dinero. Elodie dijo que normalmente ganaba unos 1.000 francos (unos 0,55 dólares) al día en el lago Malo, lo que no era suficiente para cubrir siquiera las necesidades más básicas. Se veía obligada a dejar que los soldados le hicieran «cosas antinaturales» para sobrevivir.

Era una de las niñas más maltratadas que conocí en la RDC. Había sido arrojada a una manada de lobos por un sistema tan despiadado que, de alguna manera, conseguía transformar su degradación en brillantes artilugios y coches que se venden en todo el mundo. Los consumidores de estos aparatos, si se pusieran al lado de Elodie, parecerían extraterrestres de otra dimensión. Nada en su forma o circunstancias los vincularía al mismo planeta, aparte del cobalto que fluía de una a los otros.

Elodie pronto se cansó de mi presencia, no era más que otra carga inoportuna. Me alejé por el paisaje desolador del lago Malo y la observé desde la distancia. Sus movimientos lentos, su tos violenta, la forma en que sus músculos enjutos se tensaban y se aflojaban con cada

golpe de la barra de acero. Era el último eslabón de una antigua historia de tormento que se remontaba generaciones atrás en el corazón de África. Podía imaginarme perfectamente a la fuerza pública cortándole una mano a la tatarabuela de Elodie porque su tatarabuelo no había conseguido cumplir ese día con la cuota exigida de caucho. Quizás sus hijos sufrieron la esclavitud en una plantación de palma de aceite arrendada por los belgas a los hermanos Lever. Quizás la siguiente generación soportó trabajos forzados en una mina de cobre en Katanga propiedad de la UMHK, y puede que los abuelos de Elodie fueran masacrados a causa de los diamantes de Kasai durante la Gran Guerra de África. Sus padres, lo sabemos, murieron en una mina de cobalto cerca de Kolwezi, dejándola sola. Esta sucesión de desgracias, por hipotética que parezca, no podría ser más real, pues es la trágica herencia de todos los que vienen al mundo en el Congo. El bebé enfermo a la espalda de Elodie lo heredará todo.

### Kanina, lago Golf y COMMUS

El barrio de Kanina está situado a unos nueve kilómetros al noreste de Kapata, junto a la enorme mina industrial de cobre-cobalto de COMMUS, así como a una gran zona de lavado en el lago Golf. El sistema del lago Golf es similar al del lago Malo. Los mineros artesanales excavan en busca de heterogenita en un yacimiento cercano llamado Tshipuki, y lo transportan en sacos hasta el lago para que mujeres y niños la laven. Un adolescente serio y locuaz de nombre Geany me explicó:

—Voy por la mañana después de desayunar y excavo… Una o dos veces al día llevamos la mena al lago Golf. Mi madre y mis hermanas lavan allí.

Geany dijo que después de lavar el cobalto eran los *négociants* y soldados del lago Golf los que lo compraban. Según él, se llevaban los sacos de cobalto para venderlos a los puestos del mercado de Musompo. Añadió que en el último año algunos de los soldados le pidieron que les ayudara a transportar sacos de cobalto al mercado. Cargaba los sacos en un camión y los descargaba en Musompo. Los soldados vendieron todos sus sacos de cobalto a un único puesto de venta, al Dèpôt 555.

Aunque el lago Golf estaba fuertemente protegido por soldados de las FARDC, me empeñé en visitar la zona. Llegué a un puesto de control de seguridad en el que había al menos una docena de soldados que dependían de un comandante apostado en un centro operativo consistente en un gran contenedor metálico, como algunos de los almacenes cercanos al lago Malo. Los soldados que vigilaban el lago no eran tan agresivos como los de Mashamba Este, pero aun así me denegaron la entrada. Hizo falta casi una hora de negociaciones para que finalmente me dejaran pasar con un acompañante armado. Caminamos desde el control de seguridad durante unos diez minutos y llegamos a la periferia del lago. Era mucho más grande que el lago Malo y estaba igualmente abarrotado de mujeres y niños que lavaban y clasificaban piedras de heterogenita. Varios soldados de las FARDC patrullaban la zona. Había numerosas bicicletas, motocicletas y dos camionetas aparcadas cerca de la orilla esperando para transportar la mena. Varios montones de heterogenita alcanzaban más de un metro de altura.

Cientos de mujeres y niños se metían en el agua hasta las rodillas agachados, mientras lavaban a mano una piedra tras otra. El agua del lago era de un turbio color caqui desde la orilla hasta cinco metros hacia dentro, volviéndose gris en las aguas más profundas. La fangosa orilla estaba llena de sacos de rafia abandonados, botellas de plástico aplastadas y envoltorios de caramelos desperdigados. Varios niños llevaban cubos llenos de bolsitas de agua potable para venderlas a los trabajadores sedientos. Un niño, quizás de siete u ocho años, vestido con pantalones cortos negros y una camiseta rasgada de color lima, gritaba mientras intentaba arrancarse algo afilado del dedo índice derecho. Sus extremidades, delgadas como palos, estaban cubiertas de barro. Dos niñas embadurnadas de barro hasta la cintura arrastraban por el suelo un saco de rafia repleto de piedras, empleando todas sus fuerzas para desplazarlo apenas unos centímetros en cada empellón. No parecían tener más de diez años.

Con la escolta de las FARDC vigilando cada uno de mis movimientos, no me fue posible entrevistar a nadie, aunque sí pude tener alguna charla informal con algunas de las mujeres y niños que enjuagaban piedras. Dijeron que limpiaban guijarros durante siete u ocho horas al día y que «los hombres» les compraban la heterogenita,

lo que yo entendí como los *négociants* y los soldados de las FARDC que merodeaban cerca. Las mujeres confirmaron que trabajaban sobre todo en unidades familiares y que eran sus hermanos y maridos quienes excavaban en Tshipuki. Debido al caos de conversaciones, gritos y chapoteos de alrededor, resultó difícil sacar más que unas pocas frases de cualquier persona, pero pude hacerme una idea de cómo funcionaba el proceso.

Más tarde me encontré con Aimée, una niña que vi sentada sola en el barro cerca de la orilla, enjuagando y apilando piedras sobre un saco de rafia naranja. Contaba quizá ocho o nueve años, no tenía pelo y llevaba unas mallas con rayas rojas y marrones, y una camiseta rosa con un perrito de dibujos animados en la parte delantera. Como muchos de los niños que conocí en Kolwezi, era huérfana. Me presenté y le pregunté por el cachorro de su camiseta. Me dijo que se llamaba Alphonse. Empecé a hablar con ella sobre su trabajo mientras un grupo de mujeres se reunía alrededor en actitud protectora. Acababa justo de enterarme de que los padres de Aimée habían muerto y que vivía con una tía en Kanina cuando de repente empezó a gritar a pleno pulmón. Las mujeres me increparon furiosas y se acercaron para consolar a la niña. La conmoción aumentó y los soldados de las FARDC vinieron corriendo. Mi traductor intentó calmar la situación, pero Aimée no paraba de gritar. No entendí qué había hecho para alterarla. ¿Era mi presencia la causante de su estado de nerviosismo? ¿Acaso me había parado a pensar que yo pudiera suponer una forma de violencia para ella, una confrontación forzosa con el dolor? Para algunos hablar puede ser una catarsis, mientras que para otros puede hacer que su infierno sea demasiado real. Mi acercamiento la había perturbado profundamente y me di cuenta demasiado tarde.

Mientras me alejaba del lago Golf en medio de una lluvia de protestas, pensé que nunca volvería a oír semejantes alaridos… hasta el día en que llegué a Kamilombe.

Fue por aquella época cuando me propuse intentar conocer a Arran. Seguía oyendo su nombre en los pueblos de los alrededores de Kolwezi, de boca de los padres de los niños que trabajaban o habían trabajado para él en Tilwezembe. Reforzaban la imagen de un explotador insensible que se aprovechaba de los niños para

enriquecerse, aunque no fuera el único. Le pedí a Gilbert que me ayudara a organizar una reunión, pero estaba convencido de que no era una buena idea. «Arran es muy peligroso. Es mejor que no conozca tu cara», me aconsejó. Sugirió que si intentaba concertar una reunión, podría tener graves consecuencias para él, sus colegas y su familia. Se decía que Arran contaba con la protección del crimen organizado libanés, del gobernador Muyej y quizá del propio Joseph Kabila. Me dijeron que desde su salida de la cárcel había ampliado sus intereses empresariales, incluyendo una flota de camiones de transporte, varias propiedades en el Cinturón del Cobre y una participación en una cooperativa minera artesanal. No parecía que tuviera ninguna necesidad económica de explotar a niños. ¿Por qué lo hacía?

Aunque nunca pude hacerle esta pregunta directamente, conocí a otro comerciante libanés llamado Hani. Nos encontramos en el restaurante de un patio al aire libre en el hotel Hacienda, en Kolwezi. Era delgado, rondaba los cuarenta y llevaba zapatillas y vaqueros del mismo color negro, una camisa y un pañuelo grises. Poco después de que llegara a la cita, se cortó la electricidad en el hotel, por lo que hablamos a la luz de las velas.

—El pueblo libanés lleva mucho tiempo en el Congo —afirmó Hani—. Emigramos como comerciantes durante la época colonial. La mayoría de los libaneses fueron a Kasai a comerciar con diamantes. El comercio de diamantes era bueno para nosotros porque teníamos vínculos con los mercados de los países de Oriente Medio.

Hani dijo que los libaneses vivían en sus propias comunidades en Lubumbashi y Kolwezi. A menudo se reunían en restaurantes y bares, que era donde había visto a Arran unas cuantas veces.

—Voy a Lubumbashi cuando puedo —dijo Hani—. Hay más cosas que hacer que aquí. Nos solemos reunir en el restaurante Mykonos, donde suele ir Arran. Vemos los partidos de fútbol y compartimos noticias del Líbano.

Me confirmó las advertencias que había recibido de que Arran era demasiado peligroso. Sugirió que era uno de los líderes de la actividad criminal libanesa en el Congo y que estaba implicado en actividades de blanqueo de dinero para «grupos criminales».

—¿Qué quieres decir con «grupos criminales»? —pregunté.

—Hezbolá —respondió.

Enumeró también otros grupos, como el crimen organizado nigeriano y los piratas somalíes.

—El Congo es uno de los sitios más fáciles para el lavado de dinero.

Cuando investigué el asunto más a fondo, parecía que las afirmaciones de Hani relativas al blanqueo de dinero libanés para grupos terroristas tenían fundamento. En los estratos más bajos parecía que el dinero sucio se blanqueaba a través de la red libanesa de comercio de minerales y diamantes, y luego se depositaba en bancos e incluso en carteras de criptodivisas. A más altas esferas había grandes empresas implicadas, la principal una firma de comercio de materias primas con sede en Kinsasa llamada Congo Futur, que estaba dirigida por un aliado libanés de Arran llamado Kassim Tajideen, que resultó ser un importante colaborador financiero de Hezbolá. El Departamento del Tesoro de Estados Unidos sometió a Congo Futur a sanciones selectivas en 2010, alegando que la firma formaba parte de una red de empresas en la RDC que blanqueaba millones de dólares para Hezbolá utilizando cuentas en el BGFIBank, el mismo banco utilizado por Joseph Kabila para facilitar transacciones fraudulentas con empresas mineras chinas.[62]

Según el embajador estadounidense Mike Hammer, el Gobierno de Estados Unidos conoce bien las redes libanesas de blanqueo de dinero en la RDC y sus vínculos con grupos terroristas como Hezbolá: «Yo diría que al Gobierno de Estados Unidos le preocupan los vínculos [terroristas] con libaneses concretos de aquí. Es algo que rastreamos y seguimos. Está claro que hay vínculos y delincuentes. Nos ponemos en contacto con el Gobierno congoleño cuando tenemos conocimiento de algún problema y hemos sancionado a empresas congoleñas al saber que apoyaban a Hezbolá».

Mientras seguía hablando con Hani sobre las actividades de Arran, el restaurante empezó a llenarse de clientes que parecían ser funcionarios del Gobierno. Se sintió incómodo al seguir hablando de Arran, así que pasamos a hablar de su pasado. Me explicó que se trasladó a la RDC en 2014 después de que un primo que ya estaba en el país le convenciera de que se podía ganar dinero.

—No tenemos ningún tipo de futuro en el Líbano, es un país fallido. Aquí una persona puede empezar su propio negocio.

Hani gestionaba un puesto de venta de cobre y cobalto en la carretera al este de Kolwezi. Compraba cobalto a cualquiera que se lo vendiera: mineros artesanales, *négociants* y soldados de las FARDC. Dijo que las empresas mineras chinas eran las principales compradoras de su puesto. Le pregunté cómo sabía quiénes eran los compradores.

—Conozco sus camiones. Todos sabemos qué camiones son de cada empresa.

Le pregunté a Hani cómo había conseguido un almacén de venta para él, ya que se suponía que eran propiedad de congoleños y estaban gestionados por ellos.

—Pagué mil dólares por el permiso.

—¿Eso es todo lo que tuviste que hacer?

—Sí.

Dijo que normalmente compraba entre trescientos y cuatrocientos kilogramos de mena de cobre-cobalto cada día y que la vendía por dos o tres veces el precio de compra, dependiendo de la ley y de la época del año. Sus únicos gastos de explotación eran las tasas mensuales de unos cientos de dólares a alguien del Gobierno provincial —no quiso especificar a quién— y el salario de cincuenta dólares diarios a cada uno de los dos guardias del puesto, así como los gastos de transporte. Generalmente obtenía unos beneficios de unos tres mil dólares al mes durante la estación de lluvias y de cinco mil al mes durante la estación seca.

Le pregunté si había investigado alguna vez el origen de la mena de cobalto que compraba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Quiero decir si intentas determinar si la mena procede de mano de obra infantil como la que utiliza Arran o de algún otro tipo de abuso.

Se rio y encendió un cigarrillo en la vela de nuestra mesa.

—Aquí no se hacen esas preguntas —dijo.

—¿Por qué no?

—No quedaría cobalto para comprar.

Cuando uno se sitúa de pie al borde de Kanina ve cómo las colinas de la mina a cielo abierto de COMMUS engullen el paisaje. Zijin Mining, con sede en China, posee el 72 por ciento de la mina en una empresa

conjunta con Gécamines. Zijin compró la participación de Huayou Cobalt en 2014 por 77,9 millones de dólares. Las dos empresas siguen siendo socios estratégicos, y COMMUS envía gran parte de su suministro de cobalto a Huayou para su refinado, que en 2021 ascendió a unas mil cuatrocientas toneladas.[63] La puerta principal de COMMUS está vigilada por guardias que no me permitieron entrar a pesar de mis reiterados intentos. Afortunadamente, gran parte de lo que quería saber sobre COMMUS ocurría fuera de la concesión.

Al igual que en Kapata, las casas de Kanina son en su mayoría de ladrillo rojo con tejados de chapa. Hay unas pocas escuelas más o menos operativas a las que los niños asisten de forma intermitente en función de su capacidad para pagar las tasas. La electricidad es irregular y no hay sistema de alcantarillado en el barrio. Hablé con numerosos residentes y todos se quejaron de la persistente y molesta contaminación procedente de la concesión de COMMUS.

—Hay explosiones en la mina —se quejó un minero—. El polvo cae sobre nuestras casas, que tiemblan por la noche y no podemos dormir. Todo está sucio.

—Unas nubes de gas amarillo flotan sobre nuestras viviendas y caen en nuestra comida y agua —dijo otro.

COMMUS tiene su propia planta de procesamiento, al igual que la que China Molybdenum tiene en Tenke Fungurume. Como los habitantes de Tenke, los de Kanina se encuentran a menudo cubiertos de polvo color mostaza, que se posa en su comida, sus animales, sus pertenencias y sus hijos.

—Se supone que COMMUS debe restringir sus actividades a la mina… Protestamos, pero el Gobierno no nos escucha, COMMUS no escucha. Nadie puede detenerlos —afirmó un tercer minero.

La contaminación no era el único problema que causaba la explotación minera de COMMUS, también se desarrollaba una gran cantidad de trabajo infantil. Cientos de niños de Kanina trabajaban todos los días fuera de la concesión recogiendo piedras. Se los conocía como *trieurs*, personas que clasificaban piedras a mano. ¿Por qué iban los niños a recoger piedras a mano fuera de una gigantesca concesión de cobre y cobalto de propiedad china? La mejor manera de entender la situación es examinar la diferencia entre la minería industrial y la artesanal.

La minería industrial es como hacer cirugía con una pala; la minería artesanal es como hacerla con un bisturí. Durante la excavación industrial se recogen indiscriminadamente toneladas de tierra, piedra y mena con grandes máquinas, se trituran hasta convertirlas en guijarros y se procesan para extraer minerales de valor. Se trata de un negocio de fuerza bruta, bajo rendimiento y gran volumen. Los mineros artesanales, en cambio, pueden utilizar herramientas más precisas para excavar o hacer túneles en busca de yacimientos de mena de alta ley, extraer solo el mineral y dejar atrás la suciedad y las piedras sin valor. Los niños que buscan entre los escombros fuera de COMMUS pueden simplemente recoger a mano las piedras de valor y desechar el resto. Las técnicas de minería artesanal pueden producir hasta diez o quince veces más ley de cobalto por tonelada que la minería industrial. Esta es la razón principal por la que muchas minas industriales de cobre-cobalto de la RDC permiten informalmente la minería artesanal en sus concesiones, y también por la que suelen complementar la producción industrial comprando mena artesanal de alta ley en los puestos de venta. COMMUS parece haber encontrado una tercera opción: arrojar toneladas de piedra y tierra fuera de su concesión y dejar que los niños recojan a mano la mena valiosa.

Caminé por la periferia de la mina de COMMUS a la vista de los guardias de seguridad y vi varias montañas de escombros de hasta cinco metros de altura apiladas junto a la carretera. Cientos de niños estaban sentados, arrodillados y agachados sobre las piedras, recogiendo trozos de mena que contenía cobalto. Casi todos vivían en Kanina. Sus familias necesitaban dinero para cubrir sus necesidades básicas, por lo que se veían fácilmente atraídos a la recogida de piedras. Un niño de ocho años llamado Emmanuel explicó: «Tiramos las piedras de cobalto a un lado y las otras a otro. Llenamos los sacos con el cobalto y lo llevamos a los *comptoirs* que hay junto a la carretera». Varios niños dijeron que trabajaban del mismo modo que describía Emmanuel. Me contaron que solían empezar a recoger piedras a media mañana y trabajaban durante cinco o seis horas. Aparte de respirar una buena cantidad de polvo y sufrir pequeños cortes y heridas, tenían un entorno de trabajo relativamente más seguro que los que trabajaban en lugares como Tilwezembe,

Mashamba Este y el lago Malo.

Visité los puestos a los que, según los niños, vendían la mena. Estaban situados en la carretera, a las afueras de la concesión de COMMUS. Eran poco más que unas cuantas mesas y ni siquiera se tomaban la molestia de colgar lonas con los nombres. Los comerciantes que se encargaban de gestionarlos eran todos chinos. Hacían una inspección superficial del contenido de cada saco y pagaban a los niños una cantidad fija de 0,40-0,50 dólares por saco. La mayoría conseguían llenar uno o dos al día. Había algunos guardias cerca de los puestos de venta con los mismos uniformes grises que los guardias de seguridad de la puerta principal de la mina de COMMUS. Me quedé en la zona el tiempo suficiente para ver cómo se cargaba parte de la mena de los *comptoirs* en camiones y se transportaba directamente a la concesión de COMMUS. No parecía haber mucho más que lo que vi durante el día de mi visita. Me sentí extrañamente aliviado de que pareciera una forma relativamente más segura de trabajo infantil, dadas las brutales y peligrosas condiciones que había visto en otros sitios.

Pero resultó que había minusvalorado el riesgo de sufrir daños de los niños que recogían piedras depositadas por COMMUS. El 26 de octubre de 2020, un colaborador de Kolwezi me envió por WhatsApp un vídeo grabado con un teléfono móvil. El vídeo abría con una multitud de residentes de Kanina gritando. Dos *jeeps* blancos atravesaban a la carrera la puerta principal de la concesión de COMMUS, mientras volaban piedras y botellas contra los vehículos. Una excavadora estaba envuelta en llamas justo detrás de la puerta principal. La persona que grababa el vídeo caminó lentamente hacia la entrada de la mina. Otro *jeep* entró a la carrera en la concesión. Volaron más piedras y botellas.

El camarógrafo llegó cerca de la entrada de la mina y dirigió el teléfono al suelo. En la tierra yacía el cuerpo manchado de sangre de un niño sin vida. Estaba descalzo, con los brazos caídos a los lados. Su camiseta amarilla estaba empapada de sangre por encima del hombro derecho, al igual que la nuca. Su madre estaba arrodillada junto a él, gritando de dolor. Le levantó la camiseta y vio una herida de bala en el lado derecho del pecho. La cámara se desplazó a un segundo cuerpo tendido en la tierra a unos dos metros de distancia. También estaba

descalzo y llevaba unos pantalones grises remangados hasta las rodillas. Su camisa azul estaba empapada en sangre sobre el hombro izquierdo. Su madre también lloraba a su lado. Los mineros gritaron al cámara, exigiendo justicia por el asesinato de sus hijos.

El contacto que envió el vídeo me contó que los dos chicos, de trece y catorce años, empezaron a caminar con sus sacos de piedras de cobalto en dirección contraria a los puestos de compraventa de COMMUS para intentar ganar más que la miseria que les pagaban los comerciantes. Los guardias de seguridad de COMMUS no tardaron en abatirlos a tiros.

Con el paso de los meses, recibí más testimonios de violencia en COMMUS. Las palizas y los disturbios parecían repetirse, de forma similar a la situación que vi entre los residentes de Fungurume y TFM. El último vídeo que recibí me lo envió una monja el 22 de julio de 2021. En la grabación se puede ver a los guardias de seguridad de COMMUS utilizando gruesas cuerdas para azotar con saña a los trabajadores congoleños tendidos en el suelo. Los trabajadores gritan con cada latigazo, en una escena que recuerda a los esclavos del rey Leopoldo azotados con *chicottes* hace ciento veinte años. Tres chinos vestidos con uniformes negros de COMMUS y cascos naranjas observaban los castigos. Uno de ellos parecía dar instrucciones a los guardias para que azotaran con más fuerza.

## Musompo

Al igual que los afluentes menores confluyen en el río Congo, el cobalto extraído artesanalmente se incorpora desde cientos de fuentes diferentes a la cadena de suministro mundial de cobalto. El principal modo de entrada son los puestos de venta; algunos constituyen complejos formales, como los que hay junto al lago Malo; otros son simples mesas al borde de una carretera, como las instaladas fuera de COMMUS. El cobalto extraído artesanalmente se canaliza a través de este sistema imposible de rastrear de comerciantes que no hacen preguntas sobre las condiciones en que se excava el cobalto. ¿Se estaban intoxicando lentamente esas mujeres y niñas con agua contaminada mientras enjuagaban las piedras? ¿Perdían los niños las piernas al derrumbarse los muros de los pozos? ¿Inhalaban partículas tóxicas al picar la tierra? ¿Se pagaba a la gente algo parecido a un salario decente? ¿Se disparaba a los niños? Nadie preguntaba, a nadie parecía importarle, ni siquiera en el mayor mercado de compra de cobre y cobalto de la RDC: Musompo.

El mercado de Musompo está situado en la autovía, a unos quince kilómetros al este de Kolwezi. Suele haber entre cincuenta y sesenta puestos de venta operando en el complejo, en su mayoría gestionados por compradores chinos. Son una mezcla de estructuras de ladrillo, metal y cemento. Muchos tienen vallas metálicas como barrera entre compradores y vendedores, otros tienen guardias armados. Los nombres de los puestos suelen estar pintados con espray en una pared de la entrada: Andre, Jeef, Girafe, Mukubwaken, Panda, Sarah, Big Show, Lucien, Song, Tshomeka, Yanick, Soin, Manga, Star, Kaloni, Baraka, Shuang, *etc*. También hay una decena de puestos que se conocen simplemente por su número: 1.818, 1.217, 1.208, 5555, 008, 888, 999, 111, 414, 555, *etc*. Cada uno está dirigido por un «jefe». En Musompo hay un flujo constante de camionetas, coches y motos cargados de sacos de mena de cobalto. Estos son los vendedores y casi todos son *négociants*. Solo un pequeño número de mineros artesanales puede transportar sus cargas en bicicleta hasta Musompo desde los yacimientos cercanos. Los compradores llegan en grandes camiones que cargan con los sacos de cobalto comprados en los puestos. Estos

grandes camiones de carga pertenecen invariablemente a empresas mineras industriales.

Empecé dando un paseo por el mercado. En la mayoría de los almacenes había uno o dos jóvenes chinos sentados en pequeñas mesas cubiertas con sacos de rafia cortados o láminas de plástico. Cerca había guardias congoleños sentados en sillas de plástico. Algunos de los puestos estaban repletos de sacos de cobalto de tres o cuatro metros de altura. Debía de haber varios miles de sacos de cobalto entre todos los puestos de Musompo. La mayoría de estos tenían grafitis pintados en las paredes y hojas de precios colocadas en la fachada. Las hojas de precios alcanzaban un notable 20 por ciento de ley e incluían frases como «Karibu Kwetu» (bienvenido a nuestra tienda) y «Teneur ya Bien» (buenas condiciones).

Con el tiempo, reuní datos de precios de los puestos de venta de las provincias del Alto Katanga y Lualaba. Los precios en Musompo resultaron ser los más altos de todos, entre un 20 y un 25 por ciento más que en el barrio de Kolwezi llamado Kasulo, hasta un 35 por ciento más que en Kamilombe, Kanina y el lago Malo, un 50 por ciento más que en Fungurume, Kambove y Likasi, y hasta un 60 por ciento más que en los puestos de compraventa cercanos a Kipushi. Según todos los indicios, la heterogenita con la misma ley debería alcanzar un precio similar independientemente de dónde se vendiera, por lo que es evidente que había otros factores de mercado detrás de esta variación de precios. Tal vez el hecho de que los soldados se vieran obligados a vender cobalto en los puestos del lago Malo hizo bajar los precios en esa zona. Quizá la competencia abierta en Musompo hizo subir los precios. Tal vez la imposibilidad de acceder a los mercados, salvo a través de los *négociants*, explicara por qué los precios cerca de Kipushi eran tan bajos. Sean cuales fuesen las razones, la variabilidad de los precios en los puestos, junto con la falta de poder de negociación y de acceso a los mercados, representaban desventajas considerables para los mineros artesanales. No está de más repetir que eliminar los intermediarios y permitir a los mineros artesanales vender su producción a precios estándar directamente a las empresas mineras sería mucho más ventajoso para ellos —o bien pagarles salarios fijos y dignos—. Pero incluso introduciendo esta modificación, las empresas mineras y sus clientes no estarían

obligadas a rendir cuentas de las condiciones en las que se extrae el cobalto. El sistema es opaco e imposible de rastrear.

Me detuve cerca del Dèpôt 1818 para observar una transacción. Un *négociant* congoleño llevaba en su moto dos sacos de heterogenita para venderlos al jefe Peng, que dirigía el puesto. El *négociant* desató la cuerda que sujetaba la parte superior de cada saco para descubrir su contenido. El jefe Peng apuntó a las piedras con un Metorex, que arrojó un 3,1 por ciento de ley. La hoja de precios manuscrita del jefe Peng indicaba una tarifa de mil ochocientos francos (alrededor de un dólar) por kilogramo de cobalto con una ley del 3 por ciento. El *négociant* regateó. No pude averiguar si la discusión era sobre el precio o sobre la ley. Fue un intercambio animado pero no conflictivo. Los dos comerciantes llegaron a un acuerdo y el jefe Peng pesó los sacos en una balanza metálica plana. Los sacos sumaban 71,6 kilos. El jefe Peng tecleó los números en una calculadora de gran tamaño con gordos botones de plástico y mostró el resultado al *négociant*. Este asintió, y el jefe Peng abrió el candado de una caja metálica y sacó una pila gigante de billetes arrugados de quinientos francos congoleños. El *négociant* volvió a cerrar los sacos con cuerdas, cogió su dinero y condujo su motocicleta hasta un grupo de compañeros que se estaban tomando un descanso para fumar. Los vigilantes del jefe Peng transportaron los sacos detrás de la valla metálica del puesto y los apilaron sobre un montón ya existente de diecinueve sacos. En cuestión de minutos, el cobalto procedente de algún lugar cercano a Kolwezi y extraído en condiciones desconocidas había entrado en la cadena.

Me acerqué al grupo de *négociants* para entablar conversación. Eran jóvenes de entre veinte y treinta años que vestían vaqueros, zapatillas de deporte y chaquetas ligeras a pesar del calor que hacía. Uno de ellos llevaba una camiseta bajo la chaqueta con la mascota de la Universidad de Utah, un halcón de cola roja, en la parte delantera. Les pregunté de dónde procedía la heterogenita que vendían a los puestos. Me contestaron que venía del barrio de Kasulo, en Kolwezi.

—Los precios de los puestos de Kasulo no son tan buenos como los de Musompo —dijo Razi, uno de los *négociants*—. Algunos *creuseurs* están de acuerdo en que vendamos el cobalto aquí.

Pregunté por qué los mineros artesanales no lo traían ellos mismos

a Musompo.

—¡No tienen motos! —replicó otro.

Al preguntarles si podían darme más información sobre sus acuerdos con los mineros artesanales, me dijeron que dividían el precio de venta del cobalto al 50 por ciento con ellos.

Al igual que en Kipushi, los *négociants* solo por tener una moto obtenían los mismos ingresos diarios que el *grupo* de mineros artesanales que excavaba el cobalto que vendían en Musompo. Razi, que acababa de hacer la transacción con el jefe Peng, ganó unos treinta y seis dólares por los dos sacos de cobalto. Los otros treinta y seis se dividirían aparentemente entre los mineros artesanales que lo excavaron en Kasulo. A pesar del reparto, y dependiendo del número de personas integrantes del grupo, estos ingresos eran considerablemente superiores a los de la mayoría de las zonas artesanales que había documentado. Había una explicación sencilla. Los yacimientos de heterogenita bajo el suelo de Kasulo tenían quizá la ley más alta de cobalto de todo el Cinturón del Cobre. Aun así, algo no cuadraba. Los precios de los puestos de Kasulo eran, por término medio, entre un 20 y un 25 por ciento más bajos que los de Musompo, así que ¿por qué iba un minero artesanal a ceder la mitad de sus ingresos a un *négociant* a cambio de un aumento del 25 por ciento en el precio de venta? La respuesta llegó cuando visité Kasulo. Los soldados extorsionaban a menudo a los mineros artesanales del pueblo después de que vendieran su mineral a los puestos de venta.

Los *négociants* de Musompo resultaron ser la mejor fuente de información sobre el funcionamiento del mercado, así que hablé con todos los que pude. Algunos me dijeron que vendían heterogenita a cualquier puesto que ofreciera el mejor precio; otros tenían acuerdos para vender solo a determinados *comptoirs*. Me enteré de que no todos los *négociants* se llevaban la mitad de los ingresos; algunos se llevaban un tercio y otros un cuarto. No pude averiguar ninguna lógica detrás de estas diferencias, aparte de la cuota que los mineros artesanales fueran capaces de negociar. Pregunté a varios *négociants* qué ocurría con el cobalto comprado en Musompo, y me dijeron que los principales compradores de heterogenita vendida en Musompo eran CDM, COMMUS, SICOMINES, CHEMAF y KCC.

Antes de abandonar Musompo, localicé el Dèpôt 555, al que

Geany mencionó que compraba la mayor parte del cobalto de Tshipuki. Estaba situado a unos cuarenta metros al este del Dèpôt 1.818. Me mantuve a distancia durante un rato y observé cómo cuatro grupos de *négociants* iban llegando: tres en motocicletas y un par en una camioneta cargada con tanto cobalto que los neumáticos estaban aplastados contra el suelo. Los *négociants* hicieron una transacción rápida con el jefe Chen, que permaneció detrás de la valla. Tras cargar los sacos, condujeron hacia el este por la autovía en dirección a Lubumbashi. El quinto en llegar fue el típico camión de carga pintado de rojo. Vería muchos más parecidos dentro de la concesión principal de CDM en Kasulo. Dos congoleños vestidos con monos de color gris claro salieron del camión y hablaron con el jefe Chen en el Dèpôt 555. A continuación, cargaron más de dos docenas de sacos de cobalto del puesto al camión, que se alejó por la carretera.

Tras la partida del camión, se hacía tarde y la actividad en Musompo se ralentizaba. Nadie vino al Dèpôt 555 durante un rato, salvo por el jefe Chen y los vigilantes. Me acerqué para ver si podía entablar conversación. Chen llevaba pantalones tipo cargo, zapatillas sin calcetines y una camisa azul lisa; tenía las piernas apoyadas en una mesa de madera mientras tecleaba en su *smartphone*. A diferencia de muchos de los empleados de puestos chinos a los que me había acercado, Chen era bastante afable y estaba encantado de hablar con alguien. Me dijo que era originario de Fujian y que llevaba dos años trabajando en el Dèpôt 555. Dijo que ganaba un buen sueldo y que se alegraba de haber venido a la RDC a trabajar, pero que echaba de menos a su familia y solo podía verlos una vez al año, cuando volvía a China durante el Chūn Jié, el festival del Año Nuevo lunar. Le pregunté cuál era el atractivo de aventurarse hasta el Congo y pasar un año entero lejos de su mujer y sus hijos.

—En China hay demasiada rivalidad, alguien como yo no puede prosperar. África es un lugar grande, no hay tanta competencia. Aquí podemos encontrar oportunidades —afirmó Chen.

Chen vivía en un piso de un barrio chino amurallado de Kolwezi, donde residían muchos de los expatriados chinos de la zona y en el que había una tienda de comestibles china y un restaurante privado. También tenían cerca una clínica privada china.

—Aquí hay menos gente que en China, está menos contaminado.

Intentaré traer aquí a mi familia. Podemos tener una vida mejor —dijo Chen.

Me di cuenta de que el Dèpôt 555 no tenía una hoja de precios en ningún sitio. Chen me explicó:

—Los *négociants* siempre se pelean sobre el precio, así que lo compruebo en la Bolsa de Metales de Londres en mi teléfono y se lo enseño. Ofrezco un porcentaje de este precio en función de la pureza. Así no hay discusión.

Tenía curiosidad por saber cómo había montado Chen su puesto, ya que se suponía que solo podían ser propiedad de congoleños y estar gestionados por ellos.

—CDM organizó el puesto —dijo.

Cuando le pregunté si sabía cómo creaba CDM un puesto de compraventa, tuvimos la siguiente conversación:

CHEN: Aquí cualquiera puede hacer negocios si paga el precio correcto.
YO: ¿Te refieres a un soborno?
CHEN: Sí, es un buen sistema.
YO: ¿Estás diciendo que el soborno es bueno?
CHEN: En China ni siquiera un soborno puede funcionar a menos que estés en los círculos de la élite. Aquí, el dinero te convierte en élite. Por eso vienen tantos chinos a África.
YO: Ya veo.

Hice tres viajes a Musompo a lo largo de los años y, según todo lo que vi y oí durante esas visitas, parecía que algunas de las mayores empresas mineras del Congo complementaban su producción con mena de cobalto excavada por mineros artesanales y vendida por *négociants* en el mercado. Desde Musompo en adelante, no había forma de determinar el origen del cobalto: todos los sacos se vertían juntos en los mismos camiones de transporte y se dejaban en las mismas instalaciones para su procesamiento. Musompo parecía funcionar más o menos como un mecanismo centralizado de blanqueo a gran escala en la cadena de suministro formal del cobalto extraído artesanalmente.

Había dos compradores de cobalto en Musompo que me interesaban especialmente: CDM y CHEMAF, las dos empresas que gestionaban las dos explotaciones mineras artesanales piloto de la provincia de Lualaba. Se suponía que ser una mina modelo implicaba

condiciones de trabajo seguras para los mineros artesanales, ausencia de trabajo infantil, salarios justos, prohibición de excavar túneles peligrosos y, sobre todo, garantías férreas de que el cobalto extraído de los yacimientos nunca se mezclaba con cobalto de ninguna otra fuente. Estas características pretendían garantizar a los compradores de su cobalto que sus cadenas de suministro no estaban contaminadas por el trabajo infantil u otros abusos. El jefe Chen no fue ni la primera ni la última persona en afirmar que CDM y CHEMAF compraban abiertamente cobalto artesanal procedente de otros mercados.

Había llegado el momento de hacer una visita a estos yacimientos piloto.

### El proyecto piloto de CHEMAF

El proyecto piloto del operador de minas CHEMAF estaba situado al norte de Kolwezi, en una mina llamada Mutoshi, cerca de la aldea de Mukoma. CHEMAF adquirió los derechos de la concesión a través de una empresa conjunta con Gécamines en 2016. Tenía grandes esperanzas puestas en este proyecto porque me dijeron que se había diseñado en coordinación con una organización no gubernamental con sede en Washington D. C. llamada Pact. Es una ONG muy respetada que trabaja en más de cuarenta países en temas que van desde la capacitación de las mujeres a la sostenibilidad, los servicios sanitarios y sociales y la minería artesanal.

CHEMAF se puso en marcha en 2017. Me reuní en Kolwezi con algunos miembros del equipo de Pact en la RDC en septiembre de 2019, antes de visitar el yacimiento de Mutoshi. Pidieron hablar de forma anónima por temor a reacciones negativas por parte de la central de Pact. Les pregunté por qué habría reacciones negativas por hablar conmigo, y me dijeron que se suponía que no debían hablar con personas ajenas a la organización sobre el yacimiento de Mutoshi. Me explicaron que la organización había recibido varios millones de dólares de apoyo de Apple, Microsoft, Google, Dell y una empresa de comercio de materias primas llamada Trafigura para establecer el proyecto modelo en Mutoshi, y que había que mantener una determinada imagen. El objetivo del proyecto era proporcionar una fuente limpia de cobalto a los clientes de CHEMAF, entre los que se encontraban los donantes. La mayor parte del suministro de mineral de CHEMAF se enviaba a Trafigura, que también era el principal socio empresarial del proyecto.

El equipo de Pact en Kolwezi describió algunas de las políticas implementadas en Mutoshi. Solo se permitía trabajar en la mina a trabajadores adultos registrados en la cooperativa minera artesanal COMIAKOL (Coopérative Minière Artisanale de Kolwezi); la concesión estaba rodeada por una valla infranqueable y electrificada para impedir la entrada de trabajadores no registrados; todos los trabajadores recibían uniformes y equipos de protección personal; no se permitía la entrada de alcohol ni de mujeres embarazadas; un

agente de radiaciones de CHEMAF realizaba pruebas todos los meses para garantizar que los mineros artesanales no estaban expuestos a niveles inseguros de uranio en la heterogenita; todo el mineral extraído en el yacimiento se etiquetaba en bolsas que se mantenían aisladas de cualquier otro suministro de cobalto durante el transporte a las instalaciones de procesamiento de CHEMAF en Lubumbashi; y el hidróxido de cobalto etiquetado de las instalaciones de procesamiento se enviaba directamente a Trafigura. El equipo me dijo también que realizaba auditorías periódicas en las instalaciones para asegurarse de que se mantenían todos los protocolos. Por último, mencionaron que una parte de los millones de dólares que recibieron de los donantes para el yacimiento modelo se destinó a apoyar los esfuerzos para sacar al menos a dos mil niños de las minas artesanales de los alrededores de Kolwezi y escolarizarlos hasta que terminaran la educación primaria.

Formulé algunas preguntas al personal de Pact sobre la cadena de suministro de CHEMAF, empezando por si sus conductores compraban cobalto en lugares como Musompo. Respondieron que los conductores no debían comprar cobalto de otras fuentes según la política que habían diseñado; sin embargo, admitieron que esto se había convertido en un problema en los últimos meses debido a la menor producción en el yacimiento piloto, que provocó la necesidad de llenar los camiones con más cobalto de Musompo de camino a la instalación de procesamiento de Lubumbashi. El personal subrayó que esto no debía considerarse como algo grave, porque el suministro de cobalto de Mutoshi estaba etiquetado y se mantenía separado en todo momento. Añadieron que el cobalto artesanal de Mutoshi se procesaba en lotes separados en la instalación, y luego se volvía a embolsar y etiquetar. Dado que todo el cobalto etiquetado y no etiquetado se exportaba principalmente a Trafigura, pregunté si la empresa también mantenía el cobalto etiquetado de Mutoshi separado del cobalto que llegaba de otras fuentes. No me lo pudieron confirmar, aunque admitieron que era poco probable. Etiquetar las bolsas servía de poco si la práctica no se mantenía en toda la cadena. Pregunté si podían organizar una visita a Mutoshi para poder ver su funcionamiento más de cerca, pero me dijeron que no era posible.

Unos días más tarde, conseguí concertar una visita a la mina de

Mutoshi a través de uno de los dirigentes de la cooperativa COMIAKOL. Cuando me acerqué al yacimiento, esperaba ver la inexpugnable valla metálica que me había descrito el personal de Pact, pero resultó ser una cerca de alambre formada por finas cuerdas metálicas separadas unos treinta centímetros entre sí y sostenidas por postes de metal, como un tendedero de ropa puesto del revés. El alambre había sido empujado hacia abajo en numerosos lugares, creando el espacio justo para que pasara una persona. La valla no estaba electrificada.

Me acerqué a la entrada de la concesión y vi tres carteles, el más grande con el siguiente texto escrito en francés e inglés: «Nuestros valores: transparencia, dinamismo, respeto, rendición de cuentas, responsabilidad social. Nuestra visión: construir una empresa minera responsable e impulsada por valores. La seguridad es nuestra prioridad número uno». El segundo cartel era un dibujo de una mujer embarazada dentro de un círculo rojo con una línea cruzada. El tercer cartel tenía dos dibujos, uno de una botella dentro de un círculo rojo con una línea cruzada sobre ella, y otro de dos niños dentro de un círculo rojo con una línea cruzada encima. Junto a los carteles había un control de seguridad con entradas separadas para hombres y mujeres. El personal de CHEMAF comprobaba los pases de los trabajadores registrados en la cooperativa COMIAKOL antes de permitirles la entrada. Para inscribirse en COMIAKOL, cualquier persona tenía que presentar su tarjeta de votante que demostrara que tenía más de dieciocho años. El personal de CHEMAF admitió posteriormente que a menudo se falsificaban los carnés de votante para mostrar que niños de quince y dieciséis años tenían dieciocho, lo que les permitía trabajar en el centro.

Un guardia armado con rostro severo y gafas de sol abrió la puerta principal y me acompañó a las oficinas de CHEMAF, que estaban situadas a unos veinte metros en el interior del recinto, detrás de una segunda valla de alambre que tampoco estaba electrificada. Las oficinas estaban construidas dentro de contenedores metálicos. Un contenedor albergaba al equipo directivo, un segundo contenedor era para el personal de apoyo y un tercero se había convertido en una clínica para tratar a los trabajadores heridos. El funcionario de COMIAKOL que había organizado mi visita, Sylvain, me recibió

calurosamente, acompañado de tres de sus colegas.

Tras pasar una prueba de alcoholemia, el equipo de COMIAKOL me hizo una presentación oral sobre la mina que consistió en un repaso de la visión y misión descritas en el cartel de la puerta principal, de las estadísticas sobre lesiones en el lugar de trabajo en Mutoshi y una descripción de las demás minas e instalaciones de procesamiento de CHEMAF. Sylvain dijo que COMIAKOL gestionaba a todos los mineros artesanales del yacimiento, a los que pagaba una cuota mensual fija, así como un porcentaje de la producción. Hizo hincapié en la importancia de la minería artesanal para el conjunto de la industria minera:

—El cobalto artesanal tiene una ley superior a la del cobalto extraído mecánicamente, por lo que es necesario que la industria minera cuente con la minería artesanal. Aquí intentamos mejorar las condiciones de los mineros artesanales, como podrás comprobar tú mismo.

Pregunté a Sylvain cuántos mineros artesanales trabajaban en Mutoshi y me dijo que había unos cinco mil registrados en COMIAKOL; sin embargo, en los últimos meses, solo acudían a la concesión entre ochocientos y novecientos mineros al día, debido al desplome de los precios del cobalto durante 2019 que había provocado retrasos en los pagos a los mineros artesanales. Sylvain añadió que muchos habían estado sacando sus sacos de cobalto del yacimiento para venderlos a puestos cercanos y cobrar más rápidamente.

A continuación, me mostró un mapa con la distribución de la mina. Contenía una gran zona de excavación a cielo abierto detrás de las oficinas, una pequeña piscina de lavado cerca de la puerta principal, una balsa de lavado mucho mayor detrás del pozo principal, algunas otras zonas de excavación y un puñado de zonas que funcionaban como vertedero de roca estéril detrás de la piscina de lavado principal. Sylvain estaba orgulloso de la prohibición del alcohol y las mujeres embarazadas en la mina. Cuando indagué un poco más, admitió que la prohibición del embarazo solo afectaba a las mujeres visiblemente embarazadas y que antes de esa época la exposición tóxica al cobalto y al uranio podría haber tenido efectos nocivos en los fetos. Una vez terminada la presentación, me dieron un

chaleco naranja fluorescente y un casco amarillo para que los llevara mientras recorríamos la mina. Me advirtieron que no hiciera fotos y me dijeron que solo se me permitiría ver el pozo a cielo abierto más cercano a la puerta principal.

Este estaba a unos treinta metros detrás de la oficina principal. Durante el trayecto, Sylvain describió las distintas categorías de trabajadores de la concesión. Dijo que los hombres se dividían en grupos según la tarea. Un grupo cavaba zanjas en el pozo principal, otro extraía la mena, un tercero recogía el mineral en sacos y lo transportaba a las pilas de lavado, que era donde las mujeres limpiaban las piedras. Algunos de los hombres también trabajaban como *salakate*, lo que significaba que realizaban tareas ocasionales en la mina. Cada zona de trabajo disponía de aseos y agua potable limpia para promover un buen estado de higiene y prevenir las enfermedades transmitidas por el agua. También recalcó que en la mina no se permitía excavar túneles, cosa que me tranquilizó bastante.

Llegamos a la mina a cielo abierto, que tenía unos ciento veinte metros de diámetro y no era muy profunda. La suciedad del pozo era de un tono más grisáceo que el color cobre al que estaba acostumbrado en otras explotaciones mineras de los alrededores de Kolwezi. En el momento de mi visita un centenar de mineros artesanales estaban excavando en pequeñas zanjas y canteras poco profundas en varias zonas. Todos los excavadores llevaban cascos y uniformes de color azul con parches en los brazos, las rodillas y el pecho formados por tres rayas, dos de color amarillo fluorescente y una gris en el centro. Algunos, aunque no todos, llevaban gruesos guantes de trabajo. Ninguno llevaba protectores faciales, ni gafas de seguridad. Parecían chicos de unos quince o dieciséis años. Pregunté si podía hablar con ellos, pero no me lo permitieron.

Pregunté a Sylvain qué ocurría con el cobalto una vez excavado y lavado. Me contestó que COMIAKOL transportaba los sacos en sus camiones a un puesto en una zona llamada Kimwehulu, donde el mineral se trituraba y una muestra se analizaba para comprobar su ley, un proceso que a veces podía durar más de un día. Una vez analizada la muestra, se pagaba a los mineros artesanales en función de la ley. Sylvain dijo que CHEMAF no compraba nada con una ley inferior al 2 por ciento, en cuyo caso COMIAKOL tenía la opción de

vender el mineral a otro puesto de compraventa. Según Sylvain, el salario medio diario de los mineros artesanales variaba en función de la producción, pero era aproximadamente de dos a tres dólares para los excavadores y de un dólar para los lavadores.

Pregunté si CHEMAF había considerado la posibilidad de ofrecer a los mineros artesanales salarios fijos en lugar de un salario a destajo. Sugerí que hacerlo podría proporcionar a los trabajadores una mayor estabilidad y sensación de seguridad, y también impedir que vendieran cobalto a puestos de compraventa externos donde podrían cobrar más, o más rápidamente. Sylvain respondió que un salario fijo no era posible debido a las fluctuaciones del precio del cobalto, razonamiento que no acepté. Los empleados de las minas industriales cobraban salarios fijos que no fluctuaban en función del precio de la materia prima, así que ¿por qué iban a ser diferentes los mineros artesanales? Los sistemas salariales a destajo trasladaban inevitablemente los riesgos del mercado de las empresas mineras a los trabajadores. De este modo, los mineros artesanales se veían sometidos a una gran presión para esforzarse hasta el límite, asumir más riesgos y tener que llevar a sus hijos a las minas para aumentar sus ingresos.

Tras nuestra discusión sobre los salarios fijos frente a los salarios a destajo, me dio la siguiente información por iniciativa propia:

—Como aquí el cobalto es de menor ley, muchos de los *creuseurs* compran cobalto a personas que excavan fuera de la concesión, donde el mineral es de mayor ley. Lo incluyen en su producción para aumentar sus ganancias.

—¿Cómo traen ese mineral al yacimiento? —pregunté.

—Los niños lo traen a través de la valla.

—¿Venden los niños el cobalto que ellos mismos extraen?

—Sí, esto pasa.

Continuamos la visita a una balsa de lavado cercana. Varias mujeres jóvenes estaban arrodilladas en un charco de agua salobre y mugrienta, enjuagando piedras cuyo tamaño variaba desde pequeños guijarros hasta piedras del doble de tamaño de un puño. No se trataba de la pileta de lavado principal situada detrás del pozo a cielo abierto, que no se me permitió ver. Las mujeres de la pileta de lavado más pequeña no tenían ningún equipo de seguridad para protegerse las

manos o las piernas de las sustancias tóxicas que se hubieran acumulado en el agua. Observé cómo algunas llenaban sacos de rafia con las piedras que habían lavado, y pregunté a Sylvain en qué momento se etiquetaban los sacos de mineral, como me había explicado el personal de Pact.

—No etiquetamos ningún saco —respondió.

Me sorprendió la respuesta y seguí preguntando si se añadía mineral de otras fuentes a los camiones de CHEMAF durante el transporte a sus instalaciones de procesamiento en Lubumbashi. Sylvain dijo que los conductores tenían instrucciones de comprar cobalto en los puestos de compraventa que había por el camino para transportar la máxima carga.

—¿Puestos como los de Musompo? —pregunté.

—Sí.

La visita terminó y Sylvain me llevó de vuelta a la oficina principal. Por el camino, le pregunté por el responsable de radiaciones que debía comprobar los niveles de radiación. No pudo decirme cuándo lo había hecho por última vez. La última pregunta que le hice fue si el personal de Pact realizaba auditorías periódicas de las condiciones de trabajo, como me habían asegurado.

—El personal de Pact nunca viene por aquí. Solo nos asesoraron al principio sobre contabilidad y gestión financiera.

Aunque durante mi visita me impidieron entrevistar a los mineros artesanales que trabajaban en las instalaciones de CHEMAF, no me costó mucho hacer las entrevistas fuera. Estas conversaciones ofrecieron valiosos puntos de vista sobre las operaciones de la mina de Mutoshi. Un minero artesanal llamado Kalenga me dijo lo siguiente:

—La mayoría de los *creuseurs* de Mutoshi dejamos de trabajar por problemas con los pagos. CHEMAF dice que es porque los precios del cobalto son bajos, que han perdido beneficios y por eso tienen que recortarnos el pago. A veces no nos pagan durante tres o cuatro semanas. Por este motivo, la mayoría de los *creuseurs* abandonamos Mutoshi. Podemos ganar más fuera de la concesión de CHEMAF y nos pagan el mismo día.

Otro minero llamado Mashala añadió:

—Por supuesto que tenemos que comprar cobalto fuera de la

concesión. La pureza es muy baja, por lo que tenemos que dedicar más tiempo a limpiar la tierra y transportarla al vertedero, mientras que CHEMAF solía hacerlo con la excavadora, pero ahora dicen que deben reducir el gasto de gasolina. Este trabajo nos lleva dos horas al día, así que tenemos menos tiempo para excavar y ganamos menos. Por eso debemos comprar cobalto para mantener nuestros salarios.

Por el contrario, una mujer de nombre Julie que se encargaba del lavado habló sin rodeos de las mejoras que había experimentado:

—En Mutoshi las mujeres no sufren el mismo acoso por parte de los hombres. Cuando trabajaba en otros lugares los hombres siempre nos acosaban. Los agentes del SAESSCAM y la policía minera nos acosaban. Esto no ocurre en Mutoshi. Allí nos sentimos seguras.

Otra ventaja de la que se dio cuenta Julie fue la mejora de las normas sanitarias:

—Esto es mucho mejor para nosotras. Siempre estaba enferma cuando trabajaba en otras minas, ahora no tanto. Gracias a ello, ahorramos dinero en medicinas y lo utilizo para mantener a mis hijos en la escuela.

Una segunda lavadora llamada Maombi añadió:

—Sí, sufrimos menos acoso, eso es cierto. No me importa que ganemos menos, porque no hay ninguna posibilidad de que un hombre me ataque mientras estoy en la concesión de CHEMAF. Me siento muy agradecida por ello.

Basándome en todo lo que vi y oí durante mi visita a la mina de Mutoshi, así como en mis entrevistas posteriores con mineros artesanales que trabajaban allí, las condiciones de CHEMAF no coincidían con lo que me había contado parte del personal de Pact en Kolwezi. Concretamente, parecía haber cobalto extraído por niños, que entraban en Mutoshi colándose por la cerca de alambre. En el recinto trabajaban adolescentes con carnés de votante falsos. El responsable de radiación no comprobaba regularmente los niveles. Los sacos de cobalto no estaban etiquetados y se compraba cobalto de origen desconocido en almacenes externos, mezclándolo en las instalaciones de refinado de CHEMAF en Lubumbashi. Y, lo que es más importante, la reducción o el retraso en el pago de los salarios parecía ser un importante elemento disuasorio para muchos mineros

artesanales y comprometía la viabilidad de toda la operación. La supuesta transparencia y trazabilidad de la cadena de suministro resultó ser una mera ficción.

Dejando a un lado estas deficiencias, había varias mejoras en la mina de Mutoshi en comparación con otras explotaciones mineras artesanales de la RDC, especialmente para las trabajadoras. Las mujeres sufrían acoso y agresiones sexuales constantes en la mayoría de los yacimientos que investigué. Recibían salarios de miseria por su trabajo y, aun así, se esperaba de ellas que llevaran las riendas de sus hogares y se ocuparan de los niños. Aunque ganaran salarios insignificantes en CHEMAF, la reducción de las agresiones sexuales suponía una mejora considerable en sus vidas. El suministro de agua limpia, los aseos y algo de equipo de protección también contribuía a reducir las enfermedades y la exposición tóxica. La mina no estaba atestada de niños, ni de mujeres (visiblemente) embarazadas. Tampoco parecía haber ningún tipo de excavación de túneles, lo que evitaba que se produjeran graves tragedias.

Tras mi visita al proyecto piloto de Mutoshi, había un asunto pendiente que quería verificar, así que me reuní una vez más con el equipo de Pact. Les pregunté exactamente a cuántos de los dos mil niños habían escolarizado en el marco del programa, que en aquel momento llevaba funcionando dos años completos. Me dijeron que habían matriculado a doscientos diecinueve niños.

—Matriculados…, pero ¿cuántos siguen en la escuela? —pregunté.

No supieron decírmelo.

A pesar de sus deficiencias, la explotación de CHEMAF demostró que era posible organizar la minería artesanal de forma más segura y digna. Incluso los problemas que descubrí en la mina podrían solucionarse si hubiera voluntad de hacerlo. Por desgracia, CHEMAF y sus socios parecieron adoptar el enfoque contrario. Unos meses después de mi visita, unos colaboradores de Kolwezi me informaron de que CHEMAF había terminado su asociación con Pact y cerrado la mina artesanal.

### El proyecto piloto de CDM

La segunda mina modelo de Kolwezi pertenece a CDM. Está situada en el corazón de un barrio llamado Kasulo. No hay lugar como Kasulo en ningún rincón del mundo. Es el punto álgido de la loca carrera por el cobalto. La mejor manera de entender lo que ocurrió allí es remontarse a la legendaria fiebre del oro de California.

El 24 de enero de 1848 un operario de un aserradero de Coloma, California, llamado James Marshall, descubrió una pepita de oro en el lecho de un río. La noticia se difundió rápidamente y buscadores de oro de todo el país acudieron en masa a California en busca de riqueza. Arrasaron colinas, talaron árboles, construyeron presas en los ríos y excavaron miles de pozos mineros en las montañas de Sierra Nevada. La minería hidráulica era la técnica utilizada en la época e implicaba el uso de chorros de agua a presión que arrancaban laderas enteras. Los daños medioambientales y humanitarios causados por la fiebre del oro fueron considerables. El sector agrícola de California se vio duramente afectado por los ríos embalsados y la escorrentía minera. En cada lugar donde se descubrieron yacimientos de oro los pobladores nativos fueron expulsados de las tierras en las que habían vivido durante generaciones. Estalló la violencia entre la población local y los buscadores de oro. La tierra se convirtió en una frontera anárquica de crimen y caos.

Nadie supo decirme exactamente quién era el «Míster Marshall» de Kasulo, pero la historia cuenta que en 2014 un residente local estaba excavando un pozo junto a su casa cuando encontró un fragmento de heterogenita que resultó tener una asombrosa ley del 20 por ciento de cobalto, superior a la de cualquier otro lugar del mundo. Los habitantes de Kasulo no tardaron en coger todas las palas, picos y barras de refuerzo que tenían a mano y empezar a cavar túneles por todo el barrio. La gente acudió en masa para unirse a la lucha por el oro azul. Los lugareños fueron desplazados, la tierra fue expoliada y estalló el conflicto. No hay cifras exactas sobre cuántos túneles hay en Kasulo, pero los locales calculan que hay más de dos mil.

En abril de 2017 el gobernador Muyej concedió a Congo DongFang Mining el monopolio para comprar todo el cobalto de

Kasulo a cambio de un pago de doce millones de dólares. A CDM también se le concedieron los derechos para establecer una zona de minería artesanal dentro del territorio, en coordinación con la cooperativa de minería artesanal COMIKU. Esta es propiedad de Yves Muyej, uno de los hijos del gobernador Muyej. Como parte del acuerdo, CDM estaba obligada a pagar una indemnización por reasentamiento a las familias que vivían en la zona. El hombre encargado del proceso, el señor Yav Katshung, era director de la oficina del gobernador de la provincia de Lualaba, además de abogado jefe en la RDC para CDM, lo que suponía un claro conflicto de intereses. Se identificaron 554 hogares dentro de la futura concesión. El señor Katshung dio a los habitantes dos opciones: recibir un pago único de entre cuatrocientos y dos mil dólares, en función del valor de sus viviendas, o mudarse a una de las nuevas casas que se estaban construyendo en un pueblo llamado Samukinda, situado a unos veinte kilómetros de Kasulo.

Hablé con varias familias que vivían en la zona de la concesión de CDM más de un año después de haber sido desplazadas. Informaron de que, por lo que sabían, solo se habían efectuado unos cuantos pagos inferiores a lo prometido a las 554 familias. Muy pocas decidieron trasladarse a Samukinda, porque estaba demasiado lejos de las zonas donde podían obtener ingresos. Además, las nuevas viviendas construidas en Samukinda para los residentes desplazados de Kasulo eran pequeñas, precarias y estaban sin terminar. Las familias con las que hablé habían acabado hacinándose en pueblos cercanos y luchaban por llegar a fin de mes. Independientemente de dónde fuera, en aldeas como Kamatanda, pueblos como Fungurume o ciudades como Kolwezi, las consecuencias de los desplazamientos provocados por las explotaciones mineras eran siempre las mismas: el agravamiento de la pobreza, un aumento de las penurias y cada vez más desesperanza. Sin embargo, nada de esto impidió a CDM actuar con rapidez para vallar su preciada concesión y establecer una explotación minera artesanal modelo, en la que la producción anual de cobalto ha alcanzado las 8.100 toneladas.[64]

Llegué a la entrada de la concesión de CDM en Kasulo, donde me recibieron soldados de la Guardia Republicana. Me estaban esperando, ya que la oficina del gobernador Muyej me había dado autorización

para recorrer el lugar, fuertemente vigilado. La entrada a la mina tenía un sistema de control similar al de CHEMAF en la mina de Mutoshi. Incluía entradas separadas para hombres y mujeres y la comprobación por parte de los guardias de seguridad de las tarjetas de identificación de COMIKU, antes de permitir la entrada. La puerta principal no tenía una elocuente proclama de sus objetivos como la de CHEMAF, pero mostraba las mismas figuras, con una mujer embarazada, niños y una botella de alcohol dentro de círculos rojos tachados con líneas.

A diferencia de la mayoría de las concesiones mineras que visité que habían sido formalizadas, CDM no se molestó en pedirme que me sometiera a una prueba de alcoholemia. Pasé por la puerta de seguridad tras un minucioso registro de mis pertenencias y me condujeron a la oficina principal, situada inmediatamente a la derecha de la entrada, junto a una pequeña clínica. En la oficina había unos cinco o seis responsables de CDM que se ocupaban de las operaciones cotidianas. A la izquierda había aparcados unos doce camiones de carga rojos, como los que vi en Musompo, así como trece puestos de compraventa frente a los camiones, construidos bajo tres estructuras parecidas a un hangar. Los puestos estaban gestionados por personal de CDM. Unos cien metros más adentro había una gran mina a cielo abierto.

Tomé asiento en una mesa de conferencias dentro de la oficina de CDM, en la que el director de la sede, el señor Li, estaba sentado en un escritorio fumando un cigarrillo y hablando en mandarín por el móvil. Me miraba de vez en cuando, pero por lo demás me ignoraba. Al cabo de unos minutos, algunos miembros de alto rango de COMIKU se reunieron conmigo. Aunque me habían concedido permiso para visitar el lugar, querían conocer mis intenciones. Había mucha tensión en la zona, ya que algunos periodistas habían conseguido hace poco sacar a la luz algunas de las realidades de Kasulo. En respuesta, CDM construyó un muro de hormigón a principios de 2018 alrededor del barrio, y se pusieron guardias de seguridad para impedir la entrada a personas ajenas sin autorización. Les aseguré que no era mi intención causar ningún problema. Al igual que el equipo de COMIAKOL en CHEMAF, los de COMIKU realizaron una presentación oral sobre la mina de CDM. Empezaron centrándose en la importancia de las

cooperativas mineras artesanales.

—Las cooperativas mineras garantizan la oficialidad y la seguridad de la minería artesanal —explicó uno de los dirigentes.

Me dijeron que COMIKU registraba a todos los trabajadores, supervisaba la excavación *in situ*, mantenía unas condiciones de trabajo adecuadas y se aseguraba de que no hubiera niños en el yacimiento. A cambio, COMIKU recibía cada mes de CDM una comisión fija de gestión, así como una pequeña parte de la producción.

—Cuando los mineros artesanales excavan por su cuenta, corren demasiados riesgos. También meten a sus hijos en las minas. Intentamos educar a las familias para que los niños vayan a la escuela —dijo otro funcionario.

Pregunté qué ocurría si una familia no podía pagar las tasas escolares.

—Las escuelas no deberían tener matrículas —me dijeron, como si con eso se resolviera el problema.

El equipo de COMIKU se burló de los extranjeros que contaban «historias descabelladas» sobre los males de la minería artesanal sin conocer el contexto local. Me aseguraron que la mina cumplía las normas internacionales sobre trabajos de riesgo; sin embargo, afirmaron que la comunidad internacional también tenía que entender que en el Congo un chico de quince años se considera a sí mismo un hombre adulto. Los europeos y los estadounidenses no estaban en condiciones de determinar lo que constituía la edad adulta en el Congo. Un niño de quince años ya debía mantener a su familia como si fuese un adulto, me dijeron.

Era un argumento válido. Las normas de los países ricos no podían imponerse sin más a los más pobres. ¿Qué hace que los dieciocho sean la edad elegida para determinar la etapa adulta? Un chico de quince años fuerte y reflexivo del Congo que quiere mantener a su familia puede ser tan adulto como un estudiante de secundaria de la misma edad en Occidente. El problema, sin embargo, es que si no se trazan límites en alguna parte, los niños vulnerables serán invariablemente explotados, y es imposible analizar caso por caso a cada adolescente de las naciones pobres para determinar quién es lo suficientemente maduro para tomar decisiones «adultas» y realizar un trabajo de

«adulto». El hecho de que las familias de la RDC se enfrenten a la disyuntiva de escolarizar a un niño o ponerlo a trabajar para que la familia pueda sobrevivir significa que han sido abandonadas por el Estado congoleño y por la propia economía global.

Tras mi reunión con los funcionarios de COMIKU, llegó la hora de la visita. Me advirtieron de que no hiciera fotos y me dijeron que Jean-Paul, uno de los responsables, me acompañaría. Nos dieron chalecos naranjas y amarillos y un casco de color oliva. Durante el camino hasta la cantera, Jean-Paul me explicó que había más de catorce mil mineros artesanales registrados para trabajar en el yacimiento y que en un día cualquiera solía haber diez mil personas trabajando. Se las animaba a organizarse en grupos para excavar túneles dentro y alrededor de la cantera principal para recoger heterogenita. Ahí observé la primera diferencia entre este yacimiento modelo y el de CHEMAF: CDM permitía la excavación de túneles.

La mina a cielo abierto tenía unos doscientos metros de diámetro y unos treinta metros de profundidad. La tierra y sus alrededores eran de una tonalidad cobriza más intensa que la que había visto en otras minas. En la base de la cantera había más de ciento cincuenta bocas de túnel dispuestas en línea a unos tres metros de distancia unas de otras. Vi a unos cien mineros artesanales trabajando en la superficie; debía de haber varias veces este número de personas dentro de los túneles. Había montones de heterogenita esparcidos por la cantera. A diferencia del yacimiento de CHEMAF, ninguno de los mineros artesanales que vi llevaba uniforme, ni ningún equipo de protección. Durante mi visita no vi a ninguna mujer embarazada, ni botellas de alcohol.

Entramos en la cantera y nos encontramos con un grupo de excavadores que salían de un túnel. Dos hombres se colocaron a horcajadas sobre un tablón de madera colocado encima de la boca del túnel y tiraron de los trabajadores que había dentro de uno en uno con una cuerda. Salieron nueve en total y dos parecían tener menos de dieciocho años. El líder del grupo era un joven llamado Fiston, delgado y musculoso, llevaba pantalones cortos marrones, chanclas de plástico y una camiseta naranja. Le faltaba un pequeño trozo de músculo en la pierna derecha. Describió cómo era trabajar en CDM:

—Antes de inscribirnos para trabajar aquí, excavábamos en

Kasulo. Cuando empezamos a trabajar nos pagaban un salario cada semana mientras cavábamos el túnel. Tardamos más de un mes en encontrar la veta de heterogenita.

Después de que el grupo de Fiston encontrara la veta, tuvieron que devolver poco a poco el anticipo de veinticinco dólares semanales que habían recibido. Dijo que también tuvieron que devolver el coste de sus tarjetas de registro en COMIKU, que ascendía a ciento cincuenta dólares. Solo se les permitía vender la heterogenita que sacaban del túnel a los puestos de compraventa de CDM dentro de la concesión. La mitad de lo que ganaban se lo quitaban para pagar la deuda, y la otra mitad se la quedaban como ingresos. No estaban seguros de cuánto les quedaba por pagar de su deuda, pero dijeron que COMIKU y los jefes de CDM llevaban las cuentas que les enseñaban en caso de solicitarlo.

Le pregunté qué profundidad tenía el túnel y me dijo que habían excavado hasta cuarenta metros, más profundo que cualquier túnel de los que había encontrado hasta entonces. Comentó que algunos de los túneles de la concesión de CDM tenían hasta sesenta metros de profundidad y que estaban conectados entre sí bajo tierra. Pregunté cómo se las arreglaban para respirar y me contestó que CDM tenía unas veinte bombas de aire que proporcionaba a algunos de los grupos para ayudar a ventilar los túneles. También dijo que CDM les proporcionaba hachas que podían utilizar para cortar ramas de los árboles de la concesión y utilizarlas como soportes dentro de los túneles. Pregunté si se había producido algún derrumbe de túneles en las instalaciones de CDM. Miró a Jean-Paul, después a mí y dijo que no. Con Jean-Paul controlando las conversaciones, no fue posible indagar sobre temas delicados como este o el de las lesiones. Hablé con otros dos grupos en la zona a cielo abierto y me dieron información similar a la de Fiston.

Rodeamos la parte trasera de la cantera horadada y subimos por una pendiente hasta llegar a un terreno a nivel del suelo, donde descubrí que para mi sorpresa había más canteras a cielo abierto detrás de una zona de árboles, aunque me habían hecho creer que solo había una. Le pregunté a Jean-Paul si podíamos visitarlas. Se mostró reacio, pero dijo que hablaría del asunto con sus compañeros de COMIKU. Volvimos a la oficina principal y, tras un buen rato de idas y

venidas, COMIKU accedió a permitirme echar un vistazo a los otros pozos abiertos, aunque me prohibieron hablar con más mineros artesanales.

Caminé con Jean-Paul más allá de la cantera principal, giramos a la izquierda y llegamos a una zona de excavación a nivel de superficie que era al menos el doble de grande que la primera cantera. Debía de haber unas trescientas entradas de túneles, muchas de las cuales estaban cubiertas por lonas rosas. Avanzando en el sentido de las agujas del reloj alrededor de la concesión a través de varias zonas de árboles, encontré otras cuatro canteras a cielo abierto, cada una con cientos de túneles. No había forma de saber cuántas personas podían estar excavando bajo tierra, pero era probable que fueran varios miles. Las dos fosas de la parte trasera de la concesión eran las menos desarrolladas y las que tenían menos túneles. En total, calculé que había al menos mil cien túneles en la concesión de CDM en Kasulo. Era imposible que todos estuvieran adecuadamente ventilados con solo veinte bombas de aire, ni que tuvieran suficientes refuerzos construidos con ramas de árbol.

La última parada de mi visita fueron los puestos de compraventa situados dentro de las estructuras en forma de hangar que había cerca de la parte delantera de la concesión. La escena era caótica. Cientos de mineros artesanales se habían reunido junto a pilas de sacos de rafia de color naranja y blanco rellenos de heterogenita. Los trece puestos estaban alineados en la parte trasera de los hangares, con nombres como Jefe Van y Jefe Liu. Consistían en casetas de madera con vallas metálicas alrededor. Además de los jefes, dentro había hombres congoleños que utilizaban mazos de metal gigantes con las dos manos para aplastar las grandes piedras de heterogenita hasta reducirlas a escombros. Las mochilas y otros efectos personales colgaban de clavos en las paredes. Las listas de precios estaban escritas a mano con rotulador negro y colgadas en la fachada de cada puesto. Aunque se sabía que la heterogenita del yacimiento de CDM en Kasulo era la de mayor ley del Congo, con más del 20 por ciento, las listas de precios tenían un techo del 10 por ciento. Los precios por kilogramo ofrecidos en estos puestos eran también entre un 20 y un 25 por ciento más bajos que los ofrecidos en los situados al otro lado de la calle, en el barrio de Kasulo, incluidos aquellos gestionados por personal de CDM.

Esta disparidad de precios significaba que los mineros artesanales que trabajaban dentro del yacimiento modelo estaban devolviendo sus adelantos salariales iniciales y los gastos de equipo a precios inferiores a los del mercado, lo que equivalía a un sistema de servidumbre por deudas similar al que había visto en Kosongo, en Tilwezembe.

Después de triturar las piedras hasta convertirlas en pequeños guijarros, las metían en sacos de rafia que los mineros artesanales cargaban en los camiones situados cerca de la puerta principal. Estos funcionaban al ralentí, expulsando un asqueroso humo gris sobre todos los que se encontraban en la zona. El día de mi visita vi siete de los camiones de CDM cargados con sacos de heterogenita triturada aparcados cerca de la entrada principal. Un funcionario del SAEMAPE anotó el peso de cada camión para determinar el pago de regalías de CDM. El peso también se utilizó para determinar la tasa de producción pagada a COMIKU por CDM. Cuando los camiones empezaron a partir, varios funcionarios de COMIKU se acercaron para despedirse de mí, aprovechando para hacerme una petición que sonó más como una orden; las principales cooperativas que operaban en la provincia de Lualaba habían solicitado una reunión. Me dieron un papel con los detalles de la hora y el lugar.

El yacimiento modelo de CDM suspendió el examen con peor nota que el de CHEMAF. Vi al menos a una veintena de adolescentes trabajando en la concesión. No había equipos de protección personal para los trabajadores. Se estaban excavando túneles por toda la concesión, lo que significaba que los mineros artesanales pasaban horas y horas bajo tierra, respirando sin mascarillas un aire impregnado de partículas tóxicas. Aunque nadie mencionó que hubiera habido derrumbes, era muy posible que hubiera ocurrido algún accidente. El sistema de servidumbre por deudas era otro modo de explotación, junto con la incapacidad de los mineros para negociar precios o buscar mercados alternativos. En esencia, este yacimiento colocaba un fino velo de formalidad sobre un sistema altamente peligroso y explotador que parecía diseñado para maximizar la producción y minimizar el bienestar, la seguridad y los ingresos de los trabajadores. Incluso se ahorraban un mísero gasto en uniformes y equipos de seguridad. ¿Por qué había entonces más de catorce mil mineros artesanales inscritos para trabajar en la concesión de CDM?

Para profundizar en esta cuestión entrevisté a siete mineros artesanales fuera de la concesión, que trabajaban en el yacimiento modelo de CDM. La primera respuesta que recibí fue que era muy difícil encontrar lugares para excavar en el entorno de Kasulo, pues casi todos los terrenos y lugares de excavación estaban ocupados. Algunos de los entrevistados eran habitantes de Kasulo, pero dijeron que no tenían una parcela en la que excavar o no habían conseguido unirse a un equipo de excavadores en un emplazamiento ya existente.

—La gente solo excava con su familia o con personas que conoce desde hace mucho tiempo —me dijeron.

Sabían que los precios de los puestos de compraventa dentro de la concesión eran más bajos que los del otro lado de la calle, pero lo consideraban parte del trato de tener un lugar seguro donde excavar. Todas las personas que entrevisté consideraban que trabajar dentro del yacimiento modelo de CDM, aun con todos sus peligros, seguía siendo más seguro que excavar en Kasulo. En particular, el hecho de que al menos algunos de los túneles tuvieran soportes hacía que pareciera menos arriesgado. Pregunté por los derrumbamientos de túneles dentro de la concesión y se acordaron de que había habido dos en los últimos quince meses. Dijeron que habían sido derrumbes parciales de los pozos principales, pero no estaban seguros de cuántos heridos o muertos hubo.

Mi reunión con tres de las mayores cooperativas mineras artesanales de la provincia de Lualaba tuvo lugar dos días después de mi visita al yacimiento modelo de CDM, en un bar llamado Taverne La Bavière que atraía tanto a lugareños como a expatriados adinerados. El bar tenía varias pantallas de televisión en las que emitían partidos de fútbol y algunas mesas de billar, y estaba decorado con banderas de todo el mundo. Me recibieron tres funcionarios de alto rango, Peter (CMKK), François (COMIKU) y Leon (COMIAKOL). Estaban al corriente de mis visitas a las zonas mineras artesanales de los alrededores de Kolwezi y me dijeron que habían solicitado la reunión para asegurarse de que comprendía bien el papel que desempeñaban las cooperativas en el sector de la minería artesanal. Ya me habían dado con anterioridad bastantes explicaciones sobre el tema, pero parecía inevitable que asistiera a otra sesión más.

Sin parar de beber botellas de cerveza Primus, los funcionarios explicaron que las cooperativas eran esenciales para mejorar las condiciones de trabajo en el sector de la minería artesanal.

—Sin las cooperativas los mineros artesanales no tendrían protección contra la explotación —dijo Peter.

Añadió que se oponía al término *creuseur*:

—Es una palabra despectiva porque sugiere que el minero artesanal es como una máquina que solo sabe cavar.

Aunque gran parte de la conversación versó sobre informaciones antiguas acerca de la importancia de las cooperativas mineras, la discusión acabó derivando en una crítica de las operaciones chinas en el Congo. François se quejaba de que las empresas mineras chinas habían llegado al Congo para enriquecerse con sus recursos mientras el pueblo congoleño seguía siendo pobre. No discrepaba en este punto, pero culpar únicamente a los chinos me parecía demasiado cómodo. Los chinos, por ejemplo, no eran responsables del dinero que faltaba en impuestos y pagos de regalías al Gobierno congoleño, ni de que este no distribuyera equitativamente los ingresos del sector minero entre la población más pobre del Cinturón del Cobre. Me arriesgué a sugerir que el Gobierno congoleño podía considerarse igualmente culpable del mismo delito que los chinos: quedarse con las riquezas mineras mientras su pueblo languidecía. Para mi sorpresa, los funcionarios estuvieron de acuerdo.

—Es cierto que el dinero de la venta de las concesiones no se reparte adecuadamente con el pueblo —dijo Leon.

—Tampoco los pagos de regalías —añadió François.

—Por eso son importantes las cooperativas. Garantizamos los salarios máximos para los mineros artesanales, protegemos sus intereses —contestó Leon.

Esta vez no quise señalar que muchos de los mineros artesanales que entrevisté describieron a las cooperativas como las responsables de su explotación. Tal vez algunas funcionaran como describían estos tres funcionarios, pero por todo lo que había averiguado, CMKK, COMIKU y COMIAKOL parecían cumplir escasas funciones aparte de enriquecer a sus poderosos propietarios, permitiendo que todos los de la parte superior de la cadena de suministro se jactaran de que el cobalto de sus explotaciones se producía sin trabajo infantil, ni

condiciones laborales peligrosas.

Los presioné sobre la cuestión del trabajo infantil y, como era de esperar, me aseguraron que no había niños trabajando en las explotaciones que gestionaban, lo que no se ajustaba a lo que yo había descubierto. También afirmaron que la mayoría de las personas que trabajaban en las zonas de minería artesanal estaban inscritas en cooperativas mineras, lo que tampoco coincidía con mis datos. Por el contrario, me habían dicho que muchas cooperativas de las ZEA oficiales e incluso de explotaciones enormes como Tilwezembe cobraban cuotas diarias a los excavadores, incluidos los niños, por trabajar en ellas. Sin embargo, los agentes señalaron con razón que sencillamente no había suficientes ZEA para dar cabida a los cientos de miles de mineros artesanales de las provincias del Alto Katanga y Lualaba. Admitieron también que, dado que muchas ZEA estaban situadas junto a los pueblos, era más probable que los niños acabaran excavando en los yacimientos en lugar de ir a la escuela. Pregunté a los funcionarios si podían explicar por qué las escuelas del Congo estaban insuficientemente financiadas, a pesar de que se suponía que la educación hasta los dieciocho años era gratuita. No tenían respuesta, nadie la tenía en ninguna parte.

La falta de apoyo gubernamental a la educación pública en la RDC es un fracaso inexplicable que agrava gravemente el nivel de pobreza y aumenta el trabajo infantil en el país. Una cuota de unos cinco o seis dólares al mes por niño para mantener las escuelas en funcionamiento es una cantidad tan pequeña que incluso una modesta financiación podría ayudar a resolver el problema. Dicho de otro modo, las cuotas mensuales necesarias para mantener a los niños congoleños en la escuela y alejados de las minas equivaldrían a dos cervezas Primus en la Taverne La Bavière.

Cuando me marché, los funcionarios pidieron una tercera ronda.

## Inframundo

De todos los exploradores europeos de África quizá ninguno se volcó más en cuerpo y alma con las gentes del continente como David Livingstone, por lo que resulta lógico que cuando falleciera en el este de Zambia, el 1 de mayo de 1873, sus leales compañeros Suza y Chuma enterraran su corazón bajo un árbol *mpundu*. Embalsamaron su cuerpo, lo envolvieron en una lona y lo transportaron 2.400 kilómetros hasta Zanzíbar para que sus restos pudieran ser enviados a Inglaterra y casi un año después de su muerte recibió sepultura de Estado en la Abadía de Westminster. Sobre la lápida que marca su última morada están inscritas estas palabras finales que escribió en su diario: «Todo lo que me queda añadir en mi soledad es que la bendición del Cielo caiga sobre todo aquel, ya sea americano, inglés o turco, que ayude a curar esta llaga abierta en el mundo». Livingstone soñaba con que el comercio y el cristianismo erradicaran «la desoladora trata de esclavos» que había hecho estragos en África Oriental. El destino le evitó la trágica verdad: que sus esfuerzos por abrir el interior de África al comercio y al cristianismo ocasionaron un sufrimiento sin límite al pueblo al que tanto amaba. En ningún lugar ese sufrimiento fue mayor que en el Congo.

Kasulo es la nueva herida en el corazón de África. El barrio es una colmena febril de túneles por los que revolotean excavadores desesperados e intoxicados que se enfrentan a la muerte cada día. Todos los que excavan en Kasulo viven con el temor de ser enterrados vivos. Es un barrio donde se concentran todos los peligros y la base del sistema de explotación del cobalto en el Congo: la locura, la violencia y la indignidad culminan aquí. Es también la cara de todo lo que no funciona en la economía mundial. Aquí nada importa salvo el recurso; las personas y el medio ambiente son desechables. Se ha desatendido todo componente de la civilización. Es un frenesí sin límites morales. Los habitantes de Kasulo han sido abandonados, los han abocado a defenderse, luchar y morir por sobrevivir en un estado de guerra hobbesiano, perseverando cada día «en un continuo temor y peligro de muerte violenta». Kasulo nos lleva al filo de la navaja de una terrible verdad. Encontraremos en este lugar el oscuro secreto que

los leviatanes de la cima de la cadena de suministro de cobalto no quieren que veamos. El barrio es el rumor incómodo que esperan que permanezca silenciado para siempre junto a las personas que viven aquí. Kasulo fue amurallado precisamente por esta razón, nadie debe descubrir la verdad. La guardia republicana y las FARDC patrullan el muro en una versión cálida y polvorienta del Berlín de la década de 1960, pero como todos los muros que se han construido desde los albores de la construcción de muros, este tiene grietas. Mi hábil guía, Claude, era residente de Kasulo y conocía bien sus secretos. Me llevó a la zona oriental, cerca de una vía férrea abandonada, donde encontramos una brecha sin vigilancia y nos abrimos paso hacia el interior.

—Kasulo es un cementerio, nadie sabe cuánta gente está enterrada aquí —me dijo Claude con una mirada como la de un sacerdote que ha perdido la fe en Dios.

Kasulo se basa en una apuesta endiablada. Los excavadores de túneles se juegan la vida por la perspectiva de hacerse ricos, aunque los ingresos «más altos» que documenté fueron de una paga de siete dólares al día, con picos de hasta doce o incluso quince dólares cuando se encontraba una veta especialmente rica de heterogenita. Ese es el billete de lotería que todos buscan. Los excavadores de túneles más afortunados de Kasulo ganan unos tres mil dólares al año. A modo de comparación, los directores ejecutivos de las empresas tecnológicas y automovilísticas que compran el cobalto extraído de Kasulo ganan tres mil dólares por hora, y lo hacen sin tener que poner sus vidas en peligro cada día que van a trabajar.

Entré en Kasulo a media mañana de un viernes y enseguida salieron a saludarme dos chicos jóvenes y cinco hombres ebrios. La mayoría de los mineros artesanales adultos que conocí en el barrio bebían un alcohol clandestino hecho de mandioca llamado *lotoko*. La embriaguez era la forma en que la mayoría de los excavadores mitigaban el miedo a descender a los túneles. Los cinco me condujeron hasta una lona rosa sostenida por palos de madera como una tienda de campaña. Los dos chicos se escabulleron detrás de la lona desde la que me lanzaban tímidas miradas. Su padre, Ikolo, me explicó que el túnel estaba junto a su casa, que contaba con una pequeña parcela de tierra. Tenía los ojos inyectados en sangre y

arrastraba las palabras. El equipo de Ikolo había dormido unas horas aquella mañana y se preparaba para volver a bajar a la galería. Otro grupo de hombres había estado bajo tierra durante gran parte de la noche. Ikolo me mostró la entrada al pozo vertical. Había un tablón de madera colocado en la abertura. Dijo que los excavadores bajaban por el pozo haciendo palanca con los brazos y las piernas contra las paredes:

—Este túnel tiene treinta metros hasta el fondo, que es donde encontramos la veta de heterogenita. La veta es como una serpiente bajo tierra. Cuando encontramos la serpiente, la seguimos hasta donde podemos. Hace falta experiencia para saber en qué dirección ir y hasta dónde seguirla. Utilizamos esta [barra de refuerzo] para derribar la piedra del muro.

Explicó que después de llenar suficientes sacos con heterogenita uno de los miembros del grupo trepaba por el pozo vertical del túnel para ir subiéndolos con la ayuda de una cuerda atada al tablón de madera que había en la abertura. Los sacos se almacenaban dentro de su casa hasta que estaban listos para venderlos.

—Tenemos un acuerdo con un *négociant*: lleva su camión cerca de las vías del tren y nosotros colocamos los sacos dentro —explicó.

—¿Dónde vende el cobalto ese *négociant*? —pregunté.

—En Musompo.

Pregunté a Ikolo sobre su acuerdo con el *négociant* y me dijo que este les daba la mitad del dinero de la venta de mena en Musompo. Según él, esta cantidad seguía siendo más de lo que ganaba en los puestos de compraventa de Kasulo, porque los soldados los extorsionaban.

El peligroso modo de vida que supone la excavación de túneles no era lo que Ikolo tenía previsto. Era originario de Fungurume, donde tenía un taller de reparación de automóviles. Se casó en 2012 y él y su esposa decidieron trasladarse a Kolwezi. En aquel momento Kasulo era un barrio más tranquilo donde uno podía permitirse tener una casa con una pequeña parcela. Su idea era abrir un taller de reparaciones en la carretera principal de Kolwezi, pero todo cambió en 2014, cuando aquel hombre que cavaba un pozo en Kasulo encontró cobalto. Al principio, Ikolo se resistió a seguir las prisas por empezar a excavar, pero pronto el barrio se vio desbordado por los prospectores y un

aluvión de pequeños negocios para mantener a la floreciente población. De la noche a la mañana, todo resultaba demasiado caro y había demasiada competencia como para intentar empezar su propio negocio. Hizo algún que otro trabajo de reparación para llegar a fin de mes, intentando por todos los medios evitar los peligros de la excavación de túneles a pesar de las ganancias que podía reportar. Nacieron sus dos hijos y, con los gastos añadidos, su familia ya no pudo subsistir.

—Solo podíamos comer una vez al día, mis hijos estaban hambrientos y enfermos. No tuve otra opción.

A principios de 2018, Ikolo reunió a un grupo de parientes y empezó a cavar un túnel en su parcela con el objetivo de ganar lo suficiente para que sus hijos recibieran una educación completa.

—Nunca fui a la escuela. No quiero que mis hijos vivan como yo.

Ikolo se arrodilló en el suelo y dibujó con el dedo en la tierra la forma del túnel. El pozo principal bajaba recto, luego se doblaba alrededor del lecho rocoso que no podían atravesar, y seguía bajando hasta la veta, que recorrían en forma de L desde la base del pozo principal. Llevaban cinco meses trabajando en el túnel. No tenía soportes ni bomba de aire.

—Es muy difícil respirar allí dentro, hace calor y sudamos —dijo Ikolo.

Le pregunté qué sentía cuando estaba bajo tierra excavando la veta de heterogenita.

—Todos los hombres deben mantener la calma. Sabemos que el túnel puede derrumbarse, no somos idiotas. Rezamos antes de bajar, nos concentramos en nuestro trabajo. Vivir o no está en las manos de Dios.

Ikolo calculaba que en Kasulo se derrumbaba un túnel cada mes. Dijo que todo el mundo sabía cuándo ocurría.

—Nos enteramos de las noticias el mismo día. Consolamos a las familias como esperamos que consuelen a la nuestra.

Comentó que durante los meses de lluvia los túneles de Kasulo se derrumban con más frecuencia y pueden inundarse muy rápidamente. Si los excavadores están bajo tierra cuando estalla una tormenta, es probable que se ahoguen.

Toda la actividad parecía una sentencia de muerte, ya fuera por

asfixia, ahogamiento o derrumbe. Le pregunté si merecía la pena correr el riesgo. Guardó silencio un momento antes de responder:

—Aquí no hay otro trabajo, el cobalto es la única opción. Bajaremos por el túnel. Si volvemos con suficiente cobalto, nuestras preocupaciones habrán terminado por ese día.

Ikolo miró con tristeza a sus dos hijos, de cuatro y cinco años.

—Cada vez que entro en el túnel, me pregunto si volveré a ver a mis hijos.

Besó a sus hijos y bajó por el túnel una vez más. La luz iluminaba su rostro hasta que la oscuridad se lo tragó. Miré a sus hijos y me pregunté si comprendían adónde iba su padre. ¿Se habrían dado cuenta de que podía ser la última vez que le vieran? ¿Se acordarían de él si fuera así? Ikolo lo comprendía. Era imposible imaginar la ansiedad que soportaba cada momento que pasaba agazapado bajo toneladas de tierra, preguntándose si el siguiente golpe contra la pared del túnel podría ser el último. Esperaba vivir lo suficiente para educar a sus hijos y proporcionarles una vida mejor, pero esa aspiración podía quedar enterrada hoy mismo, mañana o pasado mañana. Si ocurría lo peor, sus hijos se enfrentarían algún día al mismo trato con el diablo que su padre, arriesgar sus vidas en el mundo subterráneo para poder sobrevivir.

Caminé desde el túnel de Ikolo hacia el corazón de Kasulo. A mi alrededor se desplegaba un sombrío espectáculo circense. El lugar desprendía fiebre y violencia. La tierra estaba removida y echada a perder. En cualquier dirección donde mirara veía colinas y barrancos repletos de chabolas, tiendas de suministros, mercados de comida y alcohol, peluquerías, quioscos de recarga de móviles, motos, bicicletas, montones de basura, sacos de rafia y puestos de compraventa de cobre y cobalto. Grandes altavoces negros hacían retumbar música pop en una mezcla de ritmos. Había martillos, mazos y barras de refuerzo esparcidos por el suelo. Los caminos de tierra estaban llenos de cajas rotas, bolsas de plástico y botellas de licor vacías. Los niños correteaban por este laberinto desordenado. Los adolescentes transportaban sacos de heterogenita por los caminos de tierra en bicicletas oxidadas. Había túneles y lonas en todas direcciones. Personas cuyos antepasados se vieron obligadas en el

pasado a medir su vida en kilos de caucho se veían forzadas ahora a hacerlo en kilos de cobalto.

Estalló una pelea entre varios hombres cerca de un burdel. Una madama estaba en la entrada, ataviada con un vibrante *pagne* de color índigo y ribetes dorados. Era la que manejaba el dinero y prefería que le pagaran en dólares estadounidenses. Estaba dispuesta a dejarme echar un vistazo al cuchitril por diez dólares, pero no me permitió hablar con ninguna de las mujeres o chicas, que parecían tener tan solo catorce años. El antro consistía en pequeñas *chambres* con paredes de ladrillo, sin techo y colchones polvorientos en el suelo. Había colillas esparcidas por todas partes, botellas de licor y otros restos de basura. En algunas paredes colgaban fotos de mujeres semidesnudas. En una de las habitaciones del fondo vi a una joven con un vestido violeta y el pelo recogido en coletas. Su resplandor infantil contrastaba con el sórdido entorno. La madama me siguió mientras yo miraba, manteniéndose tan cerca que pude sentir su aliento en la nuca. Al final, se impacientó y me condujo de nuevo al exterior. Le pregunté si sabía cuántos burdeles había en Kasulo. Se encogió de hombros, chasqueó los labios y dijo:

—Quizá diez. No lo sé.

Me explicó que los excavadores acudían a ella los días que les pagaban.

—Quieren celebrarlo, sentirse vivos.

Parece que los soldados, en cambio, se llevaban a las mujeres sin pagar.

Pasé el resto del día conociendo algunos grupos de excavadores de túneles de Kasulo. Al escuchar sus historias, surgió una apariencia de orden bajo el caos. Había un sistema bien establecido que incluía una microeconomía de financiadores, excavadores, vendedores, compradores y encargados de hacer cumplir las normas. El grupo que más me ayudó a comprender este ecosistema se encontraba en una explotación cercana al centro. Los cuatro hombres y los dos adolescentes, de edades comprendidas entre los catorce y los veinticinco años, formaban parte de una cuadrilla más grande de más de treinta hombres y niños que excavaban un complejo de túneles situado junto a una casa de ladrillo de cuatro habitaciones.

El miembro de más edad del subgrupo, Mutombo, me invitó a

echar un vistazo a la zona del túnel. Llevaba pantalones de chándal marrón oscuro y una camiseta verde con la marca Heineken. Era musculoso y vital, con la confianza típica de un buscavidas callejero de Nueva York. Me explicó que en su grupo eran todos hermanos y primos. No excavaban en una casa de su propiedad, ni de nadie de los otros grupos. El propietario de la casa, Jacques, vivía en Lubumbashi. Su hermano, Régis, vivía cerca, en Kasulo, y dirigía a los treinta excavadores. Jacques y Régis eran «propietarios de pozos» que financiaban a los mineros artesanales que excavaban en la casa. El sistema de financiación funcionaba igual que dentro del emplazamiento modelo de CDM. Mutombo lo explicó:

—Cuando empezamos a cavar un túnel, los financiadores nos dan un salario cada semana. También nos proporcionan las herramientas para cavar, una bomba de agua, dos bombas de aire y linternas frontales… Viene gente de muchos pueblos a cavar en las propiedades de la gente que vive aquí. Todos vienen a Kasulo a buscar cobalto. *Fuata nyuki ule asali* [Sigue a las abejas si quieres comer miel].

Dijo que tardaron tres meses en encontrar una veta de heterogenita, y que llevaban alrededor de un mes explotándola. La heterogenita que excavaban en el túnel la vendía Régis en un puesto de compraventa que no estaba lejos de la casa. El reparto de los ingresos era del 60-40 por ciento a favor de Régis. En los mejores días, Mutombo decía que volvía a casa con diez dólares. Pregunté qué pasaría cuando los excavadores devolvieran la financiación, y me contestó que creía que el sistema cambiaría a un reparto del 50-50 por ciento, aunque no estaba seguro. Lo más importante es que a los mineros artesanales no se les permitía ir al puesto de compraventa con Régis, por lo que tenían que confiar en que fuera honesto en el precio por el que vendía la mena.

—Bajamos, cavamos, subimos, nos limpiamos la tierra y vuelta a empezar. Así es nuestra vida. Solo nos queda seguir adelante.

Mutombo encendió un cigarrillo y exhaló el humo con nostalgia. Hablamos más sobre sus orígenes y lo que le trajo a Kasulo.

—Nací en Likasi. ¿Te puedes creer que tengo siete hermanos mayores? Mi madre quería una niña, así que siguió intentándolo, y al nacer yo, le dijo a mi padre: «¡Debes de ser brujo! Coge a cuatro de estos chicos y cámbialos por una chica».

Mutombo se rio con ganas. Era la primera vez que oía reír a un minero artesanal. Dejó la escuela en octavo curso y empezó a excavar en busca de cobalto en las minas artesanales cercanas a Likasi, incluida Tocotens, donde excavaba Patoke.

—Sé que dirán que la educación es importante, pero yo quería ayudar a mis padres, comprarme cosas.

Tres de los hermanos mayores de Mutombo ya eran mineros artesanales en Likasi y Lubumbashi, y uno se había trasladado a Zambia para trabajar en una empresa de fabricación de cemento en Ndola.

—Tengo un plan. No cavaré para siempre. Estoy ahorrando dinero y, cuando tenga suficiente, abriré un negocio para vender cigarrillos y cerveza en Kasulo. Todo *creuseur* necesita cigarrillos y cerveza.

Hay pocas personas en el mundo que tienten a la providencia con más valentía que un minero artesanal excavador de túneles que además se atreve a tener un sueño. Cada día que Mutombo descendía por el túnel aumentaba la probabilidad de que sufriera una muerte horrorosa. ¿Por qué lo hacía? La ausencia de una alternativa viable era parte de la respuesta, pero no toda. Seguía existiendo ese impulso de «hacerse rico rápidamente» que empujaba a los mineros artesanales a Kasulo. Era una apuesta arriesgada y a menudo trágica. Como en todos los casinos, la casa acabó ganando. Los excavadores de túneles como Mutombo solo participaban en una fracción del peldaño más bajo de la cadena de valor. Casi todo el valor de su trabajo se desviaba y se distribuía río arriba. No obstante, él pudo asegurarse unos ingresos generosos en comparación con sus compañeros de las provincias mineras. Cada miembro de su equipo producía unos diez kilos de heterogenita al día. Suponiendo una ley media del 4 por ciento y un precio aproximado de 1,30 dólares por kilogramo, los miembros del equipo ganaban una media de unos 5,20 dólares al día tras un reparto del 60-40 por ciento con su financiador, que aumentaría a 6,50 dólares al día una vez que el reparto pasara al 50-50 por ciento. Se trata de los ingresos medios más elevados de todos los mineros artesanales de cobalto que he documentado en la RDC.

Estas cifras también sugieren que la producción total de cobalto de Kasulo es enorme. Si cada excavador produjera unos 250

kilogramos de heterogenita al mes y hubiera 18.000 excavadores de túneles en Kasulo, el barrio produciría aproximadamente 54.000 toneladas de heterogenita al año. Se cree que hay entre seiscientas mil y ochocientas mil toneladas de heterogenita bajo Kasulo, así que en el mejor de los casos quedan otros diez o quince años de explotación, tiempo durante el cual los excavadores ganarán mucho dinero (para los estándares congoleños). Se perderán innumerables vidas, pero cuando por fin se agote el cobalto, el mundo seguirá adelante y dejará atrás a Kasulo, como un león que ha terminado de atiborrarse. Ese es el «desastre» del que me advirtió Gloria, la estudiante de Lubumbashi. Una vez saqueados los recursos, al pueblo congoleño no le quedará más que una tierra sin ningún valor y el estómago vacío. Mientras tanto, la perspectiva de ganar cinco o diez dólares al día seguía atrayendo a miles de excavadores como Mutombo a los túneles. La economía mundial dependía de ello. El descenso diario de Mutombo generaba un beneficio de miles de millones de dólares que iba a parar a las manos de los eslabones superiores de la cadena, pero solo eran él y los otros como él los que asumían todo el riesgo. El sistema era ventajoso para todos excepto para él, y las fortunas que generaba con el sudor de sus honrados hombros enriquecían siempre a otros.

Los miembros del equipo de Mutombo iniciaron el descenso. Me asomé al pozo mientras el primer joven apoyaba los pies y las manos contra las paredes del túnel y desaparecía en el abismo. Pregunté a Mutombo si el túnel tenía soportes. No los tenía, tampoco los había en ninguno de los otros túneles de Kasulo, que él supiera. Mientras el segundo hombre descendía, me describió con más detalle el proceso de excavación del túnel. El primer paso se llamaba *kufanya découverte*, una mezcla de suajili y francés que significaba «hacer el descubrimiento». Era la fase en la que los mineros artesanales utilizaban palas para excavar el pozo en línea recta hasta descubrir una veta de heterogenita. Una vez descubierta la mena, el *attaquant* (atacante) dirigía al equipo de excavación determinando la mejor forma de seguir la veta, un proceso denominado *kufwata filon*.

Me dijo que él era el atacante de su equipo, un trabajo que se tomaba muy en serio.

—Hace falta experiencia para saber a qué profundidad hay que buscar el cobalto. Cuando seguimos la veta, es cuando estamos más

nerviosos. Cada metro que excavamos, el riesgo de que el túnel se derrumbe es mayor.

Mutombo señaló dos cables enchufados a un generador diésel junto a la casa que serpenteaban por el pozo del túnel. Dijo que eran para las bombas de aire, que les ayudaban a respirar cuando permanecían bajo tierra toda una noche.

—Podemos dormir durante cierto tiempo en la cámara del fondo del pozo principal, o a veces dormimos a más profundidad. Esa máquina evita que nos asfixiemos.

Le pregunté a Mutombo por qué no volvía a la superficie para dormir una siesta, en lugar de pasar más tiempo del necesario bajo tierra.

—Dios ya ha decidido nuestro destino. Si hemos de morir en el túnel, ahí es donde moriremos.

Mutombo gritó por el hueco y dejó caer una larga cuerda hecha de sacos de rafia rotos atados entre sí.

—Deja que te lo enseñe —dijo con una sonrisa, como si me desvelara un gran tesoro.

Se enrolló un extremo de la cuerda de rafia alrededor de la muñeca izquierda y adoptó una postura erguida sobre el tablón de madera que había sobre la abertura del túnel. Alguien gritó desde abajo. Mutombo empezó a tirar de la cuerda hacia arriba con movimientos enérgicos y contundentes. Cada músculo de su cuerpo se ponía en tensión mientras tiraba, respiraba, tiraba. Pensé que el saco estaría ya cerca de la boca, pero siguió tirando y tirando hasta que por fin hizo su aparición, un saco de rafia de al menos treinta kilos de heterogenita de alta ley. Lo dejó caer junto al túnel para recuperar el aliento. Unas gotas de sudor le resbalaban por la frente hasta el puente de la nariz. La espalda de su camiseta estaba empapada. Se bajó del tablón y se desató la cuerda de la muñeca. Desató el saco, abrió la tapa y sonrió de oreja a oreja.

—Cobalto.

Metí la mano en el saco y cogí un trozo de heterogenita del tamaño de un puño. Su aspecto era similar al del primer trozo que sostuve en Kipushi, una fascinante mezcla de verde azulado y azul celeste, con puntos plateados y manchas anaranjadas y rojizas. Los colores de este fragmento eran más profundos y ricos. Era uno de los

cobaltos de mayor ley del mundo, y estaba por todas partes bajo Kasulo, esperando a ser descubierto como las pasas en un pastel.

Mutombo fue el último miembro de su equipo en aventurarse en el vientre de la pitón. Como todos los excavadores de Kasulo, se aferraba con fuerza a los sueños de una vida mejor. Para alcanzar sus objetivos tuvo que vivir como una sombra atrapada entre dos mundos: la superficie y el túnel, los vivos y los muertos. A diferencia de la mayoría de los mineros artesanales de Kasulo, no bebía alcohol. Se enfrentaba al miedo de frente. Creo que comprendió que vivía de prestado. Cada día que pagaba su deuda a Jacques y Régis, su deuda con los muertos aumentaba. Algún día podrían saldar la cuenta. Por el momento se veía obligado a adentrarse en el subsuelo en busca de oro azul. El dinero y la muerte iban de la mano en Kasulo, los excavadores no podían tener el uno sin la otra.

Me agarró las manos con fuerza antes de bajar. Nuestras miradas se cruzaron en un momento de mutua comprensión. Aunque no volvería a verle, quedaríamos unidos para siempre por el tránsito de piedras de su mundo al mío.

Observé cómo se adentraba en el túnel. Justo antes de que las sombras se lo tragaran, me miró y sonrió como si la luz iluminara por primera vez la tierra.

La heterogenita excavada por Mutombo y su equipo comenzó su viaje por la cadena de suministro en un puesto de compraventa situado no lejos del lugar de excavación. Me acerqué para investigar, pero el puesto estaba vigilado por soldados. Desde la distancia pude ver que la caseta metálica tenía precios escritos a mano en la parte frontal, basados en graduaciones de ley que iban del 1 al 20 por ciento. Nunca encontré a un minero artesanal en Kasulo que dijera conocer a alguien que cobrara más del 10 por ciento. Un chino estaba sentado dentro del puesto en una silla de plástico, rodeado de enormes sacos de heterogenita. Al estar los soldados delante, no conseguí hablar con él. Me enfrenté a restricciones similares en otros puestos de Kasulo. Incluso en los que no estaban vigilados por soldados solo pude mantener breves conversaciones. Claude dijo que conocía al director del Dèpôt 88, el jefe Xi, y concertó una reunión con él una noche fuera de Kasulo.

Acompañé a Claude la tarde acordada al típico restaurante de carretera cuya especialidad era el pollo frito cerca de las afueras de Kolwezi. Los coches y las motos pasaban entre una neblina fantasmal de gases y polvo. Mientras esperábamos a Xi, Claude me habló sobre las tensiones entre la comunidad china y la congoleña. Explicó que, a medida que los congoleños veían cómo se expoliaban sus tierras y se extraían recursos sin obtener apenas beneficio para sus comunidades, el resentimiento crecía y a veces estallaba en conflictos. Los disturbios descritos por Promesse y Asad en Tenke Fungurume y el desgarrador vídeo de los que ocurrieron en COMMUS tras el tiroteo contra unos niños eran algunos ejemplos. Claude me pareció muy perspicaz sobre la dinámica entre las comunidades china y congoleña, e incluso expresó su deseo de visitar China algún día, «para ver de dónde vienen». También fue uno de los únicos congoleños que conocí que mantenían buenas relaciones con algunos miembros de la comunidad china, incluido el jefe Xi. Sin embargo, la tónica dominante era que los congoleños no entablaban relaciones amistosas con los chinos.

—La relación que tenemos con los chinos está basada en la transacción —dijo Claude.

Claude sugirió que la falta de interacciones sociales entre ambas comunidades hizo que surgieran los recelos.

—Hay muchos prejuicios en ambas direcciones —explicó.

Le pregunté si podía dar algunos ejemplos.

—Los congoleños creen que los chinos nos tratan como animales, o piensan que somos sucios. No comen nada que haya sido tocado por un congoleño. Por eso solo comen en sus restaurantes privados.

En cuanto a las actitudes en la otra dirección:

—Los chinos no tienen emociones. Son como robots, porque ¿cómo, si no, iban a poder estar alejados de sus familias durante un año entero?

Quizá la mayor queja de los congoleños sobre los chinos fue esta:

—¡Queman sus cuerpos!

La cremación era una práctica chocante para la mayoría de los congoleños. Claude contó la historia de un obrero de la construcción chino que murió en un accidente en una obra cerca de Kolwezi. No fue posible enviar el cuerpo a China, así que la familia pidió que fuera incinerado en el Congo.

—Organizaron una ceremonia en su comunidad, quemaron el cuerpo. No me lo podía creer. ¿Cómo va a reunirse con sus antepasados si lo han convertido en cenizas?

Le dije a Claude que, como indios, teníamos la misma tradición. Se encogió de hombros cortésmente. Para él no tenía sentido.

A pesar de las diferencias culturales, Claude pensaba que muchos congoleños sienten un respeto hacia los chinos cargado de rencor:

—Trabajan colectivamente para alcanzar sus objetivos. Los congoleños solo trabajan para sí mismos. Por eso China es un país avanzado y el Congo es pobre. Muchos congoleños sienten envidia de esto.

El jefe Xi llegó y saludó amistosamente a Claude. Hacía poco más de un año que se conocían, aunque no solían hacer vida social en común. Se conocieron cuando Claude encontró a Xi en el Dèpôt 88 muy enfermo y con mucha tos.

—Me trajo medicinas y fue amable conmigo —dijo Xi.

Como Claude predijo, Xi no comió nada en el restaurante. Claude pidió un bol de *mwambe* de pollo (estofado de pollo) y yo un refresco. Xi dijo que esa noche comería en el restaurante del barrio chino de Kolwezi.

—El restaurante tiene televisión por satélite, así que podemos ver nuestros programas de China.

A Xi también le gustaba ver programas en directo en su teléfono móvil. Su programa favorito era una serie policíaca de fantasía llamada *Guardian*, sobre razas alienígenas que viven con humanos en otro planeta y luchan por los recursos.

Claude le explicó más cosas sobre quién era yo y la investigación que estaba haciendo sobre la minería del cobalto.

—Es bueno que podamos hablar aquí, pues en Kasulo los soldados nos molestarían —dijo Xi.

Tenía treinta y dos años y era originario de Wuhan. Nuestro encuentro se produjo aproximadamente un año antes de que la pandemia de COVID-19 comenzara en su ciudad natal y se propagara por todo el mundo. Llevaba casi dos años en el Congo en el momento de conocernos. Su primer destino fue la planta de procesamiento de CDM en Lubumbashi, desde donde le enviaron a gestionar un establecimiento de compraventa en Musompo y, por último, al Dèpôt

88 en Kasulo. Dijo que trabajaba en el puesto seis días a la semana, normalmente desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde. Compraba heterogenita a los mineros artesanales o a los jefes de los pozos, registraba las transacciones y, en ocasiones, discutía sobre el precio y la calidad. Decía que guardaba el dinero en una caja cerrada con llave que entregaba a su jefe en la mina de CDM al final del día. La heterogenita que compraba era transportada desde el establecimiento por excavadores que trabajaban en la mina hasta un punto en el que se cargaba en una camioneta para llevarla hasta la concesión. Le pregunté cómo un tipo de Wuhan había acabado trabajando en un puesto de compraventa de Kasulo.

Xi nos contó que había visto un anuncio de trabajo en Internet para un puesto de gerente en CDM. Acudió a una entrevista y le enseñaron fotos de los cómodos apartamentos en los que viviría. Aceptó el puesto y CDM le tramitó el visado y el vuelo. Cuando llegó a Kolwezi, las condiciones no resultaron ser en absoluto las anunciadas.

—Los pisos no son muy bonitos y tengo que compartirlos con otros tres empleados de CDM. Solo me pagaron la mitad de lo prometido. Este trabajo no es lo que esperaba —afirmó Xi.

Le pregunté si había pensado en volver a casa para buscar otro trabajo, pero me dijo que su contrato era de cinco años, y si lo rompía, se correría la voz y le resultaría muy difícil encontrar otro empleo. Añadió que, si dejaba el trabajo en CDM, también le resultaría difícil conseguir los papeles para volver a casa.

—Conozco a muchos chinos que abandonaron el Congo y se fueron a Sudáfrica. Les resultará muy difícil conseguir documentos para regresar a China. No tienen familia como yo, así que no puedo correr ese riesgo —dijo Xi.

La esposa y un hijo de Xi estaban en Wuhan. Había dudado si dejarlos atrás por un trabajo a tantos miles de kilómetros de distancia, pero pensó que no había buenos empleos en China, y el destino en el Congo fue la única opción que había encontrado tras más de un año de búsqueda. Durante su segundo año en el país, le resultaba particularmente difícil estar lejos de su familia.

—Solo puedo ver sus caras en WeChat. Cuando llegué aquí, mi hijo tenía dos años. Ahora tiene cuatro. Me pregunto si sabe quién soy.

El salario de Xi por trabajar en el puesto de compraventa ascendía a unos mil trescientos dólares al mes. Aunque era la mitad de lo que le habían prometido, representaba casi ocho veces el sueldo medio de los excavadores de Kasulo y más de veinte veces el salario medio de los mineros artesanales de las provincias mineras.

Era difícil no sentir empatía por Xi. Estaba atrapado lejos de casa, aislado e inmerso en un trabajo rutinario. Aguantó las duras condiciones para poder mantener a su familia, al igual que Ikolo, aunque en un escalón más alto (y mucho más seguro) de la cadena del cobalto. Antes de marcharse, dijo lo siguiente:

—Quizá puedas hablar con los jefes de CDM en Lubumbashi. Llevan una buena vida, viven en casas individuales y viajan a China a menudo. Por favor, pregúntales por qué nuestra vida en Kolwezi debe ser tan miserable.

No me molesté en decirle que el único funcionario de CDM dispuesto a hablar conmigo estaba demasiado ocupado quejándose de lo vagos e ignorantes que eran los africanos como para preocuparse por la calidad de vida de los jefes de establecimientos como él.

Con cada visita a Kasulo la locura parecía ir en aumento. El ambiente estaba enardecido por la lucha por el cobalto. Todo el espectro de emociones humanas desfilaba en cada túnel: esperanza, pavor, codicia, miedo, ira, envidia y, sobre todo, tormento. Las madres de Kasulo sufrían el mayor de todos. La mayoría no quiso hablar conmigo. Existe el dolor y luego está la miseria que desgarra el alma. Hay pérdida, y después hay catástrofes que te destruyen la vida. En el Congo uno se encuentra con demasiada frecuencia con los límites de lo que los corazones humanos pueden soportar. La tierra está llena de monstruos y la bestia que habita bajo Kasulo es una hidra de mil cabezas, con la boca abierta en la superficie, esperando a que entre su presa.

En mi segunda visita conocí a una joven madre llamada Jolie, que dijo que quería hablar de un accidente, pero en cuanto entré en su pequeña casa de paredes de ladrillo agrietadas y tejado oxidado, sentí como si se hubiese arrepentido. La pena inundaba su esbelto cuerpo. Tenía los ojos muy abiertos, hundidos en el fondo de la cara, los huesos de sus muñecas parecían sobresalir, la piel del cuello mostraba

manchas estriadas y apretaba mucho los dientes. Respiraba con una cadencia áspera, pero la voz que surgía recordaba en cierto modo al suave canto de un ruiseñor.

Jolie decía que hacía meses que no dormía una noche entera. La mayoría se quedaba mirando las formas de las manchas de óxido del tejado metálico. La luz se filtraba por el estrecho espacio entre el ladrillo y el metal. Las sombras jugaban con su mente. Cuando pasaba de la conciencia al sueño, aparecían figuras cuyas caras no podía ver, pero sabía quiénes eran. Intentaba gritar, pero no salía ningún sonido de su boca. Intentaba levantarse, pero no podía moverse. Quería agarrarse, pero no podía levantar los brazos. Apretaba los dientes con tanta fuerza que sentía que se le iban a desprender de las encías. Finalmente, se despertaba sobresaltada, presa del pánico. Durante unos minutos no era capaz de distinguir lo que era real de lo que era un sueño.

Jolie vivía cada día con el temor de recordar el momento en que recibió la noticia de que su marido, Crispin, y su hijo, Prosper, de dieciséis años, se quedaron atrapados en el derrumbamiento de un túnel en Kasulo.

—Mi vida terminó ese día. *Mimi ni mzimu* [Soy un fantasma].

Jolie recuerda haber acudido al lugar del derrumbe aterrorizada. No quiso dar más detalles sobre el suceso. Finalmente regresó a casa en medio de un silencio sepulcral. La ropa tendida aún olía a su marido y a su hijo. Los cuencos en los que comían el estofado de la mañana eran lo último que habían tocado. Todo en aquel espacio asfixiante le recordaba a ellos. Su casa le producía dolor. Salir era aún peor.

—El túnel está a solo diez metros de aquí, paso por allí todos los días, miro al suelo. Crispin y Prosper siguen allí, están bajo mis pies.

Cuando se derrumba un túnel en Kasulo no se consigue recuperar casi ningún cadáver. Los familiares no pueden dar a sus seres queridos un funeral digno, sino que se ven obligados a caminar cada día sobre sus muertos. Esa es la realidad que nadie en la parte superior de la cadena quiere que veamos, la verdad que se pretende enterrar para siempre en este lugar. La cruel estructura del derrumbe de un túnel se encarga de ello, y todo el mundo lo sabe. Tal vez cuenten con ello, con el

silencio impenetrable que oculta el inmenso recuento de vidas truncadas sobre el que se construyen las grandes fortunas. En medio de las tragedias hay unos pocos que por casualidades del destino sobreviven a la brutal rapidez de un derrumbe porque quizá estaban lo bastante cerca de la superficie y lograron aferrarse a la vida el tiempo suficiente para que alguien los sacara. En Kasulo uno de esos supervivientes fue Lucien, de diecisiete años.

Estaba sentado taciturno en el suelo de su cabaña de dos habitaciones. Su madre, Alexandrine, y su padre, Josué, estaban sentados a su lado, y este último dejó claro que no estaba contento con mi presencia.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué haces aquí? —me preguntaba una y otra vez.

Le dije que había venido para comprender lo que le había pasado a su hijo.

—¡Míralo! Ya ves lo que le pasó.

—Sí, pero ¿podría explicarme cómo se hirió?

—¿De qué serviría?

—Si la gente de otros países fuera consciente de cómo los niños como Lucien pueden resultar heridos mientras cavan en busca de cobalto, podría ayudar a mejorar las condiciones aquí.

—Eso no ayudará a mi hijo.

—No…, pero quizá ayude a otro.

Josué se burló, pero al final accedió a dejarme hablar con Lucien sobre el accidente.

Era alto y delgado, con ojos penetrantes. Tenía las dos piernas destrozadas, débilmente unidas por barras de metal. Parecía estar muy nervioso. Una vena abultada en la frente le bombeaba sangre en rápidas pulsaciones. Tensó la mandíbula con rapidez mientras sus ojos recorrían el espacio que tenía delante, como si buscara algo en lo que concentrarse para calmar su mente. Arrancó a hablar un par de veces, pero enseguida se paraba. Consiguió contarnos su terrible experiencia con ayuda de su madre, que le animaba.

Cuando tenía quince años empezó a trabajar con Josué en las obras de un ambicioso complejo de túneles en Kasulo. Había más de cincuenta hombres y adolescentes trabajando en varios grupos para excavar en el sitio. El pozo del túnel principal, con más de sesenta

metros, era uno de los más profundos que me habían descrito. La cámara situada en la base del pozo era lo bastante grande como para que se reunieran los cincuenta trabajadores. Excavaron tres túneles adicionales que se ramificaban desde la cámara principal, siguiendo diversas vetas de heterogenita. Tenían bombas de aire y de agua para cada túnel. Cada minero artesanal llevaba una luz en la cabeza y un pico. Lucien trabajaba duro y conseguía ganar cinco o seis dólares al día. Se sentía orgulloso de que sus ingresos le ayudaran a pagar la escuela de sus tres hermanos pequeños. La familia tenía para comer, incluso pollo una vez a la semana, y de vez en cuando podían comprarse ropa nueva.

La mañana del accidente salió de casa después del desayuno con su pico para excavar en el complejo. Josué se quedó, pues se estaba recuperando de un resfriado con tos y fiebre. En voz baja y sin hacer un solo gesto describió lo que ocurrió a continuación:

—Al final del día un grupo de nosotros se reunió en la cámara para organizar nuestra salida del túnel. Teníamos una cuerda atada a un árbol por la que trepábamos. Yo estaba al principio con mi amigo Kally. Él cogió la cuerda primero, yo iba detrás. Llevábamos solo unos minutos trepando cuando el túnel entero se vino abajo a nuestro alrededor. Sucedió tan rápido que fue como si el suelo me tragara. No podía moverme. Apenas podía respirar. El corazón me ardía por dentro. Gracias a Dios algunas personas empezaron a escarbar para sacarnos del túnel. Kally y yo estábamos cerca de la superficie y nos sacaron.

Según Lucien, había cerca de cincuenta mineros artesanales dentro de los túneles en el momento del derrumbe. Dice que únicamente sobrevivieron Kally y él. No está claro si solo se derrumbó el pozo principal o también la cámara de la base y los otros tres túneles.

—Nadie sabe qué pasó con los demás. Si todos los túneles se derrumbaron a la vez, morirían rápidamente. Pero si solo se derrumbó el principal, quedarían atrapados. Quizá al cabo de un día se acabara el aire.

Aunque Lucien sobrevivió al derrumbe, sufrió múltiples fracturas en las piernas. Sus padres solo pudieron pagar una operación en el hospital de Kolwezi, de las dos o tres que los médicos dijeron que

necesitaba. Sus tres hermanos menores tuvieron que dejar la escuela porque la familia ya no podía pagar las tasas. Las heridas de Lucien no se habían curado del todo cuando lo conocí, varios meses después de la operación. Estaba pálido y débil, y se desconocía el estado de los huesos de sus piernas. No recibió cuidados posoperatorios ni fisioterapia. Era muy posible que sus huesos no se hubieran soldado correctamente. Al mirar a su hijo enfermo, Alexandrine perdió el control.

—¿Cómo puede vivir así mi hijo? Su vida está arruinada.

Dijo que si su marido no hubiera estado enfermo, podría haber muerto también en el túnel con los demás.

Josué permaneció en silencio durante toda la entrevista. Comprendí por qué se resistía a que su hijo reviviera esta tragedia. Antes de irme, me agarró del brazo y me miró con el rostro encendido.

—¿Ahora entiendes cómo trabaja la gente como nosotros?

—Eso creo.

—Cuéntamelo.

—Trabajáis en condiciones horribles y…

—¡No! Trabajamos en nuestras tumbas.

---

[57] Datos procedentes de «Glencore Full Year 2021 Production Report», p. 11, en https://www.glencore.com/dam/jcr:90d4d8f9-a85e-42ec-ad8a-b75b657f55d2/GLEN_2021-full-year_ProductionReport.pdf.

[58] «Lualaba: Richard Muyej destitué de ses fonctions», en https://cas-info.ca/lualabarichard-muyej-destitue-de-ses-fonctions/.

[59] Disponible en https://budget.gouv.cd/wp-content/uploads/budget2021/plf2021/doc1_expose_des_motifs_projet_de_loi-de_finances%202021%20et%20ses%20annexes.pdf.

[60] «Announcement Regarding Fatalities of Illegal Artisanal Miners at KCC», en https://www.glencore.com/media-and-insights/news/announcement-regardingfatalities-of-illegal-artisanal-miners-at-kcc.

[61] Esta palabra viene del lingala, una de las lenguas que se habla en la RDC. Hay una versión sobre su origen que defiende que se trata de una transformación congoleña de «Schengen», refiriéndose al espacio Schengen y sobre todo al visado. Originalmente, los *shegués* habrían sido personas de Kinsasa con dificultades para vivir en Europa. Véase «Les shegués de Kinshasa Kids, ou l'usure du poncif», en https://africultures.com/les-shegues-de-kinshasa-kids-ou-lusure-du-poncif-11494/. (*N. de la T.*).

[62] «The Terrorists' Treasury: How a Bank Linked to Congo's President Enabled

Hezbollah Financiers to Bust U.S. Sanctions», octubre de 2017, en https://thesentry.org/reports/terrorists-treasury-congo/.

[63] Darton Commodities, 2022, p. 9.

[64] *Ibid.*

07

# La verdad última Kamilombe

*«Me invadió una gran melancolía. Sí, este era sin duda el sitio, pero no había ni rastro de un amigo misterioso a mi lado en la inmensa noche salvaje, ni ningún recuerdo inquietante, sino solo la infame evocación de un vulgar "ardid" periodístico y el desagradable conocimiento del más vil saqueo y expoliación que jamás haya conocido la historia de la conciencia humana».*

JOSEPH CONRAD, «Geography and Some Explorers», *Last Essays*[65]

La hazaña de Henry Morton Stanley de hacerse famoso al encontrar al doctor Livingstone desencadenó en el Congo consecuencias catastróficas que aún perduran en nuestros días. Al empezar su búsqueda no podía imaginar lo que estaba por venir, al igual que Livingstone no podía saber que su descubrimiento de la quinina y sus exploraciones al interior de África ayudarían a allanar el camino para la colonización europea del continente. Aun así, cuando Stanley se afanaba en abrirse camino a través del Alto Congo, despojando a los nativos de su territorio en nombre del rey Leopoldo, seguramente ya se hacía una idea de lo que le esperaba y siguió adelante de todos modos. ¿Lo hizo por dinero? ¿Por la fama? ¿Por complacer a un rey? Al final, el porqué apenas tiene relevancia, solo importan las consecuencias, la vil lucha por el botín que sigue desfigurando el Congo ciento cuarenta años después. La mutación impulsada por

Stanley se ha reproducido generación tras generación a medida que se descubría y saqueaba un tesoro tras otro, culminando hoy en la dañina lucha por el cobalto. No hay forma de calcular el peaje que se ha cobrado en el pueblo congoleño desde la época del ardid periodístico de Stanley, y sobre todo desde que Diogo Cão ancló por primera vez en la bahía de Loango, en 1482.

Hay una última persona a la que debemos conocer antes de llegar a Kamilombe, el final de nuestro viaje. Se llama Bisette. Hablé con ella el 22 de septiembre de 2019 a las afueras de Kolwezi. El día empezó con una brisa fresca que bajaba de las colinas. A primera hora de la mañana el cielo estaba teñido de una luz blanquecina. Tomé un desayuno rápido en mi casa de huéspedes, compuesto por una tortilla con cebolla, patatas cocidas y café instantáneo. Me dirigí hacia el este por la autovía y llegué a un discreto hostal donde realizaría las entrevistas del día. Bisette ya estaba allí, sentada a una mesita con las manos cuidadosamente cruzadas sobre el regazo. Tenía la piel cetrina y el rostro apesadumbrado y abatido. Una pequeña decoloración ovalada en la piel, bajo el ojo derecho, parecía una lágrima perenne. Apenas le quedaba pelo en la cabeza. No se molestó en ocultarlo. La palabra *servicio* estaba cosida a jirones en su camiseta color oliva, justo encima del corazón. Había venido a hablarme de su hijo mayor, Raphael. Hablaba de él con orgullo.

—Raphael era un chico muy bueno, muy listo. Le encantaba ir a la escuela.

Al llegar a sexto curso, la familia ya no pudo pagar los gastos escolares y tuvo que empezar a excavar en busca de cobalto en Mashamba Este, la mina propiedad de Glencore donde dispararon a Kabola. La familia trazó un plan: una vez que Raphael hubiera ganado lo suficiente para pagar la matrícula del año siguiente, volvería a la escuela para continuar sus estudios.

—Quería ir a la universidad y ser profesor. Quería que todos los niños pudieran formarse para mejorar sus vidas —dijo Bisette.

Como excavador de superficie en Mashamba Este, solo ganaba aproximadamente un dólar al día, que apenas alcanzaba para ayudar con sus gastos básicos y los de sus cinco hermanos menores. Pasó un año, luego otro y acabó abandonando el plan de volver a la escuela.

Cuando se sintió lo bastante fuerte, los túneles le llamaron. Se unió a un grupo de más de treinta mineros artesanales que excavaban un túnel en Mashamba Este.

—Salía de casa todas las mañanas y no volvía hasta que oscurecía. Cada día estaba más cansado. A veces se iba a dormir sin comer.

Sus ingresos como excavador de túneles mejoraron hasta alcanzar unos dos o tres dólares diarios.

—Yo no quería que cavara en el túnel, pero él dijo que quería ayudar a la familia.

Como de costumbre, el 16 de abril de 2018 salió de casa por la mañana temprano. Era el final de la temporada de lluvias, así que las grandes tormentas habían pasado. El aire era fresco y el agua, abundante.

—Estaba lavando la ropa cuando mi sobrino Numbi entró corriendo en casa gritando. También trabajaba en Mashamba Este. Dijo que se había derrumbado un túnel y que Raphael estaba dentro.

Bisette y su marido corrieron de Kapata a Mashamba Este. Mientras corría, rezaba a Dios: —Por favor, que mi hijo esté vivo.

Cuando llegó a la mina, sus peores pesadillas se hicieron realidad. Nadie había sobrevivido. Los excavadores del lugar consiguieron recuperar algunos cuerpos, entre los que estaba el de Raphael.

Aunque se encontraba más cerca de la superficie que Lucien, los rescatadores no pudieron llegar a él a tiempo de encontrarlo con vida.

—¿Te imaginas tener en tus brazos el cadáver de tu hijo?

Bisette y su marido se llevaron el cuerpo de Raphael a casa. Lo lavaron para prepararlo para los ritos funerarios.

—Seguía esperando a que abriera los ojos.

La muerte de Raphael fue demasiado para Bisette, igual que la pérdida de Lubo para Tshite y la de Prosper para Jolie. Nos contó que, desde su desaparición, apenas come ni duerme y se le empezó a caer el pelo.

—Cuando murió mi hijo, fue como si yo también muriese.

Bisette no quiso responder a más preguntas sobre la muerte de Raphael, ni sobre las circunstancias que sobrevinieron después a su familia. Solo vino a relatar lo que ocurrió el día en que murió su hijo. Tras su testimonio, salió y se sentó tranquilamente en el suelo.

La observé allí sentada en un profundo silencio y mis

pensamientos se desviaron hacia los últimos momentos de su hijo. ¿Habría sentido algún dolor bajo la avalancha de rocas y tierra? ¿Fue presa del pánico en la profunda oscuridad? ¿Llamó a su madre con su última bocanada de aire? Preguntas como estas deben torturar a Bisette, deben torturar a todos los padres cuyos hijos murieron enterrados vivos en un túnel de una mina de cobalto.

Volvió a la sala de entrevistas y dijo que estaba lista para marcharse. Había organizado que un colaborador la llevara a su pueblo, pero me dijo que necesitaba ir a Kamilombe.

Se me encogió el corazón. Solo podía haber un motivo para que quisiera ir a Kamilombe aquel día, el mismo por el que yo había estado en la mina el día anterior. La expresión de Bisette sufrió un cambio que aún hoy me obsesiona; gritó, en nombre de todas las madres de este corazón de tinieblas: —Nuestros hijos están muriendo como perros.

El día anterior, 21 de septiembre de 2019, me desperté antes del amanecer para preparar una visita a la zona minera de KCC. Planeé un día entero de exploración, que incluiría el pueblo de Kapata, el lago Malo y las paredes de las canteras de KCC y Mashamba Este. Había pasado cerca de un año desde mi anterior visita a la zona, así que estaba ansioso por ver qué había cambiado.

Me dirigí al sudoeste, hacia Kapata. Pasé junto al abarrotado barrio de Kanina, las gigantescas paredes rojas de la cantera de COMMUS y la entrada a la bulliciosa zona de lavado del lago Golf. El último tramo de carretera hacia Kapata había sido finalmente asfaltado como parte del acuerdo de SICOMINES, aunque con muchos años de retraso. Parecía haber más camiones de carga que nunca transportando mena de cobre-cobalto por la estrecha carretera. Llegué al extremo oriental de Kapata y entré en el pueblo a pie. No parecía haber cambiado mucho. Los niños pequeños jugaban en la tierra entre las hileras de chozas. Las niñas arrastraban recipientes de plástico llenos de agua turbia. Las ancianas colgaban ropa para que se secara en cuerdas entre las chozas vecinas. Algunos jóvenes caminaban hacia la concesión de KCC cargados con sacos de rafia andrajosos y herramientas de excavación oxidadas. El mismo cibercafé seguía en el pueblo, con los mismos ordenadores Dell antiguos.

Hablé con algunos lugareños que me dijeron que había cada vez más tensiones debido al aumento de la presencia de las FARDC y otras fuerzas de seguridad armadas en las zonas mineras cercanas.

Al haber demasiados forasteros contando historias sobre las minas, encargaron a los soldados que los mantuvieran alejados. Los vecinos también me dijeron que había más contaminación y accidentes en la zona desde que asfaltaron la carretera. Lamentablemente, el trabajo infantil parecía haber aumentado; los niños abandonaban los estudios para excavar en busca de cobalto. Las razones parecían ser la bajada en los pagos por cobalto en los puestos de compraventa, el aumento del precio de los alimentos y suministros, y la interminable presión para alimentar la cadena de producción.

Después de reencontrarme con algunas caras conocidas, me quedaba una persona en Kapata a la que quería localizar antes de dirigirme al lago Malo: Elodie. Sabía que era una posibilidad remota, pero aun así quería intentarlo. Pregunté en el extremo sur del pueblo, donde me había dicho que vivía con otras *shegués*, y al final tres mujeres que estaban asando mandioca me dijeron que ella y su bebé habían aparecido muertos bajo un árbol con espinas varios meses antes. Ambos estaban ya enterrados, aunque las mujeres no sabían dónde. La noticia me afectó mucho. Tenía la esperanza de que Elodie siguiera viva y en la zona…, pero la esperanza en el Congo es como una brasa ardiente: si te aferras a ella, te quemará hasta el hueso.

Encontré un árbol espinoso cerca del límite sur de Kapata y me senté bajo el mismo para rezar. Imaginé a Elodie tumbada bajo las ramas para descansar al final de otro día agotador. ¿Sabía que era el último? ¿Estaba ya muerto su bebé o permaneció junto al cadáver de su madre durante un tiempo? ¿Tendría hambre? ¿Estaría asustado? ¿Lo estaba ella? ¿Qué pensamientos pasaron por su mente durante los últimos momentos? ¿Estaba enfadada, triste, arrepentida… o simplemente susurró a cualquier dios que estuviera escuchándola: «Por favor, llévame a casa»?

Fui caminando con pasos lentos desde Kapata hasta el lago Malo. La noticia del fallecimiento de Elodie seguía pesando en mi corazón. Atravesé el bosque de eucaliptos y me adentré en el amplio erial antes del lago. Los meses de calor abrasador de la estación seca lo habían

reducido a un charco, los árboles estaban mustios y el suelo, agrietado. La gente se arrastraba cansada por la tierra ardiente. Aunque había menos personas en el lago que en mi anterior visita, todavía se veía a más de mil mujeres y niñas lavando piedras en el agua tóxica. Me acerqué a la orilla e identifiqué a un grupo de niñas con las que hablar.

No pasaron más de diez minutos cuando oí los primeros gritos escalofriantes desde más allá del perímetro del lago Malo: —*Eboulement*! *Éboulement*!

El tiempo se detuvo. Perseguí los gritos más allá del lago, por la carretera hacia la explotación minera adyacente operada por CDM, Kamilombe.

Se corrió la voz rápidamente. Los soldados ya habían bloqueado el lugar del accidente antes de que yo llegara. Cientos de vecinos acudieron desde Kapata. Era la pesadilla que todos temían.

*Éboulement*. Derrumbe.

Mi guía me advirtió que me mantuviera alejado. La situación era demasiado impredecible. Desde la periferia apenas podía distinguir la boca del túnel, ahora una hendidura en la superficie cubierta de guijarros. Los aldeanos bloqueaban el paso y exigían acceso al túnel, pero los soldados los apuntaban agresivamente con sus armas para mantenerlos a raya. Los gritos y empujones amenazaban con convertirse en un caos total. La locura se extendía por las afueras de Kamilombe como un tornado. Los trabajadores se estaban asfixiando en un túnel que había colapsado justo delante de sus seres queridos, y no había nada que estos pudieran hacer al respecto. Finalmente, los soldados ordenaron a algunos de los mineros que trabajaban en la concesión que excavaran en busca de supervivientes. Los lugareños cantaban *mimbo ya Mungu*, cánticos religiosos a Dios.

Cuando desenterraron el cuerpo del primer cadáver aplastado, esos lamentos parecieron señalar la pérdida de toda esperanza en la tierra. Dos hombres sacaron a un niño de los escombros y lo depositaron con cuidado sobre la grava de color ocre. Su rostro ensangrentado mostraba una macabra expresión de terror. Su esbelto cuerpo estaba cubierto de una mezcla de suciedad y sangre del color del ámbar quemado o del metal oxidado. El chico no aparentaba más de quince años, una breve vida abortada de la forma más miserable

que se pueda imaginar. Oír testimonios de segunda mano era una cosa, pero ver con mis propios ojos las trágicas consecuencias del derrumbe de un túnel fue devastador.

Sesenta y tres hombres y niños fueron enterrados vivos en el derrumbe de un túnel en Kamilombe el 21 de septiembre de 2019. Solo se recuperaron cuatro cuerpos, los demás permanecieron enterrados para siempre en sus últimas poses de horror. Nadie ha aceptado nunca la responsabilidad por estas muertes. Ni siquiera han admitido que el accidente tuviese lugar.

Esta era la verdad última de la minería de cobalto en el Congo: la vida de un niño enterrado vivo mientras excavaba en busca de cobalto no vale nada. Todos los muertos aquí no cuentan nada. El botín lo es todo.

Al anochecer el desconcierto se apoderó de las familias cuyos seres queridos acababan de morir. Algunos vagaban sin rumbo; otros se sentaban en la tierra y lloraban. Aunque no me encontraría con ella hasta la mañana siguiente, Bisette estaba en Kamilombe ese día. Su sobrino Numbi, que le había informado de la muerte de Raphael en el derrumbe del túnel de Mashamba Este, había sido sepultado vivo en el derrumbe de Kamilombe.

Por eso me espetó gritando la frase: «Nuestros hijos están muriendo como perros».

Mientras el sol se deslizaba, rojo y ardiente, hacia el horizonte, un feroz viento recorrió las llanuras y se desplazó como un tornado sobre el cementerio de Kamilombe. Las nubes se reunieron rápidamente como un ejército de bestias. Aunque las lluvias no llegarían hasta dentro de un mes, un trueno ensordecedor partió el cielo y estallaron torrentes de agua que parecían querer arrasar con el mundo.

---

[65] «Geografía y exploraciones», en *Fuera de la literatura*, Madrid: Siruela, 2009. (*N. de la T.*).

# Epílogo

*«Es la acción misma lo que importa, no su fruto.*
*Tienes que hacer lo correcto. Puede que no esté en tu mano, puede que no sea el momento para que haya algún fruto, pero eso no significa que dejes de hacer lo correcto. Puede que nunca sepas qué resultados se derivan de tu acción, pero si no haces nada, no habrá ningún resultado».*

MAHATMA GANDHI

Unos meses después del derrumbe del túnel de Kamilombe me reuní con el embajador congoleño en Estados Unidos, François Nkuna Balumuene. Era un hombre grande, de rostro amable, que me escuchó pacientemente mientras le describía mis experiencias en su país. Coincidimos en que las empresas extranjeras deberían compartir una mayor parte de la riqueza generada por el cobalto congoleño con aquellos que lo extrajeron. Hablamos de la importancia de garantizar la seguridad y la dignidad de los mineros artesanales del Congo, así como de la necesidad de proteger el medio ambiente en todo el Cinturón del Cobre con prácticas mineras más sostenibles. A pesar de los puntos de vista que compartimos, el embajador Balumuene dejó claro que no creía que un extranjero debiera ser el encargado de defender los intereses de su pueblo. En su lugar, opinaba que debían ser los propios congoleños los que hablaran de lo que ocurría en su país y me sugirió que si realmente quería ayudar, debería volver y apoyar a los investigadores locales en su tarea.

Le dije al embajador que haría lo que me sugería. Los cambios duraderos se suelen lograr cuando las voces de los explotados pueden

hablar por sí mismas y son escuchadas al hacerlo. El primer testimonio de un antiguo esclavo publicado en 1789 por Olaudah Equiano proporcionó una legitimidad crucial al movimiento antiesclavista en Inglaterra. El libro de Equiano inspiraría más tarde a Frederick Douglass para publicar su testimonio en 1845, que desempeñó un papel similar en el movimiento antiesclavista estadounidense. Potenciar la capacidad de los congoleños para llevar a cabo sus propias investigaciones y hablar por sí mismos *con total seguridad* es el primer paso para resolver las desgracias que tienen lugar en las provincias mineras de la RDC. Incorporar sus voces en las reuniones sobre cómo mejorar sus vidas debería parecer obvio, pero rara vez ocurre. No conozco ninguna conferencia sobre la minería del cobalto en la OCDE en París, o en la sede de la ONU en Ginebra y Nueva York, que haya incluido a los mineros artesanales en la mesa. Es más, dudo que muchas de las personas que participan en estas conferencias hayan visitado alguna vez una explotación minera artesanal en el Congo y hablado con la gente que trabaja allí. Lo mismo cabe decir de los directores ejecutivos de las grandes empresas tecnológicas y automovilísticas que compran cobalto congoleño. No se pueden concebir soluciones significativas si no se cuenta con la opinión directa de aquellos a los que se pretende ayudar. Esto es especialmente cierto en el Congo, donde las voces sobre el terreno cuentan una historia muy diferente, si no antitética, a la que se cuenta desde arriba.

Tras el colapso de Kamilombe no pude regresar al Congo hasta 2021 debido a las restricciones de viaje impuestas por la pandemia de COVID-19. Cuando por fin lo hice, me di cuenta de inmediato de que la situación había cambiado: estaba claro que la pandemia había deteriorado considerablemente las condiciones. La mayoría de las empresas mineras extranjeras suspendieron sus operaciones durante largos periodos en 2020 y 2021 por motivos de seguridad para su personal; sin embargo, la demanda de cobalto no hizo más que aumentar. Miles de millones de personas en todo el mundo dependían más que nunca de dispositivos recargables para seguir trabajando o asistiendo a clase desde sus casas.

—La COVID presionó a los mineros artesanales para que suministraran cobalto cuando las minas cerraron —explicó el doctor

Tshihutu en el Hospital Mwangeni de Kolwezi, el mayor de la provincia de Lualaba. Según él, la enfermedad se propagó con especial rapidez en las explotaciones mineras artesanales porque los excavadores trabajaban en condiciones de hacinamiento extremo. No les era posible mantener una distancia de seguridad mientras estaban hacinados en una zanja o túnel, e incluso si disponían de mascarillas, llevarlas puestas mientras excavaban en un túnel o bajo el sol abrasador era imposible. Los mineros artesanales infectados transmitían posteriormente el virus en sus comunidades.

—Los que fueron a las minas artesanales contribuyeron a la propagación de la enfermedad en sus familias al volver a casa —añadió el doctor Tshihutu.

Para empeorar las cosas, los suministros de vacunas en la RDC han sido escasos. A finales de 2021 ni siquiera el 1 por ciento de los adultos del país estaban completamente vacunados, mientras que aproximadamente la mitad de los adultos de los países de ingresos altos habían recibido la segunda vacuna. La doctora Ngoy, del Hôpital Général de Référence de Kampemba, en Lubumbashi, me dijo que su hospital, gestionado por el Gobierno, solía pasar dos o tres meses sin suministro de vacunas. Cuando las conseguían, solía tratarse de la vacuna Sinovac, procedente de China, en la que la población local no confiaba. Ni siquiera hubo vacunas disponibles en todo el año 2020 hasta que se creó una clínica independiente con la ayuda de Médicos Sin Fronteras a principios de 2021. La doctora Ngoy comentó que a veces las tasas de positividad en la clínica superaban el 50 por ciento. Sin vacunas, mascarillas, pruebas, ni otros mecanismos de protección, innumerables mineros artesanales y otros habitantes del Cinturón del Cobre enfermaron. La mayoría no podía permitirse la atención hospitalaria y se automedicaba en casa, con resultados desconocidos.

Además de este aumento de enfermedades y muertes, los mineros artesanales tuvieron que enfrentarse a un colapso de sus ingresos durante la pandemia debido a la desaparición de los compradores de la parte inferior de la cadena. La mayoría de los agentes de los establecimientos de compraventa en las provincias mineras son chinos, como el jefe Peng, en Musompo, o Xi, en Kasulo. Estos agentes viajaron a casa en enero de 2020 para el festival del Año Nuevo lunar y nunca regresaron. China se cerró y se suspendieron los vuelos. Los

pocos agentes que quedaron redujeron los precios, lo que supuso una caída en picado de los ingresos de los mineros artesanales. Los beneficios en la parte superior de la cadena fueron tan grandes como siempre, ya que los precios del cobalto aumentaron a lo largo de 2020 y 2021, pero los ingresos de los mineros artesanales tocaron fondo. Las familias ya no podían permitirse comprar comida o ropa, ni pagar una vivienda. Miles de niños tuvieron que dejar la escuela para excavar en busca de cobalto y ayudar a sus familias a sobrevivir.

—Puedo afirmar que el número de niños en las minas ha aumentado mucho por culpa de la COVID —me dijo mi guía, Philippe —. La mayoría de esos niños nunca volverán a la escuela. Se ha perdido todo el avance que habíamos conseguido.

La misma monja que me había enviado el vídeo de la mina de COMMUS de Kolwezi, en el que se veía a los trabajadores congoleños siendo azotados como esclavos africanos del Viejo Mundo mientras sus jefes chinos miraban, calculaba que después de la COVID más de dos tercios de los niños de todo el Cinturón del Cobre no iban a la escuela. Según ella, casi todos excavaban en las minas de cobalto y cada vez estaban «más enfermos, débiles y huérfanos». Ante el agravamiento de la catástrofe, formuló una pregunta sencilla y esclarecedora:

—¿Cómo puede construirse un futuro sostenible sacrificando a los propios beneficiarios de ese futuro, privando a los niños de su bienestar y, lo que es peor, privándolos del derecho a ser niños?

Aunque las condiciones de los mineros artesanales del Congo han empeorado durante la pandemia de la COVID-19, existe un camino realista para aliviar la mayoría, si no todos los daños que sufren. Comienza con la rendición de cuentas. El mayor problema al que se enfrentan los mineros artesanales del Congo no son los soldados armados, los compradores chinos sin escrúpulos, las cooperativas mineras explotadoras o los túneles que se derrumban. Estos y otros adversarios no son más que síntomas de una amenaza mayor. El mayor problema es que las partes interesadas de la cadena se niegan a aceptar su responsabilidad a pesar de que todos se benefician de una forma u otra de su trabajo.

En lugar de emitir declaraciones vacías sobre políticas de tolerancia cero y otras estrategias simplistas de relaciones públicas, las empresas deberían hacer una cosa muy sencilla que ayudaría de

verdad: tratar a los mineros artesanales como si fueran iguales a los empleados que trabajan en las sedes corporativas. No enviaríamos a los niños de Cupertino, California, a buscar cobalto en pozos tóxicos, así que ¿por qué está permitido enviar a los niños del Congo? No aceptaríamos generalizaciones de la prensa sobre el trato que reciben esos niños sin comprobarlo de forma independiente, así que ¿por qué no lo hacemos en el Congo? No usaríamos nuestras ciudades natales como vertederos tóxicos, así que ¿por qué lo permitimos en el Congo? Si las grandes empresas tecnológicas, los fabricantes de vehículos eléctricos y las empresas mineras reconocieran que los mineros artesanales son parte integrante de sus cadenas de suministro de cobalto y los trataran con la misma humanidad que a cualquier otro empleado, se haría casi todo lo que hay que hacer para resolver las calamidades que sufren actualmente.

Sin embargo, el camino que seguir no puede consistir en el típico modelo «improvisado» para abordar las violaciones de derechos humanos en las cadenas mundiales de suministro. Suele ocurrir que la atención es máxima durante un breve periodo, las empresas y los Gobiernos anuncian nuevos programas y, una vez que los ojos del mundo se desvían hacia otro lugar, la situación vuelve a ser la de siempre. Las partes interesadas en el cobalto tendrán que hacer algo más que comunicados de prensa vacíos y soluciones a medias. Por desgracia, eso es justo lo que han propuesto con las dos iniciativas más recientes destinadas a mejorar las condiciones de los mineros artesanales de la RDC.

La primera tuvo lugar en el mercado de Musompo, a las afueras de Kolwezi. Debido a la presión de aumentar la transparencia en la base de las cadenas de suministro de cobalto, se ideó un plan para designar el mercado de Musompo como único lugar donde vender cobalto artesanal. Los precios para los mineros artesanales se estandarizarían para mejorar los ingresos, y se implantaría un sistema que exigiera a los vendedores pruebas de que no había trabajo infantil en la extracción de cobalto. La construcción del nuevo Centro para el Comercio de Musompo comenzó en agosto de 2019, y el gobernador Muyej anunció el lanzamiento al verano siguiente: «Continuamos con la intención de reformar el sector de la minería artesanal a través del lanzamiento del Centro para el Comercio de Musompo previsto para

finales de agosto de 2020… Con el centro, todos los puestos de venta y mostradores ilegales serán cerrados y destruidos, y todas las transacciones tendrán lugar solo allí».[66]

La iniciativa fue aclamada en toda la cadena como una victoria para los mineros artesanales y la transparencia en la cadena de suministro, pero nadie pareció mencionar un problema obvio: los mineros artesanales no tenían forma de transportar los sacos de cobalto al centro sin depender de *négociants* explotadores, lo que desvirtuaba el propósito de toda la operación. Tal vez un minero artesanal con una bicicleta podría llevar un saco de cobalto a Musompo desde unos pocos kilómetros de distancia, pero si el nuevo centro iba a ser el único mercado para comprar todo el cobalto artesanal, ¿cómo se suponía exactamente que un minero artesanal que trabajara en un yacimiento cerca de Kapata, Kambove o Kipushi iba a transportar su cobalto a Musompo? La única opción sería seguir vendiendo sacos de cobalto por una fracción del precio de mercado a los *négociants*, que luego lo venderían en Musompo. Cualquier garantía que pudieran dar los *négociants* sobre la ausencia de trabajo infantil en la extracción de ese cobalto sería papel mojado.

Este evidente fallo de diseño ni siquiera era el mayor problema del nuevo centro, sino que, a pesar de la anunciada puesta en marcha, nunca llegó a estar operativo. Visité el centro el 3 de noviembre de 2021 y era un pueblo fantasma. No había nadie, salvo un único guardia armado que me dejó entrar para pasear por el complejo vacío formado por unas docenas de puestos de compraventa pintados de azul. La historia que se contaba fuera del Congo era que todo el cobalto artesanal pasaba por el nuevo Centro para el Comercio de Musompo, pero el lugar estaba abandonado. Mis colegas de Kolwezi me informaron de que aún no se sabía cuándo empezaría a funcionar. Incluso cuando lo hiciera (si es que eso llegaba a ocurrir), la incapacidad de casi el 99 por ciento de los mineros artesanales para vender su producción directamente en el centro hacía inútil cualquier garantía de que mejoraran sus ingresos, o de que sirviera para eliminar el cobalto extraído por niños de la cadena de suministro.

Mientras tanto, el que había sido el mercado original de Musompo prosperaba. Casi había duplicado su tamaño desde mi última visita en 2019, y se extendía más de un kilómetro por la carretera. Había al

menos ochenta puestos de compraventa, repletos de motocicletas, camionetas, camiones de carga y miles de sacos de cobalto. Aunque ese día no realicé entrevistas en ninguno de los puestos, estoy seguro de que nadie se hacía preguntas sobre el trabajo infantil u otros abusos.

La segunda iniciativa de gran repercusión estaba en las minas de Glencore cerca de Kapata. Bajo la presión ejercida por la comunidad de defensa de los derechos humanos para hacer frente a los casos de lesiones y muertes de mineros artesanales en la mina, Glencore construyó una valla fronteriza entre la parte superior del muro del pozo en KCC y Mashamba Este. Se suponía que la nueva valla mantendría a los mineros artesanales alejados de la mina y los protegería de accidentes graves. Investigué la concesión de KCC el 4 de noviembre de 2021, y allí había cientos de mineros artesanales excavando en busca de cobalto en numerosas zanjas y túneles que se adentraban en la pared del pozo de la mina. Y, lo que es más importante, vi a numerosos mineros artesanales trepando por la valla de la mina de KCC.

—Escalar este muro [del pozo] es lo más difícil —me dijo uno de los mineros artesanales—. Trepar por la valla de hormigón es fácil.

A la mañana siguiente, el 5 de noviembre de 2021, me enteré de que el día anterior se había derrumbado un túnel en el interior de la mina de KCC, justo cuando me encontraba al otro lado del muro realizando entrevistas. Según los informes, numerosos mineros artesanales habían quedado sepultados vivos. Intenté investigar el accidente, pero las FARDC ya habían bloqueado el acceso a la mina de KCC, al igual que hicieron en Kamilombe. Mis contactos en Kapata me dijeron que finalmente se recuperaron cinco cadáveres y que más de veinte personas seguían desaparecidas, incluidos niños. Esa noche el mismo funcionario de la cooperativa COMAKAT que me había llevado a visitar Shabara me recibió en el hotel y me dijo que acababa de llegar de una reunión en la oficina del gobernador en la que le habían pedido que organizara los funerales de los cinco cadáveres recuperados del derrumbe.

Unas semanas antes, un colega del equipo de *Panorama*, de la BBC (el mismo programa que emitió el especial sobre el trabajo infantil en Tilwezembe en 2012), empezó a trabajar en un reportaje sobre la

extracción de cobalto en los alrededores de Kolwezi. Glencore le había asegurado que, desde que se construyó la valla, no había mineros artesanales dentro de la mina de KCC. Le conté lo del derrumbe y las muertes. Se lo comunicó a Glencore y la empresa reconoció a la BBC que se había producido un «accidente» con mineros artesanales dentro de la concesión, pero que solo había muerto una persona. La noticia fue emitida por *Panorama* el 4 de diciembre de 2021. Si ese día no hubiera estado sobre el terreno una persona ajena a la empresa, probablemente nunca se habría informado del derrumbe, al igual que ocurrió con el de Kamilombe. ¿Cuántos otros derrumbes de túneles y muertes no se denuncian? ¿Hubo un derrumbe en KCC la semana anterior a mi visita? ¿La semana siguiente? ¿Y en Mashamba Este, Kasulo, Tilwezembe o Kamilombe? Nadie lo sabrá nunca.

Los muertos aquí siguen sin importar.

Una última voz nos llega desde el Congo. El mayor luchador por la libertad de la nación, el primer ministro, Patrice Lumumba, describió sus sueños para el futuro del país en su carta final a su esposa, Pauline, justo antes de ser asesinado. Es fácil imaginar que la carta iba igualmente dirigida al propio Congo. El sueño de Lumumba se vio trágicamente truncado por quienes no permitieron que nada se interpusiera entre ellos y su afán por saquear los recursos del país. Esta ha sido la pesadilla del Congo durante siglos.

> Mi querida compañera:
>
> Te escribo estas letras sin saber si las recibirás, cuándo lo harás y si aún estaré vivo cuando las leas. A lo largo de la lucha por la independencia de mi país nunca he dudado un solo instante del triunfo final de la sagrada causa a la que mis camaradas y yo hemos dedicado toda nuestra vida. Pero lo que queríamos para nuestra nación, su derecho a una vida honorable, una dignidad sin mácula y una independencia sin restricciones, nunca fue aceptado por el colonialismo belga y sus aliados occidentales, que encontraron apoyo directo e indirecto, intencionado y no intencionado, entre ciertos altos funcionarios de las Naciones Unidas, ese organismo en el que confiamos cuando le pedimos ayuda.
>
> Corrompieron a algunos de nuestros compatriotas, a otros los compraron, poniendo todo de su parte para distorsionar la verdad y mancillar nuestra independencia. ¿Qué más puedo decir? Que, vivo o muerto, libre o encarcelado por orden de los colonialistas, lo importante no es mi persona. Lo que importa es el Congo, nuestro pueblo pobre cuya

independencia se ha convertido en una jaula, donde se nos mira desde afuera, ya con cierta compasión caritativa, ya con regocijo o placer. Pero mi fe permanecerá inquebrantable. Sé y lo siento en el fondo de mí que, tarde o temprano, mi pueblo se librará de todos sus enemigos, extranjeros y nacionales, que se alzará como un solo hombre para decir no a la vergüenza y a la degradación del colonialismo y recuperar su dignidad bajo un cielo puro.

No estamos solos. África, Asia y los pueblos libres y liberados de todos los rincones del planeta permanecerán siempre al lado de los millones de congoleños que no abandonarán la lucha hasta el día en que no haya ni un solo colonizador, ni uno de sus mercenarios en nuestro país. Quiero que a mis hijos, a los que dejo atrás y quizás no vuelva a ver, se les diga que el futuro del Congo es hermoso y que su país espera de ellos, como espera de todos los congoleños, que cumplan la sagrada tarea de reconstruir nuestra independencia, nuestra soberanía; porque sin justicia no hay dignidad y sin independencia no hay hombres libres.

Ni la brutalidad, ni los maltratos crueles, ni la tortura me han llevado jamás a pedir clemencia, pues prefiero morir con la cabeza alta, la fe inquebrantable y la mayor confianza en el destino de mi país antes que vivir en la sumisión y el desprecio a los principios que me son sagrados. Algún día la historia hablará por sí misma, pero no será la historia que se enseña en las Naciones Unidas, en Washington, París o Bruselas, sino la que se enseña en los países que se han librado del colonialismo y de sus títeres. África escribirá su propia historia de gloria y de dignidad al norte y al sur del Sáhara.

No me llores, compañera. Sé que mi país que tanto sufre sabrá defender su independencia y su libertad. ¡Viva el Congo! ¡Viva África![67]

---

[66] Véase «Lualaba: l'inauguration du Centre de négoce de Musompo en août 2020 va mettre fin aux comptoirs clandestins des minerais», disponible en https://deskeco.com/2020/07/13/lualaba-linauguration-du-centre-de-negoce-de-musompo-en-aout2020-va-mettre-fin-aux-comptoirs.

[67] Van Lierde, 1972, pp. 421-422.

# Agradecimientos

Las personas más importantes de este libro, aquellas a las que debo una gratitud inconmensurable, son las que no puedo nombrar sin ponerlas a ellas y a sus familias en peligro. Este libro no existiría sin la ayuda de numerosos guías y traductores que facilitaron mis pesquisas en las profundidades de las zonas mineras del Cinturón del Cobre congoleño. Les estaré eternamente agradecido.

También estoy en deuda con todos los congoleños que compartieron valientemente sus historias conmigo: los niños, los padres, las viudas, los huérfanos y las madres que se sentían culpables. No olvidaré las promesas que les hice.

Mi maravilloso agente, Steve Harris, supo ver la importancia de este libro desde el primer momento en que hablamos de él, y trabajó incansablemente para encontrarle el destino perfecto.

No podría haber pedido un editor mejor que George Witte. Sentí un gran alivio en cuanto supe que el manuscrito estaría en sus manos. Él y St. Martin’s Press me han apoyado enormemente en todo. Les estoy profundamente agradecido por su confianza y por ayudarme a dar a conocer al mundo las voces de los mineros artesanales del Congo.

Mi querida amiga Kate Nace Day me hizo comentarios muy acertados en varios borradores del texto. También estuvo ahí siempre que necesité un oído compasivo, incluso cuando creía que no la

necesitaba, y esos fueron los momentos más importantes.

Jennifer Bryson Clark, un alma gemela en el campo de la lucha contra la esclavitud, me ayudó a recortar y hacer más comprensible el manuscrito.

Mi colega y amiga Peggy Koenig hizo aportaciones cruciales sobre el texto. También me ha apoyado en todo lo que se refiere al Congo, desde la investigación sobre el terreno hasta ayudarme a encontrar a mi agente, por lo que le estoy profundamente agradecido.

Murray Hitzman y Kim Shedd me ayudaron pacientemente a comprender la geología del cobalto y el Cinturón del Cobre, lo que no fue poco teniendo en cuenta que no sabía la diferencia entre un mineral, una roca y una mena.

Viajar repetidamente a la RDC para investigar supuso un alto coste económico para mi familia. Afortunadamente, el generoso apoyo de Humanity United, la British Academy, la Schooner Foundation, Bruce Korman, Peggy Koenig y John Hayes mitigaron el coste.

Tengo una deuda especial con Adam Hochschild. Le admiraba mucho antes de que nos conociéramos, y cuando me respondió a un correo electrónico, me entraron muchas ganas de conocerle. En nuestro primero de varios almuerzos con *sushi* en Berkeley, me convenció de que tenía que escribir *este* libro y me sugirió la forma de contar *esta* historia. Ha sido un mentor muy valioso que me ha animado en cada paso que he dado.

Siento una admiración indescriptible por E. D. Morel y Roger Casement. Su valiente e infatigable campaña por la justicia en el Congo ha sido una fuente constante de inspiración para mí. Sigo asombrado por lo que consiguieron hace más de ciento veinte años, en una época de tanta ignorancia y oscuridad.

Por encima de todo, mi querida esposa, Aditi, ha sostenido esta pesada carga conmigo y ha ido encajando con la mejor disposición todo lo que me pasó. A veces se me rompía el corazón, me sentía furioso y conmocionado por lo que había visto en el Congo. Su amor y su fuerza me acompañaron en cada paso de este viaje. Nunca habría salido de la oscuridad sin ella.

# Bibliografía Arnot, Frederick Stanley, 1889, *Garenganze or Seven Years' Pioneer Mission Work in Central Africa*, Londres, Reino Unido: James E. Hawkins.


Cameron, Verney Lovett, 1877, *Across Africa*, 2 vols., Nueva York: Harper & Brothers Publishers.

Casement, Roger, 1904, *The Casement Report*, en Peter Singleton-Gates y Maurice Girodias (eds.), *The Black Diaries: An Account of Roger Casement's Life and Times with a Collection of his Diaries and Public Writings*, Nueva York: Grove Press, 1959, pp. 98-190.

Centre de Recherche et d'Information Socio-Politiques (CRISP), 1961, *Documents Belges et Africains*, Bruselas.

Conrad, Joseph, 1991, *Heart of Darkness: An Authoritative Text, Background and Sources, Criticism*, ed. de Robert Kimbrough, Nueva York: W. W. Norton & Co, 4.a ed [trad. cast.: *El corazón de las tinieblas*, Madrid: Ediciones Cátedra, 2005].

—, 1926, *The Last Essays*, Londres: J. M. Dent & Sons [trad. cast.: *Fuera de la literatura*, Madrid: Siruela, 2009].

Darton Commodities, «Cobalt Market Review 2022», https://www.dartoncommodities.co.uk/market-research/.

De Witte, Ludo, 2003, *The Assassination of Lumumba*, Nueva York: Verso Books.

Franklin, John Hope, 1985, *George Washington Williams: A Biography*, Chicago: University of Chicago Press.

Grogan, Ewart S., 1900, *From the Cape to Cairo*, Londres: Hurst & Blackett.

Helmreich, Jonathan, 1986, *Gathering Rare Ores: The Diplomacy of Uranium Acquisition, 1943–1954*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.

Hitzman, M. W., A. A. Bookstrom, J. F. Slack y M. L. Zientek, 2017, *Cobalt—Styles of Deposits and the Search for Primary Deposits*, U.S. Geological Survey Open-File Report 20171155, https://doi.org/10.3133/ofr20171155.

Hochschild, Adam, 2006, *Bury the Chains*, Nueva York: Houghton Mifflin [trad. cast.: *Enterrad las cadenas. Profetas y rebeldes en la lucha por la liberación de los esclavos de un imperio*, Barcelona: Ediciones Península, 2006].

—, 1998, *King Leopold's Ghost*, Nueva York: Houghton Mifflin [trad. cast.: *El*

*fantasma del rey Leopoldo. Una historia de codicia, terror y heroísmo en el África colonial*, Barcelona: Ediciones Península, 2020].

Inglis, Brian, 1973, *Roger Casement*, Londres: Hodder and Stoughton.

International Energy Agency, 2020, «Global EV Outlook 2020», París.

Jeal, Tim, 2007, *Stanley: The Impossible Life of Africa's Greatest Explorer*, New Haven, Connecticut: Yale University Press.

Karl, Frederick y Laurence Davies (eds.), 1983, *The Collected Letters of Joseph Conrad*, vols. I-III, Cambridge: Cambridge University Press.

Kelley, Sean, 1993, *America's Tyrant: The CIA and Mobutu of Zaire*, Washington D. C.: American University Press.

Livingstone, David, 1858, *Missionary Travels and Researches in South Africa: Including a Sketch of Sixteen Years' Residence in the Interior of Africa*, Nueva York: Harper & Brothers Publishers [trad. cast.: *Viajes y exploraciones en el África del Sur*, La Coruña: Ediciones del Viento, 2008].

Livingstone, David y Charles Livingstone, 1866, *Narrative of an Expedition to the Zambesi and Its Tributaries; and of the Discovery of the Lakes Shirwa and Nyassa*, Nueva York: Harper & Brothers Publishers.

Martelli, George, 1962, *Leopold to Lumumba: A History of the Belgian Congo 1877–1960*, Londres: Chapman and Hall.

Meredith, Martin, 2005, *The Fate of Africa: A History of the Continent Since Independence*, Nueva York: Public Affairs [trad. cast.: *África. Una historia de 50 años de independencia*, Barcelona: Fundación Intermón Oxfam, 2011].

Morel, E. D., 1902, *Affairs of West Africa*, Londres: William Heinemann.

—, 1968, *E. D. Morel's History of the Congo Reform Movement*, ed. de William Roger Louis y Jean Stengers, Oxford, Reino Unido: Clarendon Press.

Nzongola-Ntalaja, Georges, 2002, *The Congo: From Léopold to Kabila: A People's History*, Londres: Zed Books.

Pakenham, Thomas, 1992, *The Scramble for Africa*, Nueva York: HarperCollins.

Stanley, Henry M., 1885, *The Congo and the Founding of Its Free State: A Story of Work and Exploration*, 2 vols., Nueva York: Harper & Brothers.

—, 1872, *How I Found Livingstone; Travels, Adventures and Discoveries in Central Africa; Including Four Months' Residence with Dr. Livingstone*, Londres: Sampson Low, Marston, Low, and Searle [trad. cast.: *Viaje en busca del Dr. Livingstone al centro de África*, Madrid: Miraguano Ediciones, 1997].

—, 1878, *Through the Dark Continent; or The Sources of the Nile Around the Great Lakes of Equatorial Africa and Down the Livingstone River to the Atlantic Ocean*, 2 vols., Nueva York: reeditado por Dover Publications.

Stearns, Jason K., 2011, *Dancing in the Glory of Monsters*, Nueva York: Public Affairs.

United States Geological Survey, 2022, «Mineral Commodities Summary 2022», Reston, Virginia: USGS.

Vanthemsche, Guy, 2018, *Belgium and the Congo: 1885–1980*, Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.

Van Lierde, Jean (ed.), 1972, *Lumumba Speaks: The Speeches and Writings of Patrice Lumumba, 1968–1961*, Boston: Little, Brown & Co.

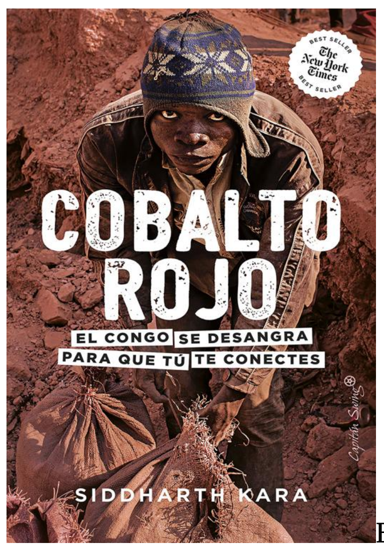
Van Reybrouk, David, 2014, *Congo: The Epic History of a People*, Nueva York: HarperCollins [trad. cast.: *Congo. Una historia épica*, Barcelona: Taurus, 2019].

World Bank, 2020, «Minerals for Climate Action: The Mineral Intensity of the Clean Energy Transition», Washington D. C.

Young, Crawford, 1965, *Politics in the Congo: Decolonization and Independence*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.

# Índice

# Cobalto Rojo




En un trabajo de investigación desgarrador, el escritor y activista Siddharth Kara revela los abusos contra los derechos humanos que se esconden tras la minería del cobalto en la República Democrática del Congo, y las implicaciones morales que nos afectan a todos. Aproximadamente el 75 por ciento del suministro mundial de cobalto se extrae en el Congo, a menudo por campesinos y niños en condiciones infrahumanas. Kara se adentró en el territorio del cobalto para documentar los testimonios de las personas que viven, trabajan y mueren por él. Para desvelar la verdad sobre las brutales prácticas de extracción, investigó las zonas mineras controladas por las milicias, rastreó la cadena de suministro del cobalto, desde el pozo tóxico hasta los gigantes tecnológicos que tratan con el consumidor, y recogió estremecedores relatos de personas que soportan un inmenso sufrimiento e incluso mueren extrayendo el preciado metal. El cobalto es un componente esencial en todas las baterías recargables de iones de litio que se fabrican hoy en día: las que alimentan nuestros teléfonos inteligentes, tabletas, ordenadores portátiles y vehículos eléctricos. Así, miles de millones de personas en el mundo no pueden desarrollar su vida cotidiana sin participar en una catástrofe medioambiental y de derechos humanos.

**Siddharth Kara**. Knoxville (EE.UU.), 1974. Escritor, investigador, guionista y activista contra la esclavitud moderna. Es profesor global de la Academia Británica, científico visitante en la Escuela de Salud Pública T.H. Chan de Harvard, profesor asociado de Trata de Seres Humanos y Esclavitud Moderna en la Universidad de Nottingham, y forma parte del Rights Lab's Measurement and Geographies Programme. Es autor de tres libros sobre la esclavitud moderna: *Sex Trafficking: Inside the Business of Modern Slavery* (2009); *Bonded Labor: Tackling the System of Slavery in South Asia* (2012); y *Modern Slavery: A Global Perspective* (2017). Kara adaptó su primer libro a una película de Hollywood, *Trafficked*, y es autor de los reportajes: *Tainted Carpets: Slavery and Child Labor in India's Hand-Made Carpet Sector* (Harvard, 2014), y *Tainted Garments: The Exploitation of Women and Girls in India's Home-Based Garment Sector* (UC Berkeley, 2019). A lo largo de veintiún años de investigación, viajando a más de cincuenta países, ha trazado el mapa de las redes mundiales de trata de seres humanos, ha explorado la peligrosa clandestinidad de las esclavas sexuales víctimas de la trata y ha rastreado las cadenas mundiales de suministro de numerosos productos básicos contaminados por la esclavitud y el trabajo infantil. Kara asesora a varias agencias de la ONU y Gobiernos sobre política y legislación contra la esclavitud. Ha participado en medios como CNN, BBC, *The Guardian*, CNBC o *National Geographic*.

Título original: *Cobalt Red: How the Blood of the Congo Powers Our Lives* (2023)


c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-127563-4-0

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com Corrección ortotipográfica: Carlos Vidania Composición digital: leerendigital.com